

El oscuro brillo de las pieles

Caza de nutrias en la Patagonia Occidental Insular,
comercio peletero & glamour

JUAN CARLOS OLIVARES
DANIEL QUIROZ
PEDRO ARAYA



EL OSCURO BRILLO DE LAS PIELES
CAZA DE NUTRIAS EN LA PATAGONIA OCCIDENTAL INSULAR, COMERCIO PELETERO & GLAMOUR

Colección Cultura y Naturaleza
Volumen III

©Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Colección Cultura y Naturaleza

El oscuro brillo de las pieles

Caza de nutrias en la Patagonia Occidental Insular, comercio peletero & glamour

Inscripción N° 2021-A-2215

ISBN 978-956-244-512-2

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretario del Patrimonio Cultural

Emilio De la Cerda Errázuriz

Director Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Carlos Maillat Aránguiz

Subdirectora de Investigación y Directora Responsable

Susana Herrera Rodríguez

Autores

Juan Carlos Olivares Toledo

Daniel Quiroz Larrea

Pedro Araya Riquelme

Ilustración portada

Camila Mancilla Vera

Diseño de portada y diagramación

Leticia Martínez Vergara

Editora de textos

Pilar de Aguirre Cox

Fotografías

Guillermo Feuerhake Agüero

Juan Carlos Olivares Toledo

Camila Mancilla Vera

Felipe Rodríguez Cerda

Ediciones de la Subdirección de Investigación

Av. Libertador Bernardo O'Higgins n° 651

Teléfono: 56-223605278

www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl

Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

2021

EL OSCURO BRILLO DE LAS PIELES

CAZA DE NUTRIAS EN LA PATAGONIA OCCIDENTAL INSULAR,
COMERCIO PELETERO & GLAMOUR

JUAN CARLOS OLIVARES
DANIEL QUIROZ
PEDRO ARAYA



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

9

PRINCIPIO

DE NUTRIAS Y PIELES

17

PRIMERA PARTE

UN EJERCICIO DE TAXONOMÍA HISTÓRICA

33

EL SORPRENDENTE SIGLO XIX

47

LA MIRADA ENTRENADA EN EL SIGLO XX

63

LOS GATEROS DE CHILOÉ

77

INCURSIONES EN LOS ARCHIPIÉLAGOS MERIDIONALES

91

SEGUNDA PARTE

NACIDOS AL NORTE DEL CORCOVADO

107

MELINKA, MON AMOUR

121

CAZADORES DE PUERTO AGUIRRE

133

TRAVESÍAS

147

HABILITACIÓN EN LA CAZA DE NUTRIAS EN PATAGONIA
OCCIDENTAL INSULAR

161

TERCERA PARTE

VIDA MIGRANTE

175

EL VALOR DE LA PIEL

193

EL PELETERO GLAMOROSO DE HOLLYWOOD

211

PIELESY GLAMOUR EN CHILE

225

FINAL

EL RESPLANDOR DE LA MUERTE

243

AGRADECIMIENTOS

257

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

261

PRESENTACIÓN

Hacia fines del siglo XVIII, las costas del océano Pacífico Suroriental, y particularmente en lo tocante al litoral chileno, fueron el escenario de la caza comercial a escala global de mamíferos y carnívoros marinos, con especial énfasis en la caza/pesca de cetáceos y pinnípedos por parte de cazadores provenientes de Europa y Norteamérica.

La actividad ballenera, mucho más lucrativa que aquella centrada en lobos y elefantes marinos, es también mejor conocida tanto por los estudios sistemáticos que de esta industria se han venido realizando en las últimas décadas como también por su temprana incorporación en la literatura universal, hecho que contribuyó a la construcción de toda una narrativa épica asociada a la caza de cetáceos.

Prácticamente de forma simultánea se desarrolló la caza de pinnípedos en América del Sur, actividad de igual modo lucrativa que la ballenera, sin embargo, y como bien apuntaba en 1981 el historiador marítimo A.G.E. Jones, era considerada en el escalafón inferior en la jerarquía marinera, lo que sumado a la fuerte competitividad de estas faenas, que hacía necesario gestionar la información sobre la base del secreto, conspirarían de alguna manera al menor grado de consideración dado a la caza de otáridos y fócidos, y consecuentemente, al nivel de conocimiento que se tenía de la actividad.

Respecto de los pormenores de las operaciones cinegéticas desarrolladas por tripulaciones extranjeras en procura de pieles y aceite de pinnípedos desde fines del siglo XVIII, existen mayores antecedentes respecto de las actividades extractivas desarrolladas en el archipiélago de Juan Fernández, las islas subantárticas y antárticas, islas Mocha y Santa María, junto con lo acontecido en el área austral de la Patagonia Occidental Insular, desde las islas Diego Ramírez hasta el sur de Chiloé.

Hay una serie de indicios que dan cuenta de una suerte de continuidad y trasvasije de tradiciones de caza de mamíferos marinos y dulceacuícolas, que involucran, de un lado, aquellas actividades desarrolladas previamente por los pueblos originarios del Pacífico Suroriental, y por otro, aquellas

operaciones cinegéticas protagonizadas por los cazadores norteamericanos y europeos, prácticas y usos que configurarían los modos de explotación que posteriormente desarrollarían a diversas escalas cazadores locales.

En este sentido, destacan por el mejor grado de conocimiento que de estas se poseen las operaciones cinegéticas desarrolladas desde mediados del siglo XIX desde la isla Mocha —concentradas en la caza de lobos marinos— y aquellas que a contar de la década de 1860 tenían como punto de partida Punta Arenas, área donde, además de la caza de pinnípedos, el interés estaba dado por toda clase de animal pelífero marino y dulceacuícola.

No es posible decir lo mismo, respecto de las operaciones cinegéticas que durante gran parte del siglo XX protagonizaron cazadores nacionales oriundos de la isla de Chiloé, islas Guaiteca e islas Huichas.

En este libro, Juan Carlos Olivares, Daniel Quiroz y Pedro Araya recopilan una serie de antecedentes y dan cuenta de información inédita respecto de las “crípticas” actividades que configuran y caracterizan el modo de vida de una serie de individuos que se autodenominan *gateros*, vale decir, sujetos dedicados a la caza de las dos especies de mustélidos de las costas de la Patagonia Occidental Insular, el chungungo y el huillín, y en menor medida, a la caza del roedor conocido como coipo.

Buscando conciliar los aportes metodológicos y analíticos propios de la antropología, historia y ecología, fundamentada en una concienzuda investigación que articula trabajo etnográfico, historia oral y copiosa información extraída desde diversas fuentes documentales, el texto nos entrega una original aproximación a la relación entre los seres humanos con su entorno y otros seres vivos.

El oxímoron que contiene el título del libro recoge acertadamente la paradójica relación entre cultura y naturaleza que se plasmó en el área que va desde el sur de Chiloé hasta las costas en torno y al sur de la isla Wellington.

De algún modo, es oscuro el oficio del cazador de “nutrias reales” y “falsas”, incomprendido a la luz de las lógicas ambientalistas del siglo XXI, y consecuentemente, han carecido de brillo las actividades implicadas en la captura de sus presas, lo que Olivares, Quiroz y Araya denominan “operaciones cinegéticas marinas”; oscuro es también el destino de nutrias y

coipos, representando la explotación/transformación de la naturaleza en una mercancía que articuló una lucrativa actividad capitalista: la industria peletera.

A lo largo de los cinco apartados del libro, distribuidos en dieciséis acápite, los autores logran sacar de aquella aparente oscuridad el sacrificado oficio del “gatero”, cuyos protagonistas eran avezados cazadores que iniciaban sus largas y arriesgadas incursiones cinegéticas desde alguna de las islas Huichas y Guaitecas, a bordo de ágiles “chalupas gateras” de dos proas.

El texto tiene el mérito adicional de ocuparse de una temática que ha sido, en algunos casos, poco abordada en trabajos ligados a la explotación de pieles de mamíferos; nos referimos a la etapa de comercialización de la materia prima, encontrándonos con personajes como el “habilitador”, el “comprador”—entreverados con los cazadores en los puertos del archipelágico patagónico—, y muy lejos de allí, con la figura del peletero, que se dividía en torno al taller y la sala de ventas de los abundantes establecimientos que daban vida a esta lucrativa actividad.

Junto con lo anterior, el trabajo se aboca y establece la estrecha relación que existió entre las actividades de la “vida amplia” de los cazadores de nutrias, con las glamorosas industrias de la moda europea y cinematográfica de Estados Unidos.

Este libro, que conforma del tercer volumen de la Colección Naturaleza y Cultura, de la Subdirección de Investigación, es sin duda un aporte al mejor conocimiento de estos sujetos históricos, ya que sus autores recogen, sistematizan y aportan nueva información respecto de una actividad que ejemplifica la compleja relación que desde tiempos pretéritos ha operado entre los grupos humanos y su entorno natural.

No queda más que invitar a disfrutar de su lectura, ejercicio intelectual que llevará al lector a surcar por las aguas calmas del mar “adentro” y por los mares que “bogan”.

Marcelo Mayorga Zúñiga
Universidad de Magallanes

En memoria de
Segundo Ramón Saldivia Quediman,
antiguo cazador de gatos, ahora caza estrellas en el cielo de la vida amplia
(1947-2021)



Figura 1: Huillín en río Chepu, Chiloé. Fotografía: Guillermo Feuerhake.

PRINCIPIO

Vor allen andern Bewohnern solcher Gegenden war aber der Fischotter bemerkenswert [...] Ein kleiner Fels- und Grottenbau umsäumte im Hintergrunde das Oval des Beckens. Er war als Wohnung für das Tier gedacht; doch habe ich es niemals darin angetroffen. Und so verblieb ich häufig, endlos wartend, vor dieser unergründlichen und schwarzen Tiefe, um irgendwo den Otter zu entdecken. Gelang es endlich, war es sicher nur für einen Nu, denn augenblicklich war der gleißende Insasse der Zisterne wieder von neuem in der nassen Nacht verschwunden. Gewiß, in Wahrheit war es keine Zisterne, in der man den Otter hielt.

El más interesante de los habitantes de esos parajes era la nutria [...]. Una pequeña gruta de rocas bordeaba, hacia el fondo, el óvalo completo del estanque. Estaba pensada como morada del animal pero no lo encontraba jamás en ella. Así que a menudo permanecía esperando sin descanso delante de esa profundidad oscura e inescrutable con el fin de descubrir, en alguna parte, la nutria. Si lo conseguía sólo era por un momento, ya que al instante el escurridizo inquilino del estanque volvía a desaparecer en la noche húmeda. Ciertamente es que, en verdad, no existe estanque que retenga a una nutria.

WALTER BENJAMIN (1971 [1938]): 256.

DE NUTRIASY PIELES

ETNÓGRAFOS PELETEROS

Este es un libro sobre la caza de nutrias en la Patagonia Occidental Insular, sobre el comercio, local y global, de sus pieles y también sobre la fabricación y uso de un objeto que sirvió para darle brillo a la industria del entretenimiento durante el siglo xx: el abrigo de piel. El libro ha sido construido a partir de pequeños trozos de información que se encuentran en una serie de textos escritos en libros, diarios y revistas, y de otros presentes en la memoria de las personas que fueron actores/testigos de cada uno de estos procesos. Estos trozos de información fueron reunidos con el objeto de ofrecer una mirada etnográfica e histórica de la “metamorfosis capitalista” de una nutria (o varias, más bien dicho), que transforma sus pieles en el resplandor brillante de un abrigo de piel. Este libro está elaborado “como si fuera” un abrigo de piel.

Nuestras pesquisas nos hicieron viajar desde la Patagonia Occidental Insular hasta Hollywood, pasando por diversos lugares, en un constante ir y venir. No pudo llevarse a cabo sin comprender que la metodología debe alinearse con su objeto y con los hombres que necesitan responder al acto de la caza de la nutria: se trata de un arte de rastreo, un arte de seguimiento, un arte de comprensión de señuelos y de especulación, que nos hace viajar sobre indicios, un arte de acechar, observando desde el quicio, atando cabos sueltos. El arte de los cazadores-recolectores es también, y sobre todo, un arte de la imaginación en más de un sentido. La imaginación recorre, atraviesa nuestro relato, es motor y motivo. El relato busca convocar incesantemente, hacer legible, hacer sentir los efectos del uso de la imaginación, tal como sucede en el rastreo y la caza: para perseguir una nutria es necesario imaginar su presencia en base a pistas discretas, a través de sus huellas, su estado de salud, si corre rápido o lento, y sus deseos, si tiene hambre o sed o busca cobijo. Situaciones diversas y actores heterogéneos son convocados, nutriendo este imaginar, haciendo de estas situaciones tanto indicios por conectar como experiencias a ser especuladas,

“tomas” que permiten aprehender los acontecimientos bajo otras miradas. Las pieles de estos animales permiten el cruce de múltiples temporalidades, diversas historias, en otras palabras, una lectura cinegética del mundo. Se trata más bien de un mundo donde se despliega la modernidad cultural y social, sus imaginarios y sus lógicas de acción.

LA CAZA COMERCIAL DE MAMÍFEROS MARINOS

Nos interesa, ahora, presentar el modelo que tuvimos en mente para “elaborar el abrigo”, es decir, “la plantilla”, el “molde”: los fundamentos conceptuales, los antecedentes, la metodología, todo aquello que contribuya a “mostrar el mostrar” (Taussig 2004).

La naturaleza paradójica de la lógica y las prácticas del capitalismo extractivo se sostienen en una potente contradicción entre la tendencia a crecer y expandirse exponencialmente y la destrucción de los recursos que los modos de producción capitalista extraen y transforman (Harvey 2014). La caza comercial de mamíferos marinos, desarrollada desde la segunda mitad del siglo XVIII por naciones europeas (Inglaterra y Francia) y los Estados Unidos en el océano Pacífico responde de manera ejemplar a esta lógica extractivista (Stackpole 1972). La explotación no controlada provocó una considerable reducción de los tamaños poblacionales de grandes ballenas, lobos marinos y nutrias, tanto en el hemisferio norte como en el sur, poniendo incluso en riesgo de extinción a algunas especies (Sielfeld 1983, 1999; Springer *et al.* 2003; Hucke-Gaete *et al.* 2004). La caza de los carnívoros marinos no comienza, sin duda, con la llegada de cazadores provenientes de Inglaterra, Francia o Estados Unidos al océano Pacífico a fines del siglo XVIII: los pueblos originarios que vivieron en sus costas también los capturaron y se beneficiaron de sus pieles y de otros productos tales como la carne, los huesos y el aceite (Schiavini 1993). Pero la explotación masiva, a gran escala, de estos animales para el comercio de pieles y el aceite es lo que conduce a la casi extinción de algunas de las especies capturadas (Hucke-Gaete *et al.* 2004); la misma situación se observa en el Pacífico Nororiental (Springer *et al.* 2003), donde “la caza de pinnípedos y nutrias marinas” durante el auge del comercio de pieles y aceite en los siglos XVIII y XIX “diezmó las poblaciones de mamíferos

marinos, causando la extirpación de poblaciones locales de nutrias, lobos finos, elefantes marinos y la extinción de las vacas marinas de Steller“ (Rick, Braje y DeLong 2011: 1).

El océano Pacífico, el “Gran Océano”, representaba a fines del siglo XVIII “un vasto paisaje acuático donde las contiendas imperiales y personales se desarrollaban en bahías y costas aisladas, donde las comunidades indígenas buscaban controlar los términos de intercambio, y los comerciantes navegaban en sus aguas en busca de mercancías rentables” (Iglesias 2013: 4). La caza de mamíferos marinos generó un número reducido de “mercancías preciosas”, entre ellas, las pieles de nutrias y lobos finos, el espermaceti y el ámbar gris obtenidos del cachalote (Iglesias 2013: 103; Shoemaker 2019). El Pacífico Suroriental corresponde a un espacio oceánico que se extiende entre los 7° latitud norte y los 57° latitud sur, y al este del meridiano 120° W (FAO 2004), donde las masas de aguas profundas que vienen del Pacífico Norte fluyen hacia el sur y se encuentran con la corriente circumpolar antártica del paso de Drake (Faure y Speer 2012). En el Pacífico Suroriental viven más de 50 especies de mamíferos marinos, grupo muy variado de animales que se han adaptado a la vida en el mar o dependen en gran parte de él para alimentarse (Sielfeld 1983). El término no designa a un conjunto taxonómico muy preciso, pues incluye a cetáceos (ballenas y delfines), sirénidos (manatíes y dugongs), pinnípedos (lobos y focas) y también a algunos mustélidos (nutrias) (Sielfeld 1983, 1999; Boyd *et al.* 1999). Los pinnípedos y mustélidos son mamíferos marinos que pertenecen al orden *Carnivora* y casi todas las especies de “carnívoros marinos” fueron perseguidas en forma sistemática por los seres humanos, sea por sus pieles o cueros, o para obtener aceite (Sielfeld 1999; Torres *et al.* 2000). Entre las presas de los cazadores también estaban dos especies de mustélidos, el gato de mar o chungungo (*Lontra felina*), distribuido a lo largo de la costa entre el norte del Perú y el cabo de Hornos y también en la isla de los Estados (Sielfeld y Castilla 1999; Álvarez y Medina-Vogel 2008), y la nutria de río o huillín (*Lontra provocax*), que actualmente se encuentra en la costa de Chile desde el río Toltén al Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego, habitando sólo en los canales del litoral Pacífico (Medina *et al.* 2004). Otra especie también perseguida en estas incursiones fue el coipo (*Myocastor coypus*), roedor que comparte ciertas características conductuales con la nutria de río, al habitar ambientes dulceacuícolas (Iriarte 2008).

Las relaciones que establecemos con los animales (marinos) se manifiestan de múltiples formas, y una de ellas es su captura. Como lo indica Ballester (2017), las formas como actuaba el humano “dependía de cómo actuaba cada animal, pero también a la inversa, el animal definía su comportamiento según el del humano, todo dentro de contextos ambientales cambiantes”. Agrega que “se trata de un guion coactuado por diferentes agentes, con distintos grados de protagonismos y enfrentados en cada instancia a situaciones dispares”. De manera que “posturas, posiciones, tratos, consciencias, aparatos, ritmos, tiempos y movimientos se articulaban de distinta forma para cada tipo de relación, sea la caza o la pesca en sus diferentes variantes” (Ballester 2017: 110).

Las relaciones entre los seres vivos, estos guiones co-actuados, están siempre permeados por las representaciones que los agentes tienen de esa relación, que es una perspectiva, si se quiere, pero también es una representación. El acto cinegético no es un fin en sí mismo: la caza de nutrias genera pieles; las pieles, abrigos; los abrigos, brillos. Surgen valoraciones respecto de esta extensa metamorfosis.

FIGURINES

Lo que queremos hacer ahora no es tan distinto de lo que propusimos hace más de treinta años y que llamamos, en un gesto de soberbia intelectual, ecoetnohistoria, término que usamos para referirnos a “un conjunto de problemas, teorías, conceptos, métodos y técnicas”, que buscaba “usar la etnohistoria, tal como se la considera habitualmente en los estudios antropológicos, para el análisis de los problemas que tradicionalmente aborda la llamada ecología cultural” (Quiroz y Olivares 1987: 14). La idea era tender puentes entre disciplinas como la ecología, la antropología y la historia a través de la mirada de interdisciplinas surgidas en la primera mitad del siglo xx: la ecología cultural (Steward 1955) y la etnohistoria (Wheeler-Voegelin 1954), prestando mucha atención a la escritura de la experiencia como una forma de representar las prácticas (Quiroz y Olivares 1987). El concepto no fue desarrollado, pero con esta idea matriz se hicieron una serie de estudios que relacionaban la antropología (incluida la arqueología) con la ecología y la historia: las estrategias adaptativas de las poblaciones de islas Mocha y Santa María, en las costas de

Arauco, durante más de 3.000 años (Quiroz 1989, 1991, 1995, 2001, 2003; Quiroz y Sánchez 1997, 2000, 2005) y las operaciones balleneras en las costas sudamericanas entre los siglos xvii y xx (Quiroz 2016, 2018, 2020a, 2020b; Quiroz y Carreño 2017, 2019). La relación entre antropología, historia y ecología tiene un largo recorrido disciplinario (Vayda y McCay 1975; Hardesty 1977; Orlove 1980; Ingold 1987; Descola y Palsson 1996), incluso ahora se habla de una antropología histórica de la naturaleza (Lamy y Roy 2019) que, tomando los aportes de Latour (1991) y Descola (2005), declara que la naturaleza no es una entidad fija y permanente pues “no existe por ella misma sino en tanto los seres humanos, en cada lugar, en cada época, fuera y dentro de sí, reconocen signos y construyen significados sobre ella” (Schmitt 2019: 12). Una de las manifestaciones más fructíferas de esta relación es la ecología histórica (Crumley 1994; Balée 1998, 2006; Armstrong *et al.* 2017), entendida como “un programa de investigación vinculado al estudio de las interacciones entre sociedades y ambientes y sus consecuencias a través del tiempo, con el fin de comprender la formación de culturas y paisajes, tanto pasados como contemporáneos” (Balée 2006: 76). Rick, Braje y DeLong usan la ecología histórica en este sentido: una línea de base que busca integrar, trascendiendo las fronteras disciplinarias, “la arqueología, la ecología y la historia para entender las interacciones antiguas y modernas entre pinnípedos, nutrias, personas y los ecosistemas marinos” (2011: 2).

Uno de los conceptos centrales en este libro es el de “operaciones cinegéticas marinas”, usado para integrar la información relacionada con las respuestas a seis preguntas básicas sobre la caza: ¿quiénes la desarrollan?, ¿qué especies se capturan?, ¿dónde se efectúa?, ¿por qué se las caza?, ¿cuándo ocurre? y ¿cómo se realiza? El término incluye no sólo la caza, sino también el procesamiento de los productos obtenidos y su transformación en mercancías comercializables (Reeves y Smith 2006: 83-84). Cada una de estas operaciones ocurre en un espacio/tiempo definido donde es posible encontrar continuidades y transformaciones tecnológicas sociales y culturales (Reeves y Smith 2006: 85). En este espacio/tiempo se generan “formas particulares de organización social, que integran habilidades y conocimientos individuales y colectivos, reglas de captura de una o varias especies [...], su procesamiento y la distribución y uso de los productos, transmitidos a través de generaciones” (Lindquist 1994: 16) que

hemos denominado “tradiciones cinegéticas marinas” (Quiroz 2020a). Se debe considerar que la tradición no son sólo patrones heredados de pensamiento y/o acción, o una práctica específica de largo plazo transmitida generacionalmente, sino también una interpretación del pasado mediada simbólicamente en el presente, en una transformación permanente, con continuidades y discontinuidades (van Ginkel 2007: 9).

Pero no solamente interesan las operaciones, las prácticas y las tradiciones, sino también las narrativas elaboradas sobre ellas. Una narrativa es una forma de contar con palabras, escritas o dichas, o imágenes, algo que sucedió: la narrativa no es la historia sino su relato (Rudrum 2005). Las narrativas seleccionan algunos elementos, dejan otros, y los ordenan dándoles un significado: son una forma de crear historia (Kreiwirth 2000). Michel de Certeau define la narrativa etnográfica como el relato de un viaje que se desarrolla en tres etapas: “el viaje de ida”, la búsqueda de lo extraño que se presume diferente, “la permanencia en el lugar”, espacio en el que se realiza la traducción y “el viaje de regreso”, la vuelta a casa del viajero narrador y su escritura. Es la representación del otro por un “testigo” (1986: 69-70). El “viajero” trae de vuelta “un objeto literario” donde reflexiona sobre su experiencia de lo diferente (1988: 214). Las narrativas etnográficas no sólo recogen los puntos de vista de los cazadores, sino también de todos los grupos que están vinculados, de una otra manera, con las operaciones cinegéticas marinas (Quiroz 2020b; Quiroz y Carreño 2017). No podemos olvidar que las narrativas tienen un fondo “moral”, que corresponde al valor que le otorga el “viajero” a lo visto (Epstein 2008; Sellheim 2018).

Las operaciones cinegéticas marinas se encuentran invisibilizadas en nuestra sociedad. Los protagonistas-supervivientes, siempre bajo sospecha en las miradas moralistas del siglo XXI (Sellheim 2018), son ignorados y sus discursos sobre los “animales preciosos”, narrativas opuestas a los relatos inscritos en los imaginarios de las organizaciones ambientales, son rechazados de plano y también ellos, protagonistas y testigos, guardan discreto silencio sobre su pasado. Los cazadores sobrevivientes, ancianos la mayoría, ocultan sus experiencias en una neblina espesa y aparente, algo parecido al olvido, espejismo. Es como si su travesía furtiva aún no finalizara. No obstante, cuando ese discurso rompe su secreto e irrumpe y vuelve a cristalizarse en densos relatos, los sujetos no

sólo despliegan en aquella narrativa el orgullo de su oficio, sino también un profundo conocimiento del mundo de los archipiélagos y una valoración absolutamente distinta a la nuestra sobre los asuntos de la vida y la muerte. Todos los discursos, sean de cazadores, autoridades, científicos o ambientalistas, son parte de la construcción histórica que hacemos no sólo de las operaciones, sino también del océano como un espacio “de dispersión, conjunción, distribución, contingencia, heterogeneidad y de líneas e imágenes que se intersectan y estratifican; en resumen, un campo de posibilidades estratégicas en las que el orden oceánico se mantiene unido en un espacio común, pero altamente fluido” (Boelhower 2008: 92-93). Las narrativas elaboradas para representar las operaciones cinegéticas marinas forman parte de la construcción occidental del “Gran Océano”, con sus claros y oscuros, por lo que resulta urgente y necesario conocerlas y mostrarlas. La emergencia contemporánea de un discurso contrario a la caza de mamíferos marinos es un fenómeno que debe ser considerado (Sellheim 2018; Epstein 2008).

Queremos “construir historias” sobre la caza de nutrias y el comercio de pieles en las costas patagónicas insulares desde la antropología, en el espíritu sugerido por Schmitt (2010): mediante un diálogo interdisciplinario, sin renunciar al propio “saber hacer”. La “etnografía retrospectiva” es la herramienta escogida, pues busca estudiar “el pasado de la misma manera como un antropólogo aborda una sociedad exótica” (Thomas 2009: 2) y analizar un modo de vida del ayer como si fuera contemporáneo. La caza de carnívoros marinos en Sudamérica es un “evento del pasado” (con algunas excepciones) y no puede ser observado directamente. Entonces, buscamos construir una etnografía histórica, es decir, un escrito (o varios) producido(s) en el marco de la etnografía retrospectiva. El concepto ha sido usado de diversas maneras por antropólogos e historiadores, reflejando su naturaleza polisémica (Gonçalves 2009; Driessen 2013; Bezerra 2015). Rebecka Lennartsson, antropóloga sueca, subraya una sensación de extravío, “como si no tuviera ni un mapa ni una brújula”, al estudiar el comercio sexual en el Estocolmo del s. XVIII, y siente que las herramientas tradicionales de la antropología no se lo permiten. Señala que, si “la etnografía es tanto el método como una forma de expresión de nuestra disciplina, ¿cómo puedo aplicarla en una ciudad que ya no existe?”. En otras palabras, “¿puede la etnografía ser

usada para describir y comprender un mundo perdido?” (Lennartsson 2011: 107). En similar perspectiva, la antropóloga Renata de Sá Gonçalves habla de un “viaje” al Río de Janeiro de finales del s. XIX. Ella, con la ayuda de las voces de periodistas y cronistas, pudo narrar los dramas desarrollados en el “carnaval dos ranchos”, las antiguas escuelas de samba (2007). Allí señala: “Me dejé llevar [...] por diarios, revistas y libros, de manera de construir una ‘etnografía retrospectiva’ de su proceso de estructuración, consolidación y finalización” (2008: 7), proponiendo “una lectura etnográfica del material histórico sobre los ‘ranchos carnavalescos’, con un foco en los cronistas del diario considerado como el más popular, de la época, el *Jornal do Brasil*” (2009: 76). Estas etnografías retrospectivas, dado el carácter globalizado de la caza de nutrias, son siempre comparativas y multi-situadas (Marcus 2001).

Se debe recurrir a otro tipo de datos, que hemos llamado “recuerdos”, “recortes” y “ruinas”. Son los “recuerdos” de las personas que pudieron participar y/o observar directamente la experiencia estudiada o les hablaron de ella; los “recortes” de documentos administrativos, científicos y literarios, de noticias y entrevistas de prensa, depositados en archivos; y las “ruinas” son testimonios y huellas materiales posibles de relevar en visitas a los lugares donde las actividades se realizaron (Quiroz 2014, 2015). Estas actividades fueron contadas por diversos “cronistas” que las observaron en un “presente etnográfico” (Sanjek 1993; Pina-Cabral 2000).

La búsqueda de “recuerdos”, “recortes” y “ruinas” es un viaje etnográfico, sin duda. Ocurre en muchas dimensiones y sigue siendo un desplazamiento en la interioridad del imaginario del etnógrafo. Sin embargo, ahora no es sólo aquello ni tampoco es únicamente un desplazamiento geográfico, ir a un lugar ajeno y distante, y volver. Las tecnologías de la información han dispuesto un vasto mundo repleto de materiales depositados en servidores remotos, a los cuales se puede acceder vía digital persiguiendo de manera sistemática insospechados ruteos. En estos tiempos de emergencia sanitaria a causa del Covid-19 se suponen dificultades irremediables para los etnógrafos como consecuencia del confinamiento. Más, dispone a la disciplina a explorar otras dimensiones de la realidad en donde los hallazgos y “encontronamientos” se suceden vertiginosamente y muchas veces de forma simultánea. Así, mucho de este trabajo fue posible porque

nos transformarnos en “etnógrafos internautas” o “cazadores digitales”. La construcción de algoritmos de búsqueda y ruteo aseguran una sistemática casi infalible, asegurando óptimos resultados a la búsqueda.

CAZADORES DEL “GRAN OCÉANO”

Los cazadores de mamíferos marinos que llegaron a fines del siglo XVIII desde el hemisferio norte al Pacífico Suroriental eran ingleses, franceses y principalmente estadounidenses (de Nueva Inglaterra). La caza comercial de mamíferos marinos se constituye en una industria capitalista global que produce aceite y pieles finas. Las pieles de lobos finos eran “una mercancía preciosa”, tan apreciada en los mercados peleteros mundiales como las pieles de nutria marina traficadas en el Pacífico Norte, y enfocaron gran parte de sus esfuerzos en obtenerlas. El comercio de pieles de lobo fino formaba parte no sólo del comercio global de pieles sino también de la industria peletera mundial. Todas las pieles iban a los mismos mercados y unas eran sustitutas de otras (Basberg y Headland 2008). Las pieles de lobos finos y de nutrias obtenidas en el Pacífico Sur ingresan en circuitos comerciales peleteros inaugurados por comerciantes rusos durante la primera mitad del siglo XVIII en el Pacífico Norte. Estas operaciones cinegéticas se enfocaron en el intercambio: adquieren pieles de nutrias marinas y de otros animales peleteros de los pueblos originarios que vivían en las costas del Pacífico Noroccidental y Alaska, para venderlas o intercambiarlas en Cantón por té, sedas, porcelanas y otros bienes de manufactura china, que luego eran comercializados en Europa y los Estados Unidos (Bockstoce 2009). Londres se constituye también en un importante centro de comercio peletero a fines del siglo XVIII, que suministraba pieles para el mercado doméstico y también las reexportaba al resto de Europa y China (Basberg y Headland 2008). El comercio marítimo de pieles vincula América, Europa y Asia en una compleja red de intercambios económicos, políticos, sociales y culturales (Gibson 1992) cuya magnitud e intensidad provocará que la nutria marina en el hemisferio norte se la considere localmente extinta hacia 1820 (Szpak *et al.* 2013). Este tipo de comercio ha sido estudiado sistemáticamente desde hace bastante tiempo tanto por antropólogos como historiadores (Wike 1958; Ogden 1975; Gibson 1992; Mackie 1997; Malloy 1998; Bockstoce 2005; Orchard 2007; Ravalli 2018; Berg 2019).

Las incursiones de loberos extranjeros alcanzaron su clímax en las primeras décadas del siglo XIX, para luego disminuir rápidamente, y ser reemplazadas por loberos nacionales que saliendo de los puertos de Valparaíso y Talcahuano se dirigieron a las islas de Juan Fernández, Mocha y Santa María (Sielfeld 1983, 1999). Lo mismo ocurrirá en el extremo sur, ya que desde Punta Arenas zarparán expediciones que llegarán no sólo a las islas Diego Ramírez sino también a las Shetlands del Sur (Martinic 1973; Berguño 1993; Mayorga 2018). Los loberos nacionales utilizaron pequeñas goletas en las que trasladaban cuadrillas de personas que operaban en las colonias de lobos, cazándolos, obteniendo las pieles, que llevaban a sus centros de comercialización, Punta Arenas, Concepción y Valparaíso, donde comerciantes peleteros continuarían con su proceso de industrialización. Podemos señalar que este tipo de operaciones es una adaptación local, de tipo empresarial, de las operaciones globales, pues conservan sin mayores modificaciones el equipamiento y la tecnología utilizada. Mateo Martinic (1973) caracteriza las operaciones loberas magallánicas entre 1868 y 1916, señalando que las “manadas de pinnípedos” que existían en las costas patagónicas orientales y las islas subantárticas “fueron sucesivamente exterminadas por la caza incesante y agotadora que realizaron foqueros ingleses y norteamericanos entre mediados del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX” (1973: 7). En 1868, José Nogueira, marino portugués, se establece en Punta Arenas y luego de aprender la captura de lobos comienza a cazarlos en los canales patagónicos, entre la isla de los Estados, en Argentina, y el golfo de Penas, oficio que dominará por casi 20 años (1973: 8), aun cuando durante este periodo continuaron arribando embarcaciones extranjeras, especialmente goletas norteamericanas, provenientes de las islas Malvinas y Montevideo (Bonacic 1941: 134; Vera 1897: 207). En 1890 se incorporan al negocio otros comerciantes magallánicos, pero la explotación intensiva de lobos de dos pelos causaría una veda por cinco años, entre 1892 y 1895 (Albert 1901). Ese año, el Gobierno de Chile otorga algunas concesiones para la caza de lobos en las islas australes, pero la actividad se detendrá completamente en 1916 (Zorrilla 1925; Vera 1897). Como indica Martinic, “el período brillante de la caza había tocado a su fin; el codiciado lobo de dos pelos sobrevivía en escasos ejemplares, defendido por la ruda naturaleza, refugiado en inaccesibles lugares (1973: 13).

En la época de la llegada de los loberos extranjeros a fines del siglo XVIII, la caza de mamíferos marinos existe en diversos puntos de la costa del Pacífico Suroriental, relacionada con prácticas incluidas en los modos y estilos de vida de pueblos originarios que vivían en estos espacios desde hace miles de años. En toda la costa chilena hay información arqueológica e histórica que nos habla de operaciones cinegéticas marinas de los pueblos originarios de las costas de Chile, principalmente entre los llamados “changos” o constructores de balsas de cuero de lobo (Ballester y Gallardo 2017; Letelier y Castro 2018) y los nómades canoeros de la Patagonia Occidental Insular, chonos, kaweskar y yaganes (Hanisch 1982; Martinic 1989; Legoupil 2000; San Román 2007). Estas operaciones prehispánicas continúan después de la llegada de los europeos en el siglo XVI, pero adaptadas a las nuevas condiciones sociales, económicas y culturales que se implementan en el período colonial.

CAZADORES EN PATAGONIA OCCIDENTAL INSULAR

En la Patagonia Occidental Insular se cristaliza una manera particular de realizar la caza en un contexto de cambios y transformaciones profundas derivadas de la relocalización y la sedentarización de poblaciones canoeras en Chiloé, lo que significa orientar una parte de los productos de la caza al comercio con los españoles y otra parte al autoconsumo (González de Agüeros 1791). Walter Hanisch cuenta que en 1770 en Chaulinec, una de las islas de los archipiélagos interiores de Chiloé, “los habitantes eran chonos muy primitivos todavía, que comían carne de lobo marino y comerciaban con cueros y aceite de lobos marinos y barbas de ballena” (Hanisch 1982:107). Pedro González de Agüero relata que, en esos mismos años, los lobos marinos “en más crecido número y mayores se hallan en [los archipiélagos de] Guaitecas, y Guayaneco; de estos únicamente se aprovechan los Indios Neófitos que están al cargo de nuestros Misioneros en Chiloé, e Isla de Chaulinec”, describiendo la actividad de caza, la producción de aceite y chicharrones, puntualizando que “reservan las Pielas los Neófitos de Chiloé para venderlas, y asimismo hacen de ellas unos lazos como sogas de ocho y diez brazas”; en cambio, “los Gentiles las guardan para su abrigo” (González de Agüero 1791: 72-73). En 1792, Francisco de Clemente y Miró encuentra en la isla de Canienque “una piragua y junto a ella tres niños

y dos hombres que nos dijeron eran naturales de la isla de Chaulinec, que [...] se empleaban en matar lobos y sacar la grasa para venderla en San Carlos” (Urbina 2018: 325). En la Patagonia Occidental Insular, la caza de mamíferos marinos subsiste durante todo el siglo xix y gran parte del xx prácticamente sin variaciones. Fitz Roy advierte, en 1834, que en Puerto Low “algunas piraguas de Chiloé están en el puerto: los chilotes están en busca de nutrias, lobos y coipos y han atravesado el golfo de Huafo en sus mal acondicionadas embarcaciones, sin trepidación alguna” (Fitz Roy 1839: 375).

El siglo xx está dominado por operaciones locales a pequeña escala, en las que se cazaron lobos de uno y dos pelos, nutrias y coipos, utilizando balsas, chalupas o botes en casi todo el territorio nacional, pero especialmente en los fiordos y archipiélagos al sur de la isla grande de Chiloé y en isla Mocha (Sielfeld *et al.* 1977; Torres *et al.* 1979; Castilla y Bahamondez 1979; Sielfeld 1983; Iriarte *et al.* 1997; Iriarte y Jaksic 1986; Iriarte 1999; Sielfeld 1999; Sielfeld y Castilla 1999; Martinic 1973; Skottsberg 1911; Quiroz 2007). Iriarte y Jaksic (1986) señalan que Chile habría exportado, entre 1910 y 1954, 38.253 pieles de nutrias. En muchos momentos del siglo xx, un elemento singular y configurador de aquella “invisibilidad” de la caza de nutrias y sus protagonistas es que se realizó de manera furtiva. Este carácter no sólo responde a las prohibiciones, sino también a una demanda constante de la mercancía por parte de la industria peletera, a la presión impositiva y arancelaria y, esencialmente, a la adherencia de los cazadores a su modo de vida y/o modo adaptativo.

En este libro nos enfocamos en el estudio de las operaciones de caza de nutrias que ocurrieron en un espacio geográfico y cultural singular, la Patagonia Occidental Insular. También nos interesa el comercio de pieles, la peletería y la producción de artículos de piel para el consumo de las elites. Hemos buscado información sobre estos asuntos aprovechando la disponibilidad digital del diario *La Nación*. Entre sus páginas, desde 1917, se encuentra de manera profusa avisaje referido a las peleterías de Santiago y sus diversas mercaderías. Las características de aquella publicidad, su disposición en el diario, su tamaño, época y recurrencia entregan exquisitos y magníficos datos sobre este tema. Otras revistas, *Sucesos*, *Ecran* y *Elite*, dadas sus preocupaciones e intereses editoriales, fueron multiversos donde la etnografía sondea un espacio virtual repleto de “recuerdos”, “recortes” y “ruinas”, un fértil terreno donde hacer un peculiar trabajo de campo.

La piel de la nutria, su pelaje, es cosa/objeto, una mercancía, imaginario, una serie compleja de relaciones, un objeto jurídico o normativo, es un espejo. Las pieles son nudos en los que convergen distintas cuerdas, se entrelazan. Para intentar volver a trazar la “vida social” de estos objetos (Appadurai 1986) debemos seguir su recorrido, eso que los lleva a cambiar de estatuto y de significación, atravesando fronteras comunitarias o nacionales. Conscientes de que el valor económico no es un dato preexistente o intrínseco al objeto-piel sino el resultado de una “negociación”, podemos explorar entonces las condiciones de su elaboración.

Temporalmente, nos situamos entre fines del siglo XVIII y fines del XX, sin descuidar algunas referencias anteriores y posteriores. El libro está dividido en tres partes, unidades o secciones, vigorosamente costuradas las unas a las otras. En la primera parte revisamos las contribuciones de los naturalistas del siglo XVIII al conocimiento taxonómico de las nutrias que habitaban el territorio chileno, luego entresacamos los datos que aparecen en las crónicas de los navegantes del siglo XIX y los tratados de los antropólogos del siglo XX sobre la caza de nutrias y el comercio de sus pieles, para cerrar con dos capítulos que recogen la información entregada por los habitantes de los archipiélagos meridionales a investigadores y curiosos que las usaron en sus novelas, reportajes, ensayos, tesis de grado y publicaciones similares. En la segunda parte aparecen los relatos que nos entregaron de estos mismos eventos antiguos cazadores y otros testigos privilegiados; se muestran testimonios sobre las travesías, las rutas, las embarcaciones, las armas, los perros, los modos de captura y procesamiento de las nutrias, el comercio de las pieles y los habilitadores. La tercera parte aborda la naturaleza de la industria peletera chilena, la producción de abrigos, la publicidad, el espectáculo y, por supuesto, el glamour, tanto en Chile como en el extranjero. El libro finaliza con una reflexión sobre la naturaleza de la metamorfosis capitalista que transforma un hermoso ser vivo, en este caso una nutria, verdadera (huillines y chinchimenes) o falsa (coipos), en un brillante abrigo de piel.

Se aprende de las nutrias, de su deambular, de sus pieles, de su brillo. Se aprende a aprehender el sentido de los acontecimientos que rigen las relaciones entre humanos y nutrias desde múltiples perspectivas, entendiendo que la antropología es un saber particular que hace preguntas construyendo realidades e imaginando acontecimientos.



Figura 2: Isla Sofía, canal Pérez Sur, Archipiélago de los Chonos. Fotografía: Juan Carlos Olivares.

PRIMERA PARTE

The law was being lived about him by all live things, and he himself was part and parcel of the law. He was a killer. [...]; pursuing and being pursued, hunting and being hunted, eating and being eaten, all in blindness and confusion, with violence and disorder, a chaos of gluttony and slaughter, ruled over by chance, merciless, planless, endless.

La ley era vivida por todos los seres vivos en su entorno y él era parte integrante de la ley. Era un asesino [...], persiguiendo y siendo perseguido, cazando y siendo cazado, comiendo y siendo comido; todo en medio de la mayor ceguera y confusión, con violencia y desorden, un caos de glotonería y matanza, gobernado por el azar, sin piedad, sin plan, interminablemente.

JACK LONDON (1914 [1905]): 108.

UN EJERCICIO DE TAXONOMÍA HISTÓRICA

LAS NUTRIAS Y LA “NUTRIA”

En Chile hoy viven dos especies de nutrias, el “chungungo” o nutria de mar, y el “huillín” o nutria de río. La nutria de mar, *Lontra felina*, “habita el extenso litoral rocoso chileno, desde el extremo norte hasta las islas del cabo de Hornos, donde prefiere puntillas rocosas de fuerte exposición a las olas” (Sielfeld y Castilla 1999: 76). *Lontra felina* vive también en la costa peruana, desde 6° latitud sur hasta el límite con Chile y además se encuentra en la Isla de los Estados, en Argentina (Brownell 1978: 101; Larivière 1998: 2). La nutria de río, *Lontra provocax*, “habita ríos y lagos del sector sur de Chile [desde el río Cachapoal], para invadir a partir del seno de Reloncaví y el Canal Chacao los senos y canales interiores de los archipiélagos patagónico y fueguino” (Sielfeld y Castilla 1999: 76). *Lontra provocax* vive además en el sector andino argentino, desde el sur de Neuquén hasta Tierra del Fuego (Redford y Eisenberg 1992; Larivière 1999: 1). Las nutrias abundaban a lo largo de toda la costa chilena durante el siglo XIX (Housse 1953). La caza ilegal, desarrollada desde finales de ese mismo siglo, provocó que sus poblaciones disminuyeran fuertemente, “especialmente entre 1910 y 1954, cuando casi 38.000 pieles de nutrias fueron exportadas de Chile” (Delgado, Álvarez y Pfeifer 2005: 7).

Pero también existe en territorio chileno una “falsa nutria”, otra especie que también recibe el nombre de nutria, sin ser un mustélido como las otras. Se trata del coipo, *Myocastor coypus*, un roedor de gran tamaño, de hábitos semiacuáticos, que los españoles al llegar en el siglo XVI a Sudamérica “lo nombraron como si fuera la nutria europea” (Escosteguy y Salerno 2009: 277). En algunas regiones de Chile también se lo conoce como nutria.

Las nutrias chilenas, incluida la “falsa nutria”, han sido llamadas por los taxónomos en distintas épocas de maneras diferentes. En la actualidad, se le reconoce a Juan Ignacio Molina el privilegio de ser el primero en describir,

de un modo sistemáticamente aceptable, a la nutria de mar, y es por eso que el nombre completo de la especie es *Lontra felina* (Molina 1782)¹; pero no sucede lo mismo con la nutria de río. Esta nutria fue descrita “de manera correcta” recién en 1908 por el zoólogo Oldfield Thomas, y se la nombra ahora *Lontra provocax* (Thomas 1908). También le debemos a Molina el nombre científico del coipo, *Myocastor coypus* (Molina 1782).

Muchas descripciones taxonómicas de las nutrias chilenas fueron hechas sobre los ejemplares obtenidos en la Patagonia Occidental Insular por naturalistas y viajeros, que luego fueron remitidos a museos de Europa para ser conservados e investigados. Ocurrió con los especímenes recolectados por los ingleses de la BEAGLE y los franceses de la ROMANCHE, y con los de otras expediciones menos conocidas pero igualmente importantes.

LOS NATURALISTAS JESUITAS

Se ha señalado que la historia natural, en un sentido general que incluye “la geografía humana, la cartografía, la astronomía, la botánica y zoología comparadas, pero también la antropología, la lingüística y la religión comparadas” ha sido “el saber académico al que se han dedicado los jesuitas con más asiduidad” (del Pino 2016: 215), siendo tal vez la *Historia natural y moral de las Indias*, de José de Acosta, publicada en 1590, la obra paradigmática. Si pensamos en la historia natural de Chile son los jesuitas, sin duda, sus principales cultores. ¿Qué encontramos y no encontramos sobre las nutrias chilenas en sus textos?

La *Histórica Relación del Reyno de Chile*, escrita por Alonso de Ovalle y publicada en 1646 (Ovalle 1646), nada nos dice de las nutrias. Será Diego de Rosales, historiador del siglo XVII, quien las mencione; tal vez, sea el primero. En su *Historia General del Reyno de Chile*, escrita en 1678 y publicada por primera vez en 1877 (Rosales 1877), habla de uno de los “animales anfibios que aquí conocemos”, que “los indios llaman Guillin” y “los españoles llaman

¹ El apellido y la fecha en la que se publicó la determinación del taxón va entre paréntesis porque el nombre del género se modificó posteriormente. Molina había propuesto *Mustela felina*.

Nutria”. Este animal “es de color castaño, el pelo blando, los dientes amarillos y agudos, la cola larga y poblada de pelo; pesca y llena sus cuevas de pescado en breve tiempo, muerde con tanta tenacidad que no afloja la presa hasta que suenan los huesos quebrados”. Sus madrigueras las tiene “cerca de los ríos y lagunas de agua dulce; muchos afirman que es especie de castor y que participa de sus calidades” y asegura que “sus pellejos son de mucho abrigo”. Pero Rosales también señala que “otro animalejo hay, llamado Coipu, que en el pelo y obras se parece a la Nutria, en la hechura a la raposa terrestre”: tiene sus madrigueras “en las orillas del mar, en donde entra, destroza y come cuanto peje mediano encuentra; en esta ocupación gasta la mayor parte del día, y sale muchas veces a tierra a cobrar resuello y prevenirse para volver a dar saco a los pececillos” (Rosales 1877 [1678], I: 308).

Rosales está hablando, sin duda, de dos “animales anfibios”, el Guillin y el Coipu, pero, aunque sus descripciones no se ajustan demasiado a lo que sabemos hoy de las nutrias, sin duda se refiere a ellas. Es claro que lo que denomina Coipu es la nutria marina y su Guillin es la nutria de río. Esta distinción se mantiene hasta fines del siglo XVIII. Por ejemplo, Miguel de Olivares, también jesuita, en su *Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile*, escrita en 1762 (Olivares 1864), dice que “el coipo y el huillín son animales anfibios, del tamaño de un gosque², de dientes muy agudos y de fiereza que nunca deponen; pues jamás ha llegado a amansarlos la más esmerada industria; no sirven de otra cosa que de consumir los peces en que hacen estragos con fiereza y se ceban con voracidad” (1864: 31).

A fines del siglo XVIII se escriben (y algunas se publican) varias obras sobre la historia natural del territorio chileno en las que las nutrias son descritas y puestas en circulación.

El primer trabajo impreso es el *Compendio della storia geografica, naturale e civile del Regno del Chile*, publicada, en forma anónima, en Bolonia en 1776. Algunos piensan que fue escrito por Felipe Gómez de Vidaurre, otros por Juan Ignacio Molina, incluso hay algunos que creen que lo escribieron

² Gosque o gozque: Se dice de un perro pequeño, muy sentido y ladrador [Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española].

entre los dos (Figueroa 2017: 158). En este notable trabajo se indica que los “animales nativos vivíparos o cuadrúpedos”, los actuales mamíferos, se dividen en “acuáticos y terrestres”. Entre los animales acuáticos están “el Gato, el Huillin y el Coipu” (Anónimo 1776: 74). El Gato Marino “es parecido en tamaño y conformación al gato terrestre; el pelaje, que es grueso y suave, es de color gris. Tiene los cuatro pies cartilagosos, una cola grande, larga y gruesa. Es feroz y se defiende con sus afilados dientes de los hombres, y de los perros” (Anónimo 1776: 80); el Guillin, en cambio, “es un animal muy común, que vive en lagos, ríos y ríos, y se alimenta de peces o la hierba que crece en los márgenes”. Su tamaño es el de un perro común; “su cuerpo está cubierto con dos tipos de pelos, es decir, con pelo largo y con pelo corto: el pelo corto y fino, y extremadamente suelto; no supera una pulgada de largo y sirve para conservar el calor del animal y su pelaje largo y algo áspero, su color en la espalda es marrón oscuro y en el vientre, blanquecino”. Tiene las extremidades “membranosas y planas, y la cola ancha”. Señala que se “conocen muy buenos sombreros hechos con su piel”. El Coipu es “más pequeño que el Guillin, al que es similar en la figura y en el modo de vivir, el color de su piel es negro, y también está cubierto de dos pelos; los interiores son suaves”. El coipo, “aunque anfibio, es criado en las casas y domesticado como los perros”. Finalmente señala que también hay nutrias, sobre todo en las islas Chiloé, que no difieren de las de Europa (Anónimo 1776: 81).

Es decir, según el Compendio, tendríamos en Chile gatos marinos, huillines, coipus y nutrias, especies que, aunque sus características no coincidan completamente, tendrían claras correspondencias: el gato marino a *Lontra felina*, el huillín a *Lontra provocax*, el coipo a *Myocastor coypus*, y la nutria sería la nutria europea, *Lutra lutra*. Sabemos que la nutria europea no habita en Chile, por lo que podemos pensar que estaba simplemente en el imaginario del naturalista anónimo, que lo usó como un tipo de “espejo comparativo”.

LAS NUTRIAS DEL ABATE MOLINA Y DEL OLVIDADO GÓMEZ DE VIDAURRE

La segunda obra impresa es el *Saggio sulla storia naturale del Chili*, escrita por Juan Ignacio Molina, y publicada también en Bolonia, en 1782, que se refiere con más detalle a estos animales. Stuardo señala que Molina utiliza para

escribir su primer Saggio, “especialmente los llamados Compendio Anónimo de 1776 y la Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile escritas por Felipe Gómez de Vidaurre, esta última consultada por Molina como un manuscrito no publicado como el mismo menciona en su introducción” (Stuardo 2007: 98). El Compendio es un texto clave en lo que significa la taxonomía histórica de las nutrias chilenas. Reunir en una misma categoría taxonómica los tres animales nativos, chinchimenes, huillines y coipos, con la nutria europea, refleja no solo el pensamiento de los naturalistas del siglo XVIII, sino también el estado del conocimiento sobre los animales y su ordenamiento en esa época.

La Historia de Gómez de Vidaurre, terminada en 1782 (Figueroa 2017), será publicada un siglo después por José Toribio Medina en su Colección de Historiadores de Chile (Gómez de Vidaurre 1889). Revisemos primero lo que escribe Gómez de Vidaurre, quien habla de manera más extensa de los mismos animales que aparecen en el Compendio, en un capítulo sobre “animales anfibios”, una subdivisión de los “animales cuadrúpedos”, los que son “de mar y otros de agua dulce”.

Del chinchimén nos dice que es:

al que los españoles han dado el nombre de gato marino. Es la denominación más conforme que se ha hallado al objeto que se exprime por ella; porque, a la verdad, se asemeja mucho al gato terrestre, en la cabeza, en las orejas, en los ojos, en la nariz, en la boca, en la lengua, y también en la configuración y largo de su cola. Tiene también, como el gato terrestre, varios órdenes de mostachos en el hocico. En todos sus pies tiene cinco dedos membranudos, con garras fuertes y corvas. Su cuerpo está vestido de dos suertes de pelo, como el de las nutrias: el uno es suavísimo y corto, que es el interno, y el otro largo y áspero, su color es oscuro claro. Estos están, ya sobre las peñas, ya nadando en el mar, jamás en tropa sino solo de dos en dos. Tienen estos animalitos la misma ferocidad que los gatos monteses y del mismo modo que ellos se botan contra los que se les acercan, pero a poco tiempo de manejados la deponen del todo con el buen trato y se domestican no menos que el gato casero. La grandeza, tomada de la punta de su hocico hasta el origen de la cola, es de cerca de

dos pies. Su grito es ronco y se arrima más al del tigre que al del gato. No abundan mucho, lo que hace creer que ellos no sean muy fecundos, porque no se les hace la caza sino por una pura curiosidad, y así a esto no se puede atribuir la escasez que de ellos se nota (Gómez de Vidaurre, 1889: 271-272).

Escribe Gómez de Vidaurre que “de los anfibios de agua dulce, solo dos especies, fuera de las nutrias, de que he hablado, se conocen hasta ahora en Chile, que son el guiglin y el coipu” (Gómez de Vidaurre 1889: 272). El guiglin es:

una especie de castor por la fineza de su pelo, aunque él no tenga las propiedades y gobierno republicano que se observa en el castor. El guiglin tiene la cabeza cuasi cuadrada, las orejas cortas y redondas, los ojos pequeños, la nariz obtusa, la boca armada de cuatro dientes incisivos muy agudos, dos en la quijada de abajo y otros dos en la de arriba, y diez y seis molares. Tiene cuatro pies con cinco dedos cada uno; los de adelante están unidos por una pequeña membrana, y los posteriores por otra que llega hasta el nacimiento de las uñas. Tiene el lomo ancho y larga la cola, chata y poblada de pelo. Este, en su espalda (si se habla del largo) es castaño oscuro, con algunas pequeñas manchas cenicientas; y si del interno y corto, de color de canela, y en el vientre uno y otro se aclaran, de modo que viene a parecer blanquizo. El pelo corto, que es estimable, recibe bien toda suerte de colores y con él se trabajan sombreros, que se equivocan con los del verdadero castor. La grandeza de este animal, tomado su largo desde los labios hasta el principio de la cola, es de cerca de tres pies. Habita los lugares más profundos de los ríos y de las lagunas, donde está largo tiempo sin salir afuera a respirar. Se alimenta de peces y de cangrejos, y todo el que se coge en las nasas suele ser para él. Sale fuera del agua y de su cueva para deponer sus excrementos, y esta es la circunstancia de que se valen los cazadores, aguardándolo vecinos al lugar a donde él viene siempre a hacer esta función, porque en cualquiera otra es muy difícil sorprenderlo. El guiglin es naturalmente feroz y atrevido, de modo que corre a robar el pez de las nasas aun a la presencia del pescador (Gómez de Vidaurre 1889: 272).

Finalmente, el coipu es

un ratón acuático de la grandeza de la nutria, a la cual se asemeja mucho en la forma y en el color de su pelo. Tiene el hocico largo con pelos largos y recios, los ojos redondos, las piernas cortas y la cola mediana, gruesa y peluda; en los pies anteriores, cinco dedos bien separados, y otros tantos en los posteriores, pero unidos por una membrana. Habita, ya en la agua, ya en tierra, y no es de natural feroz, antes bien se domestica tanto que no solo obedece a la voz de quien cuida de él, sino que se muestra agradecido con ciertos movimientos graciosos de su cuerpo. Se acostumbra a comer de todo, como a hacer ciertos juegos de saltar, sentarse, etc. Con un poco de paciencia y de industria, se le podría acostumbrar a la pesca mejor que a las nutrias. La hembra se desembara de cinco a seis hijos, que conduce siempre consigo cuando va a buscar su alimento. La voz es un grito agudo que él no da sino cuando es herido o molestado, y aunque se vea maltratado o perseguido, no se irrita ni se bota contra alguno; cuando se le amenaza, sentándose sobre sus dos pies posteriores, da un grito lastimoso; es, en suma, un animal inocente que en nada daña y de quien se puede recibir alguna utilidad, porque su pelo, ciertamente, se puede aprovechar (Gómez de Vidaurre 1889: 272).

Juan Ignacio Molina describe a los mismos animales en su Saggio de 1782 y prácticamente de la misma manera como los textos anteriores. La diferencia es que Molina le asigna a cada animal un nombre acorde con la terminología científica de la época, cuestión que no se había hecho previamente. Es así como el chinchimén es *Mustela felina*, el guillín es *Castor huidobrius* y el coypu es *Mus coypus*.

Molina comienza describiendo al chinchimén: “es un animalito de cerca de veinte pulgadas de largo, de la punta del hocico hasta el origen de la cola, al cual los españoles han dado el nombre de gato marino. De hecho se asemeja al gato terrestre en la cabeza, orejas apuntadas y pilosas, hocico provisto de largos mostachos y cola gruesa, revestida de pelo espeso. Los pies delanteros y traseros tienen cinco dedos palmados, con garras fuertes y encorvadas. Su cuerpo está provisto, como el de las Nutrias, de dos suertes de pelo de color negruzco-claro: uno es suave y corto, el otro largo y rudo”. Estos animales

“pasan lo más del tiempo en el mar; allí se ven nadar de a dos en dos, en perfecta monogamia y jamás en manadas, como los Lobos Marinos”. También les gusta “permanecer en las rocas y recrearse al sol; entonces los aldeanos los atrapan con lazos, que extienden en aquellos lugares por donde deben pasar”. Tienen “la ferocidad de los gatos selváticos y, del mismo modo, asaltan a quienes se les acercan; su grito es ronco y semejante más bien al rugido del tigre” (Molina 1782: 284-285).

Molina señala que “los ríos, lagos y otras aguas dulces de Chile, además de las Nutrias comunes, albergan también dos especies de mamíferos palmípedos estimables por la suavidad de su pelaje; estos son el guillín o el coypu” (Molina 1782: 285). Luego continúa con el guillín: “es una especie de castor, estimable por la fineza de su piel. Su longitud es de cerca de tres pies de largo, desde la punta de los labios hasta el origen de la cola y dos de alto. El cuerpo está cubierto de doble pelo: uno interno, más fino y suave que el del conejo; otro externo, mucho más largo y grueso; ambos son negruzcos sobre el dorso y blanqueados bajo el vientre. El pelo corto recibe muy bien el color negro y el turquesa y entonces parece verdaderamente un terciopelo. Se hacen con él sombreros, que no ceden a aquellos del verdadero Castor; estos animales tienen la cabeza casi cuadrada, las orejas cortas y redondas, [...] los cuatro pies divididos en cinco dedos, de los cuales los anteriores están ornados de una pequeña membrana y los posteriores enteramente palmados; el lomo y la cola son largos y esta última colgante y densa de pelos; [...] pasa en los lugares más profundos de ríos y lagos, donde permanece largo tiempo, sin tener necesidad de salir fuera a respirar, ya que tiene el agujero oval del corazón medio abierto, como las focas. Se alimenta de peces y de cangrejos” (Molina 1782: 285-287).

Molina termina describiendo el coypu: “tiene el tamaño de la *Nutria* común, a la cual se asemeja mucho por la forma y color del pelo; tiene los ojos más bien redondos, el hocico oblongo, guarnecido de mostachos, las patas cortas, la cola mediana, redonda y pilosa”. Su voz es “un chillido agudo, que no se manifiesta sino cuando es maltratado; con un poco de paciencia e industria también se podría adiestrarlo, mejor que a las *Nutrias*, para capturar peces”. Su piel “se ha introducido en el comercio de peletería, del cual los sombrereros se proveen ávidamente para emplear el pelo

en sus fábricas y que, solamente en París, se han consumido en un año hasta 20.000 de estas pieles” (Molina 1810: 273-275).

Es interesante que estos naturalistas jesuitas distinguan estas tres especies “de animales anfibios”, chinchimén, guillín y coypu, aunque las descripciones de Molina y también de Gómez de Vidaurre sean consideradas inexactas pues “contenían una evidente confusión entre el huillín i el coipo” (Wolffshon 1909: 103). Es significativo que se hable de la presencia de una “nutria común” que habitaría “los ríos, lagos y otras aguas dulces de Chile”. Molina señala en una edición posterior de su obra que la nutria, *Mustela lutra*, “similar en figura y tamaño a las de Europa, habita en las aguas dulces de las provincias australes” (Molina 1810: 263). Para Philippi no es más que una equivocación de Molina, pues “la única especie de nutria, que se halla en los lugares indicados, es el Huillín” (1867: 796). Molina, ni tampoco Gómez de Vidaurre describen esta “nutria común”, pero suponemos que suponían la presencia de la nutria europea en los cuerpos de agua chilenos. Para ser justos, lo que dicen es que en “los ríos, lagos y otras aguas dulces de Chile” habitan “dos especies de mamíferos palmípedos estimables por la suavidad de su pelaje”, lo que es muy correcto. La nutria común parece ser solo un recurso retórico de los naturalistas jesuitas.

LA MIRADA DE CLAUDIO GAY

En la primera mitad del siglo XIX otro naturalista les dará “una segunda mirada”. Se trata de Claudio Gay, quien en su *Historia Física y Política de Chile* se refiere a estos animales entregando datos e informaciones adicionales. El naturalista francés distingue claramente las dos nutrias que habitan el país, pero reconoce que nunca pudo atrapar un huillín para poder observarlo con detenimiento (Gay 2010: 70-75).

Las nutrias “que los habitantes llaman gatos de mar y los indios chinchimén y a veces chungungos, se encuentran en pequeña cantidad en ciertas localidades de la parte central de la república y llegan a ser más comunes a medida que se avanza hacia el sur”. Es así como “abundan en la isla de Chiloé y sobre todo en el archipiélago de los Chonos, y se extienden hasta la isla del Fuego”. Las nutrias “son animales marinos, poco tratables, dañinos, y que

por ningún medio se pueden domesticar; viven solitariamente o a lo más en parejas en los huecos de las rocas y bajo las grandes raíces de los árboles, y siempre a la orilla del mar para poder estar al alcance de la pesca, de la que hacen su principal ocupación”. Según el naturalista francés “no creemos que traspasen las riberas, y aún menos que penetren en el interior de las tierras, bien que algunas personas nos lo hayan asegurado; puede ser que la confundan con el guillín, que es animal de agua dulce”. Las nutrias “conciben dos veces al año, y paren tres o cuatro hijuelos que crían con el mayor cuidado”. Claudio Gay nos indica que algunas costumbres de las nutrias las ha conocido por medio del señor Douglas, de Chiloé, “de quien tenemos algunos apuntes sobre este animal, ha visto que, cogiendo a sus hijuelos con la boca, los llevan al mar para enseñarles a nadar y pescar; este cuidado maternal dura cuatro meses más o menos, y cuando los cachorros se encuentran en disposición de poder cuidar de sí mismos se apartan de su madre, aunque sin alejarse al principio mucho de la localidad”. Los gatos de mar se alimentan de “mariscos, erizos, cangrejos y sobre todo en peces, que cogen con gran habilidad; no desdeñan los huevos ni los pequeños pájaros, más desechan siempre el pan, las raíces, frutas y otras partes de los vegetales, como lo demuestran su sistema dental y sus costumbres carnívoras”. El mismo Sr. Douglas le ha dicho que “cuando comen en el agua tienen el cuerpo vuelto, con la cabeza, las patas y la cola en el aire, y toman la presa entre las manos, la limpian y después la comen a pedazos o la tragan toda entera” (Gay 2010: 73-74). Claudio Gay señala que:

repetidas veces vimos en las provincias de Colchagua y Talca, y después en la de Valdivia, un cuadrúpedo que nuestros compañeros llamaban güillín; jamás pudimos pillarlo, y precisamos referirnos a lo que Molina dice de él, más bien para llamar la atención de los viajeros o de los naturalistas chilenos, que describiéndole como para hacerlo conocer completamente, pues sus caracteres son tan vagos e incompletos que nos sería difícil clasificarlo en cualquiera de los géneros conocidos (Gay 2010: 74).

Gay se limita luego a transcribir algunas de las observaciones de Molina. Le dedica también bastantes líneas al coipo. Se refiere a una “cierta desconfianza

que los naturalistas habían manifestado contra este autor [J.I. Molina], sobre todo por la inexactitud de sus descripciones, fue causa de que quedase ignorado hasta 1805” (Gay 2010: 74-75). En esa época, Atiene Geoffrey Saint-Hilare “tuvo ocasión de observar un gran número en casa de un peletero de París, lo cual le permitió describirlo con todos los caracteres necesarios para hacerlo conocer completamente”. Este animal, “que varía algo en sus colores más o menos bermejos, abunda mucho a lo largo de los ríos de la república Argentina, y todos los años se exporta gran número de sus pieles para diferentes países de Europa, donde suplen con ventaja a las de los castores en la fabricación de sombreros finos o de lujo” (Gay 2010: 158). En Chile se encuentra “desde la provincia de Coquimbo hasta la de Chiloé, donde se lo conoce bajo el nombre impropio de nutria; frecuente los lugares húmedos, de los que no sale jamás, haciendo con sus fuertes y robustas uñas agujeros en los declives de los ríos y lagos o bajo las raíces de los árboles”. Su permanencia en el agua una parte del día, “no es, sin embargo, como las nutrias, para pescar peces u otros animales, porque su alimento, esencialmente vegetal, no consiste más que en tubérculos o raíces tiernas”. Sin embargo, el mismo señor Douglas “nos ha asegurado en Chiloé que a veces come mariscos, que va a pescar al mar”. Las hembras paren “dos veces al año, y aún tres [...], y en cada una seis y más comúnmente cuatro hijuelos, que están muy pronto en estado de seguir a su madre al agua, en cuyo caso se suben sobre su espalda, y durante la natación pueden mamar, en razón de la singular posición de las cuatro tetas que son casi dorsales” (Gay 2010: 158-159).

Claudio Gay relata algunas andanzas de un coipo “semidomesticado” que tenía en su casa: “nos seguía muy familiarmente en el patio de casa o en el jardín; frecuentemente iba a la sala y trataba de subirse sobre las rodillas de las personas que encontraba [...]; se arrojaba comúnmente a un gran canal que pasaba por el mismo jardín, y aunque la corriente del agua era bastante rápida, la cortaba con facilidad” (Gay 2010: 159). Agrega que:

este animal, por la gran facilidad con que se domestica, podría ser objeto de un comercio bastante ventajoso; su carne, tierna y muy blanca, está lejos de ser desagradable al paladar, y se come con mucha frecuencia en la

provincia de Chiloé; sus pieles, bastante grandes, podrían abastecer a las sombrererías del país y de otras comarcas de un fieltro sumamente fino y casi tan bello como el del castor; aunque las sombrererías chilenas las empleaban con mucha frecuencia para este uso, su mayor utilidad consiste en hacer bolsas para el tabaco, en lo que se emplea también la del güillín y cabritillos (Gay 2010: 159).

Claudio Gay nombra las nutrias chilenas como *Lutra felina* y *Lutra huidobria* y al coipo como *Myopotamus coypus*.

LA CUESTIÓN DE LOS NOMBRES

¿Qué ocurre con la nomenclatura zoológica (formas de nombrar los animales) de las nutrias chilenas durante la primera mitad del siglo XIX, es decir, en el período que se extiende entre la obra de Juan Ignacio Molina y la de Claudio Gay?

Veamos primero el caso del chinchimén. Molina lo había nombrado, en 1782, como *Mustela felina*, es decir, formando parte del grupo de las comadrejas (Molina 1782: 204). En 1792, Richard Kerr la denomina *Lutra chilensis* (nutria chilena), señalando que “habita las costas de Chile” y que la duda “si debía ser considerada una nutria, semejante a la especie brasileña, o bien una comadreja”, quedaba despejada, pues “la descripción del pie [que hace Molina] es ciertamente una marca suficiente de su pertenencia a la tribu de las nutrias” (Kerr 1792: 172). En ese momento, el chinchimén pasa a ser considerado una verdadera nutria. George Shaw, en 1800, la llama *Lutra felina*, recogiendo no solo la descripción de Molina sino también su identificación específica (Shaw 1800: 448-449). Claudio Gay, por su parte, recoge el nombre propuesto por Shaw (Gay 2010: 73).

El caso del huillín es diferente. El nombre que propone Molina, *Castor huidobrius* (Molina 1782: 285), no es aceptado, pues el huillín claramente no es un tipo de castor. En la segunda edición del Saggio, Molina reconoce este punto y considera posible que sea una nutria, pero su descripción se mantiene confusa (Molina 1810). Claudio Gay es el primero en reconocer en forma explícita su pertenencia al grupo de las nutrias y lo nombra *Lutra huidobria*,

pero sin desconocer que “sus caracteres son tan vagos e incompletos que nos sería difícil clasificarlo en cualquiera de los géneros conocidos” (Gay 2010: 74). Recién en 1908, O. Thomas, mediante la revisión de un par de cráneos, le dará el nombre de *Lutra provocax* y el huillín será reconocido como una nueva especie. Thomas indica que “esta nutria vive junto a *Lutra felina* a lo largo de las costas del sur de Chile y en el estrecho de Magallanes, donde fue obtenida, primero durante el viaje del Challenger y después, en la misma región, por el Dr. Coppinger del HMS ALERT (Thomas 1908: 26-27). Sin embargo, Wolffshon continúa usando en 1909 el término *Lutra huidobria* para referirse al huillín (1909: 101).

Respecto del coipo, su historia taxonómica es semejante a la del chinchimén. Molina lo había llamado *Mus coypus* (Molina 1782: 287), reconociéndolo como un tipo de roedor, sin embargo, es Kerr quien le da el nombre por el que es conocido en la actualidad, *Myocastor coypus* (Kerr 1792: 225), pero se considera a Molina como el primero en describir la especie, de modo que su nombre completo es *Myocastor coypus* (Molina 1782). Gay lo llama *Myopotamus coypus*, que es el nombre que en 1805 le dio, de manera independiente, el naturalista francés Etienne Geoffroy Saint-Hilaire (1805: 86).

Hoy se ha modificado el nombre del género de las nutrias sudamericanas: Lontra ha remplazado a Lutra y es así como las especies ahora son *Lontra felina* (Molina 1782), reconociendo en el naturalista chileno al que primero publicó una descripción científicamente aceptable de la especie, y *Lontra provocax* (Thomas 1908). El coipo conserva su nombre de *Myocastor coypus* (Molina 1782).

Geoffroy Saint-Hilaire ofrece un maravilloso comentario respecto de los vínculos entre ciencia y peletería, que no pueden ser más convenientes para nuestro enfoque:

es una condición muy humillante para las ciencias ser así adelantadas por el comercio y tener que apresurarse en averiguar a qué animal pertenecen las pieles de esta útil peletería; logré, debido a la cantidad de pieles que posee el Sr. Bechem y gracias a su extrema gentileza, encontrar piezas lo bastante completas como para poder llegar a determinarlas; no tardé en dar-me

cuenta que la descripción del quouyia del Sr. Azara se ajustaba perfectamente y que, además, incluso se aplicaba también exactamente al dibujo del myopotamus (1805: 83).

Los vínculos entre ciencia e industria, que le parecen tan humillantes al naturalista francés, fueron bastante comunes durante todo el siglo XIX, e incluso gran parte de la primera mitad del siglo XX.

EL SORPRENDENTE SIGLO XIX

EL FIN DEL PRINCIPIO

La historiadora Ximena Urbina recopila y publica una serie de fuentes imprescindibles para el conocimiento de las relaciones entre los europeos y las distintas poblaciones que habitaron, entre los siglos XVI y XVIII, la Patagonia Occidental Insular (Urbina 2014, 2018). Los primeros textos hispanos que entregan información sobre las nutrias y el aprovechamiento que hacían de ellas los grupos nativos son las descripciones de la expedición realizada desde Valdivia a los mares del sur entre 1557 y 1558 por dos buques, el SAN LUIS, comandado por el capitán Juan Ladrillero, y el SAN SEBASTIÁN, con Francisco Cortés Hojea al mando (Urbina 2014). En la relación de Ladrillero se indica que “la gente de esta boca del estrecho a la parte de la Mar del Sur son bien dispuestos de cuerpo, así los hombres como las mujeres, y los hombres son soberbios y de grandes fuerzas, y las mujeres bien agestadas; su traje de cueros de lobos y de nutrias atados por las gargantas, que les llegan hasta las rodillas; se mantienen de lobos marinos que matan, y de marisco que sacan, y pescado y ballenas que dan en tierra, y lo comen crudo, y otras veces lo asan poca cosa; sus armas son unos dardillos de madera blanca, y dagas de huesos de ballenas y de animales” (Urbina 2014: 50). En la relación de Goizueta, que iba a bordo de la nave de Cortés Hojea, se lee: “Luego comenzaron a hacer bohíos los que podían dentro del monte donde estaba la comida guardándola, luego comenzaron los más curiosos a buscar de comer. Y a los primeros días se tomaron con el perro diez o doce ratones de tierra del tamaño de un gato y cuatro o cinco nutrias de la mar. Los ratones eran feos a la vista, empero su carne era sabrosa al gusto y de mejor sabor y más ternos que las nutrias nuestras” (Urbina 2014: 77), y también que al sur del golfo de Penas “la gente es de otra lengua que no la de los huillis dicha [...]; su comer es marisco, su vestir es pieles de animales de agua y también de corzos de tierra, los cuales matan a puras lanzadas, y traen sus vergüenzas de fuera, así ellos como ellas, y descalzos, sólo un pellejo que les cubre las

espaldas hasta la cintura” (Urbina 2014: 77). Los canoeros de los canales cazan nutrias y ratones de tierra (probablemente coipos) con perros y se visten con sus pieles.

El misionero jesuita José García escribe en 1767 que en la boca del canal Fallos encontró “una ramadita con cuatro almas: un hombre con su mujer y un hijito, y una soltera; al punto que nos divisaron salieron a la playa, pintado el hombre el rostro y con su plumaje en la cabeza, que eran dos alas de pájaros; el vestido, así del hombre como de las dos mujeres se reducía a una sola manta de pellejitos de huillín o gato marino, que les cubre las espaldas” (Urbina 2018: 203).

Ximena Urbina plantea que la historia de la ocupación de la costa patagónica insular en el siglo XIX se puede construir a partir de fuentes que son “fruto de las expediciones geográficas de la Armada Británica en la primera mitad de ese siglo, de las expediciones marítimas de reconocimiento del territorio chileno, en la segunda mitad del siglo, realizadas por la Armada de Chile, y de las internaciones oficiales en ríos y valles a fines del siglo XIX, a propósito de la discusión de los límites entre Chile y Argentina” (Urbina 2014: 18). Sabemos que durante todo el siglo XIX una serie de expediciones recorrieron los canales patagónicos occidentales, entregando información sobre las diversas relaciones de los hombres con el extenso y desconocido territorio en el que vivían. Nos interesa recoger los trozos de información relacionados con los vínculos que establecen los seres humanos con las nutrias en los reportes de las expediciones europeas en la zona, representadas por los viajes de cuatro naves: HMS BEAGLE, HMS NASSAU, HMS ALERT y ROMANCHE, tres británicas y una francesa. Los naturalistas serán, de alguna manera, los verdaderos protagonistas de esta parte de la historia.

FITZ ROY, KING Y DARWIN: TESTIMONIOS DESDE EL HMS BEAGLE

Las expediciones comandadas por Robert Fitz Roy en la primera mitad del siglo XIX se encuentran entre las más importantes para el conocimiento de los canales patagónicos occidentales. La narrativa de estos viajes aparece publicada en Londres en 1839, bajo la forma de tres volúmenes, escritos por King, Fitz Roy y Darwin respectivamente. En estos textos hay bastante información, algo dispersa, sobre las nutrias y su uso por las poblaciones fueguinas con las que se encuentran.

Phillip Parker King, autor del primer volumen, escribe que encuentran en 1828 en el Canal Magdalena, Patagonia Occidental, “una familia de fueguinos en una playa interior; tres canoas estaban en la orilla, pero sus propietarios no estaban visibles; [...] parecían ser catorce o quince personas y siete u ocho perros [...]; nos dijeron que los hombres jóvenes estaban en una excursión de caza, pero esperaban su regreso de un momento a otro. Habían solo tres hombres con las mujeres y los niños [...]; un activo comercio se inició, en el que varias pieles de nutrias, collares de conchas, lanzas y otras bagatelas fueron obtenidas a cambio de cuentas, botones, medallas, etc.”. Todos los individuos se encuentran apenas vestidos “con pieles de lobos marinos y nutrias, algunos también tienen pedazos de mantas de guanaco sobre sus hombros”. Además, agrega que “las nutrias eran capturadas con la ayuda de los perros, por lo que son muy valiosos” (Fitz Roy 1839, I: 61). Los fueguinos “están mal vestidos, con mantas de pieles de guanaco o nutria, pero no son tan atractivas como las de los patagones” (1839, I: 53). Para protegerse “contra los rigores de esta inclemente región, su ropa es muy poco adecuada, siendo apenas la piel de un lobo marino o una nutria arrojada sobre los hombros, con los pelos hacia afuera (1839, I: 75).

Fitz Roy, que escribe el segundo volumen, señala que en el archipiélago de los Chonos “ningún animal fue visto, en ninguna época, excepto ciervos y *nutrias*, lobos marinos y *otters* (1839, II: 372). Fitz Roy usa el término *nutria* en español y *otter* en inglés para referirse a dos animales diferentes. Por ejemplo, dice que en las islas Guaitecas “ningún cuadrúpedo fue visto, excepto *nutrias* y *otters*, que eran numerosas” (1839, II: 375), o que “Mr. Bynoe vio muchas *nutrias* entre las islas de la Patagonia Occidental y una gran cantidad de *otters*” (1839, II: 200). Pensamos que utiliza la palabra *nutria* en español para referirse al coipo y la palabra inglesa *otter* para nombrar a la nutria, sin distinguir entre las dos especies que habitan la región. Fitz Roy agrega que “en el país de los Tekeenica, cerca del canal Beagle, hay muchos animales pequeños, del tamaño de un gato, que a veces capturan; pienso que son coipos, pues en una ocasión obtuvimos una piel fresca de coipo de ellos, el único signo que encontré de un animal pequeño en esa región” (1839, II: 185). El uso de capas de pieles de nutria parece una cierta marca de identidad: cuando se refieren a los Alikhoolip se indica que “tanto los hombres como las

mujeres están mejor cubiertos con pieles de lobos marinos o nutrias que los de las tribus de los Tekeenica y Pecheray”, subrayando que “las mujeres de esta tribu están siempre envueltas en amplias pieles de nutria o lobo marino” (Fitz Roy 1839, II: 141). Entre los Tekeenica, uno de los grupos fueguinos identificado por los expedicionarios, la nutria (*otter*) es nombrada como *hia'ppo* (1839, II, appendix: 138).

En el tercer volumen, Charles Darwin habla un poco de la ecología de la nutria. Señala que en los canales del archipiélago de los chonos se encuentra “una pequeña nutria, que es muy numerosa”. El animal “no se alimenta exclusivamente de pescado sino que, como los lobos marinos, obtiene alimento de un pequeño cangrejo rojo, que nada en cardúmenes cerca de la superficie del agua”. También se refiere a otro mamífero acuático, que llama *Myopotamus coypus*, que es “como un castor pero con la cola redonda”, y que es “bien conocido por su fina piel, que es un objeto de comercio entre los tributarios de La Plata”, pero que en este lugar “frecuenta exclusivamente el agua salada, la misma circunstancia ocurre, como se ha mencionado, con el gran roedor, el capybara (Fitz Roy 1839, III: 351). En 1832, se topan en la isla Wollaston con “una canoa con seis fueguinos”, cuyos hombres, Darwin señala, “llevan una piel de nutria, o algunos pequeños restos no más grandes que un pañuelo de bolsillo, que apenas cubren su espalda” (1839, III: 235).

En general las referencias sobre las nutrias en los tres tomos de la obra tienen que ver con el uso de sus pieles como vestuario. El otro tema, no menor, es el uso de pieles de nutria como un objeto clave en sus intercambios: “los únicos artículos de tráfico que tienen, aparte de los implementos y armas que usan, son las pieles de lobos y nutrias, y diría que la cantidad de pieles que se puede obtener de ellos es insignificante si se quiere completar la carga de un buque lobero” (Fitz Roy 1839, I: 77). En un momento dado, dos fueguinos “intercambiaron sus mantas de pieles de nutria por camisas de algodón, que continuaron usando sin quejarse del frío” (1839, I: 137). Fitz Roy también dice que Jemmy Button “le regaló una fina piel de nutria, que había usado y guardado para este propósito, y le dio otra a Bennet” (1839, II: 324). En Puerto Low, en las islas Guaitecas, los expedicionarios encuentran que “algunas piraguas de Chiloé estaban en el puerto; los chilotas venían en busca de *otters*, lobos marinos y *nutrias*, y habían atravesado el

golfo de Guafo en sus mal acondicionadas embarcaciones, sin trepidación alguna” (1839, II: 375).

En la redacción del volumen sobre la zoología de los mamíferos obtenidos por la expedición, a cargo de George Waterhouse, se describen dos especies del género *Lutra*, *L. platensis*, encontradas en La Plata, Argentina (que corresponde a *Lontra longicaudis* (Olfens 1818)), y *L. chilensis*, en el archipiélago de los Chonos. Waterhouse señala que *Lutra chilensis* “fue originalmente descrita por Bennet de un espécimen [juvenil] presentado a la Sociedad Zoológica [de Londres] por Cuming” (Fitz Roy 1839: 23), por lo que sus caracteres “no aparecen tan marcados como en un ejemplar adulto”. El ejemplar que examina Bennet fue obtenido “en Chile” y medía en total 28 pulgadas, es decir, 70 cm (Bennet 1832: 2). El ejemplar de *L. chilensis* examinado por Waterhouse y proporcionado por Ch. Darwin mide de la nariz al nacimiento de la cola 31 pulgadas y la cola mide 14 pulgadas, lo que da un largo total de 45 pulgadas, es decir, 112,5 cm, lo que nos hace pensar que el ejemplar de Darwin es de un huillín y no de un chinchimén, cuyo largo total rara vez alcanza el metro. El ejemplar pesaba nueve libras y media.

La descripción de Waterhouse es la siguiente: la nutria “es de color marrón en todas partes; las mejillas, el mentón y la garganta, ligeramente más pálidas, y los pies de un tinte más profundo que las otras partes”. El pelaje exterior “es moderadamente largo, bastante áspero al tacto y semi-erecto: el pelaje interior es abundante y de naturaleza suave y sedosa”. Los pelos del pelaje exterior “son de color marrón oscuro, pero con puntas de un color marrón muy pálido”. Los pelos de la cola “son ásperos y semi rectos; hacia el ápice, los de la parte superior e inferior son un poco más cortos que los de los lados y se encuentran más cerca de la piel”. Las diferencias “no son muy evidentes en la parte superior pero son claras en la parte inferior”. Los pies están desnudos “a excepción de la mitad posterior del tarso”. El pelo del hocico “se extiende solo hasta el ángulo posterior de las fosas nasales, donde termina en línea recta, dejando la punta del hocico desnuda” (Waterhouse 1839: 22). Waterhouse compara el ejemplar con especímenes de la nutria común europea y establece algunas diferencias. Finalmente, agrega la descripción de Darwin que hemos citado previamente.

La expedición del BEAGLE obtiene también un ejemplar de coipo, *Myopotamus coypus*. Waterhouse observa que, en Buenos Aires, “donde se realiza un comercio extensivo con sus pieles, se les llama, indebidamente, nutrias”. El zoólogo señala que en la costa occidental sudamericana “se encuentra desde los valles del centro de Chile (Lat. 33°) hasta los 48° S., o quizás un poco más lejos, pero no en Tierra del Fuego”. En el archipiélago de los Chonos, “estos animales, en lugar de habitar agua dulce, viven exclusivamente en las bahías y canales que se extienden entre los innumerables islotes de ese archipiélago; hacen sus madrigueras dentro del bosque, un poco más arriba de las playas rocosas”. Waterhouse piensa “que está lejos de ser una ocurrencia común que la misma especie de cualquier animal recorra con indiferencia el agua dulce y la del mar abierto”. Los habitantes de Chiloé, “que en ocasiones visitan este archipiélago [de los Chonos] con el propósito de pescar, afirman que estos animales no viven únicamente de vegetales, como es el caso de los que habitan los ríos, sino que en ocasiones comen mariscos”. Dicen, además, “que el coipo es un animal audaz y que lucha ferozmente con los perros empleados para perseguirlo”. Finalmente, “su carne cuando se cocina es blanca y buena para comer”. Un ejemplar capturado en “estas islas, pesaba entre diez y once libras” (Waterhouse 1839).

CUNNINGHAM EN EL VIAJE DEL HMS NASSAU

El 24 de agosto de 1866, el HMS NASSAU zarpa de Londres bajo el mando del capitán Richard Mayne con el propósito de realizar un viaje por el estrecho de Magallanes y la costa occidental de la Patagonia. Como naturalista viajaba a bordo Robert O. Cunningham, quien en 1871 publica un relato de dicho viaje (Cunningham 1871).

Se observan nutrias durante todo el viaje y en varias oportunidades Cunningham trata de capturarlas. En puerto Laguna, en el canal Darwin, “vimos una nutria y recogimos algunos cráneos de Coypou (*Myopotamus*)” (Cunningham 1871: 437). En bahía Skyring “vi una nutria grande corriendo y mirándome, aparentemente muy perpleja por mi presencia inesperada” (Cunningham 1871: 452). En el canal Messier tuvieron la oportunidad de realizar “dos interesantes persecuciones de nutrias, que finalmente escaparon

llegando a tierra y ocultándose entre las rocas y los arbustos; nadaban con gran rapidez, con solo sus cabezas pardas fuera del agua, y a menudo se zambullían, volviendo a subir a una gran distancia delante de nosotros; al iniciar la inmersión, doblaron sus cuerpos en una marcada curva, la mitad de la espalda emergiendo sobre la superficie del agua por un instante” (Cunningham 1871: 350). Más tarde, “cuatro de nosotros llegamos a la entrada de una madriguera, donde se habían visto las nutrias el día anterior” (Cunningham 1871: 351). Al día siguiente, “se observaron varios cetáceos de considerable tamaño resoplando y tuvimos una larga persecución de una nutria, que, sin embargo, logró finalmente escapar de nosotros (Cunningham 1871: 352). En Otter Island describe “una emocionante caza de nutrias”. Observa “varios de estos animales jugando entre las algas marinas”, y una logró ser “severamente golpeada, pero después de tambalearse durante unos minutos, nadó rápidamente, mientras nosotros la seguíamos a toda velocidad, acercándonos a unos pocos metros de ella; sin embargo, se zambulló repetidamente y finalmente desapareció de nuestra vista por un tiempo”. Poco tiempo después escribe que “escuchamos los gritos más lastimosos que creo haber escuchado de un animal, y lo vimos a cierta distancia con la cabeza fuera del agua, aferrado a la base de una escarpada roca”. Cunningham termina el relato diciendo que “fue una visión realmente desgarradora y enfrió completamente mi ardor deportivo por el momento; unos minutos más tarde, la pobre criatura desapareció, probablemente había bajado al fondo para morir y no la vimos más” (Cunningham 1871: 482). Finalmente, en puerto Otway, en la península de Tres Montes “matamos a un par de nutrias, *Lutra Chilensis* (animal que se extiende desde el Archipiélago de Chonos hasta el Estrecho de Magallanes al sur)” (Cunningham 1871: 344).

La expedición no sólo observa animales, también sostiene varios encuentros con los habitantes de la Patagonia Occidental Insular. En la boca occidental del estrecho de Magallanes tienen la oportunidad de observar “una canoa fueguina saliendo de un arroyo, no lejos [del buque], la que poco tiempo después que subimos a bordo, llegó a nuestro costado; venían trece personas, incluyendo hombres, mujeres y niños, parloteando, sonriendo y gritando “tabaco”; sus ropas eran pieles de lobo marino o nutria, cosidas juntas, formando mantas que se llevan con el pelo hacia adentro, y

que llegan desde los hombros hasta la mitad de los muslos y se recogen en los hombros y en la parte inferior de la espalda” (Cunningham 1871: 312). Pero no sólo son observaciones, sino que también ocurren intercambios. En el canal Messier, “a nuestro regreso al buque, supimos que una partida de indios había estado a bordo y había cambiado algunas pieles de nutria y ciervo por tabaco” (Cunningham 1871: 349). Días después “aparece un anciano, vestido con la capa habitual de pieles de nutria, y se dirige hacia el bote, charlando algo que, por supuesto, era completamente ininteligible para nosotros; entonces uno de los del grupo le dio un poco de tabaco e hizo señas de que quería pieles, que el hombre pareció entender”. Mientras se internaba en el bosque “soltó algunos gritos salvajes con el propósito de convocar al resto del grupo”. Tiempo después “una mujer que llevaba a un niño, acompañada de tres perros, emergió de los árboles”, y más tarde, “un joven de expresión siniestra y ceño fruncido, y con el semblante decorado con dos franjas de pintura blanca, salió de la choza, y al ofrecerle un cuchillo y un poco de tabaco, se despojó de su única prenda, que entregó al oficial que estaba regateando con él, y se marchó complacido con sus tesoros recién adquiridos” (Cunningham 1871: 351-352).

Pero, sin duda, es en bahía Fortune, en el archipiélago Reina Adelaida, donde se produce el intercambio más masivo entre los expedicionarios y los habitantes de los canales patagónicos. Los canoeros “llegaron en destacamentos en sus canoas, la primera que llegó al costado contenía el grupo que habíamos encontrado durante la temporada anterior en Should Bay, [...]; esta canoa fue seguida por otras dos y, con el paso del tiempo, por un bote de un barco mercante”. Durante toda la mañana, “tuvimos a más de cuarenta de estas personas a bordo; el número total de los que se acercaron, incluidos hombres, mujeres y niños, ascienden a unas sesenta personas; algunos eran horriblemente feos, mientras que no pocos poseían semblantes muy inteligentes, y casi todos parecían tener una gran capacidad para reír”. Hacían “las demandas habituales de ‘galleta’ y ‘tabaco’, y eran muy claros sus deseos por nuestras propiedades”. Por ejemplo, “un hombre al que le habían enjabonado la cara para su limpieza, hacía señas para que lo limpiaran con mi pañuelo”, y una mujer “deseaba efectuar un intercambio entre su collar de huesos y la cadena del reloj de uno de los oficiales”. También “nuestras gorras eran muy codiciadas, nuestros relojes

despertaron gran interés y un pequeño espejo era motivo de gran asombro”. Los canoeros “cambiaban collares de conchas y huesos, hondas, arcos, carcaj de piel de nutria, flechas y lanzas por cuchillos y tabaco; los mangos de las lanzas estaban formados por varas ahusadas de *Libocedrus*, de unos dos metros y medio de largo; y las puntas, aparentemente elaboradas con huesos de Cetácea, eran de dos formas, una que, por lo que sabemos, se empleaba para arponear marsopas, estaba sujeta por una correa de cuero al mango de la lanza de tal manera que cuando se alcanza la marsopa, se desprende, dejando el mango flotando en el agua; mientras que la otra, armada con un borde dentado y fijada permanentemente al mango, se utiliza para la captura de nutrias y peces”. Los visitantes, además, los “entretuvieron con lo que parecían ser melodías propias, de carácter bastante monótono, y como siempre imitaban todo lo que decíamos con la máxima precisión” (Cunningham 1871: 445-446).

COPPINGER Y EL CRUCERO DEL HMS ALERT

El 1 de enero de 1879, el HMS ALERT llega a la boca oriental del estrecho de Magallanes. A bordo viajaba el médico y naturalista irlandés Richard W. Coppinger. Después de estar unos días en Punta Arenas, “seguimos el viaje entre los canales de la costa occidental de la Patagonia; aquí pasamos la mayor parte de los dos años siguientes, realizando prospecciones de aguas no exploradas y agregando nuevas prospecciones de aquellas que habían sido parcialmente realizadas por nuestros predecesores previamente; pero durante los meses más rigurosos de invierno nos íbamos al norte, a Coquimbo, en la costa chilena, donde nuestro buque era revisado y obteníamos suministros frescos de provisiones” (Coppinger 1884b: 2). El 14 de julio de 1880 el buque deja la costa sudamericana y se dirige rumbo a Tahití. El buque no solamente estuvo en la Patagonia, sino que recorrió en un viaje que duró cuatro años (1878-1882) gran parte de la Polinesia, Fidji, Australia, Nueva Guinea, Singapur, las islas Seychelles y las Mascareñas.

Sus referencias a las nutrias no son abundantes, pero son significativas. En la isla Madre de Dios señala que “en la mayoría de los conchales que examinamos, observamos huesos de *nutria* (*Myopotamus coypii*) y de *nutria* (*Lutra felina*)”. Utiliza el término *nutria* para referirse al coipo, uso habitual incluso

ahora en los países de habla inglesa, y *otter* para la nutria marina (Coppinger 1884a: 58). En la isla había una laguna que “era una guarida favorita para la nutria marina de Magallanes (*Lutra felina*), que es abundante en todas estas aguas, pero es muy difícil de matar sin la ayuda de los perros. Sus rastros están generalmente cubiertos con los restos de un gran cangrejo espinoso (*Lithodes antarctica*) que parece ser su principal alimento. He visto a una nutria salir a la superficie con uno de estos horribles cangrejos en su boca” (Coppinger 1884a: 58).

En bahía del Rosario, canal Trinidad, excava una cueva en la que apareció, a un pie de profundidad, “un esqueleto humano casi completo, de un individuo de edad inmadura, un cráneo y huesos de nutria” (Coppinger 1884a: 70). Coppinger agrega que obtuvo ejemplares de los dos mamíferos “en bahía Swallow: uno era la nutria común de Magallanes (*Lutra felina*) y el otro una “nutria” (*Myopotamus coypu*). Dos mamíferos fueron obtenidos en bahía Swallow: uno era la nutria común de Magallanes (*Lutra felina*) y el otro una “nutria” (*Myopotamus coypu*) (Coppinger 1884a: 137).

Coppinger desarrolla el gesto de agrupar un roedor, el coipo-nutria (*Myopotamus coypii*) con las nutrias chilenas, tanto con “la nutria marina de Magallanes” (*Lutra felina*) como con la “nutria de río chilena” (*Lutra huidobrio*), aprovechando de establecer sus diferencias. Podemos deducir que para Coppinger el coipo-nutria forma con la nutria de río y la nutria de mar una categoría taxonómica especial, la trilogía de los animales acuáticos peleteros.

Mucho más al norte, en el río Andalién, Concepción, intenta examinar con un poco más de detalle la *nutria-coypo*, “un gran roedor (*Myopotamus coypii*), que es común en algunos de los ríos del sur de Chile y que los nativos llaman coypo. En un arroyo profundo, al parecer tributario del Andalién, vimos varios de estos animales nadando y sumergiéndose, entre matas de arbustos semi sumergidos. A primera vista, su manera de nadar y sumergirse lo hace imaginarse que son nutrias, pero una inspección más cercana del ancho hocico con sus largas bigotes erizados y su pelo rojizo revela su verdadero carácter. El coypo se distingue de su pariente del norte, el castor, por tener la cola escamosa redonda en vez de plana, y de la nutria de río chilena, el “huillín” (*Lutra huidobrio*) se reconoce fácilmente tanto por sus caracteres dentales, como por la cola y patas” (Coppinger 1884a: 97-98).

También se pronuncia respecto de la relación entre estos animales y los loberos, tanto nacionales como extranjeros, que en esa época recorrían los canales patagónicos. Los loberos “matan muchas nutrias de Magallanes (*Lutra felina*), un animal que está incluido en su línea de negocios, aunque no en la misma medida que el lobo fino o de dos pelos”. La piel de la nutria es de gran belleza, “pero ahora no está de moda en Europa, lo que significa un precio muy pequeño en el mercado; las pieles saladas, entregadas en Inglaterra, están dando solo 2 chelines por pieza”. Señala que cuando se remueven “los pelos largos de color café que forman la envoltura [...], la piel subyacente se ve de un hermoso color amarillo dorado”. Pero también indica que los loberos obtienen las pieles de nutrias “en gran medida, intercambiándolas con los canoeros nativos (los fueguinos las cazan con perros) y también les disparan cuando nadan en medio de las algas cerca de la playa”. Las pieles de nutrias como las de los lobos marinos son saladas secas, es decir, cada piel es extendida, la sal es esparcida completamente sobre el interior, y luego la piel es enrollada con el pelo hacia afuera y amarrada en un paquete redondo (Coppinger 1884a: 115-116).

El Dr. Coppinger recolectó especímenes botánicos y zoológicos durante todo el viaje, los que fueron enviados al Museo Británico. En relación con las especies que nos interesan, envió “dos cráneos, un esqueleto y dos pieles” de *Lutra felina* provenientes del “estrecho de Magallanes y las costas occidentales de Patagonia” (Gunther 1881: 3) y “una piel de Swallow Bay y una piel y un esqueleto de Talcahuano, Concepción”, de *Myopotamus coypu* (Gunther 1881: 6).

LA MIRADA DE LOS FRANCESES DE LA ROMANCHE A FINES DEL SIGLO XIX

La información sobre la caza de nutrias entre los yaganes de la relación de la Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883) se encuentra tanto en el tomo I, escrito por Louis Ferdinand Martial (1891), como en el tomo VII, escrito por Paul Hyades y Joseph Denniker (1891). Una referencia biológica sobre la nutria está en el tomo VI, primera parte (Milne-Edwards 1891), que describe los mamíferos, aves y peces. La información etnográfica de los tomos I y VII fue traducida y recogida en un libro publicado con el

apoyo de la Universidad de Magallanes y el Instituto Francés de Estudios Andinos³.

Los mamíferos nativos en los archipiélagos patagónicos “están representados sólo por una especie de zorro, dos de roedores y una nutria que habita los bordes del mar y se alimenta de peces marinos (Martial 1888: 38). Martial indica que “entre la isla Jerdan y la isla Hermite, hay muchas nutrias en los roqueríos de la costa” (1888: 105-106). Milne-Edwards se refiere a esa especie de nutria, que denomina *Lutra chilensis*, señalando que ha sido descrita por Bennet (1832) a partir de un ejemplar proveniente de Chile; “es muy común en los innumerables canales del archipiélago de los Chonos, donde Darwin la pudo observar, pero no es menos abundante en la región magallánica y su piel constituye, habitualmente, el vestido de los fueguinos” (Milne-Edwards 1891: 14-15). Esta nutria se alimenta “de peces y crustáceos que toma nadando o recogiendo en la orilla” y fue vista por los expedicionarios de la ROMANCHE en bahía Orange, isla Grévy, canal Beagle y en la tierra de los Estados; los ejemplares estudiados en el museo “fueron muertos en bahía Seagull, al norte de Wollaston” (Milne-Edwards 1891: 15).

Los yaganes llaman a la nutria *yapoh* (Hyades y Denniker 1891: 216) o *ayapou* (Hyades y Denniker 1891: 268). Los perros magallánicos son fundamentales en la caza de la nutria. L. Martial lo explica de la siguiente manera:

Es principalmente en la caza de la nutria donde el perro es más útil a su amo. Tan pronto como el fueguino, de pie en la proa de su piragua, divisa la cabeza de uno de estos animales asomado en los sargazos, emprende su persecución y lo obliga a refugiarse en medio de las piedras de la orilla, echa los perros al agua, y, armado con su arpón se dirige al hoyo en que se ha escondido la nutria. Si la cavidad es bastante grande el perro sigue a la bestia y traba la lucha; si la nutria huye, los hombres situados en las diversas salidas la arponean a la pasada; a veces los perros salen cruelmente

³ Legoupil, D. y A. Prieto (editores), *Etnografía de los indios yaghan en la Misión Científica del Cabo de Hornos*. Punta Arenas: Ediciones Universidad de Magallanes, s/f.

maltratados, no obstante, persiguen con furor a su presa; si se les escapa continúa la persecución en piragua hasta que por fin la nutria, extenuada, recibe el último golpe, hecho lo cual la toman y la estrangulan si aún respira; la desuellan y ponen a secar su piel para emplearla como abrigo (Martial 1888: 194-195).

En otro pasaje se afirma que “los fueguinos prefieren sacrificar a las mujeres ancianas antes que a los perros, porque estos les sirven para cazar las nutrias” (Hyades y Denniker 1891: 258).

Hyades y Denniker transcriben un relato sobre la caza de nutrias con perros que escribe el Dr. Philippe Hahn, segundo cirujano de la ROMANCHE, que se publica en la revista *Science et Nature* en 1884 (Künckel d’Herculais 1884).

El natural de Tierra del Fuego caza la nutria (*Lutra felina*) en hermosos días de calma; al amanecer, entra en campaña y sigue la costa con grandes rocas, donde se encuentra su presa favorita. Al ver que la nutria sale a respirar en la superficie del agua, se acerca directamente para, en su segunda aparición, arponearla; si falla, la nutria busca ganar tierra; en este momento, el cazador lanza sus perros al mar (suele ir acompañado de dos perros) para cerrar su retirada y llevarla a la orilla. Conociendo de antemano la ubicación de los refugios, se dirigirá a la abertura o cerca de la abertura de las madrigueras. Los perros se le unen; uno de ellos, si la configuración del suelo lo permite, entra en la madriguera por sí mismo, de lo contrario el fueguino lo obliga a entrar. Se produce una pelea, el perro intenta morder en el cuello a la nutria, a veces tiene éxito, pero generalmente la nutria se defiende con valentía, se enfrenta al enemigo, silbando (makou, término fueguino) y mordiendo cruelmente a su adversario, que a menudo deja la mitad de la cara o toda la nariz en el suelo; la mayoría de las veces el perro triunfa, desaloja a la nutria, y el fueguino, al acecho, la arponea en la salida; a menudo, nuestro cazador rompe su arpón pero con la destreza del salvaje, sin miedo a mordiscos ni rasguños, salta sobre su presa, la agarra, la estrangula, o si teme que se le escape en la huida, la toma de una pata y le rompe el cráneo sobre una roca (Hyades y Denniker 1891: 364).

El texto original es un poco más largo. Tiene un párrafo inicial que dice: “el perro fueguino no tiene mucho talento para la caza acuática; es el fueguino que, al ver erizos de mar frescos, reconoce la presencia de la nutria y es quien guía al perro y no al revés; a pesar de eso, es un ayudante muy valioso” (Künckel d’Herculais 1884: 128); y también otro párrafo final:

si la nutria escapa y regresa al agua, el fueguino se sube a su canoa y se lanza en su persecución; la nutria tiene que hacer un largo viaje para encontrar un nuevo refugio, frecuentemente aparece en la superficie para respirar, y en una de estas apariciones, el fueguino, de pie al frente de su canoa, la arponea; si logra, a pesar de todo, llegar a la orilla, el perro está ahí, esperando para morderle el cuello (Künckel d’Herculais 1884: 138).

Los yaganes utilizan las pieles de nutrias principalmente para vestirse. La ropa “consiste, según la fauna de la localidad en que residen, en un pequeño abrigo hecho con pieles de guanaco, nutria o lobo marino, sujeta al cuello por una amarra de tendones, que cuelga encima del hombre expuesto al viento” (Martial 1888: 187). Señala que “las mujeres están vestidas, como los hombres, sólo con una piel de nutria sobre la espalda” (Martial 1888: 31). Para protegerse del frío nocturno, los yaganes “tienen una piel de otárido o bien varias pieles de nutrias cosidas juntas, que extienden sobre su torso” (Hyades y Denniker 1891: 315). Prefieren la piel de nutria para usarla como abrigo (Hyades y Denniker 1891: 347). El otro objeto que elaboran en pieles de nutria es el carcaj o bolsa donde guardan las flechas (Martial 1888: 192). También el saco de las hondas está elaborado “en piel de guanaco, nutria o lobo marino” (Hyades y Denniker 1891: 301).

Además, las pieles de nutria son uno de los principales productos de intercambio para los yaganes: “las pieles de lobo marino y de nutrias son cambiados por galleta y ropa de lana, prefiriendo mucho las prendas útiles y abrigadoras sobre las que sirven únicamente de adorno, tales como pañuelos, collares de vidrio, etc., a pesar de lo brillante de sus colores” (Martial 1888: 204).

Los expedicionarios se encuentran en varias oportunidades con canoas de yaganes, oportunidades en las que pueden obtener pieles de nutrias. En bahía Gretton, reciben, por la mañana, “visita de una piragua tripulada por

dos indios que ya habíamos visto en bahía Orange, lo que prueba sus migraciones continuas y las comunicaciones frecuentes que ellos establecen entre las diferentes islas; nos aportaron algunas pieles de nutrias que cambiamos por galletas y ropa vieja (Martial 1888: 107). En bahía Ponsonby, en el canal Beagle, divisan algunos yaganes vestidos con ropas occidentales y señalan que “nuestros hombres, en efecto, cambian a veces sus ropas por pieles de nutrias o adornos” (Martial 1888: 119). En bahía de las Ballenas, isla O’Brien, se encuentran con un grupo de yaganes “vestidos solo con pieles de nutrias, sus piraguas y sus armas son idénticas a las que hemos visto antes; aportaron cuatro pieles de nutrias que cambiamos por galletas y ropa” (Martial 1888: 127). Entre isla O’Brien e isla Burnt se topan con “una piragua tripulada por tres hombres, dos mujeres y dos niños; estos naturales nos vendieron una piel de nutria por galletas y ropa; uno de ellos estaba vestido con una chaqueta con botones de una forma chilena nos pidió tabaco” (Martial 1888: 128) Estaban también vestidos “con pieles de nutrias” (Martial 1888: 129).

Generalmente los yaganes van a Ushuaia a buscar “las provisiones y la ropa que cambian por los productos de su caza; la misión recoge así pieles de lobo marino y nutrias, que envían a Punta Arenas, donde reside su correspondiente” (Martial 1888: 225).

LA MIRADA ENTRENADA EN EL SIGLO XX

EL NOTABLE TRABAJO DE MARTIN GUSINDE

En los inicios del siglo xx la información sobre las nutrias de los canales patagónicos y su caza tanto por poblaciones locales como foráneas seguía siendo escasa y muy fragmentaria. En uno de los reportes de la expedición de la Universidad de Princeton a la Patagonia, entre 1896 y 1899, se indicaba que “las nutrias son numerosas en las islas al sur de Tierra del Fuego y en los canales Beagle y Darwin; los indios de los canales las cazan y venden sus pieles a los comerciantes por una miseria; una canoa detuvo nuestra goleta y un indio subió a bordo con siete pieles que el capitán consiguió a cambio de un galón de aguardiente y una pequeña bolsa de galleta de barco” (Allen 1903: 150). En el informe zoológico de la expedición se indica que “se dice que dos especies de nutrias se encuentran a lo largo de la costa sur de la Patagonia y en la región del estrecho de Magallanes, llamadas *Lutra felina* y *L. paranensis* [en ese momento, no había acuerdo respecto del nombre científico del huillín]”. Sin embargo, se subraya que, en la expedición, no se obtuvo ningún espécimen que pudiera ser examinado (Allen 1903: 148). El siglo xx se caracteriza por un conjunto de estudios sistemáticos realizados por antropólogos que incrementarán y ordenarán la información disponible sobre las nutrias y su relación con las poblaciones nativas.

Martin Gusinde recorre entre 1919 y 1924 los senderos de la Patagonia Occidental Insular, comisionado por el Museo de Etnología y Antropología de Chile, realizando cuatro expediciones, bastante bien documentadas, donde puede observar la caza de nutrias y el uso de sus productos entre los yaganes [yamana] y kaweskar [halakwulup].

Gusinde nos cuenta que los yaganes orientales y occidentales cazan frecuentemente la nutria, pero “únicamente por su piel, pues la carne la comen solo en caso de gran penuria”. El cazador siempre se ayuda de los perros, aunque sea él mismo “quien la descubre y acecha”. En el momento que ve una nutria “asomando la cabeza sobre el agua para respirar, se dirige rápidamente

hacia ella". La mujer conduce la canoa "silenciosa y velozmente"; el hombre "está de pie, en la parte delantera, con el arma dispuesta". Una vez que está cerca de la nutria le arroja el arpón. Si el animal es herido de muerte, "será alzado dentro de la canoa". Si fracasa en el intento, "la nutria nadará rápidamente a la orilla y se refugiará en su madriguera"; sólo en ese momento, les soltará los perros para que descubran su madriguera. Los perros "siempre atacan a la nutria de frente"; después "de luchar un rato logran hundir sus filosos dientes en el cerebro de la nutria, matándola de inmediato". La nutria se defiende durante toda la lucha, "mordiéndola y desgredando a su atacante". El perro recibirá "más de una profunda herida provocada por algún mordisco, pues la nutria es ágil y sabe defenderse". Pero habitualmente es el perro el que triunfa y "la nutria busca su última salvación huyendo de la guarida". Pero afuera la esperan no sólo los perros "sino también el indio", que incluso "llega a saltar sobre la nutria, la agarra y estrangula, sin temer sus dolorosos mordiscos". Finalmente, si es necesario, "el cazador la toma de una pata trasera y la estrella con fuerza contra una piedra grande, donde la cabeza se hace trizas". La piel de nutria es considerada "la más agraciada para el vestido; a esto se debe que algunos aborígenes la cacen" (Gusinde 1989, I: 518-519).

Gusinde agrega que los yaganes distinguen dos tipos de nutrias, una, más pequeña, de la región exterior, y otra más grande, de la región interior, y "persiguen a ambas clases por su piel, pero en los últimos tiempos los cazadores de pieles europeos las han explotado en forma tan desconsiderada que los aborígenes tienen que probar suerte en canales muy escondidos y brazos de agua casi inaccesibles" (Gusinde 1989, I: 36). Hugo Weber⁴, cazador de

⁴ Karl Hugo Weber [1891-1970] era un telegrafista alemán embarcado en el SMS DRESDEN. En 1915, el buque fue hundido por su capitán en la isla Robinson Crusoe, para evitar que cayera en manos de la flota inglesa. La tripulación del buque, entre ellos K. H. Weber, fue llevada a la isla Quiriquina, en la bahía de Concepción. George Bremer señala que "después de estar internado en la isla Quiriquina, donde aprendió a cazar nutrias, regresó a Alemania, pero no duró mucho tiempo. Debido a las dificultades económicas que había en la República de Weimar regresa a Chile a principios de 1922. Se propuso cazar nutrias cuyas pieles eran muy solicitadas y costosas y era un gran negocio; en su cacería anduvo durante cuatro años y medio con algunos otros atrevidos emigrantes alemanes por la Tierra del Fuego, una de las zonas más solitarias del mundo" (Bremer 2011: 47). Weber escribe luego un libro con detalles de sus andanzas por los canales patagónicos (Weber 1929). Se hizo una película con su historia, dirigida por Arnold Fanck, titulada *Ein Robinson* (1939).

nutrias de los años 20 en los canales patagónicos, explica la clasificación de los yaganes: consideraban nutrias interiores “a todas aquellas que no viven en la costa oceánica, donde rompen las olas, sino en los canales ampliamente ramificados”; en cambio, las nutrias exteriores habitaban “en las costas oceánicas libres, desgarradas y bañadas por la rompiente y era considerablemente más pequeña”. En ciertos lugares se podía encontrar ejemplares de ambas especies, “pero sin compartir sus cuevas, cada una tenía su propia madriguera”. Weber agrega que “por la forma de la cueva, ya me daba cuenta de qué animal se trataba; incluso se diferenciaban en la forma de alimentarse” (Weber 1929: 166). Weber señala que había perseguido nutrias desde una pequeña balandra con dos marineros: “el 18 de diciembre de 1924 (o sea después de una caza de apenas seis semanas), ya habíamos apresado noventa y seis nutrias; el 23 de diciembre decidimos suspender la caza y emprender el viaje de regreso: habíamos apresado ciento dos nutrias y cinco zorros” (Weber 1929: 166).

Señala que preparar la piel de las nutrias es mucho “más trabajoso” que la de un lobo marino. Después que la mujer yagan “la ha secado bien en el enrejado de varillas”, se preocupa de arrancar “uno a uno los pelos largos y gruesos con los dedos o utilizando dos valvas superpuestas de igual tamaño”. Se trata de una tarea lenta, pero, finalmente, “llega el momento en que aparece la piel pareja y aterciopelada que todos contemplan con agrado y acarician gustosamente con la mano” (Gusinde 1989, I: 400). Gusinde describe “el enrejado de varillas” para el caso de las pieles de lobo: “para mantenerla bien tensa introduce, de un lado a otro, varas del grosor de un dedo en dirección longitudinal y transversal; [...] todas se acomodan de tal modo que la tensión de la piel entera no permita la formación de pequeñas arrugas; [...] para secarla, se la apoya contra la pared exterior de la choza, introduciendo una estaca saliente en la tierra, de forma que la piel [...] reciba la corriente de aire por ambos lados” (Gusinde 1989, I: 398).

Las mujeres yaganes prefieren abrigos de pieles de nutria, “cosiendo unas a otras, generalmente de dos a cuatro pieles, en contados casos incluso de ocho a diez” (Gusinde 1989, I: 390). Estos abrigos de pieles de nutria, más grandes que los habituales, son nombrados por los yaganes *awalaix*. Los yaganes cosen “diversos trozos de cuero confeccionando una prenda cómoda y resistente”; en primer lugar, se “corta los bordes en línea recta y [se] los coloca unos junto

a otros”, luego, se “realiza una pequeña perforación cerca del borde de ambos trozos con una lezna o un hueso afilado y [se] pasa por ella una fibra de tendón de guanaco *usuwimi*, que sostiene entre el pulgar y el índice”, después se “practica otro pequeño agujero y en línea espiral, pasa el hilo de una a otra perforación pasando por los dos bordes libres”, para terminar achatando “los bordes que sobresalen un poco, golpeándolos con una piedra redonda para que pierdan su dureza y no produzcan un roce desagradable”. Si no se puede conseguir tendones de guanaco “se procura fibras de tendón de la cola de la nutria o del coipo [...], si bien este último no es frecuente allí” (Gusinde 1989, I: 400-401).

En el caso de los kaweskar, Gusinde relata la caza de nutrias de forma bastante similar: “la indígena rema lentamente por un canal tranquilo, mientras el hombre vigila atentamente ambas riberas”; cuando se descubre huellas o señales de la nutria, “hace saltar al agua dos o tres de sus perros, los cuales inmediatamente y del modo más fervoroso se lanzan sobre la nutria”. El animal se defiende “furiosamente y da mordiscos a diestra y siniestra”, pero la nutria “es mordida en el hocico por los perros” y llevada al cazador, que “descuera el animal y extiende su piel a secar”. El resto del cuerpo “lo arroja al agua, pues no comen su carne”. La nutria “es el gran proveedor de capas de los halakwulup” (Gusinde 1991, I: 304-305). Para los kaweskar, “era costumbre general ponerse un verdadero abrigo de piel, generalmente de nutria”, que estaba cosido “con fibras de tendón de lomo de coipo o también con las largas fibras de [las barbas de la] ballena, luego que hubieran sido deshiladas finamente y humedecidas”. El abrigo se hacía “según la altura de la persona; para una persona corpulenta se utilizaba de cinco a ocho pieles; para los niños se necesitaba una cantidad menor de pequeños trozos”, para los bebés, “se preparaba una corta piel de nutria, especialmente suave, con la mullida pelambre hacia el interior [pero] antes les sacaban los pelos largos o gruesos, de tal modo que solo quedaran los suaves” (Gusinde 1991, I: 190). Los kaweskar “usaban también las pieles de coipo [...] para confeccionar las capas [...]; estos animales se encontraban abundantemente en el sur [su territorio], al igual que las nutrias” (Gusinde 1991, I: 191).

Entre los yaganes la nutria forma parte también de sus mitos. Gusinde relata “la historia de la nutria *aiapux*, que vivía con cinco cuñados en una misma choza. Sus cuñados lo molestaban permanentemente y se burlaban hasta

que se dio cuenta de lo que pasaba y se fue furioso, con deseos de vengarse de sus cuñados. Llegó hasta un acantilado donde construyó una choza “y luego hizo una señal de humo, como si hubiese varado una ballena”. Sus cuñados vieron el humo y enviaron al menor de ellos para aprovechar la ballena. El *aiapux* había limpiado el suelo alrededor de su choza y le roció mucha agua para que quedara resbaloso. Cuando llegó su cuñado, lo llamó desde su choza. El cuñado fue, pero dado lo resbaloso del terreno perdió el equilibrio y cayó al suelo. Cuando estuvo “tirado en el piso, el *aiapux* levantó el arpón y lo mató en el acto”. Luego arrastró el cadáver hasta la choza, “donde no pudiera ser visto”. Repitió el proceso otras cuatro veces con el mismo resultado, excepto la última vez, cuando vino su cuñado mayor, quien sospechando que algo ocurría, pensó “seguramente habrá atraído a mis hermanos al interior de la choza para matarlos allá adentro”. Se acercó a la choza por la parte posterior y, al quitar algunas varas “vio con espanto los cadáveres de sus hermanos, amontonados uno sobre el otro”. Furioso comenzó a golpear al *aiapux* “con un garrote y le seccionó ambas manos y los dos pies; después lo mató del todo”. Desde esa época “sus miembros han quedado muy cortos”. Por esta razón “vive aún hoy en día dentro de cuevas excavadas en la tierra, sale de ellas muy raras veces, solamente cuando nadie lo ve, siempre se mantiene escondido; acecha a otros animales y, ante todo, persigue a los perros; también es un enemigo del hombre”. Su conducta es de desafío a todo el mundo (Gusinde 1986, III: 1166-1168).

JOSEPH EMPERAIRE, JOSÉ TONKO, OSCAR AGUILERA Y LOS KAWESKAR

Joseph Emperaire, antropólogo y arqueólogo francés, recibe una comisión del Museo del Hombre de París para un trabajo etnográfico en la Patagonia Occidental, que “recorre en un velero de siete metros en compañía del Dr. Robin, realizando el estudio etnológico, lingüístico y antropológico, de los últimos grupos sobrevivientes de fueguinos, especialmente alacalufes” (Beauchene 1959: 245). Permanece en la isla Wellington, al sur del golfo de Penas, entre 1946 y 1948.

Nos dice que entre los kaweskar la nutria “se caza en canoa”. Primero, “el cazador echa sus perros al agua”. Cuando estos llegan a tierra, busca una pista

en la bahía, “desde la canoa se los sigue”; si hay una nutria, los perros “montan guardia en las dos aberturas”. Si la nutria se lanza al agua, “los perros la siguen a nado y [...] los hombres de la canoa se esfuerzan o por arponearlas con un arpón de dos puntas o por alcanzarla con un golpe de remo, o por dirigirla de nuevo hacia la costa, donde es atrapada por los perros”. En su madriguera las nutrias “se defienden ferozmente y sus mordeduras son terribles”. Un buen perro nutriero se distingue por sus mutilaciones, “hocicos colgantes o labios despedazados”. Los perros no tratan de desalojar el animal de su madriguera. Es el hombre quien la destruye y cuando la nutria escapa “recibe un garrotazo o una terrible mordedura de perro sobre el lomo” (Emperaire 2002: 237-238). Los kaweskar “cazan los coipos por sorpresa; los grupos son cercados por los perros o los hombres y los animales son muertos a garrotazos” (Emperaire 2002: 238). Señala que la carne “de los animales cazados por la piel, la nutria y el coipo, sirve también de alimento; la carne de nutria es particularmente nauseabunda, pero el mal olor desaparece en parte, una vez cocida” (Emperaire 2002: 169).

En los archipiélagos patagónicos se encuentran dos variedades de nutrias: “el gato de mar y el huillín; tal es, al menos, la distinción que hacen los cazadores de pieles”. La nutria es “un carnívoro del tamaño de un gato grande, que se alimenta de peces y de crustáceos [...], su pelaje está formado de lanas largas e irregulares de tamaño, de un rojo amarillento, y de una pelusa espesa y sedosa de color bayo oscuro”. Agrega que el otro animal “activamente cazado, aunque su piel no es de gran valor, es el coipo, roedor de gran tamaño, parecido a una rata, cuyas patas posteriores están ampliamente palmeadas y su cola anillada está desprovista de pelos” (Emperaire 2002: 68-69).

La capa de pieles era “la vestimenta única y tradicional de los alacalufes”. Había dos clases de capas, la primera era de una sola pieza de piel de lobo marino, normalmente fino o de dos pelos, “muy rígida, sujeta al cuello por una amarra de cuero, que protegía, por lo menos, los hombros”; la segunda era de varias pieles de nutrias, lobos finos pequeños o coipos, cosidas juntas, “mucho más suelta y envolvente; su forma era rectangular y cubría el cuerpo desde los hombros hasta media pierna; una tirilla de piel cerraba la vestidura en torno al cuello”. Las pieles eran “cuidadosamente descarnadas, adelgazadas, estiradas y rozadas; decían los indios que las cosían con hilos de cola de ballena” (Emperaire 2002: 183).

Empeaire señala que en los últimos años los kaweskar han adquirido fusiles “mediante trueques con los chilotos”. Los usan para cazar nutrias “cuando pueden adquirir municiones que les suministran los chilotos a buen precio, a cambio de pieles”. También hay algunos que tienen trampas “compradas a los cazadores de pieles”. Estas son “trampas ordinarias de resorte” que colocan “sobre los senderos trazados por los animales, con un pedazo de pescado o marisco por cebo, y a veces sin nada” (Empeaire 2002: 238). Las capas de pieles de nutrias eran bellas piezas “que excitaban la codicia de los cazadores de todas las nacionalidades que frecuentaban los archipiélagos hacia fines del siglo pasado, cuando los interesados no les daban mucha importancia, con tal que les dieran frazadas a cambio”. Seguramente data de esta época “la palabra *skin* con la que los alacalufes designan sus capas” (Empeaire 2002: 183).

Las nutrias son los verdaderos protagonistas de los relatos de viaje kaweskar a mediados del siglo xx. Los kaweskar recorrían incesantemente la Patagonia Occidental entre el golfo de Penas y el estrecho de Magallanes, “que es todo territorio ancestral kaweskar”, que se encontraba dividido en dos bloques, *jautok*, “que designa los canales interiores” y *málte*, “que designa los lugares que están cercanos al océano Pacífico”. Estos sectores están divididos, aparte de las características orográficas, biogeográficas y climáticas distintivas de cada uno de los bloques, por la ausencia/presencia de cochu-yo (Tonko 2008: 20).

Oscar Aguilera, en un temprano trabajo, relata que “la nutria y el coipo se cazan con perros”. Las nutrias son ubicadas por los perros en sus madrigueras “arrinconándolas en el mismo lugar o entre las rocas, donde son muertas con garrote”. El coipo es cazado “ocasionalmente por los indígenas, ya que su piel no presta mayor utilidad, su precio es inferior al de la nutria, y sólo se aprovecha su carne”. En la actualidad, “la nutria no es cazada debido, principalmente, a las prohibiciones existentes y a la carencia de perros entrenados, ya que el perro fueguino se ha extinguido completamente y ha sido reemplazado por otros que no poseen las cualidades muy especializadas de la especie autóctona” (Aguilera 1978:18-19). Aguilera nos indica que nutria en kaweskar se dice *laálte* y en tawókser (kaweskar meridionales), *čekčel* (1978: 128).

El objetivo del viaje que realizaban los kaweskar “en los tiempos antiguos era la caza de subsistencia”, pero con la llegada “de loberos y nutrieros

en el territorio kaweskar, la motivación seguía siendo la caza, pero para la obtención de pieles que comercializaban, trocándolas por alimentos, vestuario, armas y utensilios”. El licor también estaba, “por así decirlo, dentro del paquete de posibles cosas que podían recibir a cambio” (Aguilera 2011: 124). José Tonko, por su parte, señala que en la década de los 40, al tener contactos estables con los chilotos, los kaweskar comienzan “a comercializar con ellos y con los marinos que estaban establecidos en isla San Pedro”. Intercambiaban “cueros (de nutrias y/o lobos) por herramientas (escopetas, municiones, hachas, etc.) y víveres (quintales de harina, fideos, porotos, etc.)”. Sus viajes “tienen un matiz distinto del de otras épocas, ya que sus viajes están centrados principalmente en la caza de nutrias y lobos [cuyas pieles] luego intercambiaban con los blancos” (Tonko 2008: 40).

Para los kaweskar, el faro de la isla San Pedro “tenía un carácter especial porque era un puesto de intercambio, un sitio donde se realizaban operaciones comerciales cuando florecía el comercio de pieles en los canales”. En ese lugar, los kaweskar “obtenían municiones para sus armas de fuego y víveres ‘occidentales’ a cambio de las pieles de nutria o lobo marino”. Allí “se organizaban cuadrillas con chilotos o compuestas solamente por gente kaweskar para salir en viajes de caza” (Aguilera 2011: 123). La caza de animales peleteros “adquiere una primordial importancia para los kaweskar porque se dan cuenta de que los cueros sirven como medios de trueque”. Esto significa que “se necesita producir la mayor cantidad posible, para luego realizar el intercambio”. Con la introducción de la escopeta “se produce un cambio social a nivel general en la cultura y con ello se modifican sus patrones de caza en forma notable”. Los perros asumen un rol mucho más relevante: “se formaban cuadrillas completamente equipadas con municiones y víveres y una vez conformadas, cada una de ellas tomaba su propio rumbo” (Tonko 2008: 41).

Para cazar nutrias en los canales interiores [*jáutok*], “sólo bastaba recorrer en forma minuciosa a remo las bahías, senos, esteros y, en fin, cualquier recoveco que encontrasen en el transcurso del viaje”. El bote “avanzaba lentamente por la orilla de la costa a remo y en la proa estaban los perros de caza”. Cuando los perros notaban la presencia de la nutria, “se tiraban al agua y llegaban nadando a la costa, [luego] entraban velozmente al monte y

una vez que atrapaban la presa se escuchaba un tremendo sonido de pelea de perros". Si la nutria lograba escapar, los perros "la perseguían, en tanto que los cazadores en la chalupa seguían los ladridos de los perros para ir al encuentro de la presa". Cuando la nutria llegaba al agua "era el momento de disparar con la escopeta para matarla". Con las nutrias capturadas, se buscaba un buen "puerto para acampar" y al día siguiente "se descueraban las presas". El descuere "era realizada por personas de mucha experiencia: después de haber limpiado minuciosamente la grasa sobrante, acto seguido se procedía a poner las pieles en los bastidores". Luego "venía el secado de los cueros, para lo cual se necesitaba estar varios días en un mismo lugar hasta que quedaran completamente secos" (Tonko 2008: 41-42).

En cambio, para cazar nutria en el mar exterior [*málte*], "la gente acampa en un lugar que es utilizado como campamento de base y de allí sale a recorrer a pie a capturar sus presas". Luego las nutrias son descueradas y "los cazadores retornan al campamento con sus cueros al hombro" (Tonko 2008: 42). Con la prohibición de la caza de nutrias en las décadas de los 70 y 80 "ya nadie quería comprar pieles, por tanto esta actividad pasa a ser un trabajo no rentable" (Tonko 2008: 45).

José Tonko Wide, Kstákso, narra en 1975, en Puerto Edén, una historia sobre "la nutria tabú" y la gran inundación:

Un joven del pasado en el momento en que su papá este que... nutrias y pájaros andaba cazando, salió a buscar después una nutria tabú y la mató, se cuenta. Y cuando su mamá fuera y su papá fuera andaban, mientras andaban primero, la mató, cuenta el cuento. Después el viento y la tormenta rugían, cuenta el cuento. Una marejada grande después la tierra, la tierra desde abajo a la tierra este que... subió, cuenta el cuento, y la persona que mató la nutria después habiendo sobrevivido, corriendo, se cuenta, hacia arriba de un cerro, hacia el cerro subió, se cuenta. Y en la cima del cerro acampó... la marea baja siempre rápido, ¿no? Después vio cómo su hermano y su mamá con su papá ahogados arriba de un árbol colgaban, y bajó, se cuenta. Entonces vio que todos estaban ahogados, cuando regresó también vio animales, orcas y ballenas esparcidos por el bosque, se cuenta este que... cuando la marea estaba baja. Y después el joven del pasado se

fue, se fueron los dos y construyeron una choza, se cuenta. No tenían lona y con pasto cubrieron la choza, y ahí estuvieron hasta que fue día, cuenta el cuento. Con el frío el joven tuvo una providencia, soñó con un coipo, decía que lo había visto, según se dice que narra el cuento. Y la comida que decía fue una providencia por el hambre, se cuenta, ¿no? La comía él [en el sueño] y cuando despertó, se cuenta, exclamó: “¿Qué tengo yo este que... que con un coipo estaba soñando?, al coipo yo mataba en el sueño, con qué fuego [lo cocinaba] cuando yo soñaba?” Después otra vez se quedó dormido y se quedó dormido, después despertó a su mujer... a su mujer despertó se cuenta. “Oye, mira, trae un palo quebrado, mira que estaba soñando, por eso te estoy mandando que... este que... un coipo va a entrar y tú lo vas a matar”. Después de que se quedó dormido soñó, otra vez vio en sueños y según se dice, después una manada entró y con un garrote ella los iba matando, se cuenta (Aguilera y Tonko 2009: 53-55).

LOS INVITADOS DE ANNE CHAPMAN: BALDWIN SPENCER Y ROCKWELL KENT, Y OTROS

Tanto Emperaire como Gusinde reflexionan sobre los contactos entre kaweskar y chilotas en la Patagonia Occidental Insular. Sus experiencias son diferentes, pero ambos observan la vida cotidiana de los pueblos que habitaban estas regiones en momentos muy cruciales para su supervivencia. Hay más de veinte años entre ellas, lapso de tiempo que permite establecer algunas transformaciones. Las observaciones de Gusinde y Emperaire apuntan no sólo a los métodos de caza de nutrias y coipos, sino también al uso que les daban los pueblos canoeros a los productos obtenidos de estos animales, principalmente sus pieles. Indudablemente, su uso original era ser parte de su escaso vestuario.

Este aspecto es confirmado por otros estudiosos de estos pueblos. Charles W. Furlong escribe que “antes de la adquisición reciente de las ropas del hombre blanco, su limitado vestuario nativo [entre los yaganes] consistía en una piel de lobo marino o nutria, utilizada como una capa de los hombros; el resto del cuerpo iba desnudo” (Furlong 1917a: 10). También señala que “hemos visto que los pueblos canoeros van completamente desnudos expuestos a la humedad y al frío, vestidos apenas con un par de pieles de nutrias arrojadas

sobre sus poderosos hombros, recorriendo sus caminos hacia el sur a través de los largos y tortuosos canales de la costa occidental hasta el cabo de Hornos” (Furlong 1917b: 169). O bien, “el vestuario nativo consiste de una piel de lobo marino o de nutria, a veces dos de estas últimas unidas y usadas como una capa sobre sus hombros, o si no desnudos” (Furlong 1917c: 428). Samuel K. Lothrop indica que “la capa habitual usada en verano e invierno, tanto por hombres como mujeres era una piel de lobo marino o nutria marina; a veces, dos o más eran cosidas juntas; en general esta pieza solo cubría hasta la cintura y no rodeaba completamente el cuerpo; estaba amarrada a través del pecho con cintas de cuero” (Lothrop 1928: 121-123). Agrega que “los yaganes occidentales y los alacalufes usaban pieles de coipo, una pequeña nutria terrestre conocida por los yaganes como *saiapa*” (Lothrop 1928: 123).

Anne Chapman nos muestra los trabajos entre los yaganes del antropólogo inglés Baldwin Spencer, en la ensenada del río Douglas, en la isla Hoste, al sur del canal Beagle, en la estancia de los Williams (Chapman 2012: 733-734). En ese lugar Spencer fallece el 14 de julio de 1929. El diario de la expedición de Spencer a Tierra del Fuego fue publicado en 1931 y se encuentran numerosos fragmentos de información sobre la caza de nutrias en esos lugares, tanto por yaganes como por hombres blancos. El 24 de mayo, al amanecer, llega la canoa de Domingo, yagán, que viaja “con su familia, dos esposas, cinco hijos y dos perros nutrieros”; en la tarde, “llegó un pequeño cutter de dos toneladas (solo vela), el VENEIA, con el capitán Ramón y compañeros, un tirador ruso (de padre ruso o estoniano y de madre inglesa) y un marinero portugués” (Spencer 1931: 67). Regresaban a Punta Arenas, bastante satisfechos, “con 130 pieles de nutria del cabo de Hornos”. Todas las pieles “eran de la variedad del cabo de Hornos, más pequeñas pero mejores y que ahora son muy raras”. Explica que “las pieles en bruto tienen la parte superior más gruesa y el pelaje más fino debajo [pero] cuando las ‘preparan’, los pelos más grandes y gruesos salen con una capa de piel en la que se encuentran sus raíces, y el pelo más fino queda en la capa superior”. Al día siguiente Spencer le compra al capitán 14 pieles de nutria a £2 cada una (Spencer 1931: 68). El 14 de junio escribe en su diario: “Dos o tres familias como la de Domingo viven lejos del resto, prefiriendo su antigua vida nómada independiente; viven pescando, cazando lobos y vendiendo algunas pocas pieles de nutria” (Spencer 1931: 68). El 19

de junio por la tarde, llega de las islas del cabo de Hornos la goleta GAMBOA, al mando del capitán Emil Dolenz, de 8 toneladas, con Christopherson, un portugués y un chileno, que “después de dos meses y veinte días de Magallanes sólo habían asegurado 60 nutrias y ningún zorro; todas nutrias del cabo de Hornos”. Al día siguiente, “el capitán Dolenz me regaló una cría de nutria de un mes de la isla Hermite” (Spencer 1931: 93-94). El 24 de junio, Spencer le compra tres pieles de nutria pequeña a Christopherson, que se había quedado con su viejo bote en Douglas (Spencer 1931: 96). Según Kwan, un joven yagán que vivía en la estancia, el término para la nutria grande es *se-an* y para la pequeña *le-at*. El mismo Kwan elabora una honda en piel de nutria, “pero no quedó buena pues usó cordeles en lugar de tendones” (Spencer 1931: 96). El 2 de julio llega Clemente, un viejo yagán, “con Rosa, su mujer alacalufe y cuatro hijos”, quienes habían “estado recorriendo solitarias bahías, construyendo sus chozas de ramas y sobreviviendo de mariscos y todo lo que pudiesen matar para alimentarse”, para obtener “unas pocas pieles de nutrias que pudiesen vender por comida o, de preferencia, trago”. Después de dos meses de trabajo “solo pudieron obtener dos pieles de nutria y dos de zorro rojo pequeño” (Spencer 1931: 112).

Chapman compara la productividad de los cazadores yaganes y los cazadores europeos. Dice que el sueco Christopherson “había matado sesenta nutrias, también en dos meses”, concluyendo que “Clemente estaba, decididamente, del lado de los perdedores” (Chapman 2012: 736). Chapman cuenta también una notable historia que permite relacionar distintos elementos ligados con la caza de nutrias y el comercio de sus pieles en el extremo sur americano. Se trata de la visita que hiciera el artista estadounidense Rockwell Kent (ilustrador de la edición de 1930 del *Moby Dick* de H. Melville) a territorio yagán. Kent visitó Tierra del Fuego entre 1922 y 1923 con el deseo de llegar hasta el cabo de Hornos (Chapman 2012: 730). Salió en enero de 1923 de Haberton, estancia de los Bridges, donde contrató como guía al capitán Christopherson, un sueco “cazador de lobos marinos y nutrias, que conocía cada roca y pequeño fondeadero hasta las islas Wollaston”. Kent arrendó una balandra y se fueron a la isla Bayly, en las Wollaston, “donde estaban viviendo cazadores de nutrias, cerca de la misión anglicana; Kent y sus compañeros fueron recibidos por un yagán y uno de los cazadores argentinos” (Chapman

2012: 730). El grupo de cazadores estaba formado por Berté, yagán, y dos argentinos, García y Vásquez. Berté tenía una choza solo y García con su pareja, Margarita, yagán, y Vásquez con la suya, Genevieve, argentina, vivían en “la casucha de Vásquez” (Chapman 2012: 730-731). Estas personas eran súbditos argentinos que cazaban nutrias en suelo de Chile; “eran cazadores furtivos, que vivían con miedo a ser detectados y a la ley” (Kent 1999: 166). Después de emborracharse en la noche con sus nuevos amigos, Kent zarpa rumbo al cabo de Hornos, al que no pudo llegar por un gigantesco temporal que los sorprendió mientras cruzaban el seno Franklin, pero lograron regresar a salvo a Harborton (Chapman 2012: 732).

Tal como se ha venido recogiendo por parte de viajeros y etnógrafos en la región, los nombres dados por yaganes y kaweskar a las nutrias da cuenta de sus prácticas cinegéticas.

Thomas Bridges dice que el nombre que los yaganes usaban para la nutria común era *aiapux* (Bridges 1933: 7). Indica que en la región había otro tipo de nutria, que llamaban *auilaf*, “de piel más oscura y de tamaño más pequeño” (Bridges 1933: 64). Gusinde recoge estos nombres y nos dice que los yaganes distinguen dos tipos de nutrias y “las diferencian utilizando distintos nombres”: *auilaf*, para “la pequeña nutria de la región exterior”, y *aiapux* para “la gran nutria de la región interior” (Gusinde 1989: I: 36). Las distinguen “por su tamaño y coloración” (Gusinde 1989: I: 518). Sin duda, los yaganes se refieren a *Lontra felina* como la “nutria de la región exterior”, y a *Lontra provocax* como la “nutria de la región interior”, respectivamente.

Oscar Aguilera, por su parte, señala que los kaweskar, o “alacalufes septentrionales”, nombraban a la nutria como *laálte* y los tawokser, o “alacalufes centrales”, la llamaban *čekčel* (Aguilera 1976: 128). No sabemos si los kaweskar distinguían con nombres especiales las dos especies de nutrias que encontramos en la Patagonia Occidental Insular.

LOS GATEROS DE CHILOÉ

LA CAZA DE NUTRIAS Y EL COMERCIO DE PIELES EN CHILOÉ

La caza de nutrias y el comercio de pieles en Chiloé era una actividad bastante frecuente en las primeras décadas del siglo xx. Se les decía *gateros* “a los que se dedicaban a la caza de huillines y nutrias, cuyas pieles tenían gran valor comercial”. En 1936, “dos hermanos de una larga familia de Chiloé, viajaron en chalupa hasta las costas de la península de Taitao, al sur del archipiélago de los chonos”. Sus resultados fueron extraordinarios, y “al cabo de dos meses tenían más nutrias y huillines que ningún gatero había conseguido antes” (González Kappes 2002: 115). El director del Servicio de Pesca Marítima y Fluvial en la década de los 30, Augusto Opazo, informa que el producto de “la caza de huillines y chungungos en el Archipiélago de Chiloé [...] oscila alrededor de los diez mil ejemplares al año” (Aguirre Cerda 1933: 154). Los coipos también formaban parte de las presas buscadas por los gateros chilotas. Es así como, en 1969, la piel del huillín se vendía en unos US\$ 10, la del chungungo en unos US\$ 6 y la del coipo, en US\$ 1 (Weisner 2003: 596).

El periodista Mario Planet publicó un notable reportaje en la revista *Ercilla* el 19 de febrero de 1964. Se encuentra recorriendo el Mercado de Castro. Uno de los patrones de las chalupas que están en el muelle, Orlando Cárdenas, le muestra una gran cantidad de quila y le cuenta que deben navegar hasta quince días “en sus embarcaciones a vela para llegar a las Guaitecas, allí acampamos y con esta quila hacemos una casa”; con esta quila “protegen lo que llaman sus ‘intereses’ o sea la mercadería que generalmente es cholga ahumada”. También le dice que “en las Guaitecas no hace tanto calor; este perro es un buen ayudante, caza los gatos marinos y así juntamos los cueros para comerciarlos, es un buen interés”. Planet agrega que “los gatos son coipos o nutrias, pero en el mercado nunca aparecen, los guardan para los clientes fijos que les pagan por adelantado, les entregan alimentos” (González 2016: 212).

La chalupa es uno de los elementos clave en las “cacerías de gatos” en los canales patagónicos. Una chalupa es una embarcación de doble proa, propulsada

a remo o vela, de unos 6 a 8 metros de eslora, elaborada en madera de ciprés. La chalupa era una embarcación destinada a navegar en los canales y el mar interior de Chiloé. Para navegar en mar abierto, “se usaba el chalupón, embarcación del mismo tipo que la chalupa, pero más grande y más útil para la carga y el transporte” (de la Fuente *et al.* 2010: 574). El chalupón guaitequero era mucho más grande y podía llegar a tener 12 metros de eslora. Juan Enrique Vásquez, modelista naval, que construyó una réplica a escala de una de estas embarcaciones, basada en informaciones proporcionadas el 2003 por un antiguo cazador de lobos, de 63 años, de Quellón, nos señala que “izaba una vela cangreja en el único mástil, y a proa un foque donde el puño de amura se hace firme a un pequeño botalón”. Las maderas que se usaban en su elaboración era tenío, para la quilla, roda, codaste y cuadernas, y ciprés para la tablazón del casco y la cubierta. Este chalupón se usó para la faena de la caza de lobos marinos y nutrias y tuvo su auge entre los 30 y los 50 del siglo recién pasado; los cazadores de pieles “zarpaban en grupos de 4 a 5 chalupones, donde se incluían mujeres y niños, incluso mujeres embarazadas, las cuales frecuentemente daban a luz en aquellas inhóspitas soledades australes, teniendo como medicina para tan delicado suceso hierbas del lugar, que ellos conocían muy bien”. Los chalupones salían “el mes de diciembre y el retorno se efectuaba en marzo”, y para cazar los huillines y los lobos se usaba “escopeta, perros o a palos”. Los cazadores regresaban con 3.000 a 4.000 pieles de lobos y nutrias, que “eran conservadas en sal a bordo de la embarcación”; la venta “se realizaba en el puerto de Quellón, donde eran esperados por compradores de curtiembres de Santiago” (Vásquez 2011).

Es interesante resaltar que el comercio de pieles involucraba también a las autoridades locales, hecho que provocó una investigación de gran magnitud en los principales centros peleteros de Chiloé. En una nota al Ministerio de Hacienda se informa desde Ancud que una comisión investigadora enviada encontró “en Chonchi 135 cueros sin marca; en Queilén se sorprendió a Pedro Gómez, con 28 cueros; el teniente de carabineros va en viaje a Quellón y Huildad, de donde se esperan datos; en Castro nada se encontró en los allanamientos que se ordenó hacer”. Se piensa que en este fraude estaban implicados “todos los subdelegados marítimos y los tenientes de aduanas de Quellón, Chonchi, Castro, Achao y Dalcahue. y que ellos tienen relaciones comerciales, parentesco, y amistad íntima con los comerciantes exportadores de pieles,

por ser todos del mismo pueblo”. Se indica que por correo se han enviado desde 1924 hasta la fecha [1927] encomiendas que “suman quinientas veinte, con quince a veinte cueros cada una; por otro conducto, en fardo de cueros do ovejas y en sacos de papas se ha mandado mucho más”. Se cree que es indispensable “investigar el número de encomiendas despachadas por el correo [...] desde 1925 hasta hoy [...] y es] también necesario revisar las Peleterías de Santiago, Valparaíso. Concepción, etc., que deben tener numerosas pieles sin marca para remitirlas al extranjero”. Termina señalando que “los cueros secuestrados han sido depositados en el juzgado de letras correspondiente, para ser remitidos después a la Aduana de esta ciudad [de Ancud] ⁵.

Para el médico veterinario Carlos Cabello, la caza de nutrias en Chiloé era desarrollada de “manera clandestina” en 1978 por personas “que además se dedican a diversas faenas extractivas del mar y generalmente son de escasos recursos”. Usaban una “embarcación (chalupa) de madera de 9 a 10 m. de largo por 2,10 m. de ancho, movida a remo o vela y tripulada por cuatro personas, con dos escopetas calibre 16, y cuatro perros, además de los víveres para unos cinco o seis meses de cacería, lapso en el que pueden obtener 30 o 40 pieles”. La forma de cazar nutrias era “llevando la embarcación paralela a la costa desde donde se les dispara”, o bien con “los perros [que] las sacan de sus madrigueras para que un cazador que haya bajado a tierra les pueda disparar”. Le apuntan a la cabeza para no dañar las pieles, las que son entregadas a “comerciantes intermediarios a precios muy bajos y son estas personas las que obtienen mayores ganancias, dado el alto precio que alcanzan en el mercado internacional”. Los principales centros de transacción en la actualidad son Puerto Montt, Castro, Melinka, Puerto Aysén y Punta Arenas. El intermediario le paga al cazador 300 pesos (US\$ 15) por cada piel y las vende en 1.500 pesos (US\$ 75), es decir, cinco veces más. El destino final de las pieles “pareciera ser la República Argentina” (Cabello 1978:109).

En Chiloé y en las islas situadas más al sur, la caza de estos animales peleteros formaba parte de un complejo sistema de relaciones económicas que les permitía a la mayoría de sus habitantes “pasar los años de a uno”.

⁵ *La Nación*, 30 de abril de 1927, p. 4.

UN NATURALISTA EN CHILOÉ

El teniente de marina Francisco Hudson, en una carta enviada el 21 de febrero de 1856 sobre la necesidad de “reconocer y levantar los planos de los canales desconocidos que existen aún desde el archipiélago de Chiloé hasta el golfo de Penas”, le informa al ministro de Marina sobre “las empresas de pesca de lobos y gatos de mar que hace mucho tiempo hay establecidas en esta provincia, [que] mantienen embarcaciones que en todas las estaciones del año cruzan el archipiélago de Chiloé” (Hudson 1856: 619). En 1890 se afirmaba que Dalcahue era “el depósito principal de las pieles de focas (lobos marinos) y de una especie de nutrias (gatos de mar), que se traen sobre todo de las Guaitecas” (Vattier 2012: 21). Las islas Guaitecas era una zona “muy frecuentada por los habitantes de Chiloé durante el verano (y aun actualmente durante el invierno) ofrece el recurso de la caza de gatos marinos y lobos, la pesca en gran escala y la cosecha de moluscos y crustáceos de los más variados que se llevan a las fábricas de conservas de Calbuco y Huito” (Vattier 2012: 41). Alfredo Weber indica que, en la parte más austral de Chiloé, “abundan los lobos marinos, los gatos de mar y las aves; en los ríos se caza la nutria; las ballenas rara vez se cazan ahora”; agregando que la nutria de río “da excelentes pieles” (1903: 21). Francisco J. Cavada dice en 1917 que “la fauna de la provincia [de Chiloé] era bastante pobre” (Cavada 1917: 50).

El zoólogo Wilfred H. Osgood, del Field Museum of Natural History, Chicago, realizó una expedición a Chiloé entre 1922 y 1923. En el relato de su campaña dice que los chilotes le habrían contado que “cazan nutrias en el verano, cuando la piel es pobre y de poco valor porque dicen que es más fácil obtenerlas que en invierno, cuando la piel tendría más valor; por las pieles de coypu obtienen cerca de cinco o seis pesos, es decir, a menos de US\$ 1 cada una” (Osgood 1983: 9).

Se encontraba recorriendo las riberas del río Iníó, al sur de la isla grande de Chiloé, buscando nutrias y coipos, cuando ve el 18 de enero de 1923 “una nutria, llamada huillín, nadando cerca de la orilla y como nosotros la rodeamos, se zambulló y salió cerca del bote, levantando la cabeza fuera del agua, lo que le dio a Sanborn [miembro de su grupo] un buen disparo y con una

carga de seis tiros, la mató” (Osgood 1983: 28). Señala que Conover, otro integrante de su grupo, “había comprado un par de coipos a cazadores nativos que tenían también un gato de mar (pequeña nutria marina) pero querían 50 pesos, que rechazamos pagar; después cuatro chilotes del río Zorra aparecieron y les compré otro par de coipos” (Osgood 1983: 29). El 20 de enero vino al río Ignacio Chaure “y mató una nutria que le compré en 40 pesos (Osgood 1983: 29). Días después le compra “un chungungo o gato de mar a unos chilotes, quienes lo trajeron diciendo que el negocio debía ser secreto, seguramente porque debían haberlo tomado de otros”. El chungungo “es mucho más pequeño que el huillín y más oscuro de color” (Osgood 1983: 31). En Quellón, a su regreso del viaje al río Inío, pudo observar el 31 de enero el arribo de “dos chalupas de *gateros* (cazadores de nutrias) que llegaban del sur, de Huapiquilán, Guaitecas, Tic Toc, etc., después de un viaje de un mes” (Osgood 1983: 32) y les tomó unas fotografías. Osgood señala que “la chalupa es la embarcación de la zona, está hecha de madera nativa, apuntada en ambos extremos, fuerte y marinera; vienen en todos los tamaños; la pequeña es una chalupita y una más grande es un chalupón” (Osgood 1983: 30).

Los ejemplares obtenidos en esta expedición le servirán para describir las especies en su obra *Los mamíferos de Chile* (Osgood 1943). Señala, por ejemplo, que “la gran nutria de río del sur de Chile, conocida como huillín, era bastante común en el sector inferior del río Inío, en el extremo sur de la isla de Chiloé; varios fueron vistos y un macho adulto muerto por Sanborne cuando nadaba cerca del bote en el que estábamos remando pocas millas arriba de la boca del río; las medidas de este espécimen son: largo total 1.010 mm, cola 400 mm; [...] un ejemplar de hembra que nos llevaron unos nativos también se ha preservado” (Osgood 1943: 88). Relata que la otra especie que se encuentra en Chile es “la pequeña nutria café que los chilenos llaman chungungo o gato de mar; parece ser principalmente de hábitos marinos o litorales y aunque vive junto a la especie más grande, es mucho menos fluvial; es especialmente abundante entre las numerosas islas al sur de Chiloé; [...] un macho adulto que tomamos pesaba ocho libras” (Osgood 1943: 91). Respecto del coipo establece que los ejemplares obtenidos en Chiloé corresponden a una subespecie, denominada *Myocastor coypus melanops*, que posee “el pelaje mucho más oscuro y coloreado” que la subespecie de la zona central

(Osgood 1943: 131). Desde Chiloé recuperó siete ejemplares y la descripción la realiza sobre un macho adulto joven obtenido el 30 de enero de 1923 en Quellón, que mide 880 mm de largo, con una cola de 365 mm (Osgood 1943: 131-132). Los especímenes fueron encontrados en la desembocadura de los esteros, en aguas salobres, e indudablemente entran libremente al agua salada (Osgood 1943: 132).

Los mecanismos utilizados para obtener los ejemplares de nutrias en Chiloé eran habituales en esa época. Sus notas de campo indican que generalmente “usó trampas para ratones, trampas para carnívoros, escopetas y rifles para formar sus colecciones”, pero además reporta “haber comprado Pudu, capturados por cazadores nativos con perros, y Lutra de gateros que los cazaban por sus pieles”, ambas situaciones ocurridas en Chiloé (Patterson y Feigl 1987: 493).

CUCAO I: ORLANDO VERA

Felipe Montiel nos ofrece en su *Historias de viajeros* (2010) una serie de relatos donde aparece retratada la “extraña costumbre” de los chilotes de viajar. En la memoria de algunos de los habitantes de Chiloé permanece la caza de huillines y coipos y, por ende, se puede vislumbrar el desarrollo del oficio de “gatero”. En esas historias aparece Orlando Vera, de Rahue, Cucao, cazador de coipos y huillines, buscador de oro, pescador y agricultor. Todo un personaje.

Orlando Vera cuenta de sus primeras incursiones, con sus padres, que “trabajaron mucho en la caza de lobos marinos, pero en esos años se estaba terminando, lo que posteriormente se siguió cazando fue el coipo”; agrega que “cuando fui un hombre que podía trabajar solo, hice varios viajes hacia el sur para cazar coipos para obtener las pieles, también para buscar oro y es lo realicé con mi padre”. Para buscar oro y cazar los coipos se formaba una cuadrilla (un grupo de cuatro personas), “mi papá, un cuñado de mi papá y su hijo, los cuatro hicimos el viaje”. El grupo iba “a trabajar en el oro, pero uno iba también preparado para traer las pieles, si nos iba mal en el oro, las pieles nos podían salvar para pagar lo que costaban los víveres y lo necesario para la habilitación del viaje”. La ruta seguida por los expedicionarios era hacia “el sur de Rahue, pasamos caleta Zorras y llegamos a Punta del Roble,

cerca del sector de Iníó, la parte más al sur de la isla grande de Chiloé [...]; demorábamos como ocho días” (Montiel 2010: 375).

Los coipos se cazaban con los perros “que uno llevaba para que los corrieran y después nosotros los cazábamos a tiros con escopeta”. No es fácil cazarlos porque el coipo “es mañoso”, “se sumerge y se esconde, tiene su curera, sus cuevas debajo del agua [... apenas asomaba del agua] uno lo esperaba a cierta distancia y le disparaba con la escopeta”. Cuando el animal moría, había que “cuerearlo”, “abrirlo con cuchillo de las patas traseras y una parte de la colita y ahí se empieza a cuerear, como haciendo una bolsa y al final se da vuelta eso y el cuero queda al revés, la piel queda hacia adentro y luego que se saca la piel, se preparaba un tablero de madera que le daba el molde y la piel se estiraba y se estaqueaba con clavos, para después ponerla a secar” (Montiel 2010: 374). El coipo “se come, se ahúma su carne y también se come fresca, es media parecida al color de la carne del conejo” (Montiel 2010: 375).

Otro de los animales que habitualmente cazaban era “el gato huillín”, que le llamaban también “lobito de agua dulce”. El huillín “está en la costa de los ríos, le gusta la humedad y tienen sus escondites y pariciones debajo de los raizales, donde hay grandes tupiciones de palos, ahí este animal tiene la guarida y salen en las noches a comer”. Se cazan “de la misma manera que el coipo y a veces también con trampa zorrera, que es con dos alambres y tiene como una quijada de fierro, que cuando el animal pisa la trampa se cierra y le atrapa la mano o el pie”. El cazador “seguía las huellas de estos animales y dejaba las trampas por donde caminaban, claro que bien tapada para que no se den cuenta, porque son bichos muy inteligentes, que no los va a agarrar así no más, el huillín es muy inteligente, más que uno mismo, lo olfatea en seguida, es difícil de pillar” (Montiel 2010: 374-375).

En octubre y noviembre de 2014, Orlando Vera es nuevamente entrevistado, ahora por la antropóloga Pía Santibáñez y vuelve a hablar de la caza de coipos y huillines (Santibáñez 2015). Cuenta que “antes del 60 se trabajaba mucho las pieles” y era un trabajo “bastante complicado, como cualquier trabajo del agua”. Era necesario “adiestrar perros para salir a la caza”. Se cazaba “el coipo y el huillín en esos años, el chungungo recuerdo que también se cazó”. En esos años “estaba permitido cazarlo [...], cada uno sacaba su

permiso en el SAG y daban un permiso, una cuota para trabajar, y si habían encargos uno trataba de juntarle esas pieles” (Santibáñez 2015: 52).

Por toda la costa de Cucao se cazaban distintos animales por sus pieles, “utilizadas para hacer chaquetones o abrigos; estaba el coipo, el huillín y el zorro; esos eran los que usaba la gente [...], bueno la gente que más tenía, por supuesto, no cualquiera iba a usar un chaquetón o un abrigo de piel”. Agrega que “era la única fuente de trabajo, como era el oro y las pieles el trabajo acá; no hubo una fábrica, no hubo nada que diga que las personas, los jóvenes, puedan ir a trabajar”. Llegaban “unos cuantos compradores, quien pagaba más” se quedaba con las pieles (Santibáñez 2015: 50). Agrega que “hace unos 30 o 40 años atrás que ya se dejó de cazar la piel; [...] empezó a escasear y otra que la gente ya no compraba mucho porque las mismas autoridades le empezaron a prohibir al que lo encontraban usando ropas de pieles de estos animales, se lo requisaban. Ya dejaron de comprarlo y los que lo cazaban igual dejaron de cazarlo, para qué se iba a matar a un bichito por matarlo” (Santibáñez 2015: 52-53). Relata que el lobo de mar y el chungungo se cazaban con escopeta, pero el gato huillín y el coipo se los prefería matar con trampas de metal para no dañar la piel; “para cuerearlo se hacía con cuchillo [...], hay que hacerlo con mucho cuidado para no romper la piel, porque si tenía cualquier hoyito el comprador no lo compraba o si la compraba, pagaba menos” (Santibáñez 2015: 54).

Las expediciones de caza eran notables porque tenían un doble objetivo: las pieles o el oro. Orlando Vera señala que “uno iba andando, escalando y donde lo pescaba la noche se quedaba, dos o tres días si es que veía que habían hartas pieles ahí, y así después se trasladaba a otra playa y así sucesivamente”. Duraba unos “veinte días, un mes, hasta mes y medio a veces andábamos, porque ahí se hacían dos procesos, la piel y el oro. Si le iba mal en un trabajo, en el otro algo le quedaba”. Se trataba de hacer “los dos trabajos en el mismo viaje, en la misma campaña que uno salía a hacer (Santibáñez 2015: 53). Llevaban sus propias provisiones y también sacaban mariscos, pescaban y se comían la carne del coipo: “el coipo por ejemplo, que estaba gordo ese se cocinaba; era la carne utilizada por esos lados” (Santibáñez 2015: 53-54). Los viajes eran hacia el sur de Cucao, “se buscaban los animales en ríos, lagos y desembocaduras de mar en toda la costa, de Cucao hacia el sur; todas esas

playas se recorrían, todas tenían río y tenían hartas pieles y hartos bichos; por toda la costa, por toda la costa se salía”. Se trabajaba en Checo, Tablaruca, Merina, río Guenocoihue, Esmeralda hasta Caleta Zorra (Santibáñez 2015: 53-54).

La caza del huillín se hacía en los meses de invierno, entre mayo y agosto, porque su piel se vuelve más tupida y se la hace más valiosa para los compradores. Orlando Vera señala que se cazaba con trampas o con escopeta. Se compraban “trampas con resortes y tenía dos fierros que se cerraban arriba y entonces se dejaban en sus caminos o en la bajada de río y ahí se capturaba”, pero también “se cazaba a bala en esos años” (Santibáñez 2015: 54). Se cazaba con rifle o escopeta “y de ahí la piel se secaba, se cuereaba el animal, tenía unos tableros especiales arreglados para el huillín, ese se abría de la cola hasta la cabeza, por la guata, se secaba y de ahí [...] el cazador lo entregaba al comprador-vendedor [...]; uno lo entregaba seco, se secaba la piel y se entregaba; [los compradores] después para utilizarlo lo mandaban a alguna curtiembre, porque en esos años existían las curtiembres (Santibáñez 2015: 55). La piel de huillín “en esos años, la compraban por centímetro, era diferente, ahí pagaban por centímetro; ese es el gato de río o gato huillín, por centímetro; sí, cuanto más grande más plata se pagaba”. Por eso se prefería trabajar con trampas, para dañar menos su pelaje, “ya que cada centímetro valía” (Santibáñez 2015: 54).

La caza del coipo se hacía de la misma manera, “pero ahí ya se adiestraban perros, perros adiestrados que los pescaban ellos mismos o uno los alcanzaba cuando ellos los retenían por ahí; en los caminos, en los montes, cerca de los ríos o en sus cureras o cuevas que tenían y ahí se secaban de igual, del mismo proceso, pero ese ya hay que sacarlo en bolsa, en bolsa llamábamos porque se sacaba enterito sin partirlo además que la parte de atrás, la parte de la cola, y las patitas de atrás, se abría, entonces se daba vuelta con la piel hacia dentro y ahí se secaba se raspaba y se iban secando; nosotros solo lo discábamos nomás, después se daba vuelta y se dejaba con los pelos encima nomás y así se entregaban [...]; el secado duraba algunos dos días, otros, si eran bichos muy gordos, tres días, cuatro a veces; [...] era rápido, si en dos noches uno le hacía fuego por aquí, en dos noches estaba seco ya [...] en esos años con fuego de leña, de fogón (Santibáñez 2015: 55-56). Los perros “se encargaban

de perseguirlos y botarlos al agua y ahí unos los cazaba en esos años; [...] siempre uno ubicaba al animal adulto, porque los chiquitos no había por qué sacrificarlo, cuando esos más tarde iban a dar las medidas que correspondían porque también tenían sus medidas. También tenía medidas para que uno los pueda vender uno, tenía que tener 60 centímetro del ojo a atrás, a la parte que se utiliza del animal” (Santibáñez 2015: 53).

Orlando Vera fue también cazador de zorros y venados. El zorro (*Lycalopex fulvipes*) era otro animal que se cazaba por su piel, “pero como era escaso, se juntaba poco; y era más difícil para disecarlo igual como es un animalito que es tan gordo igual y delicado su piel porque al rasparlo si era muy gordo se le salía la piel, los pelitos para el otro lado así que costaba; se trabajó menos, pero también por la costa; todo por la costa de las playas; [...] hasta ahora bajan a las playas a buscar comida por ahí y pájaros muertos, que salen (Santibáñez 2015: 56). El venado (*Pudu puda*) se cazaba por su carne, cuando se les acababan las provisiones en los viajes al sur, “así que teníamos que cazarlos con los perros que los sacaban a las playas y ahí nosotros los pillábamos; su carne se podía comparar con la del guanaco, es una carne media seca, y cuando está gordo, lo saca del fuego y se enfría inmediatamente, se congela la grasa” (Montiel 2010: 376). Incluso manejaba bastante información sobre la caza de lobos y ballenas en la zona de Cucao, lo que lo hace un verdadero “socio epistemológico” del investigador (Santibáñez 2015: 56-62).

CUCAO II: EXEQUIEL ÁLVAREZ

Pía Santibáñez entrevista en el 2014 a Exequiel Álvarez, otro habitante de Cucao, quien le confirma que “antes la gente vivía de la caza de animales, y ahora nada; no, porque ahora la piel nadie la compra; [...] mire yo cazaba coipos y nutrias también alcancé, pero estaba de moda esa cosa de los abrigos de pieles; las mujeres se sentían con la responsabilidad de ir a la moda con la piel, y bueno, el cazador cazaba porque se las compraban nomás; se compraba bien y el abrigo era caro”. Recién en los 80 se dejó de cazar, porque “empezaron a escasear los animales y la moda de chaquetas y abrigos de piel se pasó [...] creo de los 60 a los 80, yo creo; empezaron a regular, no sé qué, y justamente para la moda del abrigo de piel y toda esa cosa” (Santibáñez 2015: 51).

Exequiel Álvarez también es entrevistado por Ricardo Álvarez y Magdalena Navarro (2010). Les cuenta que “cazaba nutrias de mar y de río, con Orlando Vera y el finado Coche Vera, el suegro de Orlando. Era en invierno, en invierno, porque la piel en verano está de mala calidad, no ve que igual cambia el pelaje, entonces empezábamos en el invierno, se cazaban pieles de coipo y nutrias de mar y de río (...) la parte norte cazábamos las nutrias de mar, de aquí de Quiute, hasta Anay, Ñango toda esa zona, cazábamos nutrias de mar. Y en la parte del sur, cazábamos la nutria de río que es la de Huenocohiue, Medina, todas esas cosas, coipos y nutrias de río, esa es más abundante en toda esa zona, la parte sur de Cucao era la nutria de río, hasta llegar hasta cerca de Inío”. En esos años, “uno pillaba unas tres o cuatro nutrias por persona, más no. Y eso era bueno, en esos años. Se obtenía un cuero de nutria de río como el huillín, en esos años, yo te estoy hablando del año 60 en adelante, fácilmente tú con la plata de una nutria podías comprar un saco de harina, un par de kilos de azúcar, arroz, fideos, varias cosas que en este momento valen alrededor de cincuenta mil pesos, en plata hoy día por cada una. Sí, era bien pagado, porque uno cazaba tres o cuatro nutrias y eso daba para vivir un mes en la familia” (Álvarez y Navarro 2010: 81).

Lotte Weisner tuvo también a Exequiel Álvarez de “informante clave” para su libro *Cucao, tierra de soledades* (2003). Le entregó en 1969 la información sobre las expediciones de caza que “realizaban de manera esporádica, sólo cuando las otras actividades económicas de la zona se hacían insuficientes para sustentar a las familias”, con el objeto “de vender las pieles de algunas especies muy apreciadas por los peleteros”; entre las más cotizadas estaban las pieles del gato de mar, el huillín y el coipo (Weisner 2003: 593-595).

La caza del huillín debe realizarse en invierno, “cuando su piel está más tupida, puesto que su pelaje se alarga en el verano, quedando ralo y poco cotizado”, principalmente entre mayo y agosto. Las expediciones se realizaban a caballo, bordeando la costa al sur de Cucao. Se usaba la escopeta y las trampas. Los cazadores “le dedican varios días a cada río que van seleccionando, llegando a durar la cacería del huillín y el coipo un mes en su totalidad”. Dejan “instaladas de tres a cuatro trampas especiales para capturar el huillín” en cada uno de los ríos (Medina, Huenucoihue, Esmeraldas, etc.), dejando las trampas tapadas “con algo de tierra”. Cazan primero el huillín, “cuya piel

es más valiosa”, y después el coipo. En el camino de vuelta recorren los mismos ríos, “recogiendo los animales atrapados”. La caza del coipo se hace los fines de semana, “ya que el resto de la semana la reservan para la captura del huillín” (Weisner 2003: 595).

En la caza del huillín “se emplean trampas poderosas, que se colocan al lado del río, aguas arriba, puesto que el huillín baja durante la noche a la orilla”. La trampa debe amarrarse muy bien, “con sogas resistente o alambre, ya que el huillín se va con trampa y todo hasta el fondo del agua”. Se enreda entre las ramas y “perece ahogado y así no se perderá esta presa”. Estos animales suelen andar en parejas, “si la trampa está mal amarrada y el animal logra zafarse, comienza a chillar [...] y el compañero huye”. Para matarlos también se usa la escopeta, con la que “se debe apuntar a la cabeza”. Los huillines se van de algunos lugares y después regresan, por eso, “en ocasiones no se caza ninguno, mientras que en otras oportunidades muchos ejemplares en algún río que se haya visitado durante largo tiempo”. La piel del huillín “tiene visos dorados” (Weisner 2003: 598).

La piel del coipo es “la de menor cotización”, pero su abundancia en la zona de Cucao “hace que su pelaje sea el artículo de venta de mayor envergadura” (Weisner 2003: 598). Las trampas para los coipos “son más livianas” que las usadas para los huillines. Las trampas se colocan “en los lugares más frecuentados [...] de preferencia en los pequeños caminos que resultan de su ir y venir y que son perfectamente visibles”. Son atrapados, sin cebo alguno, “simplemente al pasar por encima de la trampa”. La caza con escopeta se usa cuando se reúnen “una gran cantidad de ellos”. Se hace mucho ruido, “con ayuda de los perros”, para “asustar a los coipos que se hallan escondidos en la espesura”. Los animales “saltan al agua para esconderse”. En ese momento “los cazadores aprovechan para disparar [...] usando como blanco sus cabezas” (Weisner 2003: 597). La productividad promedio de estas cacerías “es de 15 huillines y 80 coipos”. Todos los gastos y las ganancias son repartidas entre todos los cazadores (Weisner 2003: 595).

La caza del chungungo se realiza también en invierno, pero las expediciones, que duran entre quince y veinte días, se dirigen por la costa hacia el norte de Cucao. Debido a las características de la zona (“falta de caminos, altos y abruptos acantilados y monte espeso”) no se puede usar el caballo, así

que los cazadores van a pie, cargando “harina, sal, azúcar, café, fideos, arroz, porotos, fósforos, velas y linternas, además de la tetera y ollas”. En toda esta costa “hay un gran número de cuevas, lo bastante amplias como para albergar a estos cazadores”. Donde no haya cuevas, armaban sus “ranchitas”, “precarios refugios que improvisan con rapidez, sirviéndose de ramas y fibras vegetales para las paredes y techos”. Los perros, que siempre acompañan a los cazadores, “son amarrados para que no alerten a los animales [...] con sus correrías y ladridos; no se les alimenta durante el día, para que agudicen sus sentidos y sean más agresivos y fieros”. En cada viaje “llegan a reunir unos veinte chungungos” (Weisner 2003: 596).

El chungungo se alimenta en el mar, “de espaldas y con los ojos cerrados”. En estas instancias, el cazador aprovecha “para disparar sobre el animal, que no se percata de la presencia del hombre a causa del ruido del oleaje”. El cazador se sube a las rocas “para tener mayor visibilidad” y le dispara “a la cabeza del animal”. Tiene que usar municiones “para que su cuerpo quede flotando”; si usa balas, “haría que se hundiera el animal” (Weisner 2003: 599). La piel de esta nutria “es oscura y suave, siendo más agradable al tacto que la del huillín, aunque abriga menos” (Weisner 2003: 598).

INCURSIONES EN LOS ARCHIPIÉLAGOS MERIDIONALES

LOS LEGENDARIOS DE CHILOÉ

En una “crónica novelada” escrita por Antonio Cárdenas Tabies, publicada en 1982, se entregan datos muy significativos sobre la caza de nutrias en Chiloé, entretejida con otras historias. El escritor sitúa los hechos que relata a fines de la década de los 40, pero los hechos pudieron haber también ocurrido en otro momento.

El protagonista de la novela, Ricardo Lunsol, sale una mañana “en una chalupa gatera desde Huildad a las islas Guaitecas a la caza de pieles de gatos de mar y lobos marinos”. Lo acompañaban su tío Angelo Lunsol y dos amigos, Luis Formantel y Carmelo Turumán, “más cuatro perros gateros amaestrados y víveres para un viaje de tres meses” (Cárdenas Tabies, 1982: 181).

En Puerto Aguirre, “una caleta pesquera ubicada en las Huichas, isla próspera gracias a sus comerciantes en pieles”, se surtieron de “harina, tiros o cartuchos para escopetas, azúcar, café y otras provisiones, para el viaje a través de los canales, vía istmo de Ofqui, evitando rodear el golfo de Penas o la península de Taitao”. En Puerto Aguirre “se nos agregaron dos chalupas” (Cárdenas Tabies 1982: 182). Después de un largo viaje, donde tuvieron que atravesar el istmo de Ofqui, en el que demoraron “dos días en pasar las embarcaciones [...], primero pasamos las chalupas, una a una, luego las velas y finalmente los víveres”, llegaron al golfo de San Esteban y de ahí se dirigieron a Puerto Natales “bordeando fiordos, canales y una serie de islotes, muchos de ellos sin alma viviente alguna”. En Puerto Natales se separaron las chalupas “para seguir rutas distintas por los laberintos del archipiélago de Guayaneco, Puerto Edén, islas Madre de Dios y Guarello; quedamos los cuatro solos con nuestra embarcación, dispuestos a comenzar la caza de gatos y nutrias” (Cárdenas Tabies 1982: 182-183).

Ricardo Lunsol relata que “en la proa de la chalupa iba el cazador provisto de una escopeta cargada, lista para disparar a la primera aparición del gato de mar”. Si el cazador de proa fallaba el disparo, “lo hace el segundo que va

en la popa y asegurar así la presa, en tanto los otros remábamos”. Como las chalupas eran “livianas y rápidas, siempre dábamos alcance a los gatos”. Luego, “con nuestro cargamento, íbamos a una isla a secar los cueros, estirándolos en las paredes de las chozas o en los flancos de los cerros y luego a descansar” (Cárdenas Tabies 1982: 183). En las riberas de los ríos, “donde aparecen los gatos huillines o las nutrias tempraneras”, cazaban con “perros gateros expertos en perseguir a los huillines en forma silenciosa, valiéndose sólo de su olfato”, pues “al menor ruido el huillín puede notar la presencia de su cazador y huir velozmente, dificultando su captura”, de modo que “los perros deben atraparlos en forma callada y sorpresiva”. Los perros eran adiestrados “desde pequeños [...] para este tipo de faenas”. Cazaban “en cada ocasión [...] de tres a cinco gatos y, a veces, un par de lobos marinos vagabundos que merodeaban por los canales”. Estos perros “se alimentaban de carne de lobo y sopas de harina” (Cárdenas Tabies 1982: 183).

La cuadrilla sigue su viaje y llegan a una cueva poblada de lobos marinos; después de esperar que “estuvieran todos los lobos reunidos durante la noche”, comienzan, al amanecer, la cacería, que fue “una verdadera guerra entre hombres y lobos marinos que duró cerca de tres horas y el campo de batalla quedó sembrado de cadáveres y anegado de sangre, de hombres extenuados de cansancio, de animales muertos o gimiendo de dolor, una lucha por la supervivencia de unos y otros. Yo contemplaba con horror esta escena propia de hombres primitivos a los que sólo les interesaba destruir la vida de un animal indefenso, el lobo de dos pelos, para ganar con el valor de su piel” (Cárdenas Tabies 1982: 184).

Una vez que esa caza de lobos marinos termina, siguen ruta y llegan al puerto donde vivía Rosamel Aguilar, “propietario de un cúter con el que traía mercaderías de Puerto Natales para cambiarlas por pieles a los chonos; cuando echamos anclas salía el comerciante de viaje hacia Puerto Aguirre con un cargamento de pieles de gatos marinos; no nos quiso vender provisiones aduciendo que se le habían terminado”. Ricardo Miranda, “uno de sus compañeros de ruta”, les proporciona “mercaderías, harina, café y cuanta vitualla necesiten a cambio de pieles”. Continúan viaje recalando en algunas caletas “esperando que despejara la neblina para cazar gatos, descuerarlos, curtirlos y continuar avanzando hacia Puerto Natales, que era la meta de nuestro recorrido” (Cárdenas Tabies 1982: 185).

En las correrías tras las nutrias, arriban a un pequeño puerto “donde vivía Manuel Quidimán, un chilote de las islas Chauques que se estableció en esos lugares hace algunos años y que se había hecho rico con el comercio de pieles”. Trabajaba “con tres cuadrillas de chilenos y tres chonos en sus canoas”. Ricardo Lunsol, acompañado por Quidimán, su esposa y dos chonos, va a Puerto Natales a vender “el cargamento de cueros que habíamos hecho en nuestro recorrido por los canales”. Vendieron las pieles en la feria, “algunos cueros enteros y otros por centímetros”. Cree que lo “hicieron leso en el centimetraje pues, aunque vendí cerca de cien cueros, no alcancé a juntar dos mil pesos, que en esos tiempos era bastante plata”. El precio de los cueros de “nutrias y gatos huillines [...] oscilaba entre los diez y cincuenta pesos”. Con el dinero compró “algunas prendas de vestir para mí y mis compañeros, provisiones, cierta cantidad de tiros y media docena de botellas de aguardiente para mi tío, para alejar el intenso frío polar”. Regresan al “territorio de Quidimán”, donde en el día repartieron los víveres “y por la noche la borrachera, entre chilotes y chonos y entre guaitiqueros y alacalufes, es decir, la integración completa” (Cárdenas Tabies 1982: 186).

La despedida del lugar fue algo movida. No quisieron venderle a Quidimán las últimas pieles que quedaban, reservadas para “pagarle al pulpero de Puerto Aguirre, que nos entregara a crédito los víveres para nuestro viaje”. Partieron en la noche “en forma silenciosa” (Cárdenas Tabies 1982: 187). Regresaron a Puerto Aguirre, después de “nueve meses de viaje y aventuras por los canales”, siendo que ninguna embarcación demoraba tanto, “lo normal eran dos o tres meses”, hasta un novenario habían hecho, “porque nos creían muertos”. Les quedaban “sólo los cueros para la persona que nos había provisto de alimentos y un barril vacío. Mis compañeros se quedaron allí. Yo regresé a mi tierra” (Cárdenas Tabies 1982: 186).

No tenemos cómo separar la realidad de la fantasía del relato, pero, sin duda, la descripción de Cárdenas Tabies tiene esa dosis de realismo que permite conectar la experiencia de Ricardo Lunsol con otras experiencias de viajes similares.

DESDE MELINKA Y REPOLLAL

En el año 2009, Francisca Marticorena logra obtener una serie de testimonios en Melinka y Repollal, en el litoral norte de Aysén, que relatan asuntos relacionados con la caza de chungungos, los huillines y el coipo. Una de sus informantes, identificada como Blanca, 80 años de edad, viuda, originaria de Chiloé y residente en Melinka, se refiere al trabajo de su esposo, el cual cazaba “afuera”, en la costa del Gran Océano y pareciera ser algo bastante generalizado entre los cazadores de Melinka y Repollal: “Mi finado marido antes trabajó en las pieles de gato [de mar], los huillines y la que le dicen las nutrias, los coipos. De esos hay para acá en los montes altos ahí; salían a trabajar para afuera, iban a andar unos veinte días, veinticinco días, quince días iban a las pieles; esas pieles había un curita, un sacerdote [que las compraba] el padre Raúl, vive en Puerto Montt, ya está viejito” (Marticorena 2009: 89).

Al parecer, en el mundo de Blanca existen los “gatos de mar”, los “huillines” y también las “nutrias”, a las cuales llaman “coipos”. Nombra al comprador, señalando la venta directa de las pieles en la misma localidad de Melinka y no se menciona asuntos relacionados con la habilitación.

Un hombre, Carmelo, oriundo de Chiloé y con residencia en Melinka, ahora de unos 81 años, antiguo maderero del ciprés y pescador artesanal, entrega noticias sobre la existencia de “gatos huillines” y “gato común” como presas en el sector de la isla oceánica de Ipún (45° 08'S/73° 57'O) y se refiere no sólo a las diferencias entre los animales, sino también a las maneras de darles caza:

gatos huillines, ese es grande, y el gato común es más chico. Los otros son grandes, buenazos para la pelea, con los perros, este puede matar un perro, y para este tiene que ser con dos o tres perros. Tan peleando contrarios y tiran patas arriba, y al final el perro lo va picando por varios lados. Este es el trabajo que andaban haciendo las personas, antes era un trabajo, ahora podrá ser un deporte, y este uno puede andar a tierra y puede matarlo a palos. Por eso que ahora está prohibido matarlos, porque ya no quedan (Marticorena 2009: 90).

Los padres de Marta vinieron de Chiloé y fueron residentes en Repollal. Ahora, ella tiene aproximadamente 61 años y señala la particularidad de los perros encargados de la caza del coipo, las zonas de caza y de cazadores provenientes de Chiloé: “Habían unos perros coiperos, bien chicos y apropiados para cazar, eran buenos para nadar y para correr. Mis tíos trabajaron harto a las pieles, para ese lado de Guamblín, Ipún, él vive en Queilén, Segundo Chiguay [...] van a, incluso algunos han ido hasta Ipún o Guamblín, van a recorrer si lo que les cuentan es verdad” (Marticorena 2009: 187).

Otro hombre, Fernando, de unos 71 años, proveniente de Coyhaique, llegado a Guaitecas a los 15 años, en los años 60 y dedicado a las faenas del mar y criancero, también entrega noticias sobre la caza en la zona del litoral norte de Aysén, Tic-Toc, Raúl Marín Balmaceda y el volcán Melimoyu y la prolongación de la actividad de caza hacia canal Moraleda: “Ese año también se trabajaba mucho a las pieles, a las pieles de huillín y coipo. En eso trabajábamos. Salíamos cuatro, éramos cuatro a remo, empezábamos a trabajar a las pieles porque eran muy valiosas. Después lo prohibieron porque los estaban sacando mucho. Con los perros y a tiros. De Raúl Marín, ahí en Tic Toc, de ahí íbamos más abajo, por canal Moraleda para abajo, todo costeando” (Marticorena 2009: 89). Recorrer el litoral, “costear”, aparece como una actividad preferente en días de clima calmo, y “cuerear, una actividad de hacer cuando la navegación se hace imposible, [...] y cuando había días bonitos aprovechábamos de costear y agarrar cueros de gato. Y cuando había tiempo malo, nos establecíamos en una parte, los cuereábamos y los secábamos al fuego” (Marticorena 2009: 89). Muerto el animal, el trabajo de la piel requiere mucha atención y preocupación. En el “cuereo”, un mejor o peor monto en el precio de venta al comprador se juega en esta faena. “Los cueros los sacábamos, primero se sacaba, tal como se saca en un cordero, luego la gordura o la carne, y lo poníamos en un cuadrito así de madera. Se tomaba la medida de cuero del anchor, y el largo lo estirábamos, ese era el largo. Y ahí hacíamos la misma maniobra, la puntita aquí. Aquí lo costureábamos con una pita. Dejarlo parejito. Esos años era una pita especial, se compraba la pita. Iban puros hombres” (Marticorena 2009: 89). Las tareas del “cuereo” en los hombres de Melinka no difieren de otras en lugares diferentes. Así, descuerado completamente el animal, la piel se estira en un

marco mediante costura. Sin embargo, en el caso del coipo, al parecer, la operación es al revés: “El coipo, abajo enganchado. Se hacía al revés, después de que secaba la carne, se daba vuelta y ahí se secaba la piel” (Marticorena 2009: 89). En el relato se deslizan algunas diferencias respecto de los trabajos del “cuerear”. Las pieles de los distintos animales se comportan distinto y su cualidad señala su uso futuro: “El que era más duro de secar era el gato huillín, porque era más grande. La piel tiene muy finita, los curtidores hacían abrigos, cuello” (Marticorena 2009: 89).

Según Orfelina, sus padres comenzaron a cazar con los “Piucoles”, refiriendo a la familia Piucol, de la cual es pariente Guillermo Piucol Llana: “Los primeros llegaban a Punta Arenas, en bote, de aquí a Punta Arenas, a remo y a vela, se fue con los Piucoles, trabajaron al lobo, al gato, llegaron hasta Puerto Natales. Igual se compraba la piel y la carne, si esa era la venta que había, a mis mayores no les gustó porque esos había que cazarlos con escopeta y con perro, porque cualquier perro no le va a pescar, lo llevaban en un bote” (Marticorena 2009: 88). Blanca, por su parte, señala la presencia de la familia Levicán en Repollal, navegantes y cazadores en la ruta Melinka a Punta Arenas o Natales, en chalupa a vela y remo: “Ese viajó a los estrechos de Magallanes, viajó en chalupas a remo, chalupas a vela. Porque vivieron una gente en Repollal que le nombraban la familia Levicán que después se fueron a Punta Arenas y ahí murieron parece. Se fueron a Natales a vivir. Esos eran los famosos que trabajaban en el Estrecho que eran de acá. Chalupa a remo, a vela” (Marticorena 2009: 89). Las gentes reconocen a Melinka y Repollal como lugares donde los hombres se dedicaban a la caza de mamíferos marinos, preferentemente lobos. Como le informan: “Habían hartos loberos acá. Y era bonito y de ahí a trabajar, a la marisca, de todo, a la cholga seca, la madera, el ciprés, entre hombres y mujeres, habían partes por ahí por Guillermo, ahí íbamos a instalarnos con mi papá” (Marticorena 2009: 160).

LOS GUAITEQUEROS

El libro *Guaitecas. paso al sur*, de Viviana Ponce Figueroa, Ignacio Pastrián Sánchez y Gloria Berrios González, es un “intento de preservación de la cultura de un pueblo a partir de las experiencias de sus adultos mayores”. Publicado en

el año 2009, se refiere al modo de vida de los “guaitequeros”, los hombres y mujeres habitantes del archipiélago de las Guaitecas (Ponce *et al.* 2009: 5). Según los autores, todas las actividades económicas de hombres y mujeres en Guaitecas eran complementarias a otras, sean las faenas del róbalo seco, cholguero, hachero, recolector de luce o cazador de “Gato Huillín” (Ponce *et al.* 2009: 45).

Marcelo Saldivia les relata la experiencia de la actividad cinegética de su abuelo: “Salían en el verano a las islas en cuadrillas de cuatro o familias completas, llevando dos escopetas y 200 o 300 tiros. Salían por 2, 3 o hasta 4 meses por todo el archipiélago y se extendía hasta Magallanes” (Ponce *et al.* 2009: 45). Se usaban perros en la caza del “gato huillín”. Rastrean la presa, le atrapan y le dan muerte. Algunas veces, los cazadores privilegian el uso y la participación de los perros como una manera de no gastar municiones y así, frente a la carestía y escasez de ellos, ahorrar. Entonces, recorrían islas con perros en tierra, buscando la huella del gato huillín y cuando el gato estaba cerca, el perro apuraba el paso y ahí se sabía que estaba el gato huillín [...] muchas veces se huracaban los gatos y la única forma de sacarlo es haciéndole humo para que salte el gato, cuando saltaba el gato el perro lo atrapaba y lo mataba. Muchas veces se ocupaba el perro para ahorrarse tiros, ya que, los tiros eran escasos y caros” (Ponce *et al.* 2009: 45). Las presas, primero se acumulaban en las embarcaciones y, luego, se descueraban. Al contrario de la costumbre de muchos otros cazadores, acá las pieles se salaban y se estiraban instalándolas en un bastidor, “los gatos huillines muertos los andaba trayendo en el bote hasta que acumulaban varios, después cuando juntaban hartos los cuereaban [le separaban la carne de la piel], salaban el cuero y lo estiraban. Se estira el gato con cuatro varas una en cada costado, armando una especie de bastidor, hasta que el cuero se seca y queda estirado” (Ponce *et al.* 2009: 45). La comercialización de las pieles capturadas y procesadas se efectuaba en Melinka. Había dos maneras de comercializar, una venta directa, los barcos, y otra, en régimen de “habilitación”, los patrones. Así, el pago recibido bien podría ser dinero o víveres: “Se llevaba al puerto de Melinka y se comercializaba por plata o por comida, a veces a barcos o a patrones. Hubo un tiempo que con un cuero sacaban varios quintales de harina” (Ponce *et al.* 2009: 45).

Raúl Piucol Raín, nacido en Repollal, relata su inicio en la actividad cinegética desde temprana edad. Como es norma en otros lugares de Patagonia Occidental Insular, sucedió mediante un viaje iniciático a la entrada de su adolescencia. Así, fue incorporado al interior de un grupo parental de su linaje paterno y, bajo la presencia de su padre, durante tres meses realizó su primera incursión en dirección a la costa de afuera del “Gran Océano”:

Lo que fui no más [...] ahora ya colgué los chuteadores en el mar, se puede decir, fui cazador desde los 17 años, cazador de pieles, nutrias y lobos y ahí empezó mi historia [...] yo nací en Repollal [...] de ahí me gustó el mar, no completaba 13 años cuando salí con mi papá, mi tío y un hombre que había en un conchal, viviendo ahí, no me acuerdo cómo se llamaba y ahí salimos a un viaje de tres meses, ese fue mi primer viaje a las pieles, nutrias y lobos, anduvimos pal’ weste, anduvimos tres meses justitos, salimos el 5 de diciembre y llegamos el 5 de marzo, contado los 90 días, sin pasar un día más ni un día menos, de ahí me quedó gustando, ese fue el primer viaje que hice con mi viejo padre (Raúl Piucol Raín, citado en Ponce *et al.* 2009: 47).

En el viaje siguiente, una excursión ida y vuelta desde Repollal a Puerto Edén, también podría ser considerado “iniciático”, dadas las dificultades logísticas y la enorme distancia a recorrer, aproximadamente unas 650 NM y debiendo cruzar a pie el “arrastradero”, el istmo de Ofqui, “y después salí a otro viaje tres meses, llegué hasta Puerto Edén, fui entre medio de la laguna San Rafael y ahí llegué a Puerto Edén, ahí fui a la pura nutria, la época de las pieles es en el verano, octubre, noviembre, diciembre, en veces hacíamos dos a tres viajes en la misma época [...] ahí empecé, fui cazador no más [...] conseguí una carta de turismo con mi papá y dos cuñados y llegamos hasta Puerto Edén, arrastrando mi chalupa, tal como arrastrarlo aquí dos kilómetros, y lo pasamos no más, de San Quintín y entramos a la laguna San Rafael, quería conocer” (Ponce *et al.* 2009: 47). En todos los lugares de caza, la expedición cinegética tiende a comportarse de similar manera, sin grandes variaciones en su composición y su desempeño, la constante cristalización de una rutina generalizada. Es el viaje de

cuatro hombres, sus navegaciones, cazar y descuerar las presas capturadas con atención y preocupación: “Yo hice muchos viajes, muchos viajes [...] cazar una piel, nos financiamos todo, cazábamos una media docena, en veces más, y había días que no cazábamos na’ [...] descuerar el bichito y secarlo, pero bien trabajado como se merece [...] salíamos con 6 perros, 200 o 300 tiros calibre 16, dos escopetas y andábamos 4, 4 personas, 4 remos, bien equipado, como debe ser no más” (Ponce *et al.* 2009: 47). Utilizaban chalupas y los aparejos se utilizan en la preparación de un refugio en donde se puede estar a salvo de las inclemencias del clima, “buenos aparejos porque los mismos aparejos sirven de carpa, de casa de uno, las velas uno lo hace una carpita y justo da para cuatro personas y víveres” (Ponce *et al.* 2009: 47).

Durante 33 años Raúl Piucol Raín fue cazador. Sin duda, en el largo tiempo involucrado en una excursión de caza, los asuntos de la alimentación siempre constituían un problema logístico. Así, la preocupación por la captura de recursos para la alimentación era una constante preocupación. Entonces, el itinerario de la travesía cazadora también —en alguna medida— estaba fijado según la presencia o ausencia de aquellos recursos: “Y de ahí seguimos [...] trabajé desde los 17 a los 50 años a la caza de pieles... siempre buscábamos donde había pájaros porque nuestras comidas eran los pájaros silvestres, como el Panchillo, el Quetro, esa era la carne que nosotros consumíamos, el lobo, el lobo nuevo también, comer ricos asaos y fuimos sanos [...] llevábamos víveres de acá ocho o nueve quintales de harina para tres meses” (Ponce *et al.* 2009: 47). La importancia, el significado y el cuidado de los perros es un asunto importante en las “purras” de cazadores: “Cuando no cazábamos pieles porque había tiempo malo, teníamos que darle lo mismo a nuestros cachorros para que no padezcan de hambre porque ya que ellos nos daban la mitad del trabajo que nosotros hacíamos en veces 120, 140 cueros, ellos aportaban la mitad y nosotros con nuestras escopetas la mitad, entonces ahí teníamos que cuidar los perros” (Ponce *et al.* 2009: 47). El rol y la calidad de la labor realizada por los perros era un asunto de responsabilidad del cazador, quien debía entrenar a sus animales logrando transformarles en “perros drásticos”, obedientes y feroces, implacables: “Ellos eran los que cazaban en tierra, de repente atrapaban, los perros drásticos eso sí, agarraban como que

uno dijera póngase ahí!! [...] los perros se entrenaban de cachorro, tres a cuatro meses lo sacaba uno con perros que sabían y aprendían rápido, a la mitad del viaje eran ya maestros, yo tuve hasta cuatro perros” (Ponce *et al.* 2009: 47).

Finalmente, al realizar una mirada retrospectiva de su vida como cazador, Piucol Raín intenta evocar la pasión y la intensidad no sólo de su trabajo, sino también de la vida misma. Es la pasión del cazador: “Tanto cazar yo, no sé, lo que no tomé en cuenta yo cuántos de miles de tiros habré disparado en el tiempo que yo trabajé [...] muchos años estuve en el mar y ahora quiero descansar un poquito” (Ponce *et al.* 2009: 47).

CHILOTES, HUILICHES Y KAWESKAR

El libro *La otra historia: el aporte mapuche williche a la identidad local de Cochrane y Tortel* recopila una serie de entrevistas a mapuches-huiliches residentes en esas comunas, con datos significativos sobre las historias de la región (Conejeros y Ancán 2005).

Maria Leonila Mancilla Huilquiruca, nacida en Mechuque, Chiloé, que desde 1953 vive en Caleta Tortel, Aysén, les cuenta que “cuando se estaba instalando Tortel, llegaban los alacalufes; yo me hice amiga con las señoras alacalufes, una se llamaba la Ralae, otra se llamaba la Rosa, otra era la Bienvenida; ellas venían para acá a cazar nutrias, a pescar en esos años, porque aquí antes habían muchas nutrias; yo los vi a ellos acá hasta el cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, después ellos fueron desapareciendo”. En una oportunidad “nos fuimos con el finado, con Senovio [su marido] y nos fuimos donde ellos conocían, donde estaban los mariscos y cuando andábamos en eso, hallamos un campamento que era de los ‘nutrieros’, de los chonquis [nombre dado a los alacalufes]; era un tremendo campamento; [...] estaban en una isla chica que está aquí cerca, no me acuerdo cómo le decíamos a esa isla, pero eran muchos campamentos” (Conejeros y Ancán 2005: 88-89). María Leonila agrega que “las chonkas [femenino de chonquis], siempre que venían acá, me iban a buscar para tomar mate y a comer torta con grasa de lobo, ¡qué torta más rica esa! Conmigo hablaban el castellano y entre ellas hablaban su lengua. Llegaban a un lugar y hacían sus carpas [...]; se propusieron mezclas con las

choncas, porque ellas iban a ofrecer cueros de nutrias a los buques y cuando había mujeres, las subían a los barcos y quedaban embarazadas. Había mucho entrevero. Ellos llevaban mariscos y los buques le daban aguardiente” (Conejeros y Ancán 2005: 89). Senovio Cheuqueman, su marido, “se acordaba que los alacalufes tenían campamento por ahí, trabajaban, caza de nutrias, lobos y esos, que le sacaban la piel y de eso vendían, se los vendían a los buques, iban a Puerto Edén y allá iban a cocinar, porque acá no venía buque de la Armada. Después se fueron viniendo los buques grandes, la gente buena, marinos. Traen regalos, a una que lo veían que era de edad (Conejeros y Ancán 2005: 90).

Por su parte, Ana Vidal Menco, nacida en Lago Escondido, Cochrane, de ascendencia huilliche, les relata que los alacalufes “andaban a pie pelado y vestidos en sus canoas, que eran como unos troncos ahuecados; angostas y con unas puntitas para arriba y usaban un palito para navegar [...]; andaban con sus perritos en las canoas que les ayudaban a cazar las nutrias; eran sus perros, a lo mejor de razas de ellos; ellos vendían esos cueros de nutrias a la Base (Naval) y allá en Puerto Edén y también hacían trueques con los barcos; lo que más me gustó fue ver que los perros iban echaditos en las canoas (Conejeros y Ancán 2005: 90).

En 1938, el ciudadano alemán Bruno Rösner Fischer emprende una aventura de colonización en isla Magdalena, la cual finaliza el año 1945, cuando abandona definitivamente el lugar. En 1944, llega hasta Puerto Huichas [nombrado Puerto Aguirre en la actualidad] para visitar a su amigo Eleodoro Álvarez Villarroel, buzo escafandra y uno de los primeros ocupantes de Puerto Huichas, donde había llegado en 1940.

Álvarez Villarroel aparece mencionado en el “Censo de Población y Avalúo de las Mejoras”, elaborado para fundamentar el “Proyecto Población Huichas” del 30 de marzo de 1942, a cargo del agrimensor Sr. Pedro Varela Risso, de la Dirección General de Tierras y Colonización del Ministerio de Tierras y Colonización. En el documento se señala que posee “casa habitación con madera tinglada, techo de tejuela compuesta de 3 piezas, evaluada en \$ 2.000 y cercos de estacones en una extensión de 50 metros, evaluados en \$ 50” y también se refiere a la “posesión de elementos de

pesca consistentes en un equipo de buzo, botes, red, etc.”⁶. Al parecer, Álvarez Villarroel actúa como un “habilitador” en faenas de buceo, pesca y seguramente en la caza de gatos.

Rösner captura y describe claramente el sistema económico de ese grupo de familias asentadas en el naciente Puerto Huichas a inicio de los años 40 y se refiere a la presencia de una actividad económica de amplio espectro centrada en la explotación de los recursos del mar, orientada al buceo, la pesca y la caza. Allí, “todos viven de los que les da el mar. Es el paraíso de los mariscos como cholgas, choros, erizos, ostras, etc., y de los róbalo. Los botes salen, a veces durante semanas, a sus ricas zonas de pesca, cuya ubicación es solo conocida por los participantes. El semestre de invierno, con sus lluvias permanentes y mar tormentosa, es la época principal de captura. Muchas veces van, en sus botes a toda prueba, hasta el golfo de Penas, rodeando la península Taitao, expuesta a las olas del Pacífico, donde además de pescar también se dedican a la caza de pieles de huillín y coipo” (Rösner 2016: 83). Relata los preparativos y la logística de la actividad cinegética y las maneras culturales de realizar un contrato entre cazadores y habilitadores: “Es notable como los pescadores se preparan para estos viajes; generalmente el dueño del bote tiene también un pequeño almacén y adelanta todo lo necesario a los pobres pescadores. Con la tripulación, que consiste de 4 hombres, hace un trato verbal. Aparte del bote reciben de él una red, una carabina y un rifle a postones con sus respectivas municiones, así como los víveres para el período de pesca previsto” (Rösner 2016: 83-84). Rösner continúa describiendo la “habilitación” y señala la manera de repartirse lo producido en la incursión y las mejores ganancias obtenidas por el habilitador o comerciante en desmedro de los cazadores: “Sale el bote. Pescan y cazan, procesan sus presas en el lugar mismo de la captura y regresan con el bote cargado. Llegó el momento del reparto en presencia del dueño del bote y la tripulación. Se hacen seis montones iguales; por el bote y la red el almacenero recibe dos

⁶ Decreto N° 1827 del 24 de agosto de 1942, mediante el cual se aprueba el plano de la población de Puerto Huichas en Aysén, Dirección General de Tierras y Colonización del Ministerio de Tierras y Colonización. Este documento es una copia digital y nos fue amablemente facilitada por el antropólogo Mauricio Osorio Pefaur.

partes, mientras que las restantes cuatro son para la cuadrilla. El patrón les compra a los pescadores sus partes a bajo precio, descuenta los adelantos por víveres y paga el resto en efectivo. De esta entrada, los pescadores viven hasta el próximo viaje más largo” (Rösner 2016: 84).

Además de Álvarez Villarroel, el otro habilitador reconocido y recordado era Juan Bautista Osorio, afincado en la isla en 1938, y cuyos descendientes aún viven en la antigua casa originaria, ubicada en Puerto Aguirre. Este sujeto no sólo posee uno de los avalúos más altos en mejoras en aquella época, sino también dispone de equipo de buzo y cuatro chalupas de solamente cinco existentes en la isla en esos momentos. Así, sean las chalupas la embarcación específica utilizada en la “caza de gatos”, bien pudo Juan Bautista Osorio habilitar hasta 16 hombres en cada incursión (Decreto N° 1827, Puerto Huichas, 1942).

Hasta ahora hemos recogido los testimonios que otros obtuvieron en siglos de contacto con las nutrias de la Patagonia Occidental Insular y sus cazadores. Es el momento de buscarlos en sus islas, en sus canales llenos de recuerdos sobre tiempos idos, es el momento de enhebrar escritos con sus recuerdos y olvidos.



Figura 3: Glamour y estrellas. Fotomanipulación, 24 X 21 cm. Camila Mancilla, 2020.

SEGUNDA PARTE

I raised my head. The offing was barred by a black bank of clouds, and the tranquil waterway leading to the uttermost ends of the earth flowed sombre under an overcast sky -seemed to lead in the heart of an immense darkness.

Levanté la cabeza. La vista estaba obstaculizada por un negro cúmulo de nubes y el tranquilo curso de agua, que llevaba a los más remotos confines de la tierra, fluía sombrío bajo el cielo nublado —parecía llevar al corazón de una inmensa oscuridad.

JOSEPH CONRAD (1990 [1899]): 72.

NACIDOS AL NORTE DEL CORCOVADO

NAVEGACIONES

El Yamaha de 75 HP raudo desgarró el oleaje oscuro de las aguas. En retorno de isla Melchor, al atardecer rumbos SE cruzaron el Moraleda y la panga repleta de leña y la luz rielando en las aguas, destellos en la superficie. Un rato después, en la vieja y desvencijada estufa de Federico Curiñan Ayán, ardió el tepú, las papas se cocieron en la olla de aluminio y los hombres hicieron correr el mate entre sus manos antiguas, floreció la memoria a medianoche. Es caleta Andrade en isla Huichas, y recordaron sus travesías, sus recorridos en la inmensidad y lo irremediable del ir y venir en el “Gran Océano”. Al parecer, para ellos no hubo escapatoria ni posibilidad alguna, era el trabajo duro y feroz, la pulsión de la tradición en sus imaginarios, navegar y navegar, la pobreza de antes, la del presente y la de mañana: “Éramos pieleros, no éramos tantos tampoco. Uno trabajaba en las partes más difíciles. Había días buenos y días malos, igual que en todo no más [...] había que hacerlo para ganarse la plata, fue otra vida” [FC, 2018].

Es el recuerdo del último viaje, el fin de las faenas, desenlace. Después de aquella jornada, ningún cazador volvería a cruzar los canales y las vías de agua, y ninguna chalupa, ni perros olfateando en la quietud de las costas, serían vistas al otro lado de las neblinas, únicamente silencio en la vastedad de los archipiélagos. Entonces, “[...] en ese tiempo nosotros los últimos viajes que hicimos para el sur, fue para el arrastradero del lado de Punta Arenas. Por ese tiempo las cosas había que hacerlas no más” [FC, 2018].

Esos años, a inicios de la década de los 70 (junto con el comienzo de la dictadura militar y su proceder arbitrario), significarían el fin de la actividad cinegética de nutrias y coipos en Patagonia Occidental Insular. Ella había sido

prohibida de facto, y la Policía y la Armada se encargaban de hacerles saber la noticia nefasta⁷. Así:

[...] Entonces, ahí fueron los últimos viajes que hicimos al sur. Pasamos por el arrastradero de Ofqui, salimos por el río Negro, por el río Blanco, que nombran los nativos, igual que nosotros, quienes tenemos sangre indígena, estaríamos quedando algunos no más. Así que bueno, llegamos a la bahía Quintil ahí y de ahí para allá es puro océano no más, en la parte de Quintil hay una caleta que le llaman Pulchén, y de Pulchén tiramos para el monte que da para el lado de Cabo Raper. Hay una parte que yo le nombraba “Pan de Azúcar”, allá trabajábamos, fuimos a trabajar el otro día, allá estaba de más el chungungo. El primer día que llegamos, trabajamos medio día [...] [FC, 2018].

En sus viajes, era costumbre llevar víveres y abastecimiento para la manutención del grupo de cazadores⁸. Seguramente, todos obtenidos en el régimen de “habilitación”, la manera cultural en esos lugares de Patagonia Occidental Insular de producir una excursión cinegética, disponer de embarcaciones en óptimo estado y víveres suficientes. Así, los cazadores se apertrechaban de “papas, arroz, fideos, arvejas, porotos, no en grandes cantidades, para los días más o menos calculados. Porque cuando uno llega a un varadero, no tiene tanto tiempo para andar descargando mucha cosa” [FC, 2018].

El 20 de agosto de 1943 nace en Quellón, Chiloé, Gastón Coliboro Lafi, hijo de Emilio Coliboro Chiguay (el padre falleció en el cruce de la Isla Cailín a la isla Laitec, cuando viajaba por Semana Santa a la Novena del Nazareno

⁷ Muchos antiguos cazadores se refieren al fin de la caza como consecuencia de la instauración de la dictadura militar de 1973. Sin embargo, también relatan la recomendación de la policía local de ocultar sus armas [escopetas] y cesar la actividad de caza durante un tiempo prudente. Sin duda, la actividad cinegética se extendió algún tiempo más.

⁸ La habilitación posibilitaba el acceso a los víveres y pertrechos necesarios para el éxito de la incursión y la mantención de la familia. Así, “lo principal era la cantidad de víveres que iban a llevar, recuerdo yo, y toda la cantidad de víveres que iban a dejar también. Yo recuerdo que lo principal era la comida para ellos, no era como las comodidades de las casas, lo principal eran los víveres que iban a dejar y llevar [...] las papas en saco. Todo era en mayor cantidad. La hierba, eran fardos de hierbas, o sea sí, se compraba en “ECA” en ese entonces porque era el más conveniente” [NM, 2018].

de Laitec) y Matilde Lafi Lafi. En 1955, y recién cumplidos los 12 años, se transformó en cazador; era un niño. Ahora, en la tercera edad, pareciera ser el mismo de antaño, su cuerpo pequeño y delicado, su rostro de piel cobriza curtido por el viento y la sal, sus arrugas y sus manos ásperas, los ojos negros e inquietos; y como todos los “gateros”, Gastón Coliboro Lafi fue “habilitado”, fue “pielero” en Quellón, isla de Chiloé. En su infancia, fue primero cazador de lobos, luego se trasladó a vivir a Puerto Aguirre y comenzó a trabajar en la cholga, luego se convirtió en “gatero”: “Mi cuñado tenía los botes, vivía aquí al frente, Marco Chiguay, también de Quellón. Cuando llegué aquí también trabajé con don José Álvarez Pérez, ese vive allí abajo donde está la comida rápida ahora” [GC, 2019].

Así, confirma —una vez más— la estrecha relación parental existente entre los tripulantes de una chalupa y, también, a través de su relato se constata la presencia —en la segunda mitad de la década de los años 50— de una vasta y significativa red de habilitadores en Patagonia Occidental Insular, todos intermediando entre los cazadores locales y los mercados metropolitanos. En ese entonces, “nos habilitaba en Quellón uno que le decían Luis Andrade. Vivía en la costanera de Quellón. Y aquí cuando nos vinimos trabajábamos con un caballero de Castro en Puerto Aguirre. Después trabajamos en el lobo, también por las pieles, con un caballero de Punta Arenas, los Suárez, ellos trabajaban el puro lobo fresco, salado” [GC, 2019].

Estas largas navegaciones se hacían a bordo de especiales embarcaciones construidas en ciprés y la “purra”, como regla general y siempre respetada, se componía de cuatro tripulantes y: “Nosotros llevábamos doce quintales de harina, para dos meses, ir y volver. De todo, fideos, arroz, poroto, de todo lo que se necesita para la comida. Se cazaba lobo no más, se cocía en el fuego, lobo chico, ese lo cazaba siempre uno” [GC, 2019].

EN EL AFUERA DE LA COSTA DEL GRAN OCÉANO

Al parecer, pudieron haber existido zonas de caza diferenciados para distintos grupos de cazadores, según la procedencia y el origen de sus navegaciones y su linaje. Coliboro Lafi refiere siempre haber trabajado hacia el sur siguiendo la costa pacífica, desde Quellón y el atravesado del Corcovado,

y después, al cambiar su residencia a Puerto Aguirre —a mediados de los años 60—, pudo avanzar por el canal Moraleda y/o Pilcomayo rumbo al sur. También esta sospecha señala la posibilidad de grupos de cazadores especializados en un tipo de presa de manera preferente, sea “huillín” y/o “chungungo”, el primero en las aguas interiores y el otro en las costas expuestas al “Gran Océano”. El mismo Coliboro dice: “Nosotros trabajamos mucho en eso. Yo casi nunca trabajé acá [isla Huichas] siempre trabajé por fuera. El otro canal que pasa del golfo para afuera, del golfo del Corcovado que pasa para abajo, por el mar Pacífico. Trabajaba de Quellón para acá. Y después cuando me vine para acá, trabajaba de aquí para abajo, para el sur” [GC, 2019].

Así, pareciera la caza siempre ser en dirección sur. Las navegaciones desde Quellón eran de largo y extenso recorrido, y comprometían muchos meses de viaje y trabajo, y su cristalización pareciera referir el antiguo acontecer de los “nómades canoeros” de Patagonia Occidental Insular. Sin duda, a pesar de otros motivos diversos y causantes de este estilo de vida, resulta admirable la fortaleza y la voluntad manifiesta en estos hombres para la ejecución de aquellas largas travesías de caza y la de sus familias, casi siempre solas, sin la presencia del jefe de familia y algunos de sus hijos, “desde Quellón hasta para abajo, no se volvía en seis meses a veces, hasta el golfo de Penas para abajo. De San Pedro grande también” [GC, 2019].

EL CRUCE DEL ARRASTRADERO

Fue un largo viaje el de Federico Curiñan Ayán. El “Pan de Azúcar”, al cual se refiere, es la isla homónima, emplazada al noroeste de la península de Tres Montes, en las coordenadas 46° 42' S y 75° 14' W, en una zona interior del golfo de Penas. Luego, salieron del golfo de Penas y rodearon el extremo oeste de la península de Taitao y subieron unos 25 km en dirección norte hacia el sector de cabo Raper. La distancia desde caleta Andrade (en isla Huichas), su hogar, a ese lugar es de aproximadamente 700 km, ida y vuelta, recorrido hecho en chalupa a vela y remo, y que implica y

demanda el cruce del istmo de Ofqui y luego aparecer en las aguas abiertas del golfo, donde quedan expuestos al océano tormentoso y sus vientos y oleajes⁹:

En ese tiempo, fuimos en diciembre nosotros. Trabajábamos 25 días, de aquí a esas partes, son partes muy lejos. Llega el mar, golpea, zangolotean en veces las corrientes, tiran por allá y vuelven todo lo que ha navegado, cuando están acá vuelven y se avanza bien poco [...] [cruzando] las puntitas esas que hay, fondearse por dentro del estero, porque son esteros grandes, ahí ya avanza, ya va más rápido [FC, 2018].

En el imaginario y experiencia de las “pieleros”, “cruzar el arrastradero” es atravesar el istmo de Ofqui, el cual conecta el territorio continental con la península de Taitao. Aquello demanda arrastrar las chalupas y los pertrechos sobre la superficie pantanosa del istmo, desde la laguna San Rafael hasta el río Negro, una distancia de 1.950 m aproximadamente, y desde allí caer y navegar el río San Tadeo hasta alcanzar la costa del golfo de Penas, ubicada a unos 24 km de distancia. Era un viaje “en bote a la vela, chalupas a la vela, que los mandamos a hacer especialmente para esos trabajos, porque para fuera son varaderos y había que vararlos entre cuatro; imagínese, había que arrastrar [las chalupas] dos kilómetros y medio —cuando está crecido dos kilómetros y medio—, los quinientos metros. Es un enorme trabajo. Ese ha sido nuestro trabajo” [FC, 2018].

⁹ El regreso hacia Puerto Aguirre desde cabo Raper es sumamente dificultoso, demanda salir de las aguas abiertas del golfo de Penas, ingresar al fondo del golfo San Esteban y luego adentrarse en el canalizo del río San Tadeo cruzando el seno Expedición. Solo la destreza de un experimentado navegante de chalupas permitirá sortear los peligros de manera exitosa. Acá, dejamos el relato de ese retorno en los recuerdos de Federico Curiñan: “Salimos a remo afuera en la orillita y aparejamos, aparejamos en dos tiempos y echamos la vela y empezamos, cada rato tomaba más y más, cuando llegamos donde habíamos pasado el susto, miré pa’ atrás porque cuando la embarcación se levantó, se fue, se fue, se fue y como yo usaba la lista, hacía una vuelta, pegó el tirón la cuestión y ahí el puesto en la vela, para que levante y no se quede y empezamos a morir, a correr mar [...] la consigna es “nada de agua” y ya pudimos entrar en la cuestión esa donde, afuera en el quintil, no se podía entrar, reventaba el mar, así que nos tiramos para dentro no más poh’ y con los cabros ya pasamos todo el peligro, así que no creo que acá nos entre a maltratar más, y entramos y llegamos al río y el viento nos vino a dar un susto, llegamos hasta un sector que dicen el río Blanco, un poco más al costadito. Y al otro día entramos de vuelta al arrastradero” [FC, 2018].

Así, la tecnología de navegación de los cazadores era compleja y especializada, su construcción estaba orientada al logro de un navegar seguro, rápido y, esencialmente, capaz de ser manipulada, trasladada o varada sin grandes esfuerzos. Así, “Nosotros la mandábamos a hacer. Mi finada mujer mandaba a hacer una chalupa gatera; tenía sus cuatro remos no más, era más finita esta chalupa. Aunque teníamos otra más grande para hacer otras cosas” [FC, 2018].

Entonces, después de navegar unos 200 km al sur, los “pieleros” debían enfrentar esa gran faena en su navegación, el fatigoso y complicado trabajo de sortear el “arrastradero”. Era su afán de alcanzar las lejanías, sean Puerto Edén, en isla Wellington, y comerciar con los kaweskar¹⁰, o tal vez Puerto Natales, y vender allí las pieles obtenidas.

En aquella excursión, arribados al lugar de cacería, isla Pan de Azúcar, los “pieleros” comenzaron las faenas. A pesar de la abundancia de presas, siempre surgen problemas: “Ahí íbamos a trabajar 8 días, estaba demás el chungungo, el primer día matamos 22 chungungos. Tuvimos que parar por la mosca, se iba a echar a perder la piel, porque cuando llega la mosca queda la zorra [...] hay que cuerearlo, después estaquearlo. Se usan varalitos para que se seque y se costurea el cuello. Y ese fue nuestro día de trabajo” [FC, 2018].

VIDA DE GATEROS

No es fácil ni la vida ni el trabajo del cazador. El mundo entero y sus fuerzas parecieran complotar para estropear su faena y su anhelo, aniquilarle. Federico Curiñan Ayán nació en Quellón. Ahora, tiene 84 años y cuando tenía 16 años se mudó a vivir a Melinka, en isla Ascensión, en el archipiélago de las Guaitecas. Ahora, viviente de caleta Andrade, en la mañana, sentado en el “flojero” junto a la estufa, mira el volcán Macá y escucha en los arenales de su memoria los gritos de las nutrias. Durante casi toda su

¹⁰ Los cazadores como Federico Curiñan Ayán establecen claras diferencias entre ellos [nosotros] y los kaweskar [los otros]. Sin embargo, gustaban mucho de avanzar hacia Puerto Edén —no importando el esfuerzo del cruce del istmo— para relacionarse con ellos, sea para el comercio o la disputa, hecho último del cual gustan referir con diversión.

vida fue “gatero”. El oficio lo aprendió de “joven, como a los 16 años lo aprendí en Melinka. Allí hay mucho gatero, los Piucol, los Lepío, los Márquez” [FC, 2018].

Curiñan y otros gateros refieren reiteradamente este hecho significativo, la columna de caza en una embarcación está ligada por lazos de parentesco. Así, una “purra” [cuadrilla] generalmente está al mando de un padre, en viaje de caza junto a sus hijos y/o sobrinos. Además, sólo determinados linajes en distintas zonas de Patagonia Occidental Insular se dedicaron durante generaciones al “trabajo de las pieles” y muchos de aquellos fueron de ancestros indígenas. Así, el grupo de trabajo de Curiñan Ayán se organizaba según esos preceptos, ellos eran cuatro: “Yo trabajaba con mis dos hijos y otro cabro Paniche. Nosotros somos Curiñan Ñanten. Somos indios puros” [FC, 2018].

Seguramente, la “purra” pudo ser una orgánica de trabajo especializada en actividades cinegéticas, sustentada en normas, usos y costumbres consuetudinarias, no sujeta a cambios ni transformaciones de gran magnitud y/o drásticas, una agrupación parental y profundamente conservadora. Sin duda, el acceso a determinados roles y tareas no sólo estaban normados, sino también dependían de la edad y la experiencia acumulada de cada uno de los tripulantes. En el caso de Gastón Coliboro Lafi, por el hecho de ser joven, “siempre trabajaba de popero, yo siempre me quedaba en el bote. Porque ese era el reglamento en el sur, siempre se tenía que quedar uno en el bote en las noches” [GC, 2019].

No obstante, en momentos de travesía en aguas abiertas, todos remaban, cada uno de ellos tenía posiciones fijas al interior de la embarcación y también roles específicos asignados respecto de sus trabajos, tareas y responsabilidades durante el transcurso del viaje y los tiempos de actividades cinegéticas. Así, en cada viaje, el “proero” es el jefe de la incursión y uno de los responsables de abatir y dar muerte a la presa; el “mayetero” estaba a cargo de la mantención de la chalupa y alimentar a los perros, el “mediero” también tenía como preocupación esencial la embarcación y finalmente el popero, sujeto colaborador del mediero y responsable de cuidar la chalupa durante las noches. El viaje era “en bote no más, chalupas a remo, ocho metros [largos]. Cuatro [tripulantes], el proero, el mayetero, el mediero y el popero. Ese

tenía que ver con el bote, trabajaban los dos con el popero. Mayetero, ese arreglaba el bote. También hacía la comida para los cachorritos que andábamos trayendo. El mediero, ese tenía que ver con el bote, trabajaban los dos con el popero” [GC, 2019].

Los cazadores utilizaban escopetas —generalmente dos—, las cuales eran transportadas siempre cerca del proero. Ocuparlas o no ocuparlas era su decisión, “incluso a veces no la ocupábamos porque cazábamos con los puros perros” [GC, 2019].

Las armas más formidables en las actividades de caza en las aguas archipelágicas y oceánicas fueron los perros, compañeros inseparables y fieles acompañantes de los navegantes. Además, estimados por los hombres, ellos habían dedicado tiempo y esfuerzos en adiestrarlos y prepararlos para la caza. Ellos “siempre andaban en los botes, teníamos ocho perros. Pero no de los que hay ahora, estaban amaestrados para trabajar. Había unos chiquititos que trabajaban primero porque entran a las cavernas de los gatos. Llegaban hasta donde estaba el bicho” [GC, 2019].

EL CAZADOR OCULTO EN LAS MAREAS

El oficio de cazador se aprende. No obstante, no todos los hombres podrán ser cazadores, algunos sencillamente no se sentirán atraídos por la práctica cinegética y otros, no serán poseedores de algunos atributos necesarios y reconocidos entre ellos. Un cazador debe tener un cuerpo grácil y pequeño, de movimientos rápidos y buenos reflejos, fuerza muscular y equilibrio, conocimiento y paciencia: “se necesita ser estilista cazador y conocer, porque cualquiera no va ir para abajo. Íbamos a las partes más lejos que nadie. Somos pocos los que vamos quedando” [FC, 2018].

Así, respecto de las nutrias, Curiñán Ayán tiene un relato claro, rotundo y sus taxonomías no permiten el equívoco, distinguiendo la existencia de “*huillines*” y “*chungungos*”, los cuales

Son dos cosas distintas, el chungungo es más chico, es el gato de mar de afuera. El huillín es más largo [...]. El chungungo no es de acá, es de los mares de afuera. El huillín vive más en los ríos, en estas partes, afuera lo

maltrata mucho el mar, no puede vivir porque es muy grande [...] en el sentido de que el maltrato, igual que una reventada sola del mar, comienza a tormentar, a golpear; entonces el gato, como es grande ya lo maltrata el mar. Entonces no habita en esta zona [FC, 2018].

Quizás sea el profundo conocimiento de la naturaleza, y de las fuerzas y dinámicas de distinto orden allí existentes, uno de los elementos fundamentales para definir –tal como se ha mencionado anteriormente– el ser un buen y exitoso “estilista cazador”. Es el conocimiento de las aguas, los recorridos y los varaderos, las maneras de navegar y el oportuno uso de la vela, etc. No obstante, el conocimiento de la presa, su hábitat y sus hábitos es algo absolutamente esencial en la vida de un cazador. Allí, “pasábamos días enteros, así como hoy, calmo, fondeados, amarrados por los huiros por ahí, a esperar que baje la marea para cruzar los perros a esperarlos a los gatos, porque sale a la marea a comer, y ahí hay que pillarlo. Ese era la ley del gatero, todo el día a estar por las puntillas, ahí pasar todo el día” [FC, 2020].

Animales diferentes, hábitat y hábitos distintos implican maneras diferenciadas de caza, la utilización de tecnologías distintas y, seguramente, otras formas de organizar la excursión cinegética. Uno de ellos obliga a un mayor esfuerzo: “[...] el huillín es más fregado para cazarlo porque hay que recorrer con los perros por las costas. El chungungo no, el chungungo sale una caminá pa’ fuera y sale una caminá con los perros, aquí o de repente se ven un par de gatos también. Y el que es bueno pa’ cazar se juntó al tiro y cazó al par” [FC, 2018]. La diferencia entre las especies era algo claramente conocido por los cazadores y, fundamentalmente, aquellos atributos de valor de unas pieles sobre otras, “el gato huillín, ese mide como cien centímetros, el más grande, treinta de ancho, esas eran las medidas de los que compraban las pieles. Y estaba el chungungo, más chico, más oscuro, el gato huillín es más plomo, más bonita la piel” [GC, 2020].

En la actividad cinegética y la obtención de pieles no todos los días son iguales, algunas veces la caza es abundante y otras, mezquina. Son muchas las condiciones de las cuales depende el éxito, “depende del día, a veces se pillaban dos docenas, tres decenas, trece, pero eso eran chiripazos no más

que se daban; habían días que se cazaba uno solo, habían días que no se cazaba ninguno” [GC, 2020].

La vida de un cazador siempre será una “vida peligrosa”. Las tareas de la actividad cinegética lo exponen a sufrir —imprevistamente— fallos y accidentes, está constantemente expuesto y, ciertamente, las características y cualidades de sus presas transforman a estas últimas en “enemigos” a los cuales vencer con arrojo y valentía: “Uno no se va a esconder, aunque había gatos bravos, te pesca la mano la hace pedazo, y corren rápido” [FC, 2018].

La presencia de una tercera presa, el coipo, un objetivo algo marginal a los intereses de algunos grupos de cazadores, demandaba maneras distintas de caza y con un protagonismo mayor de los perros: “Había que botarlos al agua, pero primero se les cargaba con los perros, parecido al gato [...] eso lo matan los perros y uno se bota al agua, los pesca con un gancho, le pega en el suelo y ahí quedó” [FC, 2018].

El coipo también era cazado como fuente de alimento para los cazadores, y preparado como asado y estofado: “El coipo es rico. Un asado de coipo queda bien hecho. Asado al palo igual. Cuando era cabro, primer viaje nosotros llegamos a Raper, y ahí los cabros nos encargaban coipo, con tortillas de rescoldo [ríe] lo hacían chupete el coipo, con mate. No, el coipo es bueno. El resto se hace estofado no más, lo arreglamos con cebolla, pimentón, todas esas cosas, ajos” [FC, 2018].

Una cuarta presa, como sujeto de caza, era el lobo de mar. Sin embargo, la participación en esa actividad fue todavía más marginal e implicaba relacionarse con otras gentes, de lugares lejanos y, sobre todo, implicaba técnicas diferentes y peligros aún mayores: “También trabajamos en los lobos, en este tiempo está la faena de los lobos, venían de Punta Arenas” [...] “eran pieleros, pero no eran todos tampoco, habían pocos los que trabajan porque el trabajo del lobo es algo bien fregado, porque uno trabaja las partes más difíciles, pasa malos ratos, ahí pasa más malos que buenos. Porque toda persona tiene su día que le viene mal” [FC, 2018].

En la actualidad, algo sorprendente en Puerto Aguirre, estero Copa y caleta Andrade, es la abundancia de perros no sólo en los patios de las casas, sino también en sus estrechas y empinadas callejuelas. Los hay grandes en mayor cantidad y son muchos menos los de talla pequeña. Sorprendente es también

la preocupación y los cuidados de todos en su tenencia; antaño, los perros eran un componente fundamental en el dispositivo tecnológico de los cazadores, se trata de un combate de vida o muerte: “Uno a veces llevaba cinco perros, cuatro perros” y se debe llevar “[...] lo mejor que se pueda, porque el gato tiene muy buen sentido. El perro que se esquite cuando vea la escopeta uno no lo ve más, se mete debajo de las matas, ya no lo ve más uno” [FC, 2018].

LOS ÚLTIMOS CAZADORES

Ser cazador, como una manera de subsistir, siempre le ha parecido conveniente y está felizmente orgulloso de haberlo sido. No obstante, también refiere sospechas respecto de las causas del fin de su trabajo y de las consecuencias de una actividad cinegética *ad infinitum* y sin control o sostenibilidad. Así, “nuestra tarea era traer cien, 110, 120, hasta 150 chungungos. Por eso convenía también. Pero después empezaron a haber menos, y no podíamos comprar muchos tiros porque estaba prohibido, uno conseguía como podía. Quizás no hubiéramos dejado ni un chungungo” [FC, 2018].

En la madrugada lluviosa y helada de Puerto Aguirre, en la rampla de desembarco en el atracadero, algunos pasajeros de la barcaza QUEULAT están ausentes desde hace décadas y nadie preguntará por Curiñan Ayán. No arriban los compradores de pieles, los “brokers” de los archipiélagos, nadie llega, nadie. La caza se ha extinguido, “la vida del ‘cacero’ [cazador] es sacrificada, oiga, fue sacrificado porque hoy en día nadie conoce el trabajo, porque no hay comprador. No estaría malo tampoco, al comprar, pero como no compra nadie, no se puede trabajar [...antes] venía gente de afuera a comprar, traían un fardo de plata, en ese tiempo era el escudo” [FC, 2018].

“Arriba” es el sur, la altura. Islas e islotes, costas calmas y bravías, y las rías eran el lugar de ellos, los cazadores o, como se define —en poderosa metáfora— Federico Curiñan, “estilista cazador”, evocando el accionar y el temple de un pequeño boxeador sobre algún ring en una noche de combates. En esa atmósfera de recuerdos, fantasmas y olvidos —al amanecer—, desde la ventana de su cocina podrá volver a ver el canal Ferronave, después el volcán Macá y, más allá, azul, la lejana cordillera. Incluso, imaginar al otro lado de ella el viento soplando en la inmensidad de los pastizales de Pampa Seca: “Ser

gatero era sacrificado, ahora nadie hace ese trabajo, tampoco hay comprador” [...] “yo he llegado a partes más lejos que nadie y actualmente el único más antiguo cazador de Melinka que va quedando soy yo. Ya el resto cazan por acá alrededor no más. Hay poca gente que conoce pa’ esas partes donde nosotros hemos trabajado” [FC, 2018].

Ser cazador en Patagonia Occidental Insular era un trabajo intenso, paciente, de susurros y miramientos, sabiduría y la utilización de la muchísima experiencia ganada. A medida que transcurren las navegaciones y se suceden los años, el cazador aprende a conocer los lugares en donde —con seguridad— encontrará a sus presas y conoce también sus hábitos y comportamientos. Ser cazador “era un trabajo de la mañana hasta la tarde. Porque el gato sale a comer y ahí uno los pilla en las playas. Salen a comer en las tardes y en las mañanas” [GC, 2019]. A pesar de la precariedad en la cual vive en el presente, a Federico su antiguo trabajo de cazador le parece haber sido “un buen trabajo”. No tiene quejas profundas ni arrepentimiento alguno, “era bien pagado, aunque al final el costo de la vida igual es caro, así que a uno le quedaban unos pesos, no tantos” [FC, 2018].

Es coincidente el parecer de Gastón Coliboro respecto de las ganancias obtenidas como “pielero”: “Era bien pagado, en esos años la plata valía. En esos años llevábamos los platos llenos de víveres. Llevábamos doce quintales de harina cada vuelta. Para los perros ahí mismo incluido” [GC, 2020].

Federico Curiñan Ayán se vanagloria de haber sido un buen cazador, oportuno y certero, con carácter, “lo único bueno de mi vida fue que pasó, es que nunca erré un tiro, salí bueno pa’ cazar. Buen calculador y el día que erraba un tiro o dos tiros, no trabajaba. Dejaba de trabajar, porque la tarea nuestra era de traer cien, ciento diez, ciento veinte, hasta ciento cincuenta, casi limpiamos afuera” [FC, 2018]. Certera puntería, reflejos y “sangre fría”. El cazador es un hombre armado, poder de fuego, la muerte le asiste y le acompaña. Un cazador como Curiñan “tiene que llevar los implementos de explosivos, tiros. Depende del arma que tenga. Yo tenía una escopeta calibre 16, ese era el misil” [FC, 2018].

En una perspectiva similar, Gastón Coliboro Lafi está contento de su antigua vida de cazador. Refiere no haber sufrido fracasos, representado ello en no haber sufrido ningún accidente en las aguas. No tiene grandes quejas ni

lamentos de su vida cazadora de huillines, chungungos y lobos. Sin esfuerzo, recuerda los trabajos de la caza, entre muchos, el descuerado: “[se “cuereaban”] igual que un cordero [huillines y chungungos], le hacían unos pedazos de treinta de ancho y después iba costureado con pita” [en] “cada viaje uno hacía 6 o 7 docenas de gatos. Le reducían harto porque las vendíamos baratas, pero eso hace hartos años atrás” [GC, 2019].

Sin embargo, su vida desde temprano errante, fuera y lejos de su hogar originario —las navegaciones de largos meses cazando incluso en soledad—, sí fue motivo de felicidad. Esos son los asuntos de la “*vida amplia*”¹¹. Así, “en todo ese tiempo nunca tuve ningún fracaso, que el mar nos haya dado vuelta, ni una cosa, andábamos de lo más felices. A veces un solo bote para fuera” [GC, 2019].

Tiempos difíciles fueron la época de la prohibición. Sin duda, había comenzado el fin de la actividad cinegética sobre nutrias en Patagonia Occidental Insular. Sin embargo, los cazadores perseveraron y siguieron trabajando; Coliboro Lafí se transformó, junto con otros, en cazador furtivo: “En ese tiempo no había fiscalización, después sí. Con el golpe de Estado, ya se [puso] mala la cosa, ahí sí [...] uno sabía la fecha en que venían estas gentes y le hacíamos el encuentro pa’bajo. Ahí uno trabajaba a la escondida” [GC, 2020].

Envejeció, y ahora vive solo en su casa junto al océano, allí en Puerto Aguirre, cerca del puerto de barcasas. En muchas madrugadas de lluvia, el foco filudo de la QUEULAT, al buscar atraque, rasga la oscuridad y hace aparecer las ventanas de su casa en el mundo. Entonces, desde el fondo del abismo iluminado, Gastón Coliboro Lafí espera en silencio ver a sus compañeros de cacería bajar por la rampla del metálico monstruo marino. Es sólo eso, una espera de años y una nostalgia milenaria de último cazador, “de toda la gente con quien yo trabajé, estoy quedando yo no más” [GC, 2019].

¹¹ En isla Huichas y sus alrededores, y en el Moraleda entero, el concepto de “vida amplia” refiere a la existencia oceánica de hombres y mujeres, evoca libertad, amplitud e inmensidad. Es la vida en las aguas del mar, en las navegaciones y las enormes distancias a recorrer, el ir y venir. Al parecer, la felicidad está ahí.

MELINKA, MON AMOUR

EL VIAJE INICIÁTICO DE LOS GATEROS

Pedro Segundo Matamala Teneb es menudo y todavía ágil, a pesar de su edad. Los ojos pequeños y oscuros, sombrero y vestón, habla bajito y susurra. Unos gatos color “té con leche” flanquean la puerta de su casa en caleta Andrade, en isla Huichas, y desde allí se puede ver el mar y sentir cómo el aroma a róbalo ahumados invade la estancia. Ahí vive junto a su esposa y algunos hijos, mas no es originario de allí. Es “guaitequero” y, cuando tenía 12 años, vivió también en Puerto Americano en isla Tangbac [45° 01' S/73° 37' O], en el canal Moraleda. Después arribó a Huichas junto a sus padres: “Yo nací en Puerto Melinka en el año 1947. Ramón Matamala Huentureo se llamaba mi papá, y mi madre Rosa Teneb Vera” [PM, 2019].

Al parecer, la experiencia de Pedro Matamala en el “trabajo de pieles” está definida por las maneras de la tradición cinegética local y propia de Patagonia Occidental Insular. Explicita haber sido cazador de “gatos” y algo de lobo, y tuvo un comienzo y aprendizaje temprano de la actividad, en la adolescencia, junto al relacionamiento con grupos parentales cercanos dedicados a la caza: “Yo lo aprendí en Melinka con unos cabros que había en Repollal. Era jovencito, tenía como 16, 17 años. Se llamaba Beto Vera, Joche Vera, puros familiares Vera. Estaban los Piucol también” [PM, 2019].

Fue cazador. Los hombres de isla Ascensión en el archipiélago de las Guaitecas, sean de Melinka [43° 53' S y 73° 44' W] o Repollal, eran cazadores. El mundo estaba construido de esa manera, era parte de una larga tradición centenaria y también —seguramente— la precariedad y la pobreza les impulsaban a realizar dichos trabajos, sujetos del margen. Sin duda, en los inicios de los años 50 del siglo xx, y en las décadas posteriores, un número importante de los hombres de allí estaban involucrados en el negocio de las pieles y la caza de mamíferos marinos. Así, “la gente de Melinka y la de Repollal era la que trabajaba no más eso. En un tiempo fueron todos gateros, porque no había más trabajo” [PM, 2019].

Pedro Segundo Matamala Teneb era joven cuando por vez primera atravesó el istmo de Ofqui. Aquello era lo propio de las comunidades de cazadores de Patagonia Occidental Insular, la iniciación de los hombres en la etapa adolescente de la existencia y la realización de un primer viaje: “En ese tiempo tenía como dieciséis años. Y, así y todo, me caía. Así que salíamos afuera y se nos venía la carga. Yo te voy a decir al tiro, porque nosotros veníamos, yo vine el cincuenta y cinco acá, y eso fue después del sismo [terremoto/maremoto de mayo de 1960]. Sí, porque el sismo estaba recién” [PM, 2020].

Siguiendo el canal Moraleda, a más de 200 km de Melinka, la casa de José Pérez Ñanculepe está en caleta Andrade, isla Huichas. Es entera celeste y las ventanas algo más oscuras, escaleras de barco y puentes de madera conectan los pequeños espacios en desnivel y, desde allí, se puede ver la inmensidad del océano. A un costado, todavía perdura transformada en bodega la antigua casa, el volumen primigenio en la proporción 6x7 metros (allí, huillines embalsamados cuelgan de la pared) y, justo enfrente, un fogón de latas en donde ahúma cholgas y róbalo. En las tardes de tormenta, en las cenizas calientes, cuece tortillas y navega en las mareas de la memoria, “Embarcábamos siete perros; todos eran buenos pa trabajar, de esos casi no salían. Cuatro remeros, con ocho quintales de harina porque andábamos dos meses. Más la comida pa los perros. Igual harinilla, porque a esos, igual teníamos que prepararle su comida en las tardes” [JP, 2019].

El patio de la casa de José Pérez Ñanculepe tiene una puerta azul hacia el mar y, luego, una escalera angosta. Ahí, junto a la ruma de tepú traído de otros lugares del archipiélago, amarra su chalupa, liviana ella, entera pintada de amarillo y rojo. Allí, las navegaciones esperan desplegar las antiguas planimetrías del maderamen, los rumbos y derroteros de los antiguos cazadores, el rastro de los huillines, los chungungos, los lobos, los coipitos.

Al igual que un segmento considerable de cazadores, siendo casi un niño había comenzado a practicar la caza. No asistió a la escuela mucho tiempo, su desempeño se transformó en la actividad económica principal de su existencia. Pérez Ñanculepe es de Melinka, como Pedro Matamala. Allí, se inició en la actividad cinegética a los 14 años y, luego, se trasladó a vivir a caleta Andrade, y ahí se quedó a vivir. Continuó cazando sin detenerse y, más tarde, fue buzo escafandra algunos años y trabajó para la Conservera Ancla de

Caleta Andrade. Ahora —80 años recién cumplidos—, oculta sus canas en un sombrero verde, la piel cobriza y la nariz aguileña, bajo y menudo, grácil. Entonces, recuerda: “Nací en Melinka y me vine —a Puerto Aguirre— a los 17 años. Ni anduve a la escuela y me puse a cazar, comencé a cazar a los 14, me dediqué sólo a eso. Pasábamos dos meses afuera, volvíamos a hacer víveres y partíamos otra vez. Salíamos todo el año corrido, la misma “purra”. Estaban los Coligoro, esos estaban en Repollal” [JP, 2019].

Pedro Matamala, durante años ejerció el oficio de “pielero” y completó muchas navegaciones e itinerarios persiguiendo a sus presas. Si bien algunos cazadores “contaban que iban lejos hasta Punta Arenas en chalupa”, él solo hizo incursiones en las aguas y costas cercanas al archipiélago de las Guaitecas, Chonos y Huichas, y canal Moraleda, nunca tan lejos en dirección sur. Finalmente —a pesar de encontrar divertido el trabajo—, abandonó la actividad buscando seguridad y mejores posibilidades de empleo e ingresos económicos. Ahora, sólo recuerda: “Yo igual corrí por acá y después me retiré a otros trabajos. Era divertido, pero me dediqué después a la cholga porque era un trabajo más seguro [...] me dediqué a trabajar a la cholga seca, al pescado seco. Todos eso lo traíamos para acá cargados en chalupas, andábamos un mes, dos meses, a puro remo” [PM, 2019].

SALIDA

La forma de trabajo en la caza era la “habilitación”: una gestión de organización de la actividad cinegética en donde los cazadores, al parecer, eran el último eslabón de una larga cadena de producción de mercancías integrada por compradores locales y transportadores, encargados del trasiego de pieles hacia los mercados metropolitanos, nacionales y extranjeros. Allí serán curtidas; cortadores y sastres las transformarán en primorosas y caras prendas femeninas. En este dispositivo, los habilitadores eran “esa persona que ellos daban un adelanto no más y uno compraba las cosas [...] la señora Ximena Oyarzún, ella armaba las cuadrillas y habilitaba” [PM, 2019].

Pérez Ñanculepe recuerda —en la época de su actividad en Melinka— a René Accardi como su habilitador, seguramente un hombre importante en la comunidad insular de Ascensión y refiere, de manera sucinta y también

exacta, a la definición del modelo económico y su funcionamiento, las maneras de cristalizarse, y los deberes y derechos involucrados en el acuerdo y la contrata. En su caso, “el patrón era René Accardi¹², él vivía en Melinka y las llevaba para el norte. Nosotros trabajábamos para él y nos daba todos los víveres, todo, todo. Él se encargaba de todo eso. Después teníamos que pagarle de vuelta los víveres, cuando volvíamos, y nos compraba las pieles. Eso era [...] era un rico de Melinka, era profesor” [JP, 2019].

Mirando a través de la ventana, sentados junto al fuego, los cazadores de Melinka y Repollal esperaban, día tras día, esperaban, los perros inquietos y desosegados, las chalupas carenadas y bien calafateadas. El “mayor”, seguramente el pariente de más edad, y con mejor y probada experiencia en el arte de la caza, o simplemente un jefe de familia, ejercía el mando de la “purra”, daba órdenes e instrucciones, y muchas veces la salida era rauda y sin muchos avisos previos. Sólo bastaba un encargo y todo se ponía en movimiento: “Fíjese que los mayores, que hacían la cuadrilla, salían así no más a cualquier hora a trabajar. Llegaban unas personas que nos decían que querían un total de cuero de huillín o de lobo chico, se habilitaban unos cuatro o cinco botes y salían” [PM, 2019].

Las embarcaciones utilizadas en la caza eran las chalupas, especializados objetos de navegación. Livianas y rápidas, construidas en ciprés, eran fáciles de levantar, transportar y arrastrar: “Pura chalupa a remito. De ocho metros, siete metros. Habían botes más grandes, pero para varar por fuera era difícil” [PM, 2019]. Las chalupas destacan por la velocidad a la cual pueden desplazarse, lo cual las transforma en una herramienta eficiente y eficaz en la persecución de las presas: “Chalupa de una vela y foque, que ese es para que “vaiga”. Porque así es más liviana. Dan gusto cómo corren. Era de un cazador

¹² Seguramente se refiere a René Accardi Macías [Queilén, 17 de marzo 1923/Puerto Montt, 5 de febrero 1998], quien registra domicilio y matrimonio en Melinka, el 20 de diciembre de 1947 con Filomena del Carmen Oyarzún Vera [1906/1973] y director de la Escuela F N° 1016 de Melinka. Fue hijo de José Accardi Pardo, en el 68, líder del “Consejo Rojo”, una agrupación anarquista de Patagonia —una de las dos columnas radicalizadas—, activa en las huelgas de 1921/22, propuesta por la Sociedad Obrera de Río Gallegos. Accardi Pardo, acusado de ordenar el asesinato de un gendarme y perseguido por el Ejército argentino, desaparece de la Patagonia, se viene a Chiloé “acompañado de Antonio Macías y un español de apellido Lara” y, luego de un breve paso por Rauco e isla Tranqui, se avecina en Melinka.

que vivía en Repollal. Esta muerto ya. Yo tuve un chalupón a vela igual, porque tuve dos lanchas” [JP, 2019].

La “purra” siempre eran cuatro hombres adultos, parientes. No obstante, todos debían remar en las travesías, cada cual —según su experiencia y conocimientos— tenía un lugar específico en la chalupa y sólo el “proero” poseía la facultad discrecional de moverse, según antojo y necesidad, al interior de la embarcación. Además, sólo había dos escopetas disponibles a bordo, una en la proa y otra en la popa:

Sí, el proero, cazador iba proa y popa. Y después andaba el mayetero, que andaba trayendo los víveres en caminata, una mochila grande que andaba trayendo café, pan, todo. También había otro que le decían el bichero, andaba trayendo un ganchito, un cabo pa’ andarlo trayendo. Todo eso me lo decían los Veras de Repollal, ya no debe quedar casi ninguno [PM, 2019].

Según José Pérez, quizás a causa del “trabajo de las pieles”, Puerto Aguirre y caleta Andrade se llenaron de perros. Sin embargo, además de ellos, su equipamiento de caza era semejante al utilizado por la mayoría de sus colegas en todas las incursiones en Patagonia Occidental Insular, salvo el portar tres escopetas en vez de dos (el jefe de la incursión era el único responsable del porte y distribución de la munición):

Con escopeta, y los perros los mataban igual. Llevábamos tres escopetas de dos tiros. Todos los días nos iba bien, había cualquier gato [...] cazábamos 5 o 6 huillines por día [...] por la guatita se le ponía un bombín, iba inflando, inflando y ahí va saliendo el cuerito [...] a esos había que sacarle el cuerito y estirarlo con unas varitas, porque lo hacía abrigo eso. Eso era lo que nos compraban a nosotros [...] yo usaba escopeta, pero el proero llevaba los tiros [JP, 2019].

En todos los lugares de Patagonia Occidental Insular en donde se practicó la caza los perros fueron un elemento fundamental en el dispositivo cinegético. No eran perros cualesquiera, se gratificaba la presencia de algunos atributos ventajosos al éxito de la caza. Ellos “hacían el trabajito. Cuatro

o cinco. Uno los escogía, porque si uno sabía que había uno grande bueno para trabajar, lo andaba trayendo. También uno buscaba unos perritos chicos, “gateros” se les decía. Esos se metían debajo, hacían saltar el bicho y lo agarraban los perros” [PM, 2019].

CAZADOR DEL SENO PURGATORIO EN LA COSTA DEL “GRAN OCEANO”
[45° 54' S/74° 58' O]

El objetivo de los cazadores era obtener pieles finas o “cueritos”, mercancía “delicada”. Evidentemente, a la muerte del animal seguía el inmediato descuerado y el “estacado”, estirar la piel y, así, asegurar su preservación y calidad, asunto absolutamente esencial en este trabajo. En los lugares de caza, los perros demostraban su utilidad y colaboraban en el éxito de la faena y, según su tamaño, hacían su especial y particular trabajo: “Los perros chiquititos hacían saltar los gatos de los huracos pa’ afuera y después los grandes los agarraban y cuando iban en el agua, ahí se les disparaba” [...] “al huillín se le dispara a la oreja” [JP, 2019].

José Pérez siempre fue “mayetero” en la “purra”, acompañante del “proero”; su ubicación en la chalupa era detrás de él y cuando el cazador saltaba a tierra a perseguir o rematar a la presa, él debía acompañarle junto con los perros: “salir con el cazador”. Cazaban “afuera” y allí, en la costa del “Gran Océano”, la mar no calma, el mar “boga”. Ahí, las aguas están llenas de “gato común”, es abundante; al contrario, el “gato huillín” es escaso: “En Guamblín esa isla está afuera, de Purgatorio derecho para afuera, puro lobo, no encontramos casi gato huillín. Yo conozco todo para afuera, Guamblín, esa es la última isla que rodea el cabo para irse a Magallanes [cabo Raper]” [JP, 2019].

Al parecer, los cazadores de Repollal y Melinka estaban orientados a la caza del “*gato común*” [chungungo] y, además, su territorio de caza predilecto y preferido era la costa pacífico rumbos sur, lugares en donde esta especie es abundante. Otro territorio de caza especial y significativo es la zona de seno Purgatorio [45° 54' S/74° 58' O] en península Skyring y, también, cabo Raper en el extremo oeste de la península de Taitao, lugares apreciados por Pérez Ñanculepe. Según él: “Yo conozco todo, la isla de Guamblín, Purgatorio, el faro de Raper, nos íbamos hasta por afuera. En la puntilla había una parición

de lobo y nosotros íbamos a darle palos a los popitos también. Daba lástima igual. Los comíamos nosotros y se los dábamos a los perros” [JP, 2019].

Así, al finalizar una excursión, era el momento del retorno, desandar el rumbo, “bajar” hacia el norte, hasta llegar a casa. En el cargamento faltaban algunas mercancías porque —al parecer— no eran atractivas a los habilitadores o compradores, como en el caso del coipo. Entonces, “nos veníamos con 20 sacos de esos paperos con cueros, de popito también. Al coipo no le hacíamos caso porque no lo compraban mucho” [JP, 2019].

A las bestias se las acecha y se las busca, se las persigue. En la vida de un cazador, la cacería no cesa en ningún momento del día y, mientras haya luz, el encuentro con sus presas es una posibilidad a aprovechar, búsqueda y espera. No sólo es la voluntad, la paciencia y la porfía de los cazadores, sino también la definición de la naturaleza como un lugar en donde, ciertamente, se puede encontrar todo aquello para vivir y, “cuando navegábamos, andábamos hasta la tarde y donde había puerto hacíamos nuestro ranchito y salíamos a caminar con los perros porque igual ahí andaban los gatos” [JP, 2019].

En los varaderos se construía un sitio en donde poder pasar una o más noches, cocinar los alimentos, ahumar mariscos y pescados, pieles. Son los ranchos, “*ranchitos*”, una estructura liviana y básica de soporte a una lona o vela transformada en techumbre. Así, “cuando uno llega a un lugar y no tiene casa, hace una carpa con la misma vela, fuego grande [...] los ranchitos se paran con varas no más, andábamos trayendo lona” [JP, 2019].

MATAMALA TENEB CRUZA EL ARRASTRADERO [CA. 1962]

En 1962, al joven Matamala Teneb un grupo de cholgueros de Melinka lo pasó a buscar a Puerto Aguirre y tomaron rumbos de laguna San Rafael siguiendo el canal Costa, la continuación sur del canal Moraleda. Ahí, en la laguna, comenzaron el atravesado del “arrastradero” —el istmo de Ofqui— y luego siguieron en dirección al golfo de Penas, bajando por el río San Tadeo, con el propósito de alcanzar hacia el poniente la isla de Pan de Azúcar y las otras a su alrededor: islas Baja, Esfinge, Término, Alex, Aramis, Adán, Crosslet, Heredord, Waller y Smith, entre muchas. En ese tiempo, “fuimos a ver las ‘cholgas’ fuera, ahí en el Pan de Azúcar, porque ahí nos conversaban que

estaban los “agüeros”, que estaban trabajando para fuera, pero esos bajaban en barco [los “agüeros” que vivieron en Melinka], ellos estaban en Quellón y todos se fueron pa’ fuera” [PM, 2020].

Eran tres chalupas con doce hombres en la aventura. Si bien el propósito explícito era “patear cholgás” [captura y ahumado de cholgás], en el sector de isla Pan de Azúcar el principal motivo era la caza de “gato huillín”, lo cual, a causa de la prohibición existente en esos años, debía mantenerse oculto, como también las pieles capturadas durante la actividad cinegética y su posterior venta. Así, “nosotros llegábamos a las pieles, pero no nos dábamos a conocer, porque en ese tiempo estaba prohibido, siempre decíamos que íbamos a los choros. Pero los cuatro botes llenos íbamos a trabajar ahí” [PM, 2020]. Una vez finalizada la actividad, el regreso se hacía en sentido contrario, dada la dificultad de cruzar el “arrastradero” a causa del peso de las mercancías obtenidas y colectadas. Este recorrido diferente demandaba salir del golfo de Penas, subir la costa del “Gran Océano” hacia el norte en dirección de cabo Raper y, luego, ingresar a las aguas calmas del “adentro”, a través del canal Darwin [45° 23’ S/ 74° 10’ O].

El cruce a pie del istmo de Ofqui —el “arrastradero”— era un momento magnífico en la logística de la actividad cinegética e implicaba no sólo una eficiente organización y preparación, sino también un gran esfuerzo físico: “Íbamos en chalupas de siete metros, llevábamos tres botes, de a cuatro cada uno [cazadores], eran doce personas y pescábamos seis por lado. Los perros debían ser “acostumbrados” si, porque si no nos dejaban sin víveres” [PM, 2020]. Los cazadores ocupan una jornada en realizar la empresa. Ella significaba salir del mar de “adentro” y llegar al mar de “afuera”, las aguas abiertas, y ciertamente mucho más peligrosas y difíciles de sortear:

Y nosotros en veces disponíamos de un día para el cruce y pa’ botarlos pa’ fuera. Ahí, cuando ya entrábamos los rollitos que hacíamos ahí, todos envaralos teníamos que cortar [andar en la dirección marcada], porque si no nos cortábamos y cuando flotaban las chalupitas, ahí sí. Había un envaralao antiguo sí. En los pozones sí que flotaba el bote, había unos pozones como que andaba así en el agua, hasta la cintura. Así que, por ahí, cuando ya flotaba el otro bote, embarcábamos todas nuestras cositas, y vamos andando. Nosotros llegábamos

hasta dónde íbamos a estar, hasta ahí llegábamos, pero ya teníamos que calcular dónde estaban más pozones y hasta ahí llegábamos, hasta donde están los pozones, echábamos las chalupas y vamos embarcando [PM, 2020].

Las “purras” de cazadores trabajaban infatigablemente durante el transcurso del día, de manera metódica trasladaban sus enseres, los víveres y las chalupas:

Las cosas se andaban en la espalda, pero las íbamos a dejar lejos, a donde íbamos a ir, adelantado. Entonces, nos olvidábamos. Cuando ya llevábamos todas las cosas adelantadas, volvíamos a buscar nuestros botes. Los perros a todos lados andaban y en los pozones, ellos nadando. Así que ya, íbamos a dejar un bote hartito adelantado y de ahí, veníamos a buscar otro, cuando teníamos dos en el camino, tratábamos de avanzar, avanzar, avanzar y los íbamos a dejar hasta donde no podíamos más, en partes flotaban. En ese tiempo hartito era lo que arrastrábamos. Un día, un día completo y era un maltrato porque era mi primer viaje y porque en la noche, donde caía no más [PM, 2020].

El esfuerzo físico se hacía extenuante, incluso para los jóvenes. No obstante, después de bajar los ríos Negro y San Tadeo, aparecía el golfo de Penas en toda su magnificencia y brutalidad, “el río ese ayudaba hartito, porque salíamos en bote andando [ríos Negro y San Tadeo]. Llegábamos ahí y echábamos ahí mismo, y ahí empezábamos a ver dónde poder cortar [decidir el rumbo de la excursión]. Era la salida a Pan de Azúcar —esas islas— porque nosotros lo hacíamos pa’ conocer igual, yo no conocía, pero mis compañeros conocían” [PM, 2020].

AUTOPISTAS DE MARULLITO DEL SURWESTE

Después de algunos meses de trabajo en las faenas de la caza de gatos, y una vez completada la carga, los cazadores decidían regresar a sus puertos de origen. Existía una preparación de la navegación y, también, una profunda preocupación respecto de las condiciones climáticas, fundamentalmente aquellas referidas al estado de la mar, los vientos y la dirección e intensidad de las corrientes, algo a lo cual sus gráciles embarcaciones eran especialmente afectas y sensibles.

Así, la tarea de salir del golfo de Penas rodeando la península de Tres Montes y buscar el norte era un inmenso y peligroso desafío a las capacidades, experiencia y conocimiento de los navegantes.

No, nosotros seis que esperábamos tiempo bueno. Guardábamos un quintal de harina por cuadrilla, para el viaje, pa' volver, llevábamos azúcar, llevábamos de todo abundante, pa' que no escasee, así que veníamos a quedar aquí en Punta Gaviota. Ahí, esperábamos, todo a mar abierto, cristiano de Dios. Sí, ahí, en el Pan de Azúcar lo habíamos dejado a mano izquierda ya, nosotros íbamos tirando a este lado. Así que ya, ahí quedamos, esperamos una noche con un "Westazo" [viento del Weste] y le dije al cabro "mañana mejor va a ser bueno". Ahí echábamos unos víveres, pan cocido, todo listo [PM, 2020].

En el golfo de Penas, las mejores condiciones de navegación para las chalupas eran anunciadas por la presencia del viento Weste al anochecer y aseguradas por la presencia —al amanecer— del "marullo" o "marullito", un estado de la mar, una ola muy fina, sin altura ni rizo, que no molesta al navegar:

Así que ya, al otro día amaneció una "calma de Dios", pero siempre el marullo del Surweste. Yo le dije al cabro ¡esto va a ser Surweste!, porque el marullito ya estaba y ellos me dijeron ¡Qué va a ser Surweste, don Ramón! No, si yo le dije ¡mire, el marullito ya viene! y ojo que nos va a aflojar un poco, yo le dije que íbamos a alcanzar a aflojar afuera, y una vez que esté afuera, arribadera no más, todo listito. Así ahí tirábamos pa' fuera. Ahí vinimos aquí, entramos por San Esteban, más afuera, ese era un puerto que tenía afuera, de San Esteban pa' fuera, y ahí pasábamos por ahí [PM, 2020].

En la navegación al norte, había vida a bordo y los cazadores ganaban tiempo. En algún momento podrían varar en otro lugar y realizar, allí, otras actividades. Era una navegación rápida: "Con todo ya, ¡y no parábamos! porque se llevaban un brasero al fondo del tachó, de esos tachos grandes, eso lo llenábamos casi medio de harina y ahí dejábamos embarcados de leña y agua y hacíamos todo ahí, con el pan cocido que llevábamos. Eso, pa' poder llegar a alguna parte que podíamos estar y aprovechar el día" [PM, 2020].

Antes del arribo a Puerto Aguirre, los cazadores “pateaban choros” en algún varadero de los canales interiores. Era necesario procurar no levantar sospechas sobre el verdadero motivo del viaje. Así, los cueros y su olor se disimulaban y camuflaban entre los paquetes de cholga ahumada. Su “patrón” [habilitador] estaría contento de su regreso y podría cerrar el acuerdo, y volver a pensar en otro viaje. Finalmente, “llegábamos a entregar acá, apatronados [habilitados]. En ese tiempo lo entregábamos al tío de la Juana Osorio. Traíamos cholgas. Pasábamos a hacer cholgas pa’ que no vengamos así no más’, como pantalla, pasábamos a hacer unos cien paquetes. Claro, pasábamos a hacer unos cien paquetes, ya estaba. Habían unos marinos más” [PM, 2020].

Al parecer, según el relato de Pedro Segundo Matamala Teneb, en esos años en la región de Patagonia Occidental Insular, la caza de animales pelíferos iba en alza y Puerto Aguirre era un lugar de privilegio y de abundancia. Existía un número considerable de cazadores, “purras” y chalupas, también financistas y compradores, habilitadores incluso llegados desde lugares distantes. Nuevos espacios de caza se abrían en la inmensidad de los canales, las embarcaciones y los hombres iban y venían con sus cargamentos de mercancías preciosas:

La primera vez que nosotros volvimos, y ya había muchas pieles. Venían los de Punta Arenas a comprar las pieles y ¡puf!, se los llevaban, y ahí a la gente la empezaron a llamar, la que trabajaba en las pieles. Y aquí otro, el viejito Paillamán trabajó en las pieles, el otro que se murió en el estero, igual y varios trabajaron en las pieles. Ya, la cosa es que, yo por esa parte, nos sacrificamos, siempre teníamos que mirar el tiempo porque hacíamos en el río Baker, maltratador, y ahí debíamos entrar por los canales, y ahí ya estábamos bien [PM, 2020].

NAVEGACIONES ENMASCARADAS

Al finalizar una excursión de caza, arribados a puerto, venía el momento de la transacción. En ningún caso algo ventajoso, según Pedro Segundo Matamala Teneb: “Eran 500 cueros por bote, y cuando tenían un poco más ese quedaba para uno y se vendían por ahí. Porque en ese tiempo se vendían cantidades de cuero” [PM, 2019].

No obstante haber participado en algunas excursiones en régimen de caza furtiva, frustrado y desengañado de su oficio de “pielero”, y porque muchas veces recibía como pago “poquito, víveres más que nada”, Pedro Segundo acabó abandonando su “purra” y cambió de rubro: “Después esa cuestión estuvo prohibida, al que lo pescaban lo metían preso y había que trabajar con cuidado” [PM, 2019].

En el caso de José Pérez Ñanculepe, a inicios de la década de los años 70, la actividad de la caza de animales pelíferos estaba gozando de un buen pasar. Sin embargo, el golpe militar de 1973 puso brusco e inesperado final a la actividad cinegética, y Pérez Ñanculepe se sintió perseguido [no obstante, muchos volverían a cazar de manera furtiva tiempo después]. Fue un tiempo duro, no poder navegar hacia “afuera” e incluso, acá “adentro” —no lejos de casa—, significó una gran contrariedad, un profundo dolor y un gran problema económico: “Hasta diez perros e íbamos nosotros no más. Había harta pega en ese entonces, en el golpe de Estado sonamos porque se retiraron todas las pesqueras. Escasearon los víveres para el golpe de Estado, yo no he pasado época más dura, yo con mis niños, porque no podíamos salir [...] la última escopeta la vendí, casi la regalé. Nos persiguieron mucho aquí, en tiempo cuando ya fue el golpe de Estado” [JP, 2019].

A pesar de haber sido la cacería algo demasiado importante en la existencia de Pedro Segundo Matamala Teneb, tiene clara percepción de lo magro de la paga recibida a cambio del mucho esfuerzo y todo el trabajo realizado en sus faenas de caza. Sin embargo, y como una paradoja, se muestra conforme frente a un hecho considerado, tal vez, como irremediable. Algo semejante a la pobreza pareciera ser el inevitable destino del cazador: “Pagaban poco, pero igual algo caía” [JP, 2019].

Cae la noche en caleta Andrade, el viento arrastra la noche sobre las techumbres de las pequeñas casas del poblado. La vida de los cazadores pareciera naufragar en la noche de los archipiélagos.

CAZADORES DE PUERTO AGUIRRE

EL GRUPO PARENTAL EN LA TRADICIÓN CAZADORA

En Patagonia Occidental Insular la actividad cinegética sobre huillines, chungungos y coipos se organiza según lazos parentales de consanguineidad y afinidad. La “purra” casi siempre está dirigida por el jefe de familia al cual acompañan hijos, sobrinos, cuñados u otros parientes de este último. Si bien la cuadrilla podía participar en diversas actividades productivas relacionadas con el mar y otros recursos de los archipiélagos, tendía a centrarse en una sola faena, la cual se transformaba en preponderante. Así, la historia de la familia está indisolublemente ligada a una actividad económica significativa.

Roberto —nacido en Puerto Aguirre— es un joven cazador furtivo de fines de la década de los 80; en la actualidad, buzo mariscador en Magallanes. Al llegar a los 11 años, su padre le consideró en “edad” de poder trabajar como cazador junto a él. Así, a inicios de la década de los 80, José comenzó a desempeñarse en la “purra” de su padre. A inicios de esa época, los cazadores habían percibido una baja en la magnitud e intensidad de la captura de pieles y, luego, la prohibición de 1973 a manos de la Dictadura había hecho posible el fin de la actividad cinegética mercantil en Patagonia Occidental Insular, una tradición “neófita” centenaria en la macrozona sur austral.

Después cuando crecimos ya no nos tocó a nosotros esa, se iba disminuyendo la caza de nutria, después del 73, listo, se terminó y se fueron todos los gallos, chao. Nos quitaron las armas y nos quedamos así. Entonces, mi papá después se fue recuperando de a poco, consiguió un arma, los perros se iban cambiando y volvieron a comprar nutria, pero no abundante, 120 cueros, 80, 50 [RM, 2018].

Durante algunos años, sus faenas como cazador estuvieron focalizadas en la cercanía de isla Huichas, como tripulante en la chalupa de su padre, en la caza de nutria y coipo: “Pal sur, canal Vicuña es donde íbamos siempre, o sino

al estuario de Aysén acá adentro. Depende de los cueros que pedían. Cuando pedían más cueros, íbamos pal sur, pa Vicuña” [RM, 2018].

En las actividades de caza, los cazadores aún sobrevivientes remontan esa historia a la presencia de un ancestro fundador, de origen chilote o chilote/hulliche. Un linaje, nombres y apellidos: “Mi papá tenía un sólo nombre, se llamaba Carlos Fournet Cárdenas y nació en Queilén, Chiloé. Mi abuelo se llamaba Olegario —el otro nombre no me acuerdo— Fournet Zarricuela, y mi abuela se llamaba Antonia Cárdenas Miranda” [SF, 2020].

En el caso de Sergio Fournet Cárdenas, la iniciación de su padre en la actividad —a mediados de la década de 1930— había sido temprana y viaje mediante. En un principio, era un ir y venir entre Chiloé y los archipiélagos de Guaitecas y Chonos, un circuito largo, con la incierta e inquietante travesía del Corcovado, el cruce de Ofqui y el retorno superando la península de Taitao. Sin embargo, poco a poco se van quedando en Melinka, un lugar intermedio y, luego, avanza hacia el sur y se radica de manera definitiva en el actual Puerto Aguirre:

Mi papá primero, cuando comenzó a trabajar en el mar a los catorce años —no, a los trece años—, esa fue la primera vuelta que pegó, y pasaron de vuelta a quedarse a Melinka, por ahí estuvieron en algún tiempo, y volvían a Chiloé y volvían a salir, después quedaron un poco más permanente, pero estuvo alrededor de cuatro, cinco años en Melinka, y de ahí se vinieron para el sur, trabajando, se empezaron a quedar acá en Aguirre. Y después acá, definitivamente se quedaron, a los veinte años, mi papá se quedó [...] sí, llegó soltero, después trajo a su familia, trajo a su mamá que todavía estaba viva, sí, mi abuela está enterrada acá [SF, 2020].

Así, motivado por el “trabajo de las pieles”, el joven cazador Carlos Fournet abandonó definitivamente Chiloé, y luego Guaitecas, y se instaló en el sector de La Poza en isla Huichas, más al sur por el canal Moraleda. Allí formó familia y, durante un tiempo, vivió junto a su esposa en la casa de los padres de ella. Los viajes se fueron sucediendo en el transcurso de los años, la actividad cinegética ocupó gran parte de su vida. Esos viajes “eran cada nueve meses. Se pegaban un viaje de nueve meses, ida y regreso, un viaje

en el año. Iban al otro lado del istmo de Ofqui, vendían en Puerto Edén, y volvían para arriba. Por ejemplo, mi papá cuando yo lo que me acuerdo que él contaba en ese tiempo ya, todos los que habían navegado con él estaban muertos” [SF, 2020].

Lo mismo refiere Roberto Millaqueleo respecto de su padre, Pablo. Este hombre, ya fallecido, fue uno de los mejores cazadores del lugar y muy recordado por toda la comunidad huichana. Oriundo —junto con su esposa, Sara Vicencia— de San Juan de Chadmo, en Quellón, isla de Chiloé, “contaba que cuando llegó [a Puerto Aguirre] había un par de casas, trabajaban la cholga seca así, gente de Chiloé que venía. Pero era puro monte y un par de casitas. Él se casó con mi mamá en Chiloé y después se vinieron pa’ acá. Nosotros todos nacimos en la Isla” [RM, 2018].

No siempre Pablo Millaqueleo Nitor fue cazador de nutrias y de coipos. En su juventud temprana, en San Juan de Chadmo, en la costa este del sur de Chiloé, se dedicó a las tareas de la madera, su transporte: “Sí, él aprendió trabajando acá. Mi papá antes trabajó mucho en Chiloé, acarreando madera, andaba en una goleta que le llamaban lanchas veleras, iban a Puerto Laguna a buscar madera de ciprés. Mi papá fue patrón de lanchas, de las veleras” [RM, 2018].

DERROTEROS, RUMBOS E INMENSIDADES

En aquellos años, cuando el padre de Sergio estaba vivo y se desempeñaba como cazador activo, los viajes y los circuitos de caza eran mucho más extensos y duraban casi el año entero. Una navegación podía llevar a los hombres desde Chiloé, Melinka o Puerto Aguirre, en dirección sur, hasta Puerto Edén o Natales y, después —desde allí—, el regreso se hacía costearo el litoral del Gran Océano, rumbo norte. No sólo era un alejarse hacia la inmensidad, sino también una inmersión en la brutalidad del mundo salvaje, al Corazón de las Tinieblas, para cruzar al Otro lado y fundirse completamente en la naturaleza, borrando, así, toda distancia. Es el desplazamiento y trascendencia en un nuevo mundo con reglas y valores radicalmente distintos: Patagonia Occidental Insular.

Los viejos no estaban más de un mes acá, entonces ahí pasaba una situación que era bien [...] yo creo que hoy día mirándolo [...] las mujeres jugaban un rol de papá y mamá, porque por lo general eran casi todos los años un hijo, todas las familias grandes, y toda la pega era para la mamá. Los viejos andaban siete, ocho, nueve o cinco meses, y el papá llegaba de visita no más un mes; llegaba a aparearse no más, como animales, y después te hacen sentido muchas cosas, porque tú los miras desde [...] hacen sentido muchas cosas. Y cuesta entender cómo los viejos hacían esas cosas [SF, 2020].

En algún momento de su vida, Carlos Founel abandonó la caza activa. Sin embargo, se mantuvo relacionada a ella y, siguiendo el orden del mundo de los cazadores, se transformó en habilitador de algunos hombres de su grupo parental, hermanos y primos: “Mi papá siempre vinculado con las pieles. Después él lo que hizo, es que sus familiares trabajaron con la embarcación de él, bajaban a las pieles, nunca dejó el rubro. Era como habilitador. Trabajaban sus hermanos, principalmente sus hermanos, sus primos [...] mi tío Juan que se murió acá, está enterrado acá, mi tío Horacio que está en Aysén, mi tío Roberto que está en Magallanes” [SF, 2020].

Según Millaqueleo Nitor, las zonas de caza no tenían “dueño”, y seguramente tampoco formaban parte de algún privilegio de uno u otro cazador. Las áreas de actividad cinegética estaban dispuestas según la costumbre, experiencias o preferencias del cazador. En el caso de los coipos, la finada Rosa Vicencia Nitor —madre de José—, para referirse al lugar de los coipos —isla Magdalena—, decía: “Donde están los coipitos”. Entonces, “cuando nos tocaba el coipo era aparte, porque están en algunos lugares, íbamos cerca por acá no más. Para la isla Magdalena arriba. Mi papá tenía unas partes conocidas” [RM, 2018].

En el caso de su padre, en la caza de nutrias Pablo Millaqueleo tenía la costumbre de avanzar hacia el sur siguiendo el canal Costa y el Errázuriz, y cruzar el “arrastradero” hasta llegar después a Wellington. Sin embargo, José nunca cazó ahí: “Nunca. Conozco, sí. Mi papá siempre cruzaba el arras-tradero porque iba pal sur, a Edén, canal Vicuña está mucho más al norte” [RM, 2018].

Esas travesías de su padre eran largas, no sólo cazaba nutrias, sino también lobos. Mas, aquello sucedió cuando Roberto, era muy niño y seguramente —al pasar los años— la edad, el rigor de la faena y su propio envejecimiento, la disminución de la población de animales pelíferos y la prohibición de caza, obligó a su padre a operar mucho más cerca de casa y de manera sigilosa. Así, “todos podían cazar, no eran de nadie. Pero al final, mi papá trabajaba aquí cerca en el archipiélago de las Guaitecas acá. Porque cuando nosotros éramos chicos mi papá se iba pa’ abajo pal’ sur a las nutrias y cuero de lobo mi papá se iba siete u ocho meses hasta Puerto Edén” [JM, 2018].

Otro derrotero era la travesía larga hacia el sur, e implicaba el cruce del istmo de Ofqui, el “arrastradero”, y desde allí alcanzar Puerto Edén, en isla Wellington, y luego retornar hacia el norte, remontando la costa pacífica del Gran Océano. Entonces, “los otros viajes largos, era llegar a istmo de Ofqui trabajando, pasar los botes para allá, para el otro lado, y llegar hasta Edén, trabajando; allá vendías, se habilitaba de nuevo con víveres, y volvías trabajando por fuera, por el océano. Era por eso, porque por allá estaba menos explotado, era por eso” [SF, 2020]. El gran circuito Chiloé-Melinka-Puerto Aguirre-Ofqui-Puerto Edén-Natales-Puerto Edén-Melinka-Chiloé y sus variantes acabó desapareciendo por completo. Los antiguos cazadores abandonaron Chiloé y se asentaron mucho más al sur, al otro lado del Corcovado, se acercaron. Ahora, el gran circuito sólo es un itinerario en la memoria de los cazadores. Entonces, años después —en las nuevas cartas—, se cazaba sólo lo encontrado: “Por lo general donde tú encontrabas, donde lo perros olfateaban pieles, y así ibas recorriendo, pero, por ejemplo, los de Melinka venían de aquí para allá, para el sur también. Y los de Aguirre veníamos. Después ya no vino más gente de Chiloé, fue cuando la gente, todos los gateros, se vinieron a Melinka, Aguirre, entonces después era de Melinka, hacia el sur. Y todos hacían un mismo recorrido, y volvían hacia el norte, pero por el Pacífico” [SF, 2020].

A causa de su experiencia de décadas de navegaciones y actividad cinegética, los cazadores antiguos —“los viejos”— recopilaron y guardaron en su memoria una planimetría de lugares de buena caza, el cual fue un conocimiento entregado a los más jóvenes, herencia. Entonces, allí estaban aquellos lugares de la costa pacífica, de arenales amplios y despejados, y seguramente

con abundancia de presas, chungungo. Así, el retorno desde el sur era una promesa: “Lo que tenía de bueno la vuelta, es que te daba más tiempo en los lugares, porque, con tanto tiempo los viejos se aprendían la cuestión y uno igual después sabía, que había lugares que, por lo general en las islas de ahí en el océano, son grandes y son harta playa, lugares buenos para caminar, no como acá adentro que es más selvático la cuestión” [SF, 2020].

Allí es el “afuera”, la costa del Gran Océano. Allí se podía cazar con escopeta, recorriendo la costa junto a los perros, los encargados de recuperar las presas abatidas. En esos lugares, “los días cortos de invierno y tiempo malo, esos convenía trabajarlos por el lado fuera, porque los trabajabas caminado” [SF, 2020].

En la costa pacífica, las expectativas de caza eran las mejores. La disponibilidad de chungungos era abundante, hombres y perros cazaban en forma mancomunada: “Allá afuera te quedabas por más de veinte, quince días trabajando a pie; claro que cansaba, mataba. Tú te ibas a amanecer al cargar un día, dos días afuera, caminando. Y era bien recompensado eso sí, porque había harto chungungo afuera. Tú ibas a aguaitar, cuando te aparecían en medio de los cochayuyos, ahí le pegabas el tunazo, y los perros se encargaban de sacarlos, y estaban muertos en el agua, ahí los sacaba” [SF, 2020].

En esos años, los perros habían alcanzado una magnífica adaptación a la actividad cinegética. Según Sergio Fournet, los actuales perros de la localidad son absolutamente diferentes y sin ninguna cualidad digna de ser valorizada. En el pasado, “los perros trabajaban en agua, tierra, son perros adiestrados para eso. Y aprendían con una facilidad y yo ahora hoy en día esos perros que tenemos, yo tengo unos perros que pasan dentro de la casa no más. No sirven, parecen de juguete” [SF, 2020].

Fournet Cárdenas gusta de relatar la convivencia de los cazadores durante una incursión de caza, destaca cualidades humanas y las califica de especiales e importantes:

Tú te terminabas acostumbrando a andar tanto tiempo con los mismos compañeros, y por lo general, ni una discusión nada, era como la convivencia diaria muy buena, todos, para andar tanto tiempo con los mismos weones en un espacio tan reducido de un bote, y en la noche “encarparse”

con la carpa a la vela no más. Entonces era bien especial esa gente, porque tener esa paciencia pa soportarse tanto tiempo. Hoy en día no estarían ni un mes todos juntos viviendo ahí [SF, 2020].

LA COSTUMBRE MALDITA

Los rumbos al sur de Ofqui, buscando el derrotero de Puerto Edén, e incluso antaño más al sur aún —en un periplo algo más corto—, cristalizar la actividad cinegética en el sector al nororiente del golfo de Penas, en el interior de la península Tres Montes y zonas aledañas, implicaban cruzar a pie el istmo de Ofqui (el “arrastradero”), una tarea magnífica de logística. Según Fournet: “[crucé] varias veces, ni me acuerdo cuántas. La última vez fuimos a sacar el piure, al otro lado, varias veces. Íbamos mínimo tres embarcaciones para pasar el arrastradero, pero en ese tiempo estaba todo embarrado” [SF, 2020].

El cruce de Ofqui a pie era lento. Generalmente, los cazadores demoraban unos tres días en realizar el cruce de norte a sur, aproximadamente: “Claro, pero demorábamos dos días, tres días en pasar los botes. Y donde nos pillaba la noche, ‘encarpábamos’, en mitad del pantano, pero en ese tiempo estaba despejado, había todo envaralado, con madejas, palos de canelo, era más fácil y como era plano, no costaba mucho pasar, pero era largo el trayecto, algunas partes que era más jodido, pero igual avanzábamos hartito en el día. Pero —por ejemplo—, un bote solo, muy difícil que pase” [SF, 2020].

En oportunidades, el retorno desde Puerto Edén se hacía por la costa y aprovechaban de pasar a cazar al sector de Pan de Azúcar. Sin embargo, el cruce del golfo de Penas demandaba un gran esfuerzo logístico y humano, dadas las malas condiciones del clima en aquella zona y las extremas condiciones del mar, inmensamente dificultosas para la navegación. A pesar de ello, y del temor a los naufragios y accidentes, los cazadores casi siempre estaban dispuestos a enfrentar dicho cruce. Al parecer, consideraban aquella navegación como otra fatalidad en sus vidas, irremediable. Ser cazador y hacer el cruce del golfo eran un mismo asunto, destino insoslayable, y volver cruzando Ofqui era un asunto de pocos: “Era una costumbre maldita. Eran muy pocos los que volvían por dentro, por lo general algunos viejos, si estaba muy malo volvían por dentro” [SF, 2020].

Al avanzar en dirección sur, después del cruce de Ofqui, muchas veces los cazadores se separaban, el grupo de embarcaciones se dispersaba en rumbos diferentes. Así, al regreso, si no estaban las necesarias embarcaciones, y sus tripulaciones, la vuelta cruzando el istmo se hacía imposible. Sin embargo, algunas de ellas, “sí se podía, pero tenías que volver dos embarcaciones juntas como mínimo, porque tú te ibas, nosotros salíamos tres y por ejemplo, no volvíamos, volvíamos hasta acá [por fuera]” [SF, 2020].

En aquellos tiempos —a inicios de la década de 1980—, la escasez de nutria era un hecho claramente percibido por los cazadores. Entonces, la costa pacífica no podía ser dejada de lado, “es que tenías que hacerlo, porque tú ibas trabajando por los canales cuando te ibas para el sur, te ibas al otro lado del canal de Ofqui y venías por el weste, por el Pacífico trabajando” [SF, 2020]. El retorno hacia el norte siempre brindaba la posibilidad de cazar chungungos e incrementar las ganancias al final del viaje: “Volvíamos por afuera. En Pan de Azúcar estuvimos como quince días, nos agarró una ‘maleá’ de tiempo, no podíamos salir. Ahí trabajábamos todos los días, y ahí hay malos lugares para caminar, puros cerros y ‘weás’, cruzábamos toda esa ‘weá’ para arriba, porque una, para que no te aburras y lo otro porque tenías que hacerle cototo, porque en ese tiempo estaba escaso. Nosotros perseguíamos los gatos y cada vez se escondían más” [SF, 2020].

Al pasar los meses, el viaje continuaba rumbo al norte, navegar y navegar, cazar y cazar. Siempre buscando el amaine del temporal o la quietud del mar calmo para enfrentar el trayecto más difícil de la travesía, rodear la península de Taitao y buscar el cabo Raper, un lugar seguro para varar las chalupas y visitar a los solitarios fareros de la Marina. Aquellas chalupas eran “por lo general de nueve, diez metros, de chalupas si, y cómo hacía para tener tanta fuerza, no sé. Y ahí llegábamos hasta que amainara, y trabajábamos un poco, estaba bueno, trabajábamos más días, si encontrábamos, y así nos veníamos corriendo para allá, ese era el trayecto más difícil que de aquí a allá, rodear la península de Taitao” [SF, 2020].

Navegar implica —esencialmente— la cristalización del conocimiento adquirido y la experiencia lograda entre uno y otro viaje. Así, el conocimiento del clima y su dinámica, de los varaderos, la responsabilidad en asumir los riesgos, la salud y fortaleza física —entre muchos factores—, permitían a los

cazadores definir “un formato” de navegación, una manera específica de cruzar las aguas del océano en lugares de condiciones particulares. Ellos sabían con certeza en dónde se encontraba el peligro y el máximo riesgo, y la península de Taitao siempre lo será:

Entonces, era más complicado, pero lo bueno era que uno a las pieles no navegaba en cualquier formato, no corría muchos riesgos de que te vayas a ahogar, solamente el cruce de la península del Taitao, que te podía agarrar malo, pero ahí en Puerto, tú calculabas más menos, sabías cuándo iba a estar bueno o malo, porque tú mirabas al cielo no más, y cachabas que iba a estar bueno o malo y de ahí calculabas el lugar donde llegabas y se varaba, al puerto donde llegabas y llegabas no más y por los mares grandes pasabas no más y te metías para dentro y al agua todos, y tira para arriba el bote. Ahí no sé cómo chucha uno tenía tanta fuerza, porque uno varaba su bote, entre cuatro, tres, varábamos el bote [SF,2020].

En el regreso hacia el norte, una vez alcanzada la altura al sur del archipiélago de los Chonos, y después de cruzar isla Patch [45°48' S/74° 50' W], girando en dirección este, los cazadores cambiaban su estrategia de caza. En ese momento, desplegaban recorridos cortos desde afuera hacia adentro, siempre subiendo en dirección a su puerto de origen: “Es que igual tú venías del Pacífico, venías trabajando, te agarra el tiempo malo afuera, te metías para dentro, tenías harto canal de aquí para allá, y así vas saliendo por otro canal, vas saliendo para fuera, vas trabajando afuera y te vas metiendo. Así se trabaja, te vas metiendo y vas saliendo afuera y te metes por dentro” [SF, 2020]. En el imaginario, la memoria y la experiencia de los navegantes, se van almacenando planimetrías y cartas náuticas. Sobre ellas, los cazadores trazan sus recorridos e itinerarios, siempre considerando tener a la mano un lugar en donde poder varar y permanecer a resguardo durante algunas horas o días, sea para capear adversas condiciones climáticas, reponer fuerzas —hombres y perros—, reparar la embarcación o, simplemente, “cuerear”. Al morir los cazadores de las distintas generaciones, muchas de esas planimetrías se invisibilizan, se olvidan y desaparecen. Así, los archipiélagos de Patagonia Occidental Insular terminan transformándose en un

enorme y vasto desierto: “Antes, todos los puertos eran nombrados, había unos puertos en donde se hacía cholga seca de paja así, con canutillo. Se amarraban con varas. Ellos sabían hacerlo, nosotros igual aprendimos después” [RM, 2018].

LOS CAZADORES INVISIBLES

Al parecer, a causa de la intensiva caza, la naturaleza de Patagonia Occidental Insular comenzó a cambiar. Así, la disponibilidad de animales pelíferos —gatos huillines, chungungos y coipos— disminuyó en forma notable, lo cual fue percibido por los cazadores. Entonces, las pieles se hicieron más escasas, los viajes y travesías se lentificaron, los ingresos disminuyeron. Muchos cazadores migraron hacia otras actividades relacionadas al mar, también en régimen de habilitación: la “cholga seca” y el “pescado ahumado”. No obstante, en el imaginario de Sergio Fournet, y muchos cazadores, la actividad cinegética de los “gateros” seguirá siendo siempre la fuerza y el hábito creador del mundo en el cual todavía habitan, el motivo ulterior y responsable de la presencia de hombres y mujeres en esta lejana, inquietante y desolada inmensidad:

Principalmente, cuando se empezó, eran de Chiloé, todos venían de Chiloé, y a través de eso, se pobló Melinka y se pobló Aguirre, a través de la caza de pieles. Y después, obviamente que ya la cholga, con tanta gente que trabajaba las pieles, empezó a escasear, ya era más escasa las pieles, ganaban menos, entonces había que dedicarse a las cholgas, al pescado ahumado, entonces había temporadas no más que trabajaban en las pieles y había que después otro resto del año les dedicaban a otras cosas, pero principalmente estos pueblos se fundaron a través de las pieles [SF, 2020].

Sergio Fournet Cárdenas —60 años de edad—, igual como su padre, también fue cazador de huillines, chungungos y coipos. Navegante del mar interior y del Gran Océano. En su época adulta pudo percibir la merma en el plantel de animales pelíferos y, por ello, a veces se veía obligado a desplegar una derrota corta, de aguas interiores. En esos años, “no es que tú decidías con tu gente cuándo ibas a salir [...] ya sabíamos que estaba escaso, así que los viajes

largos siempre cundían más, porque por lo general, los viajes más cortos se hacían de aquí a la península, pero a este lado de acá, de la península de Taitao, por las aguas interiores, y después venía trabajando por el Weste” [SF, 2020].

Luego de la escasez, fue el advenimiento de la prohibición de caza. A pesar de la prohibición, la demanda de pieles finas no cesó, aunque nunca volvió a alcanzar los volúmenes de años anteriores. Así, Pablo Millaqueleo insistió en su oficio de siempre y continuó realizando actividad cinegética en los archipiélagos, canales y rías de la región. Durante esos años, desde 1976 a 1981, Roberto Millaqueleo Nitor estuvo allí, cazando junto a su padre. Los encargos eran de “140, 150 [pieles], en ese entonces yo tenía como 16 años. En septiembre u octubre nos encargaban, después las hacían chaquetas. Nosotros le hacíamos trabajos a Kochifa, él nos encargaba los cueros, 100, 120 cueros. Ellos pagaban un poquito más, unos 1.200” [RM, 2018].

La travesía de caza era una actividad de largo aliento, involucraba un tiempo prolongado de navegaciones y una constante actividad en diversos puntos de la inmensidad del territorio sur austral. Sin embargo, aquello cambia en forma drástica en septiembre de 1973, los cazadores hubieron de invisibilizarse y bajar su actividad al mínimo. Entonces, en esos momentos la “salida” generalmente era en octubre y quedó supeditada a la demanda específica de una clientela variopinta, sin importar mucho la época o fecha ni la cantidad de pieles solicitadas: “Sí, hasta noviembre y era cuando nos encargaban no más. De repente algunos carabineros de Aysén nos pedían cueros. Mi papá les pedía un anticipo para pagar los víveres y los tiros. Mis otros hermanos trabajaban también con mi papá. Los chicos mi papá los embalsamaba, enterito y después nos hicimos grandes y nos hicimos buzos. Nos olvidamos del asunto de pieles” [RM, 2018].

MEMORIA DEL COMERCIO DE PIELES EN PUERTO EDÉN

El arribo a Puerto Edén de las “purras” de cazadores chilotes, o chilotes/huilliches, al parecer significaba el encuentro de dos tradiciones cinegéticas contemporáneas y, seguramente, emparentadas desde un pasado no del todo remoto. En décadas anteriores a 1960, mucho antes de la prohibición y de su transformación en cazador furtivo —cazador en movimiento—, las travesías

de caza de Pablo Millaqueleo casi siempre avanzaban hacia el sur profundo, cruzando el “arrastradero” de Ofqui para alcanzar la región de Welington y establecer allí contacto con el grupo kaweskar: “Mi papá contaba que sí. Se encontraban con ellos [los kaweshkar] pasado el arrastradero del bosque, de ahí pa’ fuera vivían ellos. De repente andaban en los botecitos de cuero de lobo en algunas puntas donde había harta playa. A veces los encontraban nadando, mariscando abajo se tiraban piqueros al agua. Igual hacían convivencia con ellos de repente, le pedían víveres, cigarros” [RM, 2018].

El encuentro y la convivencia tenía de dulce y de agraz. Pablo Millaqueleo y su “purra” conversaban e intercambiaban mercancías. En oportunidades, el encuentro se rompía sin aviso previo, inesperadamente surgía la tensión y la disputa entre los cazadores chilote/hulliche y los kaweskar de Edén: “Contaba mi papá que cuando dejaban la rancho con pieles en los puertos y salían a recorrer las islas 2, 3 días, a veces les robaban las cosas a ellos. Así que los dejaban sin nada a veces y arrancaban” [RM, 2018].

Después de muerto, Carlos Fournet todavía pareciera vivir en el imaginario y la memoria de su hijo Sergio. Allí, en cada una de las historias y relatos del pasado, el tiempo histórico se disuelve, las épocas y los acontecimientos se traslapan y parecieran fundirse en único texto. Así, en aquella penumbra informe, las narrativas amenazan convertirse en leyendas, mitos y mitologías: “Ahí conoció mucha gente de muchas historias de las pieles. Se decían cosas, pero todo puede ser cierto, pero lo que contaba mi papá es que había hartito pirata que los esperaban en el istmo de Ofqui, a este lado acá, cuando venían de vuelta con las pieles. Y se mató mucha [gente] —según lo que contaba mi papá—, ese tipo de gente que se dedicaba a puro piratear, porque antes era sin ley la weá” [SF, 2020].

A lo mejor, ese temor ancestral a la emboscada pirata de Ofqui fija a fuego en el imaginario de los navegantes el itinerario de los cazadores en los rumbos del afuera, la costa pacífica. Entonces, las historias siguen articulándose alrededor de una trama de víctimas y victimarios, las presas y los cazadores, nuevos protagonistas y la misma muerte de siempre, artera ella esperando al otro lado de la inmensidad de las aguas. En los relatos de Pablo Fournet a su hijo Sergio, eran los piratas de los canales y los archipiélagos el peligro de cazadores y kaweskar:

Y mataban mucho a los “chonos” [kaweskar], siempre los fueron arrinconando al sur, de Chiloé hacia el sur, llegaron hasta Magallanes, de ahí no llegaron más, hasta Puerto Edén todavía vivía mucha de esa gente de los chonos [kaweskar], ellos fueron los que fundaron Puerto Edén. Pero, por ejemplo, ellos andaban con toda su familia en canoa, y se fueron llenas hacia el sur, hacia el sur hasta más allá abajo. Eso contaba mi papá, que lo veía cuando él andaba trabajando, pero era un niño no más, y los viejos decían que había muchos viejos malos, que se dedicaban a esa weá [SF, 2020].

Décadas más tarde, el mismo Sergio Fournet cruzó el “arrastradero” y llegó a Puerto Edén, mas su interés era algo diferente a las razones de los cazadores de la época de juventud de Pablo Millaqueleo o su padre Carlos Fournet. No eran tanto el relacionamiento y comercio con los “chonos” — como gusta nombrar al grupo kaweskar—, sino vender pieles al “barco” junto con los indígenas y, así, poder reabastecerse y continuar la travesía de caza e iniciar el retorno hacia el norte:

Nosotros no intercambiábamos, ellos vendían en el barco. Lo que pasa es que ahí pasaba un barco, o sea eran varios barcos que pasaban. Uno calculaba más menos el tiempo que pasaba el barco, esos viejos que andaban con nosotros, eran pillos esos viejos, calculaban todo, y calculaban que más menos el barco pasaba por ahí, y pasaba como una vez en el mes, era un barco grande, no me acuerdo el nombre de él, para qué te voy a mentir. Entonces, ese barco te compraba todo lo que llevabas de pieles [...] ahí se cambiaba todo por víveres, y algunas lucas te daban, pero ahí la mayoría te daban víveres. Y ahí igual los chonos con sus canoas vendían sus cueros y sus pieles [SF, 2020].

Así, para los cazadores nortinos de la generación de Sergio Fournet, la visita a Puerto Edén tenía un objetivo estrictamente logístico, la venta de pieles y la compra de víveres, la extensa travesía así lo exigía. Respecto de la comercialización, los precios de venta y las formas de pago, se mantenían ajustados al patrón general de toda la Patagonia Occidental Insular: “El precio se mantuvo igual. Igual no más, se mantuvo siempre, y por eso te digo, siempre tú vendías acá y donde vendías o en Edén, igual [...] es que tenían un

precio. Nosotros cuando salíamos de acá tenían un precio estándar por centímetro, y allá en Edén te pagaban lo mismo [...] esto siempre valía lo mismo, no subió ni bajó [...]. Yo creo que iba para los mismos compradores, porque valía lo mismo” [SF, 2020].

TRAVESÍAS

LA SALIDA

A una incursión de caza, los cazadores de Patagonia Occidental Insular le denominan “salida” y dura un tiempo convenido según la cantidad de pieles a capturar. El motivo de la “salida” sólo era conocido por los lugareños, mejor evitar explicitar a los afuerinos las verdaderas razones de ella. La “salida” se amarra a la existencia de las embarcaciones, a las chalupas y la soledad de las mujeres, madres, hijas y hermanas. La “salida” es adentrarse en la “vida amplia” y ocurría cuando el jefe de la familia recibía algún “encargo” de pieles o decidía habilitarse y se iniciaban —en ese momento— los preparativos: “Nosotros hacíamos salidas con mi papá a las pieles. De repente nos venían a buscar y nos encargaban 120 cueros. Salíamos por un mes a hacerlo hasta juntar el producto. Un mes, 25 días. Hasta que teníamos listos los cueros, nos veníamos” [RM, 2018].

Una de las primeras actividades en la preparación de una salida se relacionaba con la logística de las embarcaciones. Se utilizaba, de manera exclusiva, “una chalupa de dos proas porque entraba menos agua atrás, agua muerta, como se dice. El bote que es de popa agarra agua muerta. Por eso igual chalupa porque se andaba a la vela” [RM, 2018].

Luego, la preocupación se concentraba en el aprovisionamiento de víveres, “comprando los víveres, la harina, las yerbas, fideos, sal, de todo pal mes, teniendo los perros buenos” [RM, 2018].

En el pasado, en Puerto Aguirre, el inicio de los viajes largos implicaba la cristalización de rituales de despedida y, seguramente, en ellos participaban todos los habitantes de la localidad. El viaje obligaba a la separación de las familias y definía la ausencia de los hombres durante un largo periodo de tiempo. El ruido de los tiros y el ácido olor a pólvora, y la imagen de las embarcaciones y sus tripulantes perdiéndose en el horizonte gris, no sólo trazaban su huella en la memoria de las gentes del pueblo, sino también despertaban sueños de futuros viajes y aventuras de cacería en la imaginación de

los niños más pequeños: “Salíamos de acá. Hacíamos collera juntos, de acá nos íbamos. Y a la salida acá, en ese tiempo como no estaban prohibidas las armas —en ese tiempo cuando les decían los pieleros—, el cazador disparaba no sé cuántas veces, cuando íbamos saliendo. Era despedida, si era entretenida la weá, disparaban no sé cuántos tiros, como despedida para salir siete, nueve meses. Cuando llegábamos no, por lo general llegábamos de noche” [SF, 2020].

Así, en el inicio de la travesía —en medio de la algarabía—, las chalupas zarpaban cargadas de vituallas, enseres domésticos y personales e implementos de caza y, generalmente, tres perros y a lo menos cuatro hombres. Una estricta logística de alimentos disponibles a tripulantes y bestias, insumos para la elaboración de las municiones de las escopetas y, también, para la preparación de las pieles y su almacenaje:

Sí, la alimentación no podía fallar, tú llevabas alimento para tus perros y para toda la temporada, comían alimento igual que nosotros, y lo principal que se llevaban algunos víveres, que por lo general había que llevar; munición que se llevaba por kilo, la pólvora que corría por kilo y yo compraba, dos, tres cajas al tiro, y la vainilla te servía para diez, doce recargas, una sola vainilla. Y uno lo cargaba solo, porque uno compraba el fulminante que en esos años no estaba prohibido. Tú comprabas el fulminante que te lo vendían por kilos, la pólvora que te la vendían por kilos y la munición. Y la munición tenía que ser delgada, de la más chica, para cazar los gatos [SF, 2020].

Especial atención merecía el calibre de la munición. Ello, junto con la puntería del “proero” y su eficacia al disparar, podía asegurar en principio una mejor calidad en las pieles obtenidas. El objetivo era disparar a la cabeza del animal y, así, disponer de una mayor extensión de piel sin daño alguno:

Claro, porque si le pegaba con munición grande por la mitad le hacía medio hueco y ahí no te la compraban las pieles. Y los cueros se vendían por centímetro, cuanto más grande, más valor tenía el cuero” [se apuntaba] “a la cabeza, principalmente. Sí, para que se dañara lo menos posible. Y en la cabeza siempre había una parte que se podía cortar, entonces el cuero te

servía entero casi, la totalidad. Porque se cueriaba completo hasta las patas, todo, entonces con la estirada te servía para que te dé el máximo de centímetros, porque tenía que darte, había pillerías para eso [SF, 2020].

En las primeras etapas del viaje, en las aguas y costas interiores o “de adentro”, el avance longitudinal rumbo sur se hacía navegando al lado izquierdo de los canales —canal Costa, por ejemplo—, considerando el avance al derecho de quienes —en el circuito corto e interior— ya venían de regreso buscando el norte. La configuración orográfica y geológica del litoral, y las islas, hacía del trabajo un tiempo de jornadas duras y fatigosas porque, “cuando te vas de aquí para abajo te metes por puros canales para dentro no más [...] acá adentro que es más selvático la cuestión [...] toda la orilla, piedra por piedra, si se avanzaba repoco en el día. Cuando encontrabas trabajo, avanzabas repoco. Por eso es que los viajes eran largos” [SF, 2020].

GATOS HUILLINES EN EL ADENTRO, CHUNGUNGOS EN EL AFUERA

No sólo varaderos, canales, costas y mar abierto, animales, vientos y marejadas, garúa y temporales, árboles y cañaverales, piedras y pájaros, sino también un mundo en donde se cristaliza una taxonomía de alteridad, diversa y neófita. Así, en el mundo de Patagonia Occidental Insular los cazadores distinguían dos ámbitos: el mundo de “adentro”, correspondiente al área del mar, canales e islas interiores, y el mundo de “afuera”, las costas del litoral pacífico, el “Gran Océano”. El primero era el hogar del “gato huillín” —o “huillín”— y el segundo, lugar del chungungo. Los cazadores poseían un conocimiento profundo de ambas especies, sus características y su comportamiento y —algo de especial atención en su imaginario— al sólo mirar un animal, podían calcular el tamaño de la piel de cada ejemplar:

El huillín es el más grande, el que está por acá. El chungungo que es de afuera, es más chiquitito, 80 cm da el cuero. El cuerpo de huillín mi papá lo hacía dar 120 cm. A veces los dejaba en un metro o un metro diez todos. La calidad era igual no más, solo que era más chico el chungungo,

ese se desvaloriza, tiene menos valor. Porque cuando lo llevan a curtir no sirve completo el cuero, le sacan todos los recortes y quedan pedazos no más. Parece que 45 cueros da una chaqueta, más o menos para cualquier persona [RM, 2018].

Así, especie y tamaño se cruzan en función de la calidad de las pieles, la cualidad más importante de la mercancía. Incluso, podían percibir detalles significativos al valor final de ellas, “[en las nutrias] la piel venía así no más, de tres pelos como se dice. Es que hay una nutria fina, diferente” [RM, 2018].

No es distinto en el imaginario de Sergio Fournet Cárdenas. Es capaz de reconocer la existencia de dos animales diferentes: el gato huillín, o huillín, por una parte, y los chungungos, por otra, cada uno ocupando hábitats absolutamente distintos. Y los hay de diferente edad, tamaño y color, pudiendo reconocer el cazador —*a priori*—, según el tipo y edad, el tamaño de la piel a entregar de tal o cual animal. Es aquí que, al parecer, los animales desaparecen en el imaginario de los cazadores y se transforman solo en “pieles”: “Está la nutria de río, adentro, por los canales, y afuera en la costa del pacífico están los chungungos. A la nutria, nosotros le decimos gato huillín, yo con los años aprendí que era la nutria de río, nosotros siempre le dijimos huillín no más [...] hay de todos los tamaños, hay grandes y chicas. Igual se mataban los juveniles que te daban setenta centímetros de largo [...]. Hay algunos más claros, pero siempre más café” [SF, 2020].

Además del tamaño, algo aún más importante es la calidad de la piel, valor esencial en su comercio, la cual es distinta en cada una de las especies. Así, la piel del huillín alcanza tamaños mayores y se le considera de mejor calidad, en desmedro de la del chungungo:

Es que la piel de la nutria es mejor que la del chungungo [...] el huillín de acá adentro, no hay por dónde perderse con ese, que es mejor que el de afuera [...] es mucho más grande que el chungungo, el chungungo es chiquitito. Un cuero no te da más de setenta y cinco centímetros. Es más suave [el huillín], sí, es que el pelo es mejor. Tú le sacas el pelo de encima, porque son de dos pelos esas weás, y te queda el pelo de adentro, porque nosotros nos dimos el

pajeo de hacer esa pega, varios cueros, dejarles todo el pelo, la weá era espectacular, con razón que los viejos la apetecían tanto. Y el de afuera, no es que sea malo, pero es de menor calidad que el de acá dentro [SF, 2020].

Las presas eran discriminadas según su edad. Los ejemplares nuevos no se cazaban, sí los juveniles. No obstante, en la época de su trabajo cinegético —en los años 1970 y 1980—, Fournet Cárdenas percibía una disminución en los planteles de nutrias a causa de la intensiva caza de siglos. En aquellas navegaciones, “los chicos no se mataban. Los medianos, esos te daban ochenta, setenta, igual con los chungungos, entonces esos no se mataban, los juveniles, digamos, que ya tenían un año, poco más, pero los nuevos no. Aparte que ni se veían, porque estaban tan perseguidos se escondían más que la chucha” [SF, 2020]. Según Fournet Cárdenas, aquella situación ha cambiado en el presente. No sólo existiría una abundancia de nutrias, sino también huillines y chungungos se estarían cruzando entre ellos, lo que explicaría el aumento en los planteles. Era distinto, “no es como hoy en día, que están en todos lados esas ‘weás [...] si, hay demasiados. El chungungo ha entrado ahora pa dentro en los canales, se ha apareado con las nutrias, en varios lugares” [SF, 2020].

EL TEMBLOR DE LOS PERROS

Cazadores y perros son elementos esenciales en la dinámica del dispositivo cinegético, una relación marcada a fuego en la vida de hombres y bestias. Así, tampoco Pablo Millaqueleo podía escapar a ese destino. Entonces, en cada travesía sus amados perros cazadores le acompañaban, “tenía cuatro perros mi papá. Sí, el Capitán, el Cuatro, el Pituco, había otros, pero se me olvidaron los nombres” [RM, 2018].

Como todo cazador, el dueño de los perros manifestaba profunda preocupación por el bienestar de las bestias, las entrenaba desde pequeñas y las preparaba para realizar las tareas propias del perro cazador, rastreo y detección de la presa, acorralar y perseguir, matar y recuperar. Había unos grandes y otros pequeños, y cada cual tenía una tarea específica e importante en la dinámica de caza:

Sí, mi papá los entrenaba. Siempre tuvo perros —los que iban quedando más viejitos le iban enseñando a los más chiquititos—, los andábamos trayendo en el bote, el que se iba atrás popero le decíamos al perro. En la proa generalmente se ponían los más chiquititos, los que olfateaban la piel. El grande, el de la presa, siempre a popa. Ahí le iba enseñando. Cuando ya estaban cerca, se tiraba uno, y después se tiraban todos al agua. Se les silbaba para que se tiraran o los llamaba para embarcarse, se pegaba el bote a tierra. Así se trabajaba [RM, 2018].

Sin ser distinto, Fournet Cárdenas también poseía perros preparados para la caza, entrenados desde pequeños. Nunca utilizaba menos de tres en cada incursión, en general orientados al rastreo de las nutrias, acorralarles y darle muerte y también, en algunas ocasiones recuperar las presas después de muertas. Los grandes, encargados de dar muerte a los animales, certera y rápidamente, y los pequeños, preocupados de hacer salir a las nutrias de sus madrigueras, los “huraqueros”:

Perros, buenos perros, adiestrados para eso. Por lo general, lo mínimo que traíamos eran tres. Porque yo me acuerdo, porque yo trabajé, y lo sé por experiencia propia, traíamos dos perros grandes, que servían para matar a los gatos, para que agarraran al gato para que lo maten rápido, y que lo menos posible se pueda deteriorar el cuero. Y los perros chicos eran para sacarlos de un lugar, cuando se metían en la tierra, en las raíces. Teníamos dos perros chicos y dos perros grandes, pero mínimo eran tres perros [SF, 2020].

No eran distintos los perros cazadores en isla Ñancul y Luchín. A causa de su entrenamiento, su comportamiento en la caza siempre era el mismo:

Para pescarlo lo pescaban los perros, yo no hacía nunca bala. No me gustó. Porque tampoco era fácil, un gato se sale de tu lugar, se mete quizás para adonde, muestra la pura puntita de la nariz, nada más. La nutria sabe, igual que cualquier ser, sobre el peligro. Yo tenía un perrito chico, ese weón llegaba y se metía, y ese le peleaba adentro, y saltaba y ahí lo agarraban los otros; el de fuera, ese esperaba que el chiquitito moleste al huillín adentro; una vez afuera, lo agarraba al tiro, si él sabía. Esos fueron los perros que tuve [LU, 2019].

Eran los propios cazadores encargados de adiestrar a sus mastines y procurar de ellos la máxima obediencia, una cualidad magnífica y valorada. En el transcurrir de los viajes, los perros iban ganando experiencia, “los enseñaba uno mismo, uno con el trabajo iba aprendiendo cada vez más, y el perro [...] yo me acuerdo de acá, los perros que teníamos en la casa, llegaban de la pega, y los perros tú no los veías en la calle, estaban adentro del sitio, eran educados para eso” [SF, 2020]. La eficacia de los perros se hacía más certera cuando se navegaba contra el viento. Así, cuando las bestias comenzaban a tiritar [temblar], los cazadores sabían de inmediato de la presencia de “gatos” en los alrededores de su rumbo. Esa era la poderosa señal, el temblor de los perros. Entonces, navegando “contra el viento, sí. De lejos lo olfateaban. Eran perros adiestrados para eso. Dos kilómetros olfateaban ya. Había perros que empezaban a temblar cuando olfateaban un gato” [SF, 2020].

Una de las mejores cualidades manifiesta en los perros era la capacidad de matar rápidamente a su presa, morder y matar, una bestia certera: “El perro tenía que ser bueno porque tenía que matar en el menor tiempo posible al gato. “Buenos para la garra” le decían los viejos antiguos, porque volvía y no lo soltaba hasta que lo mataba, y el perro que estaba aprendiendo, si el perro mordía y soltaba, ese weón no servía para la caza” [SF, 2020]. Los perros —pequeños y grandes— trabajaban de manera colectiva. Unos se encargaban de acorralar la presa y hacerla salir de su madriguera, y los otros, de darle muerte y sin causar gran daño en la piel del animal. En estas labores, los perros estaban expuestos a sufrir heridas y, en oportunidades, transformarse en víctimas de la feroz defensa de huillines y chungungos: “Los perros chicos lo hacían salir de los hoyos, y el grande lo esperaba afuera, o sea, cada uno tenía su pega [...] por lo general lo pescaban de la cabeza, porque lo agarraban siempre en la salida, y cuando lo agarraban de la mitad sufrían ahí los perros, porque el gato se arrodillaba y les sacaba la chucha a los perros [...] por lo general, había perros que no le hacían tanto daño, solamente lo molían por dentro” [SF, 2020].

En otras oportunidades, la dinámica cinegética demandaba el rápido desempeño de los perros, por ejemplo, en perseguir y atrapar una presa en estampida: “Cuando los bichos se escondían en el monte, el perro lo sigue hasta que se tira al mar o si lo pillan arriba, se lo cargaban” [RM, 2018].

LA PURRA Y LA CHALUPA

En los tiempos en los cuales Roberto ejercía como joven cazador —a fines de los años 1980—, su padre trabajaba solamente con su “purra”, compuesta por él mismo y sus dos hijos mayores. Una tripulación no ajustada a la norma general y tradicional de cuatro miembros, según las maneras de los cazadores de nutrias. Sin embargo, antaño acostumbraba a largos viajes hacia la zona sur austral y, como era costumbre, podía ser una flota hasta de cinco chalupas rodando hacia la profundidad del derrotero sur, el Deep South. Así, los cazadores se sentían —seguramente— mucho más protegidos y acompañados (mas, a pesar de ello, el éxito de la cacería seguía siendo incierto, incertidumbre e inquietud): “Mi papá cuando iba para el sur no andaba nunca solo, de a tres, cuatro, cinco botes, como era a remo y vela pasaban fracasos de repente. Esa gente están todas en Natales ahora, fallecida yo creo” [RM, 2018].

En sus navegaciones de antaño y en las tardías —solo o acompañado de otras comparsas—, después de superar las etapas de iniciación y aprendizaje, Pablo Millaqueleo era el jefe en su chalupa (seguramente, el haber sido patrón de chalupón en Chiloé le brindó la calificación necesaria para asumir el rol de jefe). Ubicado en la proa, cristalizaba el rol más importante en una excursión cinegética: no sólo era responsable de la travesía, los perros y la tripulación, sino también era el encargado de disparar y dar muerte al animal: “Mi papá siempre en la nutria hacía de “proero”, es el hombre del arma el que va en la proa. Nosotros cuando pillábamos el bicho remábamos con mi hermano, y mi papá con el arma a lo que lo tenía al tiro disparaba a la nutria” [RM, 2018].

La paradoja de la caza de animales de piel fina radica en ejercer la violencia necesaria para ultimar la presa, pero también la delicadeza y el cuidado del cazador al dar muerte al animal, la manipulación de la presa con el propósito de sacar la piel y, luego, asegurar su correcta conservación sin los peligros de la putrefacción u otro proceso capaz de arruinar la preciosa mercancía y su valor significativo. En el mundo de los cazadores de la mitad del siglo xx, la calidad superlativa de Pablo Millaqueleo como cazador es un asunto muy claro en el recuerdo de Roberto y de otros cazadores: “Mi papá era el hombre carta, sabía hacer todos los trabajos. Sacar el cuero, porque tiene que

salir sin grasa casi. Mi papá hacia unos arquitos de madera y ahí están listos, de ahí cuando estén unos días, decía, ya vamos a estirar, 14, 15, colocarlos en la barquita. Iban con agujita, cosiditas y secas. Cuando se secaba se agarraba todo y se colocaban en un cajón y se llevaban” [RM, 2018].

Así, varadas las embarcaciones en una playa de alguna isla en los archipiélagos o en los arenales de la costa pacífica, una vez muertos los animales, se comenzaba a procesar las pieles, se les “atendía” para preservarlas y poder regresar sin pérdida ni merma alguna de mercancía. Así, se podía entregar en condiciones ventajosas y adecuadas a los “habilitadores”. Entonces, durante “tres días, cuatro días a humo y calor. Hacíamos descansar a los perros y listo. Porque los animales tienen que tener su descanso” [RM, 2018].

La tripulación de una chalupa, en incursión de caza, siempre era de cuatro cazadores y, excepcionalmente, tres. Hombres adultos y sólo un adolescente en viaje iniciático y/o adquiriendo experiencia (la fortaleza física era un bienpreciado en las navegaciones). La organización del grupo de trabajo al parecer es de antigua data y sin transformaciones en el transcurso del tiempo. Los roles estaban absoluta y claramente establecidos. Así, constaba de un “proero”, un jefe, un rol algo similar a la idea de capitán en la embarcación, encargado de manipular las armas de fuego y dar órdenes a los perros y, seguramente, asignar tareas a los otros tripulantes de la chalupa y dirigir el rumbo de la navegación, sujeto experimentado y de muchas “travesías en el cuerpo”. Luego, estaba el “mayetero”, conocido también como “mediero”, los cuales podían ser generalmente dos o, al menos, uno. Su responsabilidad más importante era asegurar la muerte y recuperación de la presa y, finalmente, estaba el “popero”, el encargado de la embarcación y la navegación, remar y remar (el ingeniero de máquinas): “Yo era el mayetero que se decía, estaba el cazador, el que era el proero, el que llevaba la escopeta [...] el que cazaba los gatos, el que usaba la escopeta, lo subía dentro de la proa. El del medio que era el mayetero, era el que salía en tierra cuando los perros atrapaban un gato y para sacarlo lo más rápido posible donde estaba, y matarlo y llevarlo al bote. Y el popero que se encargaba de la embarcación. Cada uno tenía su profesión” [SF, 2020].

Las chalupas debían ser livianas y veloces, sigilosas y arteras en el ataque, sorprender a las presas, desplegarse como un felino sobre las aguas de los

océanos interiores o los litorales de costa pacífica. No sólo ello, sino también debían poseer gran capacidad de carga. Eran “chalupas de dos proas, pa que avancen. Por lo general eran grandes, porque uno llevaba hartos víveres, estamos hablando de doce quintales de harina, cincuenta kilos en esos años. A remo, íbamos cargados de víveres” [SF, 2020]. Embarcaciones gráciles y fuertes, “porque es más ágil que un bote de popa. ¿Usted se fija que el bote es ancho? A ese la mar lo alcanza, y la chalupa no, tiene dos proas. No agarra agua, pasa no más. En popa no le entra mar. Por eso, usted va por un norte y la mar esta alta, usted le pone popa a la mar, cuando pasa la mar grande, ahí va donde quiera ir usted. Usábamos muy buenas velas, antes salía un tocuyo, un tocuyo grueso, de ese me conseguía yo un aparejo de esos” [LU, 2019]. El aparejo era una vela principal y foque, y no siempre se utilizaba, no siempre había viento en la travesía, “y nosotros sin viento no nos servía el aparejo [...] pero cuando no había viento la vela no servía y ahí sacábamos los remos [...] aquí tenemos el remo que se le dice remos bayonas, son los únicos que se han hecho acá” [LU, 2019].

A Sergio Fournet Cárdenas el oficio de cazador de nutrias y el trabajo involucrado siempre —a pesar de los desafíos, problemas y peligros—, siempre le ha parecido un magnífico trabajo, “entretenido”, incluso, el más “limpio” de todos los trabajos de la mar: “Uno lo encontraba entretenido el trabajo, no era un trabajo que te ensucie mucho, a no ser que te toque, de repente, algunos días te tocaban tierra, con lugares barreros, por ejemplo el mayetero que le tocaba tratar de sacar los gatos, hasta sacarlos, ahí quedaba entero de embarrado, pero por lo general era el trabajo más limpio de todos los trabajos que se hacían en el mar” [SF, 2020].

“CUERIAO” DE GATOS HUILLINES Y CHUNGUNGOS

El trabajo de despojar al animal muerto de su piel recibía el nombre de “cueriao” [cuerear/cuereado]. Era una tarea relevante en el trabajo de las pieles y también fundamental en el aseguramiento de su calidad. Era responsabilidad del “mayetero”, un cazador de probada experiencia, no obstante, también podían intentarlo los jóvenes cazadores aprendices:

Claro, para que tú hagas ese trabajo tienes que tener buen cuchillo, y un afilado constante, porque [tiene que estar] el cuchillo se usa exclusivamente para eso. Y esa pega la hace el mayetero, el del medio, el mediero. Y se abre por la mitad, se abren las tapas de adelante, las patas de atrás hasta la cola, atrás, esa parte completa, y de ahí se empieza a cueriar. No se le puede dejar nada de grasa, hay que sacarle todo, por eso que el cuchillo tiene que estar [...] trabajo de chinos, o sea, las primeras veces, claro que te queda algo y después los viejos -que eran más baquianos-, ellos arreglaban la weá, pero después uno se va puliendo, y después es experto en la weá, capos para cueriar [SF, 2020].

Una vez recuperada la piel, se lava y se limpia y se inician las tareas de fabricar un bastidor y montarlas allí, para estirarlas y secarlas: “Claro, después de eso se lava bien no más, bien lavado en la misma agua salada, y lo dejas, para sacarle todo, porque si tiene algo de suciedad, sobre todo el huillín, que está acá adentro, debería tener un poco más barro, se lava bien y se hace el proceso del arco cuadrado [bastidor], largo no más, porque el huillín de acá adentro te da cuarenta con la cabecera, arriba, el ancho, y el de afuera te da treinta y cinco, treinta y dos, el chungungo” [SF, 2020].

Al finalizar el lavado, el cuero está listo para ser montado en su bastidor. Ello demanda el uso de aguja y pita, costura completa:

Se costuraba con aguja, se cortaba la madera de huinque [*Lomatia ferruginea*], por lo general porque es la madera más flexible¹³, varas de dos a tres centímetros de diámetro, las varas. Las cabeceras de arriba horizontales, que el huillín te daba cuarenta, esas eran más firmes, y se amarraba con cordel no más, se sacaba y se amarraba. Y de ahí se costuraba por todo alrededor del arco, y después cuando estaba costurado, completo, se le ponía varales arriba, en el centro y abajo [SF, 2020].

¹³ El “huinque” [*Lomatia ferruginea*], era insustituible en la elaboración del bastidor. Sus cualidades se adaptaban de estupenda manera a los deseos y necesidades de los cazadores: “Palos de huinque, para que te dé el estiramiento que tú le quieres dar, porque te pagan por centímetro y te tienes que, en lo posible, que te dé hartito. Y claro, el huillín de aquí te tiene que quedar bien estirado, porque lo otro, es que para que el secado sea más rápido” [SF, 2020].

El “costureo” [tensar y estirar la piel] era una labor delicada. Había de hacerse con rigor y, así, evitar el maltrato o deterioro de la piel al secarse, un trabajo lento y siempre ejecutado cerca del fuego, a cubierto:

Sí, con pita, no de esta que hay ahora, había una pita que era como de perlón, una cosa así, no era perlón, pero una cosa parecida [...] era para que no te excediera al momento que estirabas, porque eso te quedaba pegado a la madera, sino no servía para nada. Y tenía su técnica -por ejemplo-, yo en el día, cuando teníamos muchos cueros y nos tocaba mal tiempo, y lográbamos llegar a una caza de pieles, lográbamos en un día ocho, diez cueros alcanzábamos a costurar en un día de pega [...] hacer los arcos, buscar la madera, hacer todo y después empezar a coser [SF, 2020].

OREO Y ALMACENAMIENTO DE LAS MERCANCÍAS

Instaladas en sus bastidores, las pieles están listas para el secado, el oreo. Entonces se aplica calor dejándolas cerca de una fogata durante unos tres días. En sus navegaciones, el oreo de las pieles obligaba a los cazadores a detener el avance de la excursión: “Con calor no más, con fuego. Por lo general cuando llegábamos a la casa piedra, llegábamos a hacer fuego, puta, en una noche quedaban más menos oreados, y después en la otra noche, ya dos, tres noches estaban listos. Y cuando nos veíamos muy apurados por el mal tiempo, ahí pasábamos a acampar un par de días y hacíamos un toldo con ramas, pague, y ahí hacíamos el secado, con puro calor” [SF, 2020].

Estando oreadas, las pieles son desmontadas de los bastidores y se procede a su almacenamiento, se juntan diez cueros y se enrollan, se amarran y cubren con cueros de lobos —especialmente dispuestos—, asegurando así un correcto y protegido almacenamiento.

Se saca después, cuando están secos, se les saca toda la pita, y lo bueno es que el cuadrado, el marco, te sirve para otro cuero, que sea similar al que ya estiraste ahí. Y después se saca todo eso, se saca toda la pita, y después

el cuero, puta, de diez cueros hacíamos nosotros la pita, en un rollo, lo arrollábamos bien y después bien amarrado, andaba en medio de las pilchas, uno arriba de otro, con la piel hacia adentro [...] se amarraban. Bien amarrado. Sí, te hacías el menor volumen posible [SF, 2020].

Depositadas en las chalupas, en medio de las navegaciones, y expuestas al oleaje y los varamientos —durante meses—, el mayor peligro era que pudieran mojarse las pieles. Ello hacía de su cuidado una preocupación constante: “Y no se mojaban, porque si se mojan y agarran humedad sonaste no más, porque se te moja el cuero, pero nunca se mojaban, por lo general los cuidábamos mucho, y todas las tardes se sacaban en tierra, todas las cosas [SF, 2020].

NAVEGACIONES Y VARADEROS

Eran muchas las embarcaciones y muchos los cazadores trazando rumbos en las aguas de los archipiélagos, cazando. Así, en el encuentro tenía lugar la fraternidad de los iguales: “Y no andaba solamente un bote, andábamos muchos, era mucha la gente, pero todos nos conocíamos eso sí. Si nos encontrábamos, acampábamos juntos incluso” [SF, 2020].

Los cazadores de gatos, según Fournet Cárdenas, no construían ranchos ni nada parecido. Sólo aprovechaban los refugios naturales en los litorales, no sólo un espacio de descanso, sino también de trabajo:

No, no, nunca hacíamos rancho, era carpa con la vela no más, todo el tiempo que se andaba, y cuando había algunos lugares, que eran buenos para trabajar, se trabajaba una semana, entonces se utilizaba mucho la caza de piedra, lapiceras que hay, de los cerros, donde resguardaba el viento las embarcaciones, y ahí uno acampaba porque no llovía, se hacía fueguito ahí abajo y estaba seco, secaba rápido sus cueros. Por lo general se hacía para avanzar el secado del cuero. Después en seco se enrollaba y se traía enrollado [SF, 2020].

HABILITACIÓN EN LA CAZA DE NUTRIAS EN PATAGONIA OCCIDENTAL INSULAR

HABILITACIÓN Y MERCANCÍA

Era característico, en el grupo de cazadores en Patagonia Occidental Insular, no contar con dinero ni medios suficientes y disponibles para cubrir la totalidad de las faenas involucradas en una excursión de caza. Algunos solamente poseían embarcaciones, perro, escopetas y los conocimientos, era una comunidad pobre y carente de recursos. Así, resultaba esencial la presencia de un sujeto financiador local de las excursiones de caza, algunas veces mencionado como “patrón” sin serlo en realidad. Este sujeto es el intermediario entre los cazadores y su mercancía y los compradores metropolitanos de pieles¹⁴. El habilitador proveía todas las necesidades del viaje, víveres e insumos a utilizar en la caza y en la preparación de las pieles. También resolvía —en la localidad— las necesidades de manutención de cada una de las familias de los tripulantes durante el periodo de ausencia de estos. La presencia del habilitador es de larga data en los archipiélagos y canales. No obstante, en las primeras décadas del siglo xx, al parecer existían no muchos habilitadores en la región, “de gato estaban, por lo menos lo que mi papá me contaba, que estaban en Melinka, dos [...] lo que cuenta mi papá es que cuando ellos venían de Chiloé, era uno solo al que le entregaban. Uno solo” [SF, 2020].

Sergio Fournet Cárdenas menciona a Chaly Vega [conocido también como Chaly “Gitano” Vega] como uno de los pocos “habilitadores de gatos” existentes en Puerto Aguirre, en los años 70 y 80 del siglo xx, junto a otro, Mackay, de mala reputación, “y por lo menos yo acá conocí a ese puro tipo que nos compraba. Y había otro, un oportunista que hacía leso

¹⁴ En la región también existían otros eventos productivos amparados en la figura de la “habilitación”. Según Fournet Cárdenas, “[...] estaban los habilitadores de las cholgas” [SF, 2020].

por ahí alguno, le compraba un par de cueros, que creo que era Mackay, de apellido Mackay [...] él siempre metía la punta, pero no era muy confiable que digamos el hombre [...] cerca del muelle, tenía negocio [en Puerto Aguirre]” [SF, 2020].

Un mundo de cazadores, de travesías y muerte, y también —elemento esencial— de habilitadores. Financiadores de la actividad cinegética, red de relaciones y anclajes a los mercados del mundo, vapores de carrera, itinerarios y envíos, oferta y demanda, dinero. Según Roberto Millaqueleo Nitor, en Puerto Aguirre, en la época final de la actividad cinegética, todos los cazadores —tal como el mismo Sergio Fournet— reconocían a “Chaly” Vega como el principal habilitador para el trabajo de las pieles: “Sí, mi papá antes del 73 el comprador de pieles con peso acá era un tal Chaly Vega en Argentina. Él tenía un negocio, un almacén grande acá en Puerto Aguirre, compraba la piel y después la mandaba a Argentina. Allá está el comercio. De Natales le llevaban a Puerto Edén a buscar de repente. Entregaba en Natales o en Puerto Edén y cuando andaban por acá, entregaban acá” [RM, 2018].

Así, una vez de regreso a casa o al lugar de la entrega, sea Puerto Aguirre, Puerto Edén o Puerto Natales, la piel recibirá un precio, el cual será la base de cálculo, cifra con la cual se resolverán los acuerdos del pacto de habilitación. Generalmente, el valor final de una piel se calculaba “por centímetro. Cuando mi papá trabajó en esos años era por centímetros. Pero cuando trabajamos nosotros, lo vendían por cuero acá. Un cuero valía como 6.000, 7.000 pesos” [RM, 2018].

No sólo existían los habilitadores locales. Otras noticias refieren la presencia de compradores —Demetrio Cárdenas Ojeda, antiguo habitante de Puerto Aguirre, así lo señala—, una red de compradores de zonas lejanas y metropolitanas, los cuales venían a realizar compra de pieles: “Venían a Puerto Aguirre compradores de Puerto Montt, otros de Santiago, y venían a buscar aquí mismo la famosa piel de huillín, que se vendía por centímetros. A veces habían cueros que medían el metro y medio, y eso lo medían por centímetros, y lo pagaban muy bien” [DC, 2018]. Según Rosa Vicencia Nitor —viuda de Pablo Millaqueleo y madre de Roberto—, en esos años finales nunca faltaba en Puerto Presidente Aguirre Cerda alguien

dispuesto a comprar pieles. Incluso —paradójicamente—, miembros de la policía siempre podían ser unos buenos compradores. Allí, “habían varias personas ricas que compraban y había también un sargento del retén, también compraba él. Cualquier persona compraba cueros [...] se vendían al tiro. Se enrollaban como mapas, sequitos. Las alfombras eran de cuerito de lobo, también traía siempre de regalo coipitos y huillines embalsamados” [RVN, 2018].

Otra manera de poner en circulación la mercancía eran los “encargos”. Un trato directo del cazador con alguna persona en busca de pieles. Luis Urzúa tiene 84 años, vive en isla Luchín [45°3’S/73°25’W], una isla en el NE del archipiélago de Las Huichas, en el corazón del canal Ferronave. Ha vivido toda su vida allí y todavía trabaja, es un antiguo buzo escafandra venido a buzo mariscador. Según Urzúa, comenzó a trabajar en las pieles a raíz de un “encargo”, un vecino de una localidad norteña en el litoral continental cercano lo contrató, y ese fue su inicio: “De las pieles nosotros principiamos, nos hicieron a nosotros unas encargas desde Puerto Cisne, conocía una persona que tenía un hotel ahí. Allí había unas señoras que querían hacer unos chaquetones y me dijeron ahí si acaso podría, “y yo les dije ‘claro, si hay...’, ‘Yo necesito como quince’, dijo. Yo no lo había hecho nunca” [LU, 2019].

En el relato de Urzúa acerca del encargo, se visualiza de manera algo más nítida el destino de las pieles, siempre un hecho penumbroso y difuso, al parecer un asunto sin mucha preocupación en el imaginario de los pieleros. Ellos únicamente parecieran intuir el lejano destino final y el alto valor de las prendas confeccionadas con su mercancía: “Eso fue no más, no fue una cosa tan grande, lo hicimos no más para una familia que necesitaba no más, porque ellos las mandaban a Santiago y hacían chaquetas, abrigos. En esos años un abrigo de esos quizás cuánto costaría” [LU, 2019].

DEBERES Y DERECHOS EN LA HABILITACIÓN

Los cazadores de nutrias y coipos poseen una definición clara del concepto de habilitador, de los compromisos adquiridos en un trato y de los deberes y derechos involucrados. Así,

cuando se dice habilitador, eran los viejos que te compraban las especies, en este caso nosotros trabajábamos con Chaly Vega a las pieles, más que con otro. Este viejo nos daba los víveres para llevar nosotros, para el tiempo que andábamos, y víveres para la casa no más, de las tres personas que andábamos, tres o cuatro, dependiendo de la embarcación. Y ese tenía que darle víveres al bote, por el tiempo que se iba, y por lo general no te alcanzaba, cuando había viajes largos a Puerto Edén, ahí uno compraba del barco, vendía los cueros y compraba víveres para venirse de vuelta. Y ellos, el mismo habilitador, a las familias que quedaban acá le iban a pedir, cada vez que le faltaban víveres [...] y aparte, el tema de bote también lo que necesitaban para cazar, independiente que, para comer, las municiones, la pólvora. Sí, te lo vendían ahí mismo todo [SF, 2020].

En el caso de Fournet Cárdenas, el pago de lo habilitado se hacía en centímetros de piel de huillín, chungungo o coipo. En específico, el costo total de entrega de cada cuero es la suma de las medidas del alto y el ancho. Entonces, los cazadores amortizaban lo adeudado en vituallas y la manutención de sus hogares y el sobrante les era entregado en vales y/o dinero en efectivo. Sin embargo, los pieleros consideraban esa cifra como insuficiente:

No a él, porque te habilitaba, a él se le entregaba, y ahí en el caso de las pieles, se medían todos los cueros por centímetro, cuántos centímetros de ancho, cuántos centímetros de alto y se suman, y después el total, te daba. Por lo general se ganaba plata, en un mes que tú andes, tenías que como mínimo hacer treinta cueros. En ese tiempo estaba escaso, porque se trabajaba harto. Entonces era rentable hacer treinta cueros en un mes. Y el problema era que te pagaban poco no más, y el resto de daban un vale para poder sacarlo en el negocio, porque por lo general todos los habilitadores tenían negocio, lo que yo conocía por lo menos, y en Chiloé era lo mismo [SF, 2020].

El dinero recibido era repartido en partes iguales entre los miembros de la incursión cinegética: “El habilitador te pagaba el valor del centímetro,

y cuando te pagaba, lo poco que te daba de dinero, eso tú lo repartías con los compañeros en partes iguales” [SF, 2020]. En caso del pago del sobrante en “vales a sacar” en el negocio del habilitador, a los cazadores siempre les parecía no sólo injusto sino también algo absolutamente perjudicial a sus intereses: “Estaba todo descontado. Y lo demás que te quedaba, eso tenías que repartirlo en partes iguales, para sacarlo en el mismo negocio. Ahí ya te cagaban, porque era como siete meses andar, yo anduve casi siete meses un viaje que hice de largo, y para que después te den vales” [SF, 2020].

EL ABUSO DE LOS HABILITADORES

A pesar del monopolio ejercido por los habilitadores sobre el precio y las maneras de pago en el “trabajo de las pieles” y el control del abastecimiento de los víveres¹⁵, una incipiente diversificación de las actividades económicas en la localidad y la región de Patagonia Occidental Insular permitió a los cazadores dedicarse a esas otras actividades y producir otras mercancías y, así, comenzar a disponer de efectivo e intentar cambiar su desmejorada situación:

Entonces, uno con el tiempo, cuando ya éramos más grandes, íbamos pensando mejor las cosas, y claro, te explotaba, y porque era una necesidad tú tenías que hacerlo, no había otra cosa que hacer, después ya empezaron a haber más cosas, después empezaron a venir las fábricas, empezaron a comprarse mariscos frescos, ya habían otras opciones, pero en los primeros tiempos no eran muchas las opciones; aparte que desconectados totalmente, porque pasaba el barco con suerte una vez al mes, para abastecerse de víveres; entonces solamente los negocios que tenían aquí, no sé cómo lo hacían, pero a veces tenían víveres suficientes para mantener [...] por ejemplo ese caballero que nos compraba, el Charly Vega, él abastecía

¹⁵ Al parecer, en algunas épocas todo acceso al trabajo y la venta de mercancías estaba sujeto al orden de la habilitación.

a casi toda la isla, y nadie se hacía explicar de dónde sacaba tanto víveres o ropa, porque tenía completo, almacén, tanta pólvora, tanta munición [SF, 2020].

El juicio de Fournet Cárdenas sobre la habilitación y los habilitadores es duro y de profunda molestia: “Yo creo que a los viejos antiguos los explotaron mucho, era mucho el abuso que hubo por parte de los tipos que eran habilitadores” [SF, 2020]. Según su parecer, las causas de esos abusos radicarón en la falta de educación formal de los cazadores de la generación anterior, la “ignorancia”. Ello hizo posible el incremento de las ganancias en la comunidad de habilitadores:

Yo creo que fue más que por un tema de ignorancia de los viejos, porque en esos años tampoco tenías mucho derecho a opinar, porque los viejos tampoco te dejaban opinar, o sea, ellos tenían la razón sí o sí. Y como nosotros habíamos estudiado un poquito, ellos no habían estudiado ni una weá, entonces, el tema de la ignorancia, y por eso se aprovechaban los habilitadores. Si hicieron muchas lucas todos los habilitadores en los distintos recursos que se trabajaron, pero a costa de la gente que por su ignorancia decían que estaba bien. Por ejemplo, una cosa que valía diez, el habilitador cuando te arreglaba cuando volvías de la pega, te cobraba veinte” [SF, 2020].

A pesar de ese juicio, en el caso de uno de los habilitadores de Puerto Aguirre —respecto de los deberes a los cuales se ve efecto el financista— reconoce en él algunas maneras actitudes y comportamientos positivos y benéficos:

Sí, porque él tenía, yo creo... porque supo muy bien cómo trabajar, porque, a pesar de que te daba vales y a la gente, cualquiera persona que trabajara con él le faltaba algo, él se lo daba [...] o sea, hacía bien su pega. Sí, no tenía problemas, y no te andaba cobrando, nada de eso. Y lo que nosotros, después con el tiempo dijimos “bueno, esto, la explotación que nos están haciendo” porque por lo menos, si tú trabajas, lo que necesitas es que te paguen en plata [SF, 2020].

Trabajando infatigablemente, en el transcurso del tiempo, Fournet Cárdenas fue capaz de lograr su independencia económica¹⁶ y poder, así, financiar sus travesías, “habilitarse”:

Estos viejos que eran de acá, Chaly Vega que habilitaba, yo alcancé un par de años andar habilitado, porque después juntamos nuestras propias monedas y nosotros lo traíamos solos, a nosotros, por lo menos a la generación mía, teníamos que sacar del negocio un vale, y ya era demasiado tiempo la cuestión, y después optamos por juntar las monedas y habilitarnos solos. Pero el habilitador se aprovechaba mucho de la gente, era abuso la weá [SF, 2020].

En Puerto Aguirre, hasta hace algunas décadas atrás, al parecer existía un monopolio de habilitadores y la habilitación como forma de contrato entre cazadores e intermediarios. Así, la situación económica de ellos y de los otros oficios siempre estaba en desmedro. Sin duda, una situación del todo abusiva, históricamente experimentada por la familia de Sergio Fournet Cárdenas: “Estaba todo concentrado en un par de negocios. Entonces era como una mala costumbre, digamos, debido a la poca educación que tenían los viejos. Y eso se fue traspasando, yo creo, a las distintas generaciones. Pero después hubo un cambio, pero yo creo que a los viejos antiguos los explotaron mucho, era mucho el abuso que hubo por parte de los tipos que eran habilitadores” [SF, 2020].

¹⁶Founet Cárdenas recuerda el momento cuando dejó de ser “habilitado de las cholgas” y las razones de su cambio: “Y él [el habilitador] te cobraba lo que él quería, era mucho aprovechamiento. Y nosotros cuando salimos a la cholga seca, me acuerdo, nos fue rebién, estuvimos como un mes, diez días. Llegamos acá abajo a la playa, no había muelle, una escalerita, con suerte había en ese tiempo. Y bajaron todos estos viejos, buena cholga si. ¿Y la venden? Sí poh’, y el pago cómo va a ser? ahh no poh’ ahí en el negocio no más poh’, un poco de plata y el resto... ¡Ahh no! “y no le vendimos”, cuando estábamos a punto de subirnos para la casa, porque teníamos una bodega en la casa, a guardar, mi papá tenía cholgas ahí todavía, tenía pieles en su bodega, y no me acuerdo cómo no vendía, tenía siempre ahí; así es que subimos la cuestión y ahí llegó un viejo que nos dijo: “cabros, yo se los compro”, dijo. Le decían a ese caballero el “Huaso Gallardo”, así que él nos pagó las lucas, y de ahí, de esa acción que hicimos nosotros, como que empezó a cambiar un poco la cuestión, ya la gente empezó a ver que se podía, ya no necesitabas que alguien te estuviera dando tu habilitación para que tú vayas a trabajar. La mayoría de la gente siguió con la misma costumbre, pero varios ya hicieron el cambio” [SF, 2020].

No obstante, otros juicios son contrarios y refieren a otra situación. Según el vecino Cárdenas Ojeda, la actividad cinegética significó una oportunidad de mejoramiento de la calidad de vida de las gentes: “Mucha gente hizo su casa, amplió sus casas, mejoró su estándar de vida gracias a esos trabajos” [DC, 2018].

EL DESCONOCIDO DESTINO DE LAS PIELES Y LOS CAZADORES DE LA OSCURIDAD

Hemos referido con anterioridad la existencia de un segmento importante de cazadores, los cuales parecieran desconocer el destino de su mercancía. Incluso, los más ancianos manifiestan dificultades para recordar los nombres de sus habilitadores y casi todos ellos, ignoran el destino de las pieles. Respecto del recorrido de las pieles después de su venta a los intermediarios locales, las noticias sobre ese itinerario son escasas y vagas, difusas o, simplemente, no existen o no son referidas. Según Sergio Fournet, las pieles van “a las peleterías porque lo que más se encontraba en Santiago en las peleterías, eran pieles de gato, hasta que lo empezaron a prohibir [...] lo que yo alcancé a conversar con él [el habilitador Chaly Vega], es que lo mandaba la mayoría de lo que él vendía hacia Argentina. Y otro comprador que tenía, ese lo llevaba a una peletería, lo llevaba a Santiago” [SF, 2020].

Así, la mercancía se moviliza sobre el océano hasta desaparecer, lejos. Ese trasiego y los motores petroleros parecieran mimetizarse en el silencio de la inmensidad. En tiempos de prohibición, los cazadores se ocultan en la oscuridad de la noche de Patagonia Occidental Insular, furtivos y agazapados

en sus chalupas, los perros en silencio, tiritando¹⁷. Entonces, los cazadores desaparecen de la escena:

Y después ya cuando, me parece que en tiempo del SAG, prohibieron la caza, pero igual se siguió cazando, era legal, pero me acuerdo que nosotros, cuando fue el golpe de Estado, igual no más salíamos, porque era legal. Andábamos de noche no más, salíamos de noche y llegábamos de noche [...] ¿y quién te iba a controlar esa weá? Si no había nadie que te controle, no había fiscalización, aquí no había nada. Con suerte había con los años un ‘alcamar’ [alcalde de Mar], don Federico, no sé cuánto, el primer ‘alcamar’ [SF, 2020].

LOS CAZADORES INVISIBLES

Llueve en la noche de Puerto Aguirre, la tormenta alborota las aguas, luces y candelas en la oscuridad, destellos y gritos, el viento del norte se arrastra sobre las aguas oscuras, el océano es un abismo negro. Chalupas fantasmas y sus tripulantes muertos cruzan en dirección al cementerio de islote Eugenio, saludan a los deudos, ocultos tras las ventanas de las casas de la colina. Ellos vuelven desde el fondo de los archipiélagos y también, del litoral abierto del Gran Océano, regresan desde todas las costas del tiempo y la memoria, vuelven

¹⁷ Muchas son las historias de fiscalización del Estado entre los navegantes, pescadores y antiguos cazadores de isla Huichas. En general, algo trasgresores, no tienen mayor consideración de ellas y solo les apetece relatarlas para demostrar su posición respecto a la relación con el Estado, no acatar reglas y normas porque, al parecer, en ese mundo de Patagonia Occidental Insular las reglas son otras. Así, una historia de Fournet Cárdenas, es la siguiente: “Recuerdo una vez que encontramos un barco de la Armada, estaba hueviando, y ya veníamos entrando, veníamos de afuera de la Península de Taitao, veníamos entrando acá a Valladares, canal Valladares, calmito estaba y de repente, un barco nos cruzó. Barco de la armada, quizás qué hueá andaría cargando. Bajaron un zodiac y nos fueron a abordar. Nosotros íbamos remando no más. Y estaba prohibido, y traíamos las huecas en medio de las pilchas, porque traíamos todas las cosas en la mitad del bote, bien alto para que no se suba el agua, y traíamos los víveres, las pilchas, el cuero, toda la hueá, y tapábamos con un cuero, no era lona, era un cuero de lobo grande, en el cuero no pasaba el agua, y se tapaba bien toda la hueá, entonces, esa era la tapa de las cosas. Y los weones dijeron en qué andábamos, y dijimos: “Andamos pescando róballo, ahumado”. Róballo traíamos de hecho, dos quintos de róballo para darle un poco de comida a los perros, y esas cosas y para nosotros. Y nos querían revisar poh’, andábamos con escopeta nosotros, y traíamos como cinco perros [...] no nos dijeron nada, porque en ese tiempo estaba permitida la caza de lobos, y era temporada de caza, era enero, febrero, parece, era como dos meses. No, pero no pasó nada, y ahí traíamos los cueros” [SF, 2020].

a casa después de navegar la inmensidad [con sus patas afirmadas en la borda, los perros tiemblan, entre la espuma de sus hocicos, relucen y rielan sus colmillos en el resplandor de la garúa], llegan las chalupas cargadas de mercancía, las pieles de la última cacería de gatos huillines y chungungos, la memoria rota. Sea la invisible y terrible profundidad de los océanos desiertos, la tumba feroz de los cazadores de Patagonia Occidental Insular.

A sus 55 años de edad, Roberto Millaqueleo Nitor ahora vive en Punta Arenas junto a su familia, esposa e hijos. Allí, se desempeña como buzo mariscador, la tarea de sus últimos 20 años. En su memoria guarda magníficos y gratos recuerdos de su época de joven cazador, el cazador oculto en las mareas. Según él, en esos años había otra manera de “ganarse la vida”. Ese, fue un tiempo “lindo, yo siempre le converso a mis amigos que, en el sur, nosotros trabajamos esto. Antes acá se trabajaba más la cholga seca, el pescado “oriao”. Nosotros escondíamos la nutria, para tapar un poco hacíamos pescado “oriao”. Así nos ganábamos el sustento” [RM, 2018].

Al comenzar a extinguirse la actividad cinegética sobre gatos huillines, chungungos y coipos, muchos cazadores como Roberto Millaqueleo Nitor abandonaron la localidad y se marcharon lejos a realizar otras tareas relacionadas con el mar; otros se quedaron y se transformaron en pescadores artesanales, como Sergio Fournet Cárdenas y, “después empezaron a hacer otras cosas, como trabajar en el marisco ahumado, la cholga seca, el pescado ahumado, siempre hubo recursos, y si fallaba una cosa hacían otra. Eso antes de la veda” [DC, 2018].

Según Demetrio Cárdenas Ojeda, la disminución de nutrias y coipos origina el fin de la actividad cinegética e instaura la prohibición de caza y correspondientes sanciones a la violación de ella. Las nutrias se alejan, se invisibilizan, desaparecen, y los hombres también. Así, “dejaron de cazar porque ya luego vinieron las prohibiciones, las multas eran bien fuertes, para resguardar el recurso que ya no se veía como antes, porque antes se veían nutrias por la costa, hoy en día ya no se ven para nada cerca” [DC, 2018].

DESPEDIDA DE ROSA VICENCIA NITOR NITOR

En Puerto Aguirre, estero Copa y caleta Andrade, en las estancias oscuras y desocupadas de las casas, en la oceánica inmensidad de Patagonia Occidental Insular, se disuelven las memorias del pasado. La vida de los cazadores y sus familias, la

época cuando “se trabajaba libremente, no había restricción, no había veda, así que la gente trabajaba libremente en la captura de esos animales y era el sustento de mucha gente. Era la única manera de poder adquirir más dinero” [DC, 2018].

Hace pocos meses atrás, en su pequeña casa a orillas del mar, Rosa Vicencia Nitor Nitor —la viuda de Pablo Millaqueleo— ha muerto. Estaba por cumplir los 95 años y seguramente se cansó de estar sola en su cocina, escuchando los susurros de Pablo Millaqueleo llamándole desde su tumba oceánica. Así, en la mañana cerró los visillos de su ventana, ordenó sus canastitos de junquillo blanqueado, lavó su loza y se acostó en las aguas negras de la muerte. Estuvo horas navegando a toda vela hacia islote Eugenio, allí donde se emplaza el cementerio de casitas de ciprés de Puerto Aguirre. Al llegar, la estaban esperando en los viejos muelles.

Décadas antes de la prohibición y el fin de la actividad cinegética sobre nutrias y coipos, mucho antes de la muerte de Pablo Millaqueleo y de Rosa Vicencia Nitor, e incluso antes de la fundación de Puerto Aguirre, al parecer se confeccionaban prendas de vestir femeninas con la piel de nutrias de Patagonia Occidental Insular.

En efecto, el día 27 de marzo de 1927, en el diario *La Nación* de Santiago se pudo leer una oferta irresistible: la peletería *Blanco Encalada* de Isidoro Jáimovich, un peletero ruso de religión judía, ofrece a su clientela —señalando ser “*la más antigua y acreditada*”— “*la primera temporada de baratura de la Temporada en Piel Modelo*”, todo ello en un aviso de primera plana a página completa. Allí, separa la mercadería en las categorías “*Paletoes*” y “*Modelos Importados*”. Entre los primeros destacan los paletoes de zorrillo, en café y tres largos [de 90 cm a 110 cm], los paletoes chevré [piel de cabrío joven recién destetado], y también paletoes de nutria chilena en largo de 110 cm¹⁸. Esta oferta en piel nacional se mantendrá vigente en los meses posteriores. Seguramente, esa mercancía transformada en paletoes pudieron ser las pieles capturadas en Guaitecas por aquellos cazadores con los cuales se encuentra en el muelle de Quellón el zoólogo Wilfred H. Osgood, del Field Museum of Natural History de Chicago, en 1923. Según Rosa Vicencia Nitor, se utilizaban “para hacerse chaquetas muy lindas. Eso, los mandaba hacer las personas que compraba el cuero. Ahora no, se terminó el trabajo de antes” [RVN, 2018].

¹⁸ *La Nación*, 27 de marzo de 1927, p. 1.



Figura 4: Casa de Pedro Vargas Nancupel, caleta Andrade, isla Huichas. Fotografía: Juan Carlos Olivares.

TERCERA PARTE

Drinking had done that. It was wrong. He would get away to Paris. Like this chap Albert Spalding that played the violin. Scripps opened the door. He went in. "Lucy", he called. "It's I, Scripps". He would never drink again. No more nights out on the railroad. Perhaps Lucy needed a new fur coat. Perhaps, after all, she wanted a palace instead of this place. You never knew how you were treating a woman. Perhaps, after all, this place is not keeping out the wind.

La bebida había conseguido aquello. Era nocivo. Se iría a París. Como aquel Albert Spalding que tocaba el violín. Scripps abrió la puerta. Entró. "Lucy", llamo. "Soy yo, Scripps". No volvería a beber. No más noches pasadas sobre la vía del tren. Lucy necesitaba, quizás, un nuevo abrigo de pieles. Quizás, a pesar de todo, deseaba un palacio en lugar de aquella barraca. Nunca se sabe si una mujer queda satisfecha. Quizás, a pesar de todo, aquella casa no les protegía del viento.

ERNEST HEMINGWAY (1954 [1926]): 7.

VIDA MIGRANTE

PELETEROS JUDÍOS EN CHILE

Al observar los nombres de empresarios y propietarios de peleterías en Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, se configura una clara pertenencia e identidad cultural de muchos de ellos. Un número considerable era miembro de la comunidad judía en Chile. Algo manifiesto en forma temprana en 1928 por Gualterio Looser, el cual publica en el *Journal de la Société des Américanistes*, lo que según el propio autor es “un pequeño aporte aclaratorio sobre los judíos en Chile”, pues “nunca he visto nada sobre esa colectividad residente en Chile” (Looser 1928: 430). En nuestro país, a muchos de ellos se les conoce bajo el nombre de “rusos”, indicando el origen de la mayoría: Rusia y Polonia. Por otro lado, indica Looser, “gran parte de nuestros judíos “rusos” no vienen directamente a Chile, sino primero permanecen en Argentina; muchos de los judíos que conozco tienen parientes en Buenos Aires” (Looser 1928: 430).

Así, durante el siglo XIX, inmigrantes judíos llegan a Chile y, en su mayoría, se integran a la población local. Desde el inicio de los *pogroms* en Rusia, en 1881-1882, Chile era mencionado como un posible asilo para judíos perseguidos, y durante los años subsiguientes llegaron al país, ya sea de forma individual o en pequeños grupos. Pero no fue sino hasta comienzos del siglo XX que esta inmigración comenzó a aumentar en número.

Interesa notar que la prensa judía de Chile de aquel entonces describe la situación migratoria de aquella época de una manera pocas veces referida. En la edición del 15 de junio de 1920 del periódico quincenal *La patria israelita* (medio de corta existencia), a raíz del noveno aniversario del Centro Israelita de Santiago de Chile (1911-1920), se cuenta la “historia general de la población hebrea en Chile”.

Allá por los años 1884-1885, después de los primeros pogroms de Odesa, Kiev y Kischinow (Rusia), algunas familias hebreas se refugiaron en la hospitalaria en aquel entonces Francia, donde había en aquellos años un gran

movimiento emigratorio a Chile. Unas cuatro familias de los refugiados se decidieron a emigrar a Chile, país que se conocía por la geografía rusa por esta lacónica descripción: «República que se gobierna por presidentes y conocida como el jardín de Sud-América». Estas cuatro familias se puede decir eran el origen de la población hebrea en Chile. Más tarde hicieron venir a Chile a sus parientes y amigos y así principió paulatinamente aumentando la población hebrea, pero la emigración era tan insignificante que hasta el año 1910 en todo Chile no había más que 20 a 30 hebreos y en Santiago unos 10 a 15 (Cojano 1920, cit. en Erlj 2009: 31).

La manera de insertarse en la economía local de estos inmigrantes privilegiaba actividades económicas especializadas, poniendo en práctica sus oficios aprendidos en Europa o que les fueron enseñados por sus padres y abuelos. Como indica Looser, “los judíos rusos en Chile son casi siempre comerciantes o industriales: sastrerías, vidrierías, mueblerías, fábricas de sombreros, almacenes de pieles (esta última es una verdadera especialidad de ellos, casi no tienen competidores, en Santiago cuando menos), etc. En general llegan muy pobres; pero por su trabajo y energía, luego se labran una situación” (Looser 1928: 430). De ello quedan retazos de memoria.

Tal como lo establece Mario Matus (2018), la mayor parte de aquellos establecimientos no se concentraron en términos de propiedad, se localizaron esencialmente a lo largo de las arterias comerciales que comunicaban la ciudad, encadenando fabricación y venta a través de pequeños talleres-tienda.

En algunas oportunidades, el negocio de las pieles finas implica el desempeño familiar en un mismo establecimiento o en otro similar. Es el caso de Adolfo Crenovich (casado con Luisa Tennenbaum), dueño de la Peletería *Londres*. Su hijo Roberto Luis Crenovich Tennenbaum (nacido en Buenos Aires el 25 de mayo de 1909), apenas terminada su educación secundaria en el Liceo de Aplicación de Santiago, inició actividades comerciales en el rubro peletero, ingresando como gerente de aquella empresa, hasta el año 1942. Luego —entre 1942 y 1944—, se transformó en jefe del Departamento de Pieles de la *Ville de Nice* y, posteriormente, subgerente, hasta el año 1945, cuando abandonó el desempeño profesional en el rubro. Su hermano Arturo (nacido en Buenos Aires el 25 de mayo de 1911), concluidos sus estudios de Ingeniería en la

Universidad de Chile, y después de trabajar en los Ferrocarriles del Estado, en el año 1935 se convirtió en socio, subgerente y gerente de la *Ville de Nice*, para posteriormente, con fecha desconocida, abandonar el rubro.

VIDA DE UN ESCRITOR “GOY”

La vida de José Santos González Vera, escritor anarquista, Premio Nacional de Literatura en 1950, se entrelaza de manera particularmente decidora con las múltiples migraciones hacia la capital que ocurren a principios del siglo xx. Tanto su familia, representativa de los estratos más modestos de una clase media baja de origen rural avecindada en la capital, como sus amistades y relaciones sociales, y una serie de experiencias de vida, fueron plasmadas en diversos escritos, especialmente en su libro autobiográfico *Cuando era muchacho* (1951). En la capital, su familia se instaló en el viejo barrio de La Chimba. Fue expulsado cuando aún no terminaba de cursar el primer año de Humanidades. “¡Ahora trabajarás!”, fue la sentencia simple e inapelable de su padre (González Vera 1951: 72-79), lo que lleva al niño rebelde a formar parte activa de la clase trabajadora. Fue ayudante de pintor de brocha gorda, ayudante de buscador de antigüedades, mozo en varias sastrerías, en una casa de remates y en la oficina de una fundición, lustrador de botas en el Club de Septiembre y luego mozo de la biblioteca del mismo club, entre otros. Fue aprendiz de una barbería cuyo propietario era Gualterio Stones, un anarquista hijo de ingleses; aprendiz de zapatero en el taller de otro ácrata, el viejo Manuel Antonio Silva, y del taller del zapatero Nicolás Navarrete, simpatizante anarquista. Más tarde, gracias a sus contactos en el mundo literario y bohemio (como José Domingo Gómez Rojas), fue administrador y principal vendedor de la revista *Selva lírica*, luego editor de una revista propia, *La Pluma*, de efímera existencia, corresponsal de un diario provinciano, mozo de una clínica, cobrador de tranvías en Valparaíso, redactor de un periódico en Temuco, cronista de un diario en Valdivia y empleado en una fundición en la misma ciudad, para rematar su itinerario de trabajador manual o en oficios poco valorados entre mediados 1920 y 1932 como ayudante de corrector de pruebas en la imprenta de la Penitenciaría de Santiago y, finalmente, vendedor de una peletería: la conocida *Peletería Londres* de la capital (González Vera 1951: 78-271).

En 1928, poco tiempo después de haber publicado su segundo libro, *Alhué*, probablemente su obra más aclamada por el público, el reportero del periódico conservador *El Diario Ilustrado* fue a entrevistarlo, a fines de ese año. El lugar de la entrevista fue la propia *Peletería Londres*. En la edición del 19 de diciembre de 1928 se lee:

Entre las lujosas capas, y los abrigos opulentos, González Vera abriga vagos sueños de renovación social, tiempos mejores en que el armiño¹⁹ o a lo menos el conejo, esté al alcance de todas las mujeres sin distinción de castas... o no castas. Pero como es profundamente bueno, su sonrisa resignada oculta el gesto amargo que le provocan las desigualdades; y las hermosas clientes, que no han visto al poeta, bajo el disfraz del comerciante, menos pueden imaginar al luchador, tras la suave benevolencia del apóstol, que les dice: - Lleve no más el 'petit-gris'²⁰. Puede pagarlo a plazo (cit. en GrezToro 2013: 200-201).

Años más tarde, su amigo Enrique Espinoza publica un libro sobre nuestro escritor. En él se esboza el grado de amistad de González Vera con el dueño de la peletería, don Adolfo Crenovich, y la relación de este con el mundo intelectual:

Al obtener el Premio Nacional de Literatura, González Vera insistió en llevarme a comer a la casa de una de las hijas de su ex patrón de la Peletería Londres. Se sentaron aquel día con nosotros a la mesa varios escritores chilenos cuyas firmas tenía bordadas la dueña de casa en el largo mantel, junto a muchas pertenecientes a intelectuales extranjeros que habían estado allí en vida de don Adolfo Crénovich. Al mecenazgo del señor Crénovich se debía la traducción que hizo al castellano Sergio Atria de *Terre d'amour*, de Joseph Kessel, uno de los primeros libros que se publicaron sobre las colonias agrícolas de Israel, los famosos kibutzim (Espinoza 1982: 106).

¹⁹ El armiño es un mustélido muy extendido por Europa. Se lo cazaba por su suave piel, de una gran calidad, y de la que se confeccionaban abrigos.

²⁰ El petit-gris es la piel, de color gris plateado, obtenida de una ardilla proveniente del norte de Rusia. Sus pelos se usan también para elaborar pinceles.

De la misma manera, cuenta Enrique Espinoza, el contacto de González Vera con ese mundo tendrá más de una consecuencia y dejará más de una huella: “Del trato que tuvo González Vera con los “cortadores” de la Peletería Londres, se le habían pegado algunas palabras en idisch y él las lucía en Santiago oportunamente: Tzures (penas), suspiraba de pronto para sorpresa de unos viejos con caras de personajes del Greco” (Espinoza 1982: 106). Por otro lado, nuestro escritor llegó a ser uno de los fundadores del Instituto Chileno-Israelí de Cultura, “perteneció desde un principio a su directiva, que ayudó a designar como experto en la materia” (Espinoza 1982: 107).

De esa vida de errancia y búsqueda de estabilidad para escribir puede decirse que sólo de manera discontinua pudo practicar el oficio de las letras, sólo con intermitencias. “Por eso jamás escribió su proyectada novela de la Peletería Londres” (Espinoza 1982: 108). De ello no habrá rastro, apenas tzures, algunas líneas.

EXPANSIÓN DEL RUBRO PELETERO DE RAÍZ JUDÍA

A comienzos del siglo xx podemos apreciar el paulatino aumento de peleterías y pieles. Como indica Jacqueline Dussailant, “si el frío amenazaba, o la moda lo imponía, muchas pieles ofrecían las Peletería Rusa San Petersburgo hacia 1902, o algunos años más tarde las peleterías Siberia, Colón, El Tigre en Estado 278, o en aquellas ubicadas en la Alameda: Peletería Americana y Peletería Santa Lucía” (Dussailant 1993: 149).

Algunos nombres comienzan a repetirse en la prensa local. En mayo de 1910, por ejemplo, la *Peletería Rusa El Zorro Negro* —propiedad de José Miguel Tannenbaum—, la “peletería preferida de la Alta Sociedad” indica contar con “un variado surtido en Echarpes, Estolas, Manchons, Paletots y Gorros de Piel estilo Napoleón”, además de “talleres de hechuras y reformas. Especialidad en curtidos de cueros y teñidura de pieles en general”²¹. J. M. Tannenbaum —en otro aviso de su establecimiento— se dirige a su “distinguida clientela”: “Por la presente me es grato poner en su conocimiento que desde esta fecha del

²¹ *Familia*, mayo de 1910, p. 51.

corriente mes, me pongo a sus órdenes y ofrezco á Ud. el Vasto y Variado Surtido de mi fabricación de Cueros que recibí de Europa recientemente para la próxima estación de invierno, pudiendo desde luego disponer de ellos para Hechuras de Abrigos, Paletoes, Cuellos, Manchons [Manguitos] y Gorros, quedando guardado lo que escoge hasta la venidera temporada, año 1910”²².

El Sr. Tannenbaum no escatimará esfuerzos para satisfacer el deseo de los clientes, ofreciendo un amplio surtido de pieles importadas, entre las cuales destacan distintos tipos de nutrias, Alaska²³, Saken Doré²⁴ y Marrón. Los cortes son realizados según los “últimos figurines de París” y las pieles son cortadas por él mismo, de manera personal. Según el propietario, *El Zorro Negro* es “la única casa en Chile que tiñe los Cueros de Lobo dando color Nutria y fondo café”²⁵. Meses después, continuará anunciando su negocio y la apertura de la “Estación de Invierno”²⁶.

En 1917, en el recientemente fundado diario *La Nación*, encontramos diversos avisos de peleterías locales. Entre ellos, *Peletería Austria*, en calle San Diego 156, “ofrece a Ud. enorme surtido de pieles finas y corrientes con grandes facilidades de pago sin recargo de precios”²⁷. En otro aviso a dos columnas se ofertan “Pielés por mensualidades. Directamente de la fábrica. Juegos de zorro legítimo, colores muy bonitos, desde \$ 200 hasta 1,000. Pielés imitación desde \$ 40 juego, pagaderos a largo plazo, encontrará usted en Blanco Encalada 1617, frente Escuela Militar. Taller de composturas y transformaciones, precios muy bajos. Se atiende todos los días, inclusive Domingo hasta las 9 P.M.”²⁸.

Este aviso es significativo al referir la temprana presencia comercial de Isidoro Jaimovich —miembro de la comunidad judía de Santiago— en el negocio de las pieles finas. En años posteriores, la peletería recibirá el

²² *Familia*, enero de 1910, p. 51.

²³ Se refiere a la especie de nutria marina denominada *Enhydra lutris*, que vive en la zona de Alaska.

²⁴ El color del pelo de esta nutria en la cresta es más brillante, de un tono dorado, y el abdomen es más claro. El pelo se caracteriza por un brillo noble pronunciado. Su piel se utiliza para coser abrigos y sombreros de lujo.

²⁵ *Familia*, enero de 1910, p. 51.

²⁶ *Familia*, junio de 1910, p. 21.

²⁷ *La Nación*, 13 de mayo de 1917, p. 8.

²⁸ *La Nación*, 13 de mayo de 1917, p. 11.

nombre de *Blanco Encalada* y se transformará en uno de los mayores comercios en el rubro, se trasladará a calle Delicias esquina Dieciocho, a un local amplio, magnífico y surtido, e invertirá —en la década de los años 20 y 30— en el desarrollo de una publicidad de calidad en el diario *La Nación* y otros medios de comunicación social, manteniendo su presencia y liderazgo comercial hasta los años 1940.

En la década de 1920 “ya está consolidada la comunidad, con sus instituciones funcionando, e iniciando un interesante proceso paulatino de integración” (Estrada Turra 2020: 150). Así, en una publicación de la SOFOFA —Chile. Breve noticias de sus industrias—, impresa en el año 1920, aparecen algunas notas respecto de la industria peletera nacional. Se señala la existencia de un establecimiento perteneciente a los “Señores Enrique Mugler i Cia.”, en donde se confeccionan “entretelas engomadas i acolchados para sastrerías i peleterías” (González 1920: 19). Sin duda, su disponibilidad y oferta sirve para constatar la existencia de una industria fabril dedicada a la confección peletera. Luego, en el apartado XIII denominado “Cueros, Pielés i Manufacturas”, se refiere la presencia de “varias peleterías que producen abrigos, manguitos i toda clase de confecciones. Esta industria ha tomado considerable desarrollo en Santiago, que cuenta, entre otros, con los talleres de Busquet i Cía., Enrique Zimend, Rodolfo Chirwighing, Samuel Grunberg, etc.” (González 1920: 35).

La principal manera de comercializar prendas de pieles es a través del local comercial especializado, la peletería. En la revista *Juventud*, de la Federación de Estudiantes de Chile, en octubre de 1922 aparece un aviso de *Peletería Colón* brindando sus servicios comerciales y sus precios sin competencia²⁹. Meses más tarde, en un aviso en *La Nación*, *Peletería París* indica “la gran realización de pieles finas” por balance general³⁰, y más adelante se lee un simple anuncio con un listado de pieles, en A. Prat n°20, y sus valores³¹. Allí también anuncia Peletería Americana, ahora funcionando en el antiguo local del *Zorro Negro*, “Pielés. Asombrosa Baratura. Por habernos llegado atrasado un gran

²⁹ *Juventud*, año 3, n°17, octubre de 1922, s/n [p. 6].

³⁰ *La Nación*, 1 de julio de 1923, p. 16.

³¹ *La Nación*, 1 de julio de 1923, p. 26.

stock, ofrecemos esta gran oportunidad a las Distinguidas Damas, Paletoes de Nutria fina desde \$700, capas Skungs³², Kolinsky³³, echarpes de topo³⁴ y una infinidad de clases difíciles de enumerar, cueros para adornos. Recibe hechuras, Curto Pielés³⁵. Como estos, cientos de avisos aparecerán en los periódicos, revistas y órganos de aquellas décadas.

Enrique Zimend pertenecía a la pequeña colectividad judía, fue nombrado presidente de La Unión Israelita de Chile en agosto de 1909, era comerciante y vivía en calle Nataniel 310. En 1923 era propietario de la *Mueblería y Peletería Vienesá*, la cual tenía su local en Ahumada 5 y anunciaba en el mismo ejemplar citado anteriormente un “gran surtido de Pielés de todas clases. Ventas con grandes rebajas de precios, al contado y con facilidades de pago, sin recargo ninguno. Se reciben hechuras y transformaciones a precios muy bajos”³⁶.

José Nudman Guendelman, propietario de la *Peletería Imperio*, nació en Rusia el 10 de febrero de 1908. Estudió en el Instituto Nacional. En 1924, se encuentra trabajando en la firma de Pedro Cohen en Santiago, transformándose en socio. En 1927, comenzó a explotar la mencionada peletería y luego fue socio de Becher y Cía., en el rubro curtiduría y tintorería. En 1941, comienza a operar bajo la razón social de José Nudman y Hermanos, propietario de un establecimiento de Curtiembre y Tintorería. En Buenos Aires, el 12 de diciembre de 1966, Nudman y su hijo Manuel Nudman Cohen constituyen *J. y M. Nudman, Sociedad de Responsabilidad Limitada*, con domicilio en calle Lavalle 1362, Capital Federal, con un capital social de 3 millones de pesos y con el objetivo de la compra y venta de mercaderías en general, comercialización e industrialización de cueros y lanas en todas sus formas, importación y exportación, pudiendo realizar cualquier clase de operaciones comerciales, fabriles o industriales que los socios estimen convenientes³⁷.

³² El skung es el zorrillo que vive en Norteamérica.

³³ Con ese nombre se refieren a un tipo de comadreja que vive en el norte de Siberia, en la península Kola y también en Mongolia.

³⁴ El topo es un mamífero placentario que vive solamente en el Hemisferio Norte, es decir, en Eurasia y Norteamérica, que tiene hábitos subterráneos.

³⁵ *La Nación*, 1 de julio de 1923, p. 29.

³⁶ *La Nación*, 1 de julio de 1923, p. 22.

³⁷ *Boletín Oficial de la República Argentina*, 1967, s/n.

A ORILLAS DEL MAR, CONTRA LOS CERROS

En las ciudades de Valparaíso y Viña del Mar la situación no es diferente a lo manifiesto en Santiago. En junio de 1909, a la edad de 16 años, Isaac Smirnoff Stavinsky arribó a Valparaíso, a bordo del vapor OROPESA. A los dos meses de su arribo, fallecido el padre —Gregorio—, formó una sociedad con Regina Serebrenik y fundaron la peletería *Francia*. Isaac fue activo dirigente de la colectividad judía, integró la dirección de culto de la sinagoga y fue uno de los fundadores del Colegio Hebreo, en 1947. En 1925, aparece en fuentes primarias y secundarias como dueño de la Gran Peletería Yarcho y la peletería-sombrerería *El León* (Matus 2018: 117). Sus descendientes recuerdan: “En ese tiempo, las pieles pasaban de generación en generación y había que transformarlas: desarmar las prendas y rehacerlas. Cuando una clienta hallaba algún detalle en la suya, el peletero se apresuraba a poner nueva fecha de entrega, reparación incluida. La verdad es que aplicaba el “efecto placebo”, lo que él llamaba “arreglo de percha”. No hacía cambio alguno, pero la interesada se iba feliz creyendo lo contrario” (Zamora 2009).

Seguramente, no fue diferente ni la llegada ni los motivos de su arribo de las vidas de otros migrantes. Así, Valparaíso y Viña del Mar se transformaron en el nuevo hogar de aquellas gentes y allí instalaron sus afanes de manufactura y comercio. Tal como lo señala la escritora Marjorie Agosín, adoptando la mirada de su madre:

Don Isaac era el padre de mi tía Lucha, el que dejó Kiev a los doce años con su oficio de sastre y un dedal ensangrentado. En Chile arribó a Valparaíso, supo entonces que en esos despoblados cerros loquísimos encontraría la felicidad del amor. Aprendió el español junto a la tibieza de mujeres tan perdida e inocentes como él y perfeccionó el oficio de sastre hasta llegar a instalarse en una flamante peletería con otro flamante nombre francés “L’hiver”. Ahí presentaba centelleantes e iluminados modelos franceses, como también un extraño maniquí con una sola pierna y una brillante media de seda (Agosín 1994: 22).

Ximena Hinzpeter, periodista y fotógrafa, recuerda el rumbo de sus propios antepasados:

Karl Hinzpeter abandonó Hamburgo seguramente en busca de mejores horizontes; era peletero y un hijo más de una numerosa familia luterana. La pregunta que no alcancé a hacerle [...] es cómo ocurrió que este alemán llegó a América y se casó con Rosa Kirberg, una pobre judía inmigrante que tuvo que correr despavorida de su tierra natal, un shtetl cerca de Brest, huyendo de sangrientos pogromos en los que sus compatriotas, incluida la policía del imperio ruso, los atacaban, robaban, asesinaban, violaban, sólo por ser judíos. En esta historia está mi origen paterno, Hinzpeter, y materno, Kirberg, porque mis abuelos fueron primos hermanos y mis padres, primos de segundo grado. Hay tres grupos de personas que se casan entre parientes: los migrantes, los pobres y los judíos. Mis abuelos eran las tres cosas” (Torres Cautivo 2019).

Un aviso de 1917 señala: “¡SEÑORAS! aviso a mi distinguida clientela que he abierto un gran taller de peletería, denominado “La Internacional”. Se confecciona hechuras según los últimos modelos. Se limpia y se curte toda clase de pieles. Los precios son por demás módicos. Arturo Prat 133. – Carlos Hinzpeter, Ex-cortador y jefe de la Peletería “Londres”, de esta ciudad”³⁸.

Como indica Baldomero Estrada Turra: “Entre los avisos económicos insertados (en la revista *Nosotros*) de Valparaíso, podemos advertir el predominio de peleterías, sastrerías y mueblerías [...]. Efectivamente, estas tres actividades concentraban mayoritariamente a los comerciantes judíos” (Estrada Turra 2020: 182).

En Santiago, a inicios de la temporada de 1930, se constata la presencia de comerciantes de la ciudad de Valparaíso, unos de manera permanente y otros en exhibiciones y ventas temporarias en algún hotel de la capital. Así, junto al anuncio de *Pieles Bronfman*, encontramos el anuncio de los “Modelos del 1930” de la *Gran Peletería Condell de Valparaíso*, “que se exhibirán en el Hotel Crillón de Santiago” desde el 1° de Abril³⁹. El establecimiento mencionado es propiedad de Bernardo Kramarenko y funciona en el puerto desde 1928:

³⁸ *La Nación*, 19 de abril de 1917, p. 16.

³⁹ *La Nación*, 31 de marzo de 1930, p. 6.

Se presentarán las valiosas pieles modelos de París, traídas especialmente a Chile por el distinguido industrial porteño señor B. Kramarenco, varios modelos han obtenido el primer premio en la reciente exposición industrial de la empresa porteña en Valparaíso. A la inauguración asistirán lo más selecto de nuestra sociedad, el cuerpo diplomático, las mejores modelos extranjeras y especialmente se invitó los técnicos en el ramo. Es una gran novedad para Santiago que LOS MANIQUIES VIVANTS, lucieran los tapados de las ricas Pieles en los Salones del primer piso del Crillón Hotel, Agustinas. No dudamos del éxito completo de esta gran Exposición⁴⁰.

Al pasar los años, en Valparaíso se edita en 1944 el *Álbum Gráfico y Biográfico de los Israelitas en Chile*, bajo la dirección de Luis Aguirre. Esencialmente, el objetivo de la publicación es mostrar “cómo actúan nuestros israelitas en el país, sus influencias y sus beneficios” (Aguirre 1944: 3). Así, se hace referencia a la *Sociedad Industrial de Pieles José Nudman y Hermano*, “la principal y más importante fábrica del país” (Aguirre 1944: 27), cuyo propietario, a los inicios de los años 30, es dueño de la *Peletería Imperio* en calle Estado. La sociedad fabril “está ubicada en Santiago, en la Avenida Vicuña Mackenna N° 1540”. Ella, “tendrá un inmenso desarrollo y permitirá, entonces, exportar, en grandes cantidades, pieles elaboradas a toda América, incluso a Europa, debido a la capacidad productora de esta importante Fábrica” (Aguirre 1944: 27). Según la publicación, “esta interesante industria nacional, elabora toda clase de Cueros del país, como ser: Coipos, Huillines, Conejos, Liebres, Cabritos, Zorros, Guanaquitos y Corderitos. Se curten, se tiñen y se arreglan. Este producto, maravillosamente fabricado, va a surtir a las distintas Peleterías y Casas de Modas de todo Chile” (Aguirre 1944: 27).

Evidentemente, la reseña refiere a la existencia de un mercado de compraventa para pieles de huillín y su posterior manufacturación, lo cual implica la existencia de una actividad cinegética en los hábitats de esta especie en el territorio de Patagonia Occidental Insular y un circuito de comercialización entre cazadores locales y empresarios peleteros metropolitanos.

⁴⁰ *La Nación*, 1 de julio de 1923, p. 6.

En páginas posteriores del mismo álbum se consigna la existencia de una “industria que contribuye al engrandecimiento del país, de los señores Medina y Zelmanovits”, este último radicado en el país desde 1931 y especialista en industrias peleteras (Aguirre 1944: 79). Recién inaugurada a la fecha de la publicación, la *Peletería Groenlandia*, ubicada en la calle Mac Iver n° 198, de Santiago, provoca los siguientes comentarios:

Debemos decir con orgullo, que éstos distinguidos industriales se dedican a una industria nueva en Chile, como es la Curtiembre de Pieles, en general, con procedimientos modernos. Trabajan toda clase de pieles, especialmente, con la producción nacional, que es muy buena y hermosa como las mejores del mundo [...] cuentan con un bien montado Taller de Confecciones, lo más moderno en el ramo, provisto de maquinarias eléctricas y todo lo necesario para esta clase de industria, cuya producción va solamente al comercio peletero de todo el país (Aguirre 1944: 79).

La expansión de la industria peletera, entre otras, a manos de los inmigrantes judíos y las generaciones posteriores que continuaron en el rubro, va delineando una forma de integración, de trabajo manual, el contacto entre pieles, cortadores, vendedores, empresarios y el público local, entre otros. El retrato de Carlos Vattier, en su cuento “La casa prometida”, retrata con humor parte de aquello: “Como su peletería había alcanzado el honor de dos sucursales, a pesar de haberse perfeccionado en el ramo hasta el punto de hacer maravillosas composturas e imitaciones, Efraín ya no confundía, por distracción, el conejo con la nutria. No significa esto que hubiese perdido el instinto de saber dónde salta siempre la liebre y de descubrir la debilidad mercantil, amalgamada muy a menudo con los sentimientos más decorativos de la humanidad” (Vattier 1940: 134).

TRANCES, DISOLUCIONES, CONTINUIDAD DE LOS PELETEROS

La crisis mundial de octubre de 1929, el alza en los aranceles de importación a causa de la implementación del paradigma ISI en Chile (industrialización por sustitución de importaciones), y también un cambio en los gustos de los

consumidores y la moda, pueden ser considerados factores de transformación en la industria peletera nacional. En este contexto, algunas peleterías desaparecen y también desaparece la figura del “vendedor viajero”. Los comercios sobrevivientes comienzan a ocuparse de la masa de prendas reunidas en décadas de comercialización, y profundizan y explicitan aún más la oferta de transformación de las prendas existentes. Entonces, junto a las antiguas y clásicas peleterías, aparecen nuevos talleres en zonas periféricas del centro de la ciudad, ofertando fundamentalmente la confección y, en un grado mayor aún, la temprana costumbre de la reparación y/o la transformación de la prenda de vestir elaborada en pieles finas. Con ello, se oferta también oportunidad de trabajo a mano de obra calificada y especializada.

En el semanario *Vida Nuestra*, editado por la juventud de la comunidad judía de Santiago, “única publicación de claras y bien definidas tendencias nacionalistas”, en abril de 1931 aparecen muchos avisos publicitarios de distintos rubros. La revista ruega a sus “lectores hacer sus compras en las casas que indiquen nuestros avisos, por ser ellas garantía de economía y seriedad”⁴¹. Así, en sus páginas se anuncian cinco establecimientos comerciales dedicados al rubro peletero, entre ellos Adolfo Crénovich [propietario de la *Peletería Londres*], el cual se define como “importador de pieles”, en Delicias 2284, Santiago⁴². También encontramos la *Peletería Imperio*, de José Nudman, en Estado 257, de la misma ciudad; *Peletería Blanco Encalada*, de Isidoro Jaimovich, en Delicias esquina Dieciocho; *Peletería Washington*, en Moneda 873; y *Peletería Santiago*, en Catedral esquina Bandera, con “oferta de pieles finas” y “especialidad en composturas”.

Sintomático de la crisis y la transformación de la industria peletera es el cambio en el volumen del avisaje y la calidad de su despliegue gráfico. Así, hacia la medianía de la década de los años 30, los grandes, bellos y profusos anuncios publicitarios de diversas peleterías comienzan a desaparecer de las páginas de diarios, revistas y otros impresos. Entre los años 1925 y 1934, *Peletería Blanco Encalada*, *La Catedral*, *La Elite*, y en menor magnitud *Peletería Bercovich* y *Namur* —en desmedro de otros comercios del rubro, con

⁴¹ *Vida Nuestra*, 17 de abril de 1931, p. 7.

⁴² *Vida Nuestra*, 24 de abril de 1931, p. 11

una publicidad mucho más modesta—, lideraron la propaganda, publicitando sus productos y servicios en avisos de gran formato [página completa] en primera plana. En ellos, en una equilibrada y justa composición, cuidada y apropiada tipografía, pudieron convivir dibujos y fotos, textos de llamado y tablas de mercadería y precios. A pesar de todo ello, a mediados de la década de los años 30 comenzará a desaparecer.

Avanzando el siglo xx, nuevos establecimientos cierran sus operaciones comerciales. En mayo de 1940, un hermoso aviso a cinco columnas anuncia “liquidación por conclusión del negocio y entrega del local” junto con la “venta de las instalaciones”⁴³. Entre muchos productos ofrece “Paletoes de Visón, Astracán⁴⁴, Kolinsky, Agneu Rasse⁴⁵, negro y café, Nutria Hudson y Australia⁴⁶”. Es el término de la *Peletería Londres*, de Agustinas 958.

En 1961, José Santos González Vera publica su libro *La copia y otros originales*. Ahí aparece su cuento “¿Far vus, señor Crénovich?”; se entenderá que las correspondencias son evidentes. El narrador, adoptando la voz del autor, en un juego de realismo autoficcional, observa y describe:

Primero entró el abogado y habló con un señor bajito. Nosotros aguardamos en la puerta de la peletería. El bajito era don Elías Pincas, el dueño. Luego avanzamos hasta el centro. Fuera de don Adolfo Crénovich —mi patrón—, encontrábase allí el comerciante Angel Morgesqui, un individuo sin nombre y yo.

La tienda era angosta pero profunda. A la diestra, adosado a la pared, existía un armario anchísimo con abrigos. Algo más afuera, paralelo a éste, estirábase el mostrador hacia el fondo y, antes de alcanzarlo, torcía a la derecha y se empotraba en el muro. En el lado izquierdo veíanse los probadores, los sillones y el altillo del taller, en ese momento solitario.

—Podemos comenzar, señores —dijo el abogado.

⁴³ *La Nación*, 27 de mayo de 1940, p. 11.

⁴⁴ El astracán (en alemán *breitschwanz*) es la piel para abrigo obtenida de un cordero, recién nacido o nonato, de la raza caracul. Se trata de un material muy apreciado en las peleterías debido a su gran capacidad de abrigo y su suave pelaje negro, corto, rizado y brillante.

⁴⁵ El agneau rassé es un cordero de menos de un año.

⁴⁶ *La Nación*, 27 de mayo de 1940, p. 11.

Las tiendas hallábanse abarrotadas porque los deseosos de comprar carecían de dinero. ¿Qué se había hecho? Parte emigró y el resto reposaba en las bóvedas bancarias. Unos cuantos prójimos buscábanlo briosamente en el bolsillo de sus semejantes. Los mayoristas debían a los proveedores del extranjero; imploraban postergaciones los comerciantes al detalle. Los falsos caballeros, que adquirían pieles a plazo para halagar a sus esposas, excusábanse sin abonar un centavo. Optaron, los mayoristas, por recuperar la mercancía. Así podían conmover a los gerentes con inventarios más densos. Esta era la razón de nuestra visita (González Vera 1961: 136-137).

El mundo de aquellos peleteros no era sólo el del artesanado, el del corte y la confección de las pieles, era también el del comercio, con sus altos y bajos, sus sueños y deudas, sus personajes. Morgesqui, uno de ellos, está allí para aprovechar la situación: tasar —“paletó tras paletó; después de una estola otra estola; tras un zorro negro otro amarillo”— para sacar la mejor tajada:

Morgesqui, que tasaba un abrigo de murmel, de coste cercano a los ochocientos pesos, inició su salmodia:

—Paletó de murmel⁴⁷, de tercera, quinientos.

El abogado anotaba [...].

—Estola imitación nutria, de tercera, doscientos [...].

—Paletó de colinsqui⁴⁸ japonés, de segunda, mil novecientos —canturreaba el bueno de Morgesqui. Solía soplar la piel para ver el fondo. Y luego quedábase convertido en adobe (González Vera 1961: 137-139).

González Vera retrata a su patrón, el señor Crénovich, de manera opuesta. La ficción, para este autor, se debía a su ética:

Mi patrón, apartándose un tanto del grupo, adoptó una rigidez que no se compadecía con su naturaleza. Era alto, con algo de cortesano, expresivo.

⁴⁷ Se trata de la marmota, un género de roedores emparentados con las ardillas, pero de mayor tamaño, que habita las zonas montañosas de Eurasia y Norteamérica.

⁴⁸ Se refiere a la comadreja de Siberia.

Le hubiera encantado negociar hablando, no de mercaderías, sino de lecturas y de viajes [...].

Nos llegó el turno. Reemplacé al sin nombre y traía un abrigo y otro; un paquete de zorros, napas de astracán, de todo.

Mi patrón anunciaba:

—Un paletó de colinsqui ruso... tres mil. Dos zorros plateados, seis mil, diez napas de nutria Hudson, tanto.

Es justo indicar que mi patrón indicaba precios equitativos, según mi conocimiento de sus costos [...].

—Un paletó de nutria natural, cuatro mil (González Vera 1961: 139-141).

En una de las últimas escenas, de vuelta a la casa del sr. Crénovich, la escena es casi cinematográfica, las pieles con cierta luz, invaden la habitación: Ya en su casa pusimos las pieles en la antesala, que está a la entrada, en el lado derecho [...]. Al dejar dentro los atados de pieles la pieza cobró un aspecto asaz extravagante (González Vera 1961: 142-143).

Las pieles producen ese efecto. No es sólo cuestión de comercio. El contacto con ellas hace aprender algo de su efecto, de su animación y su carácter fetiche. Lo mismo, en otro tono, es relatado por Ana Vásquez-Bronfman, nieta de peleteros, al contar la historia de Sirke, a quien casaron con Salomón —Schloimo— Vershenkov, de una familia de peleteros de Kishinev, antes de emprender su viaje migratorio a Chile:

En Kishinev, en aquella época, era raro que las mujeres se aventuraran fuera de las calles del barrio. Aunque los Vershenkov solo eran pequeños peleteros, trabajaban bien y entre sus clientes estaba una de las mejores tiendas de la avenida Alexandrovskaya, la calle principal de Kishinev. Así iban las cosas, hasta que un buen día, el suegro decidió que Sirke tenía que ir con él a la tienda. En la familia Vershenkov, era el suegro el que mandaba. Sirke tenía entonces alrededor de 20 años y casi 40 años después seguía contándose a Serguei como si todo eso hubiera sucedido la víspera. —Que me acompañe Sirke, ordenó el suegro, quizás tengamos que retocar algunos de los abrigos y ella es la que hace el trabajo más fino. Sirke no tenía ropa para ir a una tienda de categoría así que el suegro ordenó que se pusiera una capa

y la toca de astracán que acababan de terminar para un encargo, y agregó, “no quiero que crean que somos unos muertos de hambre”. Quizás no fue así como pasó exactamente, pero por lo menos, así fue como años después Sirke se lo contaría a Serguei, su nieto predilecto.

Erguida como una princesa que llevara por casualidad el paquete de pieles, Sirke caminaba detrás de su suegro por la avenida Alexandrovskaya. Reviviendo esa satisfacción de sus trece años, cuando acompañaba a su padre al mercado y los hombres silbaban y gemían a su paso mientras que súbitamente tomaba conciencia de los años de encierro, del barrio pequeño y de la familia chata (Vásquez-Bronfman 2002: 46).

La piel de la nutria, del huillín, transformada en “tela”, requiere de una artesanía, que deviene en una manera de vestir, un comercio, una moda, una manera de sentirse persona. Pero, más allá, esa piel —en tanto que referente y materia de práctica— hace y construye a personas. Más adelante, el fetichismo de esa mercancía será identificada con el diablo. Sin embargo, ello no borra el recuerdo del contacto con esa piel, de su animación, de lo que ella nos hace hacer o sentir. Vidas enteras se forjaron con el trabajo de sus pelos y sus texturas, vidas enteras forjadas también con su caza, vidas enteras con la idea de que esas pieles eran signo de distinción.

EL VALOR DE LA PIEL

MATAR Y VENDER

La peletería, se pensaría, es probablemente una de las más antiguas formas de elaboración de vestimentas. Así, por lo menos, se impone en la imaginería de quienes la comentan, ya sea en Santiago de Chile: “El drama íntimo que provocan las pieles es como una repercusión atávica que surgió en los valles primitivos, trasladada hasta nuestros días en una serie de ecos que vienen de “tras los montes” del tiempo”⁴⁹; ya sea en París: “No se debe creer que la popularidad de las pieles desde hace unos años sea la prerrogativa de la época actual. Su empleo, antes de ser una manifestación de lujo y de elegancia, correspondía a la más estricta, a la más inmediata utilidad” (Revillon 1953: 146); ya sea en la apelación a nuestro imaginario de lo original-primitivo que se cruza con Raquel Welch en pieles.

Desde los tiempos antiguos, los seres humanos se cubren con los restos de los animales de piel. Desde tiempos antiguos, se la descarna y se la trabaja. Las peleterías surgen, desde temprano, en numerosas civilizaciones, occidentales y no-occidentales: China, Sumeria, Egipto, Roma, entre otras; encontramos una circulación importante, una vasta utilización, un tráfico intenso de peleterías, peleteros, oficios migrantes, pieles que viajan. El vestir pieles, en todo el espectro del orden social, conocerá una popularidad que hará de la peletería uno de los oficios más florecientes de la Edad Media. El siglo XII marca el comienzo de la moda de las vestimentas de piel, que poco a poco hizo furor: “Aquellos que no podían procurarse las ricas pieles de Siberia o Armenia vestían pieles de cordero, liebre, perro o gato” (Revillon 1953: 147).

Hacia mediados del siglo XIX, América del Sur, especialmente Buenos Aires, Valparaíso, Lima, provee a los mercados del mundo pieles de chinchilla, nutrias o coipos, llamas, vicuñas, nutrias de río, pumas, jaguares, ocelotes, potrillos, algunos corderos.

⁴⁹ *Ecran*, 24 de marzo de 1936, p. 29.

En 1859, Vicente Pérez Rosales publica en Hamburgo su *Ensayo sobre Chile*. Allí encontramos descritas —a modo de catálogo o de exposición promocional— aquellas características físicas, climatológicas, territoriales y humanas, entre otras, que ofrecía el país. Un pasaje en particular llama la atención:

Las producciones indígenas del territorio chileno son más abundantes que variadas [...]. Aunque la fauna indígena del país sea la fuente menos importante de sus riquezas naturales, el hombre saca de ella un recurso notable para su alimentación, y el comercio, una especulación lucrativa. Las pieles chilenas son notables por su belleza y por la finura de su sedoso pelo. Se encuentra, desde el archipiélago de Ancud hasta las islas del estrecho, un gran número de nutrias cuyo despojos son muy estimados en la sombrerería y en las fábricas de trajes de invierno. El largo de estas pieles no excede de dos pies por lo general, y se venden a 75 centavos; pero como no se han dedicado a la caza de ella sino por diversión, se las ve muy pocas veces en el comercio de exportación. Se encuentran también en los ríos y en los lagos algunos huillines cuya piel, suave como la seda, admite toda clase de colores y tiene el aspecto y lustre del terciopelo. Es más pequeña que la de la nutria, pero su precio es el mismo (Pérez Rosales 2010: 67).

Estas descripciones, creemos, son una buena fuente para establecer cómo la caza de estas especies, a mediados del siglo XIX, no era ya un asunto de subsistencia, sino que, por el contrario, se la comenzaba a vislumbrar y practicar con fines comerciales. Como lo indica Fernando Ramírez Morales, a mediados del siglo XIX, la actividad cinegética “no tiene sólo un padrón de comportamiento, puesto que las motivaciones se extienden desde el uso que los indígenas continuaban dándole a la lana, piel y carne de las especies cazadas desde siempre, hasta un mercado internacional de tráfico de aceite, esperma y pieles de mamíferos marinos que puede ser la única actividad propiamente industrial realizada con los recursos faunísticos” (Ramírez Morales 1991: 160).

Aquello no es novedad alguna, si atendemos lo que se viene exponiendo en los capítulos precedentes. Baste recordar lo descrito por Claudio Gay, en 1847, en lo que refiere al llamado huillín:

Este animal es uno de que quería enterarse el conde de San Isidro para comerciar con la compañía de Filipinas; su hermosa piel merece en efecto la mayor atención, y en tiempo de D. Ambrosio O'Higgins se vendía cinco y seis reales; las gentes del campo hacían pantalones después de teñirla azul. También dice Molina que admite todos los colores, y que ha visto vestidos turquíes y negros de ella que parecen de verdadero terciopelo, así como sombreros en nada inferiores a los de legítimos castores (Gay 1847: 48).

Las grandes utilidades del comercio de estas pieles fueron un incentivo a los comerciantes peninsulares para intentar explotar este recurso. En 1792, a instancias del conde de San Isidro, apoderado en el Perú de la Compañía de Filipinas, se efectuaron en Chile diligencias para verificar la factibilidad de practicar el comercio de pieles de nutria:

En aquella época existía un notorio desconocimiento del recurso, pues las autoridades respondieron que no existían en el país, siendo evidente que en el sur persistían reservas de interés de mustélidos. En cambio, las mismas autoridades indicaron la posibilidad de utilizar el chungungo [...], aunque ya no era muy abundante, como se desprende de este pasaje: “que sin embargo de verse en bastantes, y más por la primavera que es el tiempo de su continua salida de las orillas, es muy difícil cogerlos por su pronta huida, logrando muy pocos de improviso y por casualidad de palos y pedradas; por lo que valiéndose solamente del arbitrio de la arma de fuego, pudiera conseguirse alguna cantidad, aunque no pasaría anualmente de 300 a 400” (Cunill 1970: 242).

A mediados del siglo XIX, la lectura de esa realidad ya era otra: la piel del *huillín* merece la mayor atención, como declaraba Gay. Las cualidades de su pelo, descritas por el naturalista, son decidoras: “los del cuerpo son como los del Castor septentrional, cortos en unas partes y largos en otras, siendo el corto más fino y más suave que el del conejo y el largo más áspero, bien que este se levanta graciosamente por encima del otro: ambos son de color gris en toda la espalda y blanquecinos en el vientre, teniendo el corto la apreciable prerrogativa de admitir y retener muy bien todo género de colores” (Gay 2010: 47).

La piel de la nutria, abstraída de la vida social y natural, de la práctica cinegética, de la que emerge, aparece como un objeto o, mejor dicho, como una “cosa” que ha perdido su conexión original, aparece como entidad tanto inerte como animada (cf. Taussig 1993: 19). Su lado inerte refiere a esa desconexión con el animal, con ese origen de caza y descuero; su lado animado refiere a la manera en que se le percibe y describe: su capacidad de acoger un sinnúmero de colores, juegos de luz, segunda piel.

Esas cualidades, designadas primero por naturalistas y cronistas, luego por cortadores o artesanos peleteros, permiten designar ciertos valores y ponderaciones que, naturalmente, decantan en sus posibilidades de comercio. La peletería es probablemente una de las más antiguas formas de elaboración vestimental, pero una cosa es coser y otra, vender. Con la modernidad, ella se entremezcla con el comercio.

Tal como escribe *Isidora* en la revista *Sucesos*, en 1911:

Como piel secundaria teníamos antes el petit gris, el visón, después, alguna elegante caprichosa puso de moda el astracán que hizo bien pronto, nacer el gusto por breitschwanz; vino después con gran éxito la nutria de América. Durante el segundo Imperio esta piel hizo gran papel, los hombres usaban chalecos y paletoes de caza de esta linda piel. No tardaron en apercibirse que esta piel sentaba mucho a la cara, lo que hizo que todos abandonaran el uso de los abrigos forrados en esta piel para adoptar uniformemente los tapados y paletoes de nutria. El comercio de esta piel tomó tal proporción que los mares polares en donde la encontraban, se vieron completamente agotados de estos animales. El precio había triplicado⁵⁰.

PELETERÍAS, TALLERES, CORTADORES

A inicios de la segunda década del siglo xx se puede observar en algunos y diferentes medios de comunicación nacional—semanarios, publicaciones institucionales, almanaques y anuarios diversos, periódicos y revistas orientadas al

⁵⁰ *Sucesos*, 20 de abril de 1911, p. 42-44.

segmento femenino ilustrado de la pequeña burguesía nacional— la presencia de publicidad referida a la comercialización de distintos tipos de ropa femenina —esencialmente abrigos, paletos y paletocitos, echarpes, capas y “zorros”, cuellos, manguitos y adornos— confeccionada en el extranjero, en pieles exóticas diversas, todos artículos calificados como suntuarios. Se constata la existencia de tiendas y negocios especializados y sólo dedicados a la comercialización de mercancías de importación. Ellas son ingresadas al mercado nacional bajo el rótulo de “artículos suntuarios”, alcanzando un alto precio de venta a causa de las materias primas utilizadas en su confección, la calidad de la confección y los impuestos involucrados en su ingreso al mercado nacional.

Generalmente, estos establecimientos especializados contaban con un taller en donde, además de la confección de artículos de pieles, se hacían hechuras de prendas a pedido, su transformación y la reparación de ellas y de artículos de piel. A modo de ejemplo, en 1925 la *Peletería Washington* anuncia en el diario *La Nación* “el agrado de poner en conocimiento de la respetable clientela y público en general, que en esta fecha se hizo la APERTURA DE LOSTALLERES, donde se efectuarán las hechuras, transformaciones y composuras de pieles conforme a los modelos de última creación, a precios irrisorios. Nota: Rogamos nos visiten”⁵¹. En los establecimientos de Valparaíso y Viña del Mar será lo mismo, constatándose entre otros —en los años 30— el caso de la *Peletería y Sombrerería Casa Hinzpeter*, según un aviso del sábado 19 de noviembre de 1932, en *El Septenario*. Allí, “se confeccionan y se hacen toda clase de pieles finas” y posee un “Departamento especial para limpiar sobrecamas, teñir y curtir toda clase de pieles”. Además, explicita ser “Peletero diplomado en Leipzig, Alemania” y ofrece “precios módicos”⁵².

En aquellos años, otra manera de publicitar el consumo de pieles finas es mediante la elaboración de crónicas u orientaciones. En la edición del 12 de abril de 1925, junto con los avisos tradicionales, se encuentra esta, un “Consejo de la Comtesse: las pieles y siempre las pieles”. En su inicio, el aviso entrega noticias sobre la tendencia de la moda y señala las posibilidades de

⁵¹ *La Nación*, 15 de febrero de 1925, p. 5.

⁵² *El Septenario*, 19 noviembre de 1932, p. 3.

acceso al consumo según la capacidad económica de cada cual: “Este año se llevarán más aun las pieles, que en los años anteriores; es un furor, un vértigo, el que presenta el mundo elegante con el derroche de ricas pieles que se llevan en todas las formas y combinaciones imaginables: desde las sencillas aplicaciones en los cuellos, mangas y ruedos hasta los más regios tapados que solo están al alcance de los afortunados reyes del dinero”⁵³.

Santiago, en la fuerza de la palabra publicitaria se transmuta y se convierte en “la capital de la elegancia y el lujo, se encuentran maravillas, como las que presenta la Gran Peletería El Progreso, Pasaje Matte 29, atendida por el ex gerente de la Peletería Colón. Ahí se exhibe el más hermoso y rico surtido de paletos, capas y zorros, de las pieles más finas y de más alta moda; también hay toda clase de pieles finas para adornos”⁵⁴. Se hace referencia explícita al “cortador”, su importancia en el proceso de elaborar y/o transformar una pieza. Así, en su “taller de transformaciones, dirigido por el mejor artista que ha venido a Chile, se hacen toda clase de trabajos del ramo, dando el más cumplido gusto a su clientela y además garantizándole sus trabajos. Recomendamos a nuestros lectores visitar esta maravillosa exposición y fijarse en sus precios sorprendentes”⁵⁵.

Sin duda, el rol y la cualidad cosmopolita y europea del peletero está representado en el oficio de “cortador” y se refleja claramente en el siguiente aviso de E. Katay, anunciando pieles y transformaciones: “arreglos, hechuras y composturas, últimos modelos París. Peletero cortador europeo. Habla alemán, inglés y francés. Estado 363, 2º piso”⁵⁶. Reparar, refaccionar y transformar no sólo es una oportunidad para prendas venidas en “añejas”, sino también es posibilidad para clases sociales con menor poder de adquisición. Así, el “recorte” de las piezas “añejas” puede dar vida a primorosas nuevas prendas e ingresar a los rieles de la moda. En 1918, “Costurera”—responsable de la Sección Modas de la *Revista Familia*— recomendaba, para el caso de los recortes, una manera económica de acceder al consumo de pieles por parte de usuarios de

⁵³ *La Nación*, domingo 12 de abril de 1925, p. 13.

⁵⁴ *La Nación*, domingo 12 de abril de 1925, p. 13.

⁵⁵ *La Nación*, domingo 12 de abril de 1925, p. 13.

⁵⁶ *La Nación*, 24 de marzo de 1935, p. 28.

menores recursos: “Muy de moda estarán los adornos de pieles de dos clases y dos colores, esto produce muy buen efecto y es muy cómodo pues se pueden emplear dos pedazos de pieles viejas y usadas”⁵⁷.

Y es que, a partir de mediados del siglo XIX, la técnica de la peletería se ve completamente transformada con la invención de la máquina para coser pieles. A partir de ese momento, en lugar de yuxtaponer las pieles, será posible trabajarlas como una tela. Surge, así, la nueva preocupación por otorgarle flexibilidad y regularidad a su forma. Todo aquello lleva al nacimiento, a comienzos del siglo XX, de un método que permite, a partir de una piel más o menos rectangular, obtener una franja del largo deseado y con un aspecto más suave y más proporcionado. Ese alargamiento es un trabajo delicado en el que se reafirma la destreza del oficio y la participación de un número de gestos. Esa manera de referirse a esa cadena de oficios y acciones en la práctica peletera, lo recogimos en entrevista directa:

El cortador era una persona importante para el proceso. Estaba el cortador, estaba la maquinista, el que colocaba los moldes [...] Había mucha gente que se dedicaba a cazar, pero ellos cazaban... se encontraban con coipos, con estos... los cazaban y todo, pero traían los cueros secos, le traían a don Pepe los cueros secos, el animal entero, pero don Pepe tenía que mandarlos a la curtiembre, para que hicieran todo el procedimiento de descarnado, ver qué cuero servía, porque algunos venían con... como los mataban así... entonces se iban clasificando los cueros... este sí, este no, este viene con muchos hoyitos de perdigón... en algunos casos se podía rescatar ... también dependiendo del curtido que se le haga... porque todo depende también del curtido, para que una prenda quede bien flexible, que no quede acartonada... porque esto, después, una vez que se descarnaban, se limpiaban, se iban a un mesón, donde se tenían que clavar... les echaban unas manos de agua, y después con unas pinzas iban tirando el cuero e iban clavando, clavando, clavando... y los dejaban ahí toda una noche. Al otro día, se desclavaban y ahí se clasificaban los cueros, se cortaban las patas, la

⁵⁷ *Familia*, marzo de 1918, p. 17.

cabeza, la cola y se hacía un rectángulo, y se iban guardando, clasificando por color, por tamaño... y luego venía todo el procedimiento de la prenda. Como le dije, que se hacían unos cortes en V, hacia abajo, que eran unas tiritas... y esas, la maquinista tenía que ir uniendo, y se usaban unas pinzas para esconder el pelo, y se iba pasando la máquina... se usaba la pinza pa' esconder el pelo y se iba... y ahí, un cuero de 45 cm podía quedar en un largo de 80. Esa ya es una medida de chaquetón. Y así se iban uniendo y se hacía un cuadrado grande... que todo por el derecho, por la piel, todo tiene que calzar: los colores... todo, todo, todo... no puede quedar un manchón que diga: no, este no corresponde aquí, entonces, se tenía que ir viendo pelo por pelo, que quedara todo parejito. Y de ahí, se colocaba el molde... el que cortaba, cortaba; la maquinista se encargaba de colocar bolsillos, cerrar la prenda... el entelado, y después viene la prueba... y después se forraba⁵⁸.

Este trabajo parece fácil, pero si pensamos que un abrigo de visión implica unos 1.500 metros de costuras y unos 6.000 metros de hilo, nos damos cuenta del tiempo y de la dificultad de su realización. Se van uniendo y costureando las tiras de pieles, se clava la vestimenta ligeramente húmeda sobre una mesa en el que tomará la forma exacta del patrón. El oficio del peletero, en esas condiciones, aparece como un verdadero arte. Un arte que se transmite y se enseña, no sólo en instituciones educativas, sino sobre todo en los propios talleres.

Se entiende que en los talleres las actividades de comercio con los vendedores de cuero se mezclaban con el artesanado de las pieles y su manejo. En otro rincón, en otros salones o pisos, se efectúa el contacto con la clientela, lugar de probadores y aproximaciones a la prenda de vestir y sus efectos. Mientras, en Patagonia Occidental Insular, los cazadores de los abismos indagan y navegan, escudriñando las rocosas costas, golpeadas por el torrente de las aguas, en busca de cueros, pieles nocturnas, refulgiendo.

⁵⁸ E.M., entrevista personal, octubre de 2020.

COMERCIO, RECORTES, HECHURAS

Hacia el año 1918 está consolidado el modelo de “negocio especializado” en el comercio de pieles. En el caso de *Peletería Colón*, en calle Ahumada 226, aparece como un magnífico negocio orientado a la fabricación de prendas por cuenta propia y a la venta mayorista [“pone a disposición de sus favorecedores un extenso muestrario completamente nuevo para las Ventas al Mayor”⁵⁹] y minorista de prendas confeccionadas en el extranjero. En un aviso a media página e ilustrado, en la revista *Familia*, firmado por Mauricio Weinstein, se señala claramente los elementos definitorios del local: en primer lugar, ofrecer a las “señoras” una mercadería exótica, a la moda y de calidad [“pieles frescas”], proveniente de Europa: “la Peletería Colón, solicita el honor de su grata visita para tener el gusto de mostrarle una serie de modelos para la presente temporada que he podido adquirir de las mejores casas de París y Londres”; en segundo lugar, diversidad de posibilidades para el adorno, mediante la oferta de recortes, “existencia [de] todo el surtido completo de pieles finas y de fantasía para toda clase de aplicaciones que exija la moda, etc.”; en tercer lugar, e importante, “cuento además con un gran taller especial para toda clase de composturas y transformaciones de pieles”; y por último, y aún más importante, la presencia de especialistas calificados y originarios de Europa, un “Maestro cortador llegado de París”⁶⁰, el sujeto encargado de “despostar” la pieza a utilizar y diseñar la hechura o definir la transformación.

Muchos peleteros parecieran sustentar en su presencia y actividad una razón importante en su buen desempeño comercial: “Especial éxito han tenido siempre sus hechuras, ya que cuenta con cortadores provenientes de las grandes capitales, para confeccionar sobre medida los más costosos y delicados tapados”⁶¹. En la misma revista *Familia*, *Peletería Alaska*, propiedad de Isaac Grinberg —también en aviso destacado a media página vertical, con dibujo—, reitera recibir “hechuras, contando la casa con un experto cortador de pieles”. Los precios, “muy equitativos”, se señala además que la “elegancia,

⁵⁹ *Familia*, noviembre de 1918, p. 34.

⁶⁰ *Familia*, marzo de 1918, p. 43.

⁶¹ *La Nación*, 28 de abril de 1929, p. 11.

hermosura y gracia son las especialidades características de este establecimiento”⁶². En marzo de 1918, la casa *Grands Magasins du Printemps* de París, con oficinas en calle Bandera de Santiago, anuncia que “llegaron los modelos de invierno [...] informamos a nuestra distinguida clientela que las PIELES últimamente recibidas, se encuentran a la venta”⁶³. Al año siguiente, en San Antonio 566, se ofrece “un inmenso y variado surtido en Pielés y Capitas de Moda con grandes facilidades de pago y sin recargo. Entrega inmediata. Se atienden órdenes a domicilio. Se reciben hechuras y composturas”⁶⁴. Por otro lado, en el mismo número, la *Casa Santo Domingo*, en Catedral 1063, avisa haber recibido un surtido completo de pieles⁶⁵.

Muchos peleteros trabajan en varios lugares de manera simultánea. Es el caso de la *Peletería y Sombrerería Ideal*, con especialidad en “medida y transformaciones”. Allí, los talleres son dirigidos por el mismo dueño de la *Peletería Londres*⁶⁶. También, y según el modelo de negocios en el rubro, como es el caso de *Casa Namur*, se alude a que “nuestra sección en MEDIDASY TRANSFORMACIONES está a cargo de eminentes cortadores modelistas contratados especialmente en Europa”⁶⁷. Similar es la oferta de *Peletería Bruselas*, en Alameda esquina Arturo Prat, especializada en “transformaciones y composturas”⁶⁸.

Por otro lado, en Santiago, a inicios de la temporada de 1930, se constata la presencia de comerciantes de la ciudad de Valparaíso, unos de manera permanente y otros en exhibiciones y ventas temporarias en algún hotel de la capital. Así, se anuncia la inauguración para el 17 de marzo de 1930, en Calle Ahumada 201, de *Pieles Bronfman*⁶⁹, propiedad del comerciante Samuel Bronfman de Valparaíso, en donde en 1927 fundó la *Peletería Boston*. *Pieles Bronfman* aparece como una “sucursal” de su establecimiento porteño en San-

⁶² *Familia*, abril de 1918, p. 42.

⁶³ *La Nación*, 26 de marzo de 1918, p. 1.

⁶⁴ *La Nación*, 1 de mayo de 1919, p. 7.

⁶⁵ *La Nación*, 1 de mayo de 1919, p. 7.

⁶⁶ *La Nación*, 14 de abril de 1929, p. 14.

⁶⁷ *La Nación*, 1 de mayo de 1929, p. 4.

⁶⁸ *La Nación*, 14 de abril de 1929, p. 11.

⁶⁹ *La Nación*, 14 de marzo de 1930, p. 4.

tiago. Ofrece “esmerada confección y precios fuera de competencia”⁷⁰. Luego, en pleno invierno de 1930, el establecimiento *À la Ville de Nice*, ubicado en Huérfanos 940 —el cual se había ampliado al inicio de la temporada anterior—, ofrece pieles finas garantizadas con facilidades de pago, Breitschwanz, Visón, Murmell, Patas de Astracán, Petit-Gris, Petit-Gris Lustre, Nutria Hudson y Nutria Australiana. En aquella oportunidad, los conjuntos de Zorros Plateados, Zorros Azul, Colorados, Beige y Croise están en oferta⁷¹. Al año siguiente, el Departamento de Lujo de la misma casa comercial ofrecerá —junto a creaciones de Jean Palou, Bernard y Lucien Lelong— abrigos de Nutria Australiana, clase fina, modelo de última moda, forro de seda a \$ 580, con facilidades de pago⁷².

Tal como relata Ana Vázquez-Bronfman en su novela familiar, trabajar en estos comercios no era algo menor: “Serguei había entrado a trabajar a la *Ville de Nice*, una tienda de alto nivel en la esquina más importante del centro. El dueño, don Isaías, también era de la Colonia y lejanamente pariente de los Freudenstein. [...] para Serguei la peletería de *La Ville de Nice* era una promoción al lado de las cotonas que vendía antes en la Estación Central” (Vásquez-Bronfman 2002: 38).

Habría que recordar que todo lo expuesto anteriormente se enmarca en un crecimiento urbano que, a partir de la década del 1930, se hizo vertiginoso (de Ramón 2000: 197). Las pieles, sus modos de existencia, participan de esta vida urbana en expansión, espejeando.

LA PIEL, ARTESANÍA Y VALOR

En la revista *Sucesos*, semanario de actualidades editado en Valparaíso, “Lila” ejerce como editora de la sección “Notas Femeninas”. Allí —en 1917—, refiere a soluciones frente a la carestía de las prendas elaboradas en pieles finas provenientes de Europa. Así, recomienda recurrir a dos animales locales poseedores de una piel nada despreciable, el Zorrino y la Nutria. Escribe:

⁷⁰ *La Nación*, 31 de marzo de 1930, p. 6.

⁷¹ *La Nación*, 22 de junio de 1930, p. 46.

⁷² *La Nación*, 12 de mayo de 1931, p. 1.

Actualmente, nuestro país nos puede abastecer de pieles buenas. Cuando nos vienen de Europa, se venden estas pieles con nombres curiosos y precios subidos. Sin embargo, podríamos comprarlas en nuestra plaza en condiciones sumamente acomodadas. Claro está que estos tapados que deben ser sufridos, pues han de aguantar lluvia y tierra, no llevarán cuello y puño de pieles finas como armiño, cebellina, o marta. Oscuras son las pieles que adornan los abrigos, y aquí encontramos con la nutria del país y el vulgar zorrino, cómo adornar de modo barato y sentador los abrigos del futuro invierno⁷³.

Pese a sus peculiaridades, es la nutria del país y su baratura, junto a otras pieles buenas, las que son valoradas. Años después, en tiempos de crisis económica, un editor anónimo entrega noticias acerca de la situación de la piel de nutria: se entiende que se usa exclusivamente pieles de pelaje corto, entre las que se prefieren el *breitelschwanz* al *astracán* y *petit-gris*. Señalaremos también la nutria, que vuelve con éxito a figurar en la moda. Estos abrigos muy cortos —impuestos se puede decir por la silueta larga— gozan de la libertad y de la fantasía que se nota en toda la moda actual: se ven abrigos que caen encima o debajo de las caderas, encinturados o sujetos por un cinturón⁷⁴.

Más adelante, en el marco de la discusión de la primera ley de caza y pesca en Chile, en 1928, en la Cámara de Diputados, podemos observar referencias al huillín, sus pieles y el mercado de su curtiembre, por parte de algunos diputados durante las Sesiones Ordinarias:

Aquí en Chile tenemos especies que son incomparables por la calidad de sus pieles y por su suavidad. Estas pieles, que tienen un gran mercado en el mundo entero, se envían a Londres, donde se las curte para venderlas en este país a subidos precios.

La piel del huillín, por ejemplo, lo mismo que la de su similar, el chungungo, son curtidas en Londres, en una fábrica que tiene un procedimiento

⁷³ *Sucesos*, 17 de mayo de 1917, p. 67.

⁷⁴ *La Nación*, 3 de marzo de 1931, p. 1.

especial, que es un secreto precioso y que no lo vende por nada, y que las transforman, por procedimientos químicos y físicos, en pieles iguales a las de la nutria llamada del Hudson. [...] El mercado principal está en Rusia, y en América: en Chicago [...]. La piel de nuestro huillín, como acabo de decir, es una de las que mejor se presta para imitar la piel de nutria fina del Hudson. Es sabido que nuestras señoras gustan mucho de llevar pieles extranjeras, y no les gusta, de ninguna manera, llevar pieles de animales domésticos, como, por ejemplo, el conejo; les gusta, en esta materia, el camouflage, es decir, la imitación de pieles de animales extranjeros, por medio de procedimientos químicos y físicos (cit. en Ramírez Morales 1991: 192-193).

Estos procedimientos, como se deja entender, son un secreto precioso. Años antes, nuestra columnista Isidora ya lo señalaba, ante el aumento de la demanda por pieles, en 1911:

Empezó entonces en Francia la industria de teñir y de falsificar las pieles. Con la electricidad se empezó a destruir los innumerables ratones que poblaban los campos del nuevo mundo, y fue así como estos fabricantes han creado la nutria de Hudson; que es casi tan bonita y tan agradable como la verdadera y con la ventaja de que está al alcance de todo el mundo. De año en año hemos visto aumentarse el gusto por las pieles hasta convertirse en una necesidad de la toilette moderna. A medida que las mujeres se van despojando de todo abrigo interior, van sintiendo la necesidad de abrigarse con pieles exteriormente. Lo que es digno de elogio es el arte y la habilidad con que se preparan hoy día las pieles: las llegan a hacer, sueltas, delgadas y sólidas, cualidades las tres, muy modernas y que hacen el uso de las pieles tan deliciosamente agradable⁷⁵.

Había nacido la nutria de Hudson, golpe de electricidad, puesta en valor y en circulación de un nuevo modo de existencia. Las pieles finas son así exhibidas, ofertadas, comentadas. En agosto de 1926, en el Salón 47 del

⁷⁵ *Sucesos*, 20 abril 1911, p. 44.

Hotel Savoy, un “viajero representante de París ofrece lindos modelos de pieles finas en abrigos y capas, precios de muestrarios”. Un abrigo modelo en nutria tenía un precio de \$ 690; una capa de petigrís natural, \$ 1.200; y un manteaux largo de nutria hudsonia, costaba \$ 2.200. Agregaba el aviso la existencia de un “gran muestrario completo en forma y clases de finas pieles, a precios bajísimos, garantizo calidad y clases de mis pieles, por su distinguida procedencia, la Casa Krikoski de París”⁷⁶. En la diversa oferta de liquidación, un volumen importante corresponde a abrigos, echarpes y napas confeccionados en piel de nutria, de distinta procedencia y calidad.

En un anuncio de agosto de 1927, en la sección Avisos Económicos, *Peletería Kríman* ofrece “Pielés Mitad Valor, composturas, teñidos, curtidos, precios bajos”, en San Diego N° 93⁷⁷. En el mismo diario, también se constata la presencia, en Santiago, de otro vendedor “viajero” del rubro de las pieles, C. Vivancoud. Se instala en el Hotel Savoy, Salón N° 10. El aviso en el diario dice, “realiza a precios sorprendentes los regios modelos importados”; ofrece “abrigos elegantísimos en Nutria. Abrigos o paletos: hay de Visón, Petit Gris de Rata Kolinsky de Canadá, Astrakán de Canadá, Topo francés, Nutria Hudson. Zorros, echarpes finos”. Es “única ocasión para comprar pieles finas a precios regalados”⁷⁸.

En el programa oficial de *La Ópera en el Municipal*, Temporada 1928, aparece la publicidad de algunas peleterías, entre ellas la *Peletería Santiago*, la *Peletería Principal*, recientemente inaugurada, la *Peletería Petrograd* de Raquel S. v. de Grunwald, en Ahumada N° 5, “una casa fundada en 1900, premios en las Exposiciones Nacionales de Talca, Concepción y Santiago”, con un “[...] Gran surtido en pieles finas, Abrigos, Zorros, Echarpes y adornos para trajes Especialidad en Hechuras sobre medidas y transformaciones, ventas con facilidades de pago”⁷⁹. Unas páginas antes, aparecen publicitando sus pieles y fantasías, *L'Hiver*, “maison de fourrures”⁸⁰.

⁷⁶ *La Nación*, 2 de agosto de 1926, p. 10.

⁷⁷ *La Nación*, 2 de agosto de 1927, p. 23.

⁷⁸ *La Nación*, 2 de agosto de 1927, p. 8.

⁷⁹ *La Ópera en el Municipal*, Programa oficial, Temporada 1928, p. 40.

⁸⁰ *La Ópera en el Municipal*, Programa oficial, Temporada 1928, p. 12.

Mientras, en la noche de Santiago, “Turandot ha perdido su fuerza, no puede resistir más: el contacto increíble le ha transfigurado. El poder del amor es más fuerte que toda potencia. Está vencida”⁸¹ y la voz de Lotte Bürcke como un relámpago se derrama en el interior del teatro y los abrigos de pieles esperan a sus dueñas en la guardarroía. Lejos, en canal Moraleda, el viejo motor del vapor traquetea con sus bodegas cargadas de mercancías. Desde los inicios de la década de los años 20, los viajes se suceden y no cesan. Eso informa el diario de la mañana, según datos estadísticos de la Aduana de Puerto Montt: en 1924 fueron 88 travesías transportando pasajeros, ganado y valijas de correspondencia y también, “entre lana, cueros, grasa, pieles, etc. Llegaron 518, 542 kilogramos, con un valor de 1 millón [ilegible] 3, 264 pesos”⁸².

En marzo de 1930 aparece en el diario *La Nación* un aviso a página completa e ilustrado —con dos mujeres vestidas de pieles, una de ellas bajando de un auto, y viñetas art déco— anunciando la inauguración de la temporada Otoño-Invierno de *Pieles Finas Namur* —en funcionamiento, ya en 1929, y con sucursal en la ciudad de Concepción— de la siguiente manera:

Nos es particularmente grato inaugurar hoy esta temporada con una EXPOSICIÓN DE MODELOS que esperamos han de causar muy justa admiración. Fieles a nuestra inveterada norma de procedimientos, hemos seleccionado cuidadosamente nuestro surtido de PIELES FINAS, en los principales mercados del mundo; de esta manera, traemos lo mejor y quedamos en situación de garantizar al cliente la legitimidad de la piel que lleve de nuestra Casa. Los modelos que exhibiremos desde hoy, resaltan por su belleza fascinadora y son una fidelísima interpretación de la moda imperante. Estamos muy seguros de que ellos han de sorprender extraordinariamente, complaciendo la más elegante de las aspiraciones⁸³.

⁸¹ *La Ópera en el Municipal*, Programa oficial, Temporada 1928, p. 44.

⁸² *La Nación*, 5 de enero de 1928, p. 3.

⁸³ *La Nación*, 14 de marzo de 1930, p. 20.

Vemos cómo alrededor de este comercio de pieles, de su confección y oferta, de sus hechuras y enmiendas, se delinea una variedad de actores, oficios, ocupaciones y prácticas. Más aún, en filigrana aparecen, en cada uno de esos estratos, formas de valoración de esas pieles, en su alcance más amplio. La palabra valor, aquí, debe ser entendida en sus varias acepciones: en el sentido sociológico, al ver surgir conceptos en lo que es a lo largo bueno, apropiado, deseable (en la vida humana); en el sentido económico, i.e. el grado en que un objeto de peletería es deseado, particularmente respecto a cuánto están dispuestos los otros a actuar o dar algo para obtenerlo; y en el sentido lingüístico, es decir, su “diferencia significativa” (en el sentido de dotada de significado), mediada y expuesta en la publicidad y la manera de referirse a ellas.

Es en este sentido que nos resuenan las palabras de Ricardo Loebell, cuando se refiere a su padre:

El primer hombre que conocí que vestía a las mujeres fue mi padre. Antes de que ellas llegaran, preparaba las pieles con tremenda dedicación. Las tomaba con sus manos y las peinaba, las acariciaba y volvía a soplarlas hasta la raíz del folículo. Revisaba que la unión de la costura obedeciera a la dirección del pelo. Como peletero la reconocía cuando era fina o estaba apollada o era una pobre imitación. Sentado en un taburete, yo no me daba cuenta cómo lo observaba en el taller. Allí, él ajustaba un abrigo o chaquetón, un cuello o estola de piel que abrigaban el desnudo maniquí esperando a la interesada que descendía de una cierta clase social. Ya el origen de esta arcaica prenda de vestir, que durante el verano se guardaba para su conservación en frigoríficos, me hacía pensar en la compleja dedicación y en el excesivo cuidado que demandaba esta especie de segunda piel (Loebell 2017: s/n).

Sin embargo, el valor de estas pieles (como de cualquier objeto) —en términos de lo preferible, lo más deseable, lo más valioso—, la manera de describir y exponer aquello, tiene directa relación no con una forma de contemplar pasivamente el mundo (o consumir en él) sino con su activa participación en él. Aquí, los actores implícitos refieren a acciones. El valor de las pieles aquí reside también en la importancia que las personas involucradas

le dan a su trato con ella, lo que se refleja en esas diversas acciones y prácticas, anteriormente descritas o inferidas. Su valor es potencial, su capacidad de ser una suerte de nudo de líneas de vida, de relaciones, pero también de invisibles creativos, algo como un reflejo fantasmal del propio potencial de las personas y colectivos para actuar; energías creativas, que son sociales.

Quizás con ello, habría que explorar la idea de que, en última instancia, el valor de estas pieles, lo que se evalúa o promueve de ellas, no es sólo su cualidad en tanto que cosa, sino las acciones que ella involucra; pieles, con sus modos de existencia, implicando una serie de formas de vida. En este sentido, las pieles hechas vestimentas sirven de marcadores de una cierta identidad social, indicando diferencias entre las personas, afirmando la distinción del peletero, del cortador, el vendedor, el experto, el comprador, el dueño, entre otros, pero quizás también su capacidad genérica para la acción: cada uno hace algo con ella, soy capaz de apropiármela, de confeccionarla, de describirla, de recordarla y reconocerla, de cuidarla, de exponerla, entre otras cosas; y ese acto de exposición, por ejemplo, de esa segunda piel, despliega ese poder persuasivo que inspira, en los otros, actos recíprocos de admiración, reconocimiento, valoración, etc., dirigidos hacia la persona y la piel que (se) exhibe. Tal como lo propone el antropólogo David Graeber, “entender el valor atribuido a cualquier objeto particular significa que uno debe entender el sentido de varios actos de creación, consagración, uso y apropiación, entre otros, que constituyen su historia” (Graeber 2001: 114).

A comienzos del siglo xx, la moda en los estratos altos de la sociedad seguía los dictámenes de París y Europa como referentes certeros. Pronto, las miradas giran a Nueva York. En 1929, encontramos en la conocida revista *Vogue* la siguiente afirmación: “*The fur you wear will reveal to everyone the kind of woman you are and the kind of life you lead*”.

EL PELETERO GLAMOROSO DE HOLLYWOOD

ADOLPH ZUKOR, MIGRANTE Y PELETERO

Adolph Zukor [Adolph Cukor] nació en 1873, en Risce, una aldea en la región vinícola de Tokaj en Borsod-Abaúj-Zemplén, Hungría. De familia pobre, adulto recordaría los tiempos cuando “un nuevo par de zapatos era un acontecimiento” (Gabler 1988: 12). A los dieciséis años llega a Estados Unidos, con 40 dólares cosidos en el interior de su chaqueta, en caso de ser asaltado. Allí “sintió que estaba partiendo de cero” (Gabler 1988: 14). Como muchos inmigrantes, su comienzo fue modesto. A semanas de haber llegado, se encontró con un compañero también inmigrante. Su hermano era capataz en una peletería y le consiguió a Zukor un trabajo como aprendiz. Allí, “su primer trabajo fue barrer el piso en una tienda de pieles y le pagaban \$ 2 a la semana, pero pronto aprendió a ser cortador de pieles y ganaba \$ 4” (Krebs 1976: s/n).

A fines del siglo XIX, después de un primer fracaso en Chicago con la Novelty Fur Company, Zukor se asocia con Morris Kohn, otro inmigrante húngaro, el cual no sólo había comerciado pieles con los indígenas de la región de Dakota, sino que también era un profundo conocedor del negocio. Así, Kohn y Company abre sus puertas en 1896 y Zukor es el responsable de diseñar, cortar y confeccionar las prendas (Krebs 1976: s/n). En 1903, luego de volver a New York, la compañía y Zukor han conseguido el éxito económico, se viste como un joven rico y burgués, y vive en un cómodo departamento del barrio germano-judío. Sin embargo, a pesar de ello, estaba inquieto e insatisfecho: “Pudo haber sido que sintió que su movilidad social estaba bloqueada por el negocio de las pieles. No importa cuánta riqueza acumulara, seguiría estando asociado con algo inconfundiblemente judío, como lo era el comercio de pieles, y ligeramente declinado como todo el comercio de prendas de vestir” (Gabler 1988: 17).

Así, buscando cambiar su situación, Zukor comienza a diversificar sus negocios e invierte en salas de juego [*penny arcade*], las cuales ofrecían una variedad de máquinas de entretenimiento, incluidos fonógrafos con

dispositivos de escucha individuales y espectáculos de películas breves y sin historia:

En 1903, se involucró en la industria del cine cuando su primo, Max Goldstein, se acercó a él para pedirle un préstamo para invertir en una cadena de teatros. Estos teatros fueron iniciados por Mitchell Mark en Buffalo, Nueva York, y albergaron Edisonia Hall. Mark necesitaba inversores para expandir su cadena de teatros. Zukor le dio a Goldstein el préstamo y formó una sociedad con Mark y Morris Kohn, un amigo de Zukor que también invirtió en los teatros. Zukor, Mark y Kohn abrieron una sala de juegos de un centavo que operaba como The Automatic Vaudeville Company en 14th Street en la ciudad de Nueva York. Pronto abrieron sucursales en Boston, Filadelfia y Newark, con fondos de Marcus Loew, otro comerciante de pieles (Krebs 1976: s/n).

Sin embargo, Adolph Zukor no está conforme con el formato de las películas exhibidas en los Arcade y, no sólo eso, además tiene una intuición. Entonces, “en 1912, el Sr. Zukor renunció a Loew’s Enterprises porque, dijo, ‘estaba inquieto e impaciente por producir obras clásicas de larga duración, que creía que serían el verdadero futuro de las películas’” (Krebs 1976: s/n).

Al parecer, buscando cristalizar su intuición comercial, Zukor se asoció con el productor de Broadway Daniel Frohman y fundan Famous Players Film Company. Este último obtiene del fideicomiso cinematográfico la autorización de exhibición del largometraje. Así, los socios compraron los derechos estadounidenses de *Queen Elizabeth*, protagonizada por Sarah Bernhardt y filmaron la película con la mencionada actriz. Luego, la noche del 12 de julio de 1912, arrendó el Lyceum Theatre para su estreno. Ese día “fue histórico para la industria cinematográfica. La élite del mundo del teatro y las figuras de la sociedad que no hubieran sido sorprendidos viendo una película, entonces considerada una forma vulgar de entretenimiento, asistieron al estreno de *Queen Elizabeth* (Krebs 1976: s/n).

Adolph Zukor continuó su desarrollo empresarial fusionando compañías. Paramount Pictures Corporation se formó para distribuir películas realizadas por Famous Players-Lasky, otras empresas más pequeñas se incorporaron al

gigante corporativo y se configuró un sistema de distribución de películas a nivel nacional. Así, la empresa productora fue la primera en garantizar la exhibición de su propio producto en sus propias salas (Krebs 1976: s/n).

Una noche de 1897, en Chicago, Zukor tuvo la convicción de haber encontrado un lugar en el mundo. Había asistido a la exhibición de una corta película en el Hopkins Theatre. Se trataba de una escena del éxito de Broadway, *The Widow Jones*. En ella, May Irwin besa a John C. Rice. Según Neal Gabler, al anochecer siguiente, Zukor dejó de lado su trabajo en la peletería y volvió al teatro, buscando encontrar y contemplar de nuevo aquella fascinante maravilla de las imágenes en movimiento (Gabler 1988: 21-22). Sin duda, más allá de la aventura económica, había otras motivaciones al deseo de hacer películas.

ESTUDIOS CINEMATOGRAFICOS Y CAPITALISMO

En Estados Unidos, a los inicios del siglo xx, los denominados “Estudios” son industrias de formato capitalista y su explícita finalidad y vocación es ganar dinero mediante la producción, distribución y rodaje de filmes, disponiendo su consumo en lugares especialmente acondicionados, espacios de penumbra, oscuridad y destellos:

Un estudio es una empresa del negocio de fabricación de películas. Los ejemplos más famosos son los estudios que florecieron en Hollywood entre los años veinte y los años sesenta: Paramount, Warner Bros., Columbia, etc. En el sistema clásico del estudio, la compañía cuenta con sus propios equipos de realización y con un numeroso equipo, y la mayoría de los trabajadores están bajo contrato a largo plazo. La dirección central del estudio planeaba los proyectos, y luego delegaba autoridad en supervisores concretos que reunían el reparto y el equipo técnico de entre los trabajadores del estudio (Bordwell et. al. 1995: 9-10).

Sin embargo, desde sus inicios, la industria del cine —en Hollywood— no sólo busca el rédito monetario inmediato mediante el entretener y contar historias a todos en el mundo, sino también mediante el despliegue de otros

relatos ocultos, invisibles e implícitos, busca la transformación de los imaginarios culturales de los espectadores y la consecuente modificación de los estilos de vida de todo Occidente moderno, sus respectivas y particulares matrices culturales y sus hábitos de consumo.

No es únicamente ver y/o mirar el relato inscrito en la imagen en movimiento, en los ruidos, la música y las voces, no se trata de lo aparente y lo obvio. Se trata del consumo de un relato elaborado según una vocación e interés industrial y comercial, repleta de nuevos valores y sentidos diversos y distintos a los manifestos en el cotidiano y rutinario mundo del espectador. Así, integrados al dispositivo cinematográfico [Pulencio, 2008: 99], los imaginarios socioculturales de los espectadores se abren y permean, en ellos irrumpe la posibilidad de un Otro mundo y una Otra existencia, es la conjura de lo real, la impugnación de los contenidos culturales propios: “En una época de cambio y conflicto como la que experimentamos hoy, las películas y otras comunicaciones de masas enfatizan y refuerzan un conjunto de valores en lugar de otro, presentan modelos para las relaciones humanas a través de su representación por estrellas glamorosas y muestran la vida, verdadera o falsa, más allá las experiencias diarias del individuo promedio” (Powdermaker 1951: 11).

En la industria del cine, el funcionamiento de su dispositivo “industrial” y la producción de los dispositivos cinematográficos, se estructura en función de la existencia de un elemento esencial, el cual busca minimizar los riesgos y rentabilizar de manera cuantiosa la inversión y, también, subordinar a su presencia y arbitrio a todos los otros componentes involucrados, sean el guion, el director, la temática, la ambientación o el vestuario (Sánchez 2006: 219). Este elemento esencial y configurador del producto fílmico son las denominadas “estrellas” o el *star system*, componentes de rentabilidad de la industria: el actor o la actriz son sujetos profesionales de la interpretación, hacen de la simulación y de la adopción de otras y diversas identidades su trabajo. Así, las cualidades del personaje serán atribuidas al actor/actriz y la personalidad pública del actor se proyectará sobre los personajes (Padilla 2008: 47). Entonces, “el resultado de esta interrelación es la estrella, que posee un glamour, un aura que la sitúa por encima de los mortales, en el espacio preciso que ocupa el héroe en la mitología griega” (Sánchez 2006, cit. en Padilla 2008: 48).

La “estrella glamorosa” es representación del sujeto doble —un monstruo representacional— imbuido de una multiplicidad de atributos, significados y sentidos, su condición de semejante/distinto le hace sujeto de alteridad radical, ajeno a la cotidianidad del espectador y pareciera estar fuera del tiempo histórico. La estrella es una imagen resplandeciente al interior del dispositivo cinematográfico, a ella se anclarán los deseos, anhelos y sueños de los espectadores, no sólo buscando incrementar ávidamente su ingesta, sino también, mediante la acción mimética y/o la encarnación de los atributos del sujeto doble, buscará la transformación de sus propios imaginarios, su existencia y mundos culturales.

Así, en la esfera de la actividad cinematográfica y considerando una perspectiva empresarial/comercial, el *star system* y su conjunto de estrellas glamorosas ofrece muchas ventajas en la dinámica económica del negocio del cine junto a la comercialización de otros y diversos productos asociados: “La estrella tiene características tangibles que pueden publicitarse y comercializarse —un rostro, un cuerpo, un par de piernas, una voz, cierto tipo de personalidad, real o sintética— y pueden tipificarse como el villano malvado, el héroe honesto, la Sirena fatal, la dulce jovencita, la neurótica. El sistema proporciona una fórmula fácil de entender y ha hecho que la producción de películas parezca más como un negocio más” (Powdermaker 1951: 228).

En Hollywood, las características y atributos de las estrellas se transformarán en capital esencial de desarrollo económico de la industria cinematográfica: en el año 1929 se produce el Wall Street Crash, provocando el derrumbe de la economía y la inestabilidad impacta en todo el orden de la sociedad norteamericana. En ese contexto, el encanto femenino se transformó en un activo clave de la economía de las mujeres y aquello, junto con la necesidad de escapar de la crisis, le permitió a Hollywood —a la industria cinematográfica en desarrollo— la construcción de un nuevo tipo de heroína: la mujer glamorosa (Dyhouse 2010).

LAS PIELES EN LA CRISTALIZACIÓN DEL GLAMOUR

El concepto de *glamour* no es de larga data. Se ha ido transformando en el tiempo y se pueden observar continuidades en una perspectiva histórica. Sin

embargo, siempre se le relaciona con el artificio y la actuación, y generalmente se le considera una forma de atractivo sofisticado y muchas veces, sexual (Dyhouse 2010). En el siglo xx, ella “se convirtió en una palabra de moda en el siglo xx, y sus asociaciones más fuertes fueron con el cine estadounidense entre las décadas de 1930 y 1950, el período clásico de la “fábrica de sueños” de Hollywood, y en particular la pantalla y la fotografía fija de sus estrellas femeninas” (Dyhouse 2010: 1).

El glamour se ha definido como un lenguaje visual de la seducción, de la sensualidad y la magia mediante el tacto, la textura y el aroma. En los inicios del siglo xx se representa en la opulencia del teatro y “demimonde” el orientalismo y lo exótico, es un resplandor consciente de la modernidad y la sofisticación sexual (Dyhouse 2010). Luego, deriva a un estilo claramente moderno y conserva sus componentes de sensualidad, artificio y lujo, todo lo cual se manifiesta en el uso de plumas y pieles. Así,

durante la década de 1920 la demanda de pieles aumentó rápidamente, eclipsando por completo a la de las plumas [...] el abrigo de piel, usado desde la época victoriana con la piel en el exterior en lugar de como forro, se convirtió en un objeto de deseo desenfrenado y un sello distintivo de la mujer glamorosa. Fur siempre había tenido estatus, estando asociado con la aristocracia y la realeza. En el siglo xix su uso se extendió entre la burguesía próspera (Dyhouse 2010: 23).

No sólo se diversificaron las clases y tipos de prendas confeccionadas en pieles, sino que también se amplió el universo de animales cuyas pieles estuvieron disponibles para ser utilizadas como materia prima en la industria peletera:

Los peleteros eduardianos usaban pieles en grandes cantidades para producir enormes manguitos y estolas, abrigos que llegaban hasta los tobillos con pesadas bandas de piel alrededor del dobladillo. Pero asequible al principio solo para las clases altas y medias, la piel pronto fue muy buscada en los niveles inferiores de la escala social. A principios de la década de 1920, la locura de las pieles en los Estados Unidos era tan frenética que los escritores la comparaban con la fiebre holandesa de los tulipanes del siglo xvii (Dyhouse 2010: 23).

En el caso de Chile, la disponibilidad heterogénea de pieles y prendas es algo explícito y manifiesto en el avisaje publicitario de las peleterías de Santiago. Así, en la sección de *Vida Social* del diario *La Nación*, en su edición del domingo 12 de abril de 1925, un aviso destacado en formato a todo lo ancho de la página —rematado de imágenes de mujeres ataviadas de abrigos de piel—, de *Peletería Washington*, viene encabezado por la frase “Esa piel me encanta...!” seguido de “cuando Ud. oiga esa expresión que brota de los labios de una dama de la alta sociedad, puede, sin temor a incurrir en equivocaciones, asegurar que ella ha sido adquirida en la Peletería Washington de Moneda 873”. Allí, se encontrarán “creaciones soberbias en: Capas, Abrigos, Paletoes y Echarpes en Petit Gris-Visón, Kolynsky, Topo, Nutria, Marta, Skung y, Zibelyne, a precios moderados, y con facilidades en los pagos”⁸⁴.

Al continuar su progresión histórica, a los inicios de la década de los años 30, el significado de la palabra “glamour” cambia y se utiliza de manera amplia en la descripción de la moda; describe, también, un tipo particular de atractivo femenino. El catalizador de esta transformación fue el cine, Hollywood y los estudios, el *star system*, el dispositivo capitalista productor de películas (Dyhouse 2010: 29).

LA ARTESANÍA LUMÍNICA DEL GLAMOUR

Así, al interior de los distintos departamentos de las factorías productoras de películas, los miembros encargados trabajaron en el despliegue de aquel activo, nada fue dejado al azar, no hubo inocencia ni espontaneidad en la aparición de la mujer glamorosa. Es el capitalismo:

Sus costureras la vistieron de una manera cargada de imágenes sexuales, que se mostraban bien en blanco y negro: purpurina [especialmente el brillo de los diamantes], pieles gruesas y brillantes, vestidos ceñidos sobre figuras curvilíneas pero delgadas, flores exóticas y labios de un rojo intenso. Combinados con una confianza ingeniosa, atrevida y despreocupada, estos

⁸⁴ *La Nación*, domingo 12 de abril de 1925, p. 13.

elementos codificaron el glamour y coincidieron con una explosión en el uso de la palabra “glamour” en la literatura popular, revistas de mujeres y de moda (Dyhouse 2010: 29).

En la oscuridad de los cines, ajenas y distantes, despuntaron las “estrellas”, ellas brillando en los fotogramas blanco negro de las películas [el cine era una metáfora del universo y la cúpula celestial]. Así, los filmes arrojaron al imaginario de los espectadores la densa y transparente imagen de mujeres sensuales, atractivas y provocadoras, el cuerpo delgado y curvilíneo, enteras envueltas en vestidos livianos y etéreos y pieles y diamante en donde rielaba la luz y sus labios rojos —entreabiertos y húmedos—, deseo y promesa. Aquello, el glamour, “es seguridad. Es una forma de saber que estás bien en todos los sentidos, mental y físicamente y en apariencia, y que, sea cual sea la ocasión o la situación, estás a la altura” (Dietrich 1960, en Thorpe 2017).

Cuerpos centelleantes recortados en la penumbra, será la intensidad de la luminosidad circundante la responsable del brillo y del deslumbre manifiesto en la superficie de ropas y atavíos de la “estrellas” —preferentemente pieles—, el cual quedará plasmado en la imagen fílmica (Calderón 2009: 102). Así, algunos de los oficios y sujetos más esenciales en el desarrollo de la representación de las “*estrellas glamorosas*” fueron los diseñadores de moda, los sastres y los peleteros: el desempeño de la industria de la moda constituye el elemento más significativo en la construcción de la imagen glamorosa y su consideración de mercancía de privilegiado consumo. En un principio, “la idea de glamour evolucionó de sus asociaciones con el orientalismo y lo exótico en algo que se acerca a un estilo femenino claramente moderno. Era un estilo que continuaba connotando artificio, lujo y sensualidad, señalado particularmente a través del uso de plumas y pieles” (Dyhouse 2010: 21).

En la consecución de sus pretensiones, según el deseo de las empresas, los modistos y peleteros de la época dejaron fluir a sus creaciones, los pulsos y trazos de los estilos antecesores —imbuidos de alteridad y exotismo—, privilegiando la utilización preponderante de materiales provenientes del mundo salvaje en la confección de las vestimentas de las “estrellas”. Así, las prendas de vestir elaboradas con dichos insumos se percibieron como inscritas con “un glamour y un romance particulares unidos a pieles traídas

de lugares lejanos, resonando con asociaciones de género de intrépidos cazadores y tramperos, asegurando trofeos para las hembras favorecidas” (Dyhouse 2010: 28).

Las prendas de vestir confeccionadas en pieles se convirtieron en objetos preciados e inmensamente deseados y se constituyeron en ícono distintivo de sensualidad femenina y “marcador” de pertenencia e identidad sociocultural. En definitiva, a comienzos de la década de los años 30, el significado de la palabra “glamour” cambia y se utiliza de manera amplia en la descripción de la moda y describe también un tipo particular de atractivo femenino. En un principio, fue una idea relacionada con la brujería y la magia, el engaño y el encanto, y acabó estrechamente relacionado con la extravagancia, la exhibición exterior, el brillo y el deslumbramiento, la riqueza y el ocio, el consumo y la opulencia, la belleza y lo femenino.

El glamour no fue un invento de Adolph Zukor. Sin embargo, el catalizador de esta transformación fueron las fascinaciones inscritas en su imaginario, el desarrollo del cine, Hollywood y los estudios, el *star system*. En definitiva, el dispositivo capitalista productor de películas y los espectadores, los consumidores de imágenes e historias. Así, “en 1930, un promedio de 80 millones de espectadores asistía al cine cada semana en Estados Unidos. Esta enorme audiencia de moda cinematográfica hizo que incluso la revista *Vogue*, orientada a París, declarara que Hollywood “es sin duda el medio visual más perfecto de propaganda de moda que jamás haya existido” (Esquevin 2008, cit. en Reaves 2008: 21).

Las vestimentas confeccionadas en piel de animal fueron el epítome del glamour cinematográfico, Hollywood. Según la actriz Colin McDowell, un abrigo de piel despierta miedo, lujuria y deseo como ninguna otra prenda puede hacerlo (Dyhouse 2010). Así, las actrices [las estrellas] comenzaron a utilizar una profusión de diversas prendas de vestir confeccionadas en piel de animal. Incluso, “se ha sugerido que el diseñador Travis Banton recibió instrucciones del director de Paramount, Adolph Zuko, un ex peletero, de usar la mayor cantidad de piel posible en el vestuario de La Emperatriz Escarlata para impulsar el comercio de pieles en ese momento” (Dyhouse 2010: 37). Entonces, de una década a otra, la demanda de pieles impulsada mediante el cine y la mujer glamorosa, y su consumo —principalmente, zorro plateado—,

aumentó de manera significativa. No obstante, este crecimiento transformó la piel en un asunto común y las prendas confeccionadas perdieron exclusividad y distinción. Entonces, se produce una deriva del gusto y utilización de otras especies animales, la actividad cinegética en lugares lejanos y desconocidos se activa según el deseo de Hollywood y sus estrellas. Entonces, “el comercio de pieles floreció. En 1914, se estimó que se subastaron alrededor de 2.000 pieles de zorro plateado en Londres: para 1934, el número había aumentado a 350.000 y la demanda seguía aumentando. Pero a medida que el zorro se volvió común, las estrellas de Hollywood buscaron adornos más inusuales” (Dyhouse 2010: 37).

No obstante, pese a su condición y rol en el cine de la década del 30, y su preponderante presencia en los armarios de las mujeres de la elite y de las clases dominantes de la sociedad, “se convirtió en un bien escaso durante la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndolo en un artículo de lujo intensificado que las mujeres atesoraban como último bastión de glamour” (Dominková 2008, cit. en Reaves 2013: 12).

No sólo los y las modistas, y su preferencia por la utilización de pieles como materia prima de las prendas utilizadas por las “estrellas” para su desempeño en la pantalla, en la vida real o en los soportes gráficos de propaganda y difusión [fotografías, carteles y avisos publicitarios], fueron trascendentes en la construcción del glamour femenino de cada una de ellas, sino que también otros elementos del dispositivo cinematográfico también tuvieron una enorme relevancia y contribuyeron a su existencia⁸⁵.

Así, en el cine de los años 30 —en un mundo en donde el color estaba ausente—, la fotografía en blanco y negro de los films o el de los otros medios hacía énfasis en tres elementos constituyentes de la imagen final, sean la luz, la textura y el brillo. Era una nueva y fresca manera de intensificar la fantasía sexual en un mundo incoloro (Dyhouse 2010: 30). En el film en blanco

⁸⁵ No menor importancia tienen los sastres o modistos en el desarrollo de la imaginería glamorosa. En el caso de Adrian Adolph Greenburg [1903-1959] —más conocido como Adrian—, modisto y jefe de Vestuarios de la MGM, “contribuyó a la estética del glamour mediante el uso de satén, vestidos cortados al bies y telas ricas, incluidas las pieles. Esta ropa dramática complementa la iluminación dramática de Hurrell, visualizando aún más el glamour a través de signos de extrema riqueza y sensualidad” (Willis-Tropea 2008: 142).

y negro, la sugerencia de color se conseguía manipulando y utilizando las cualidades de la luz, lo cual era de responsabilidad de hábiles y magníficos fotógrafos y/o fotógrafas.

En el espacio representacional de la fotografía y los fotogramas, se escribía la imagen de la mujer glamorosa utilizando una habilidad extrema en el manejo de la luz, en el poder generar cruces y encrucijadas lumínicas, resaltando la cualidad de las superficies y las texturas, desplegando sombras fuertes y profundas y proponiendo abordar y seducir al espectador mediante la contemplación profusa del lustre, las chispas, el brillo, los destellos y el resplandecer de los cuerpos femeninos. En ese contexto de producción, “los diseñadores tenían que crear ropa que se viera bien en una película en blanco y negro, lo que generalmente significaba usar colores y telas contrastantes. En la década de 1920, Hollywood tendía a diseños simples cubiertos con pieles, realzados con lentejuelas cosidas a mano y cornetas que brillaban para la cámara” (Imamoto 2010: 6). Así, podía significarse la elegancia, el poder y la sensualidad de las “estrellas” y de las mujeres, en general. En definitiva, utilizar el desempeño de la luz en las superficies de los cuerpos y las prendas era una manera de contribuir y solidificar la escritura del glamour, sus cualidades y sus atributos.

En el fin de la década del ‘20, el fotógrafo George Hurrell (1904-1992) es el responsable de construir la imagen paradigmática del glamour y la mujer glamorosa, la “estrella” del Star System. Aquello, lo logró “usando flash como foco único a principios de la década de 1930, dio a sus sujetos la tangibilidad y el misterio paradójicos que realizaban su glamour” (Seed 2015: 74). Entonces, mediante la manipulación de la luz, podía fijar la imagen según sus propósitos y fines, conjurarle. Nada dificultoso a su talento y técnica, hacer fotografía era como pintar. Entonces, en cada una de ellas, luces y sombras, brillos y destellos representaban los atributos del glamor. En las fotografías, los espectadores —seducidos— pudieron percibir el denso volumen de los cuerpos y sus etéreos límites, el misterio de la mirada, el exotismo de las prendas, la lejanía inalcanzable de las mujeres convertidas en “estrellas”. Eso fue posible porque “la manipulación cuidadosa y sensible de la luz de Hurrell fue realmente pictórica. La película en blanco y negro concentró el drama de sus primeras fotos y enfatizó los efectos sutiles de luz, textura y sombra que

pudo conjurar. Como pintor, Hurrell sabía qué enfatizar y qué enfundar en la sombra” (Seed 2015: 74).

Buscando exacerbar el poder de las imágenes y lograr una definida representación del concepto glamour, Hurrell realizaba no sólo un trabajo fino y riguroso en los tiempos de exposición [quemado], sino también ejecutaba trabajo de artesanado en los negativos fotográficos, buscando una “escritura” definitiva de la foto según su parecer: “Además de retocar, Hurrell usó la quemadura selectiva [exposición adicional] y eludir [reducir] la exposición para oscurecer o aclarar áreas selectivas de las impresiones maestras que hizo para que los técnicos del cuarto oscuro las copiaran y diseminaran” (Seed 2015: 74)⁸⁶.

Blanco y negro, fotografías e imágenes poderosas, sin duda cada una de ellas necesitaban superficies en donde la luz al chocar pudiera retroceder y, de forma simultánea, romperse en brillos, destellos, sombras, penumbras y claroscuros, resplandecer. Sin duda, entre muchos materiales exquisitos, la superficie de las pieles de animales era una de las mejores texturas en donde aquella mágica operación podía suceder:

Dependía de una habilidad consumada en la iluminación. La luz juega a través de la piel, el satén, la superficie del pelaje y el cabello, y es en gran parte esta cualidad, junto con una pose y un retoque cuidadosos, lo que da a las conocidas imágenes fijas de diosas de la pantalla su extraordinaria seducción. Estos retratos abordan los sentidos del espectador ‘a través de las cualidades de la superficie, la sombra, el lustre, el brillo, el destello y el resplandor’ (Dyhouse 2010: 30).

⁸⁶ El fotógrafo George Edward Hurrell, en su juventud deseaba ser sacerdote. No obstante, después de graduarse de la escuela secundaria, se matriculó en el Instituto de Arte de Chicago, y luego tomó clases nocturnas de pintura en la Academia de Bellas Artes: “Desde que tengo memoria, quería ser artista. Cuando era niño, dibujaba todo el tiempo, dentro y fuera de la escuela. El arte era mi clase favorita en la escuela secundaria” [The Estate of George Hurrell, 2020]. A fines de la década de los 10, conoce a la actriz Norma Shearer, quien le solicita fotografías en donde apareciera retratada como una “vampiresa sexy” y así, convencer a su marido para conseguir interpretar el papel protagónico en la película *The Divorcee*. El fotógrafo consigue resultados extraordinarios, Shearer obtiene el papel en la película y consigue el premio Oscar a la Mejor Actriz en 1930. Georges Hurrell es contratado por la MGM y sus fotografías “inventan” la imagen del glamour, representación de la “mujer glamorosa”, la “estrella”: el reflejo de la luz en la textura de los cuerpos y las prendas.

NIEBLA NEGRA

En el año 1952, revista *Ecran* entrega un reportaje basado en una entrevista a Al Teitelbaum, el llamado “peletero de Hollywood”, a raíz del prestigio alcanzado por su tienda en Beverly Hills: “Desde 1917, su casa es la que provee de pieles a los estudios para las películas, y a las estrellas para que luzcan hermosos abrigos y preciosas estolas”⁸⁷.

Según Teitelbaum, la trayectoria de una actriz se puede seguir fácilmente a través de sus pieles. En un principio, al firmar su primer contrato puede adquirir un abrigo de precio modesto. Al renovar el contrato, seguramente comprará uno de visón, cuyo precio fluctúa entre 3.000 y 15.000 dólares. En épocas anteriores, el propio estudio regalaba a la estrella su primer abrigo valioso, cuando ella había posibilitado obtener apreciables ganancias gracias a su desempeño en la pantalla. Ahora —a mediados de siglo—, a lo más el estudio podría adelantar dinero para su compra:

Un abrigo de visón es símbolo de categoría y una prenda indispensable para una estrella. En el mundo social hollywoodense el visón es más indispensable que los zapatos para las actrices que tienen o quieren alcanzar cierta categoría [...] toda estrellita con ambiciones lo primero que intenta es adquirir un abrigo de visón, pero ¿cómo se puede comprar una prenda que vale entre cinco y seis mil dólares, cuando solamente se ganan doscientos a la semana? Imposible. De ahí que la mayoría de los lujosos abrigos de piel que lucen las estrellitas en premieres y acontecimientos sociales son arrendados por los propios estudios⁸⁸.

Al Teitelbaum no sólo vende pieles particularmente a las actrices, sino que también proporciona las que necesitan los estudios. Cuando una estrella requiere un abrigo de visón para un papel, el peletero le arrienda un tapado de los que cuestan 10.000 dólares, además sabe cuáles son las pieles más

⁸⁷ *Ecran*, 4 de noviembre de 1952, p. 2

⁸⁸ *Ecran*, 4 de noviembre de 1952, p. 2.

“fotogénicas”. Así, “las pieles de Teitelbaum pueden imponer la moda en el mundo. Hasta hace unos quince años, todos los abrigos de visión tenían que ser oscuros. En eso, Rosalind Russel hizo un film con una escena en la penumbra. Para que se destacara su abrigo, Teitelbaum le confeccionó uno con visión claro. Apenas se exhibió el film, todas las damas comenzaron a pedir visones claros”⁸⁹.

A mediados de siglo xx, una prenda exclusiva elaborada en su taller, y una de la más valiosa de Hollywood, era un abrigo de visión denominado “Black Mist” [Niebla Negra] o “Black Mist Mink Coat”, del cual sólo se habían manufacturado 19 ejemplares a base de pieles escasas y difíciles de conseguir, alcanzando precios cercanos a los 15.000 dólares⁹⁰. El 4 de febrero de 1954, Joe Di Maggio le compra uno de ellos a su esposa, Marilyn Monroe, y cancela 10.000 dólares al contado.

⁸⁹ *Ecran*, 4 de noviembre de 1952, p. 23.

⁹⁰ *Ecran*, 4 de noviembre de 1952, pp. 2-22.

PIELES Y GLAMOUR EN CHILE

PIELES Y NUTRIAS DE LA BELLE ÉPOQUE

Al inicio del siglo xx, existían en Santiago —imponiendo la moda en los estratos altos de la sociedad y siguiendo los dictámenes de París y Europa como referentes certeros— sólo algunos pocos establecimientos del rubro peletero. Entre ellas, la *Peletería Rusa San Petersburgo* (Dussaillant 1993: 149). Años más tarde, en marzo de 1910 —en un bello y trabajado aviso a una columna en página completa, anunciaba su “Apertura de Estación” la *Peletería El Zorro Negro* —propiedad de José M. Tannenbaum—, la “peletería preferida de la Alta Sociedad”, consignando “un variado surtido en Echarpes, Estolas, Manchons⁹¹, Paletots y Gorros de Piel estilo Napoleón” y poseyendo —importante— “talleres de hechuras y reformas. Especialidad en curtidos de cueros y teñidura de pieles en general”⁹².

Al año siguiente, aparece la *Gran Peletería Londres* con “inmenso surtido, novedades y confecciones, trabajos sobre medida, Boas, Echarpes, Manchons, creaciones de última moda” y con la asistencia profesional de “Ex cortador de la casa Revillon, París”⁹³. En esta época, la disponibilidad de pieles de nutria para la confección de prendas está manifiesta en la “Gran Realización Semestral” de la “Casa de Lutos” en Valparaíso. Es la liquidación de saldos de confecciones, abrigos, enaguas, faldas y blusas, cortes para trajes sastre, lanas

⁹¹ El Manchons o manguito calentamanos es una prenda de larga data. Al parecer su origen es en China en el siglo II a. C. y ya en el siglo XVI se le sitúa en Venecia. Consiste en un cilindro de piel utilizado para calentar las manos y casi exclusivamente asociado al vestir femenino. Alcanza su apogeo en el siglo XIX y es señal de posición social.

⁹² *Familia*, enero de 1910, p. 51.

⁹³ *Sucesos*, 6 de julio de 1911, s/n.

y mantos y también, “cueros de Nutria en piezas de 1 metro de largo por 40 centímetros de ancho a \$ 26,5”⁹⁴ cada unidad. Es la nutria y sus medidas⁹⁵.

En el año 1910, la moda propone vestidos de diario sencillos de terciopelo negro, con tiras de skungs⁹⁶ todo alrededor y, también, ricos abrigos de nutria con pieles de zorro alrededor o de terciopelo verde y café, manguitos de zorro, enormes y aplastados. Así, podrán las mujeres chilenas acceder a conocer, “la verdadera silueta de la parisiense de hoy, que van todas de terciopelo, con pieles y manguitos y sombreros inéditos”⁹⁷.

En 1915, los abrigos y pieles para el invierno buscaban lograr una “elegancia poco común y un corte irreprochable”, un “refinamiento distinguido”. Se recomendaba vestir abrigos largos de nutria, con cuello marinero de chinchilla o un modelo de Drecon, de astracán con un cuello alto de skungs y “manguitos” en forma “balón” de piel de “putoises”, muy apretado en el sitio donde se introducen las manos⁹⁸.

A modo general, en esta época de inicios de siglo, la moda femenina confeccionada en pieles está diseñada en Europa y París, Francia, es un lugar de privilegio para la creación. No obstante, las prendas confeccionadas —más allá de ajustarse con exigencia a la elegancia, el refinamiento y la distinción— también deberán “prestar grandes servicios en los días de crudo invierno”; “Estola de zorro negro con manguito igual y zorro húngaro de terciopelo con alba y fina aigrette, sostenida por un prendedor de azabache. Gran abrigo de piel de marmota con cuello de skungs [...] rendigote

⁹⁴ *Sucesos*, 20 junio de 1912, s/p.

⁹⁵ Las medidas de estas piezas en venta en Valparaíso a principios de siglo se corresponden a las medidas enunciadas por los cazadores de Patagonia Occidental Insular para la piel del huillín. Según los dichos de Roberto Millaqueleo Nitor, su padre hacía “dar” a los cueros 1,20 m., aunque generalmente los dejaba en 1 m. o 1,10 m. estándar. Estas medidas eran compartidas por todos los cazadores, sin excepción.

⁹⁶ “Pelaje proporcionado por depredadores del género zorrillo, de pelo medio largo, negro con rayas blancas. Estola, abrigo de zorrillo [...] aparecieron en Europa ya en 1850, pero que solo se usaron cuando, en 1852, logramos eliminar su olor desagradable” (Prat 1952: 270).

⁹⁷ *Familia*, febrero de 1910, p. 45.

⁹⁸ *Familia*, mayo de 1915, p. 26.

de nutria con alto cuello de skungs. También este modelo está inspirado en el movimiento del día. Los faldones muy anchos van incrustados en el corpiño de corte kimono”⁹⁹.

Peleteros y especialistas recomiendan la utilización de la piel de nutria para elementos particulares de las prendas: “El castor, la nutria, el petit gris, el astracán, el karakul, se prefieren a todas las demás pieles, para confeccionar con ellas los grandes cuellos de las chaquetas”¹⁰⁰.

En la revista *Familia*, “Princesa Zouriff” firma una propaganda de *Peletería Blanco Encalada*. En ella se refiere a la cualidad de las distintas pieles. Acerca de la nutria, se refiere a ella como “una piel común y elegante, es flexible cual una felpa, obedece a variados cortes como la tela, y la variedad de cuellos y bocamangas, tanto en la estructura como en el colorido de las combinaciones los hace sumamente novedosos”¹⁰¹.

Si bien las pieles tienen un lado trascendente, “brillar tanto con orgullo”, como otro práctico, brindar “un agradable abrigo”¹⁰², su costo les sitúa fuera del alcance de todos. Así, el acceso a su consumo sólo es un privilegio de la clase alta de nuestra sociedad. Sin embargo, especialistas en moda, como es el caso de “Costurera” en revista *Familia*, propone algunas vías para enmendar este problema: “En el Sur de Chile, hay pieles preciosas que bien curtidas pueden prestarse para confeccionar abrigos deliciosos y elegantes, a precios reducidos”¹⁰³.

Años después, en tiempos de crisis económica e iniciada la irrupción de las nuevas proposiciones del cine norteamericano, un editor anónimo — en un diario capitalino— entrega noticias acerca de la situación de la piel de nutria, anunciando su retorno exitoso al mercado: “Se entiende que se usa exclusivamente pieles de pelaje corto, entre también la nutria, que vuelve con éxito a figurar en la moda. Estos abrigos muy cortos —impuestos se

⁹⁹ *Familia*, junio de 1915, p. 20.

¹⁰⁰ *Familia*, marzo de 1919, p. 15.

¹⁰¹ *Familia*, mayo de 1925 p. 51.

¹⁰² *Familia*, julio de 1919, p. 22.

¹⁰³ *Familia*, junio de 1925, p. 24.

puede decir por la silueta larga— gozan de la libertad y de la fantasía que se nota en toda la moda actual: se ven abrigos que caen encima o debajo de las caderas, encinturados y sujetos por un cinturón”¹⁰⁴.

Así, en relación con las actividades cinegéticas documentadas en Patagonia Occidental Insular, es probable la existencia de trasiego y flujos de comercio de pieles de nutria desde allí hacia los centros metropolitanos —tiendas y talleres—, a lo menos desde inicios del siglo xx.

PIELES DEL GLAMOUR DE HOLLYWOOD EN LA REVISTA *ECRAN*

Carlos Francisco Borcosque Sánchez [1894-1965] fue un fotógrafo, periodista deportivo, escritor, guionista de cine y director de cine chileno—en su infancia y juventud de larga residencia en Argentina—, el cual fue nombrado cónsul de Chile en Los Ángeles (Estados Unidos) en 1927, con el mandato de estudiar el cine norteamericano. No sólo entrevistó a las estrellas y directores de la época, sino que también realizó actividad como asistente de dirección, guionista y director. En 1930 —desde Hollywood—, le colabora al abogado y periodista Roberto Aldunate León (1898-1980) en la fundación de la revista *Ecran* [del francés, pantalla]. En ese entonces Aldunate, el futuro canciller del segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, era redactor de teatro y arte en el diario *El Mercurio*, y mediante sus lecturas de *Ilustración* y *Cahiers* [revistas extranjeras dedicadas al cine] pudo vislumbrar la importancia del cine sonoro. Así, “comenzó a soñar con una publicación destinada a este fin y registró el nombre de *Ecran*. Animado por sus colegas y amigos de la famosa tertulia mercurial de aquella época; dirigió sus pasos a la Empresa Zig-Zag y presentó su proyecto” (Mouesca 1997: 58).

Entonces, instalado en Estados Unidos, y mientras asesora a la Paramount en temas latinos o dirigiendo para MGM algunas películas realizadas para la audiencia hispana en los primeros años del cine sonoro, las cuales se realizaban por la noche usando los mismos decorados y los guiones

¹⁰⁴ *La Nación*, 3 marzo 1931, p. 1.

traducidos de las películas en inglés¹⁰⁵, “escribe durante esa década centenares de artículos, crónicas, entrevistas, reseñas, todos los cuales tienen un invariable denominador común: Hollywood” (Mouesca 1997: 63).

El cine no sólo era el guion invisible, únicamente manifiesto en las imágenes en movimiento —representación de un relato—, ni tampoco una mera industria capitalista, sino también un dispositivo de transformación cultural y la constitución de un mercado de nuevas mercancías. En esta perspectiva, “la importación del cine de Hollywood en Chile y en Latinoamérica no fue algo casual, sino que se insertó dentro de la política norteamericana de expandir su estilo de vida y mercado al resto del mundo” (Robles 2016: 192).

Así, en las primeras décadas del siglo xx, el cine posibilitó no sólo la cristalización de la idea, sino también el acceso a la vivencia de una modernidad al estilo norteamericano. Justamente, el éxito de Hollywood “se explica tanto por su sensibilidad con los intereses de las audiencias de los distintos mercados mundiales, como por el decisivo papel en la construcción de gustos y formas de consumo estandarizados, tanto de películas como de productos publicitados en ellas. De hecho, el cine hollywoodense ayudó a posicionar tempranamente numerosos productos gracias a la promoción indirecta” (Purcell 2009: 47).

Sin duda, una de esas mercancías o productos eran las pieles y las prendas confeccionadas en pieles. Este posicionamiento y consumo evidenciaba la disposición de numerosos grupos de la sociedad chilena a imitar y asimilar las tendencias norteamericanas. En ese entonces era el efecto del pulso de una irresistible mercancía en los imaginarios locales (Robles 2016: 192), fermento de cambio en los gustos acerca de los atavíos y de las maneras de representación identitaria y construcción de estatus, epifanía de modernidad. Entonces, en el imaginario del público femenino, “estas representaciones, especialmente las de las estrellas hollywoodenses,

¹⁰⁵ *Ecran*, 4 de julio de 1933, pp. 3-6.

se fueron transformando en un referente del modelo de la mujer moderna entre las espectadoras chilenas” (Robles 2016: 192).

En aquellos años, en cada función cinematográfica de cada sala del país, el modelo de mujer moderna —ser mujer a la manera de las actrices de Hollywood— estuvo disponible al consumo de los espectadores y espectadoras de la sociedad. Así, el modelo fue incorporado y fijado en los imaginarios locales, las mujeres asumieron el rol de mostrar en absoluta visibilidad la riqueza de sus esposos o padres, a través de la ropa [atavíos] y las joyas portadas [adornos]. Así, la exhibición exterior de riqueza se manifiesta como una expresión clara de la sociedad moderna y capitalista.

La oferta de transformación no sólo estuvo circunscrita a las salas de cine, sino también en muchas revistas, fundadas con dicho propósito (el acompañamiento a la industria del cine no sólo en función de su propio éxito, sino también el permear otras esferas de los imaginarios y, también, esferas en el dispositivo de la economía). En Chile, ese rol fue desempeñado por *Ecran*: “No solo se instaló como un vaso comunicante entre el star system y el lector/espectador, sino que también fue una de las principales plataformas con que las estrellas transmitieron su poder cautivante de lo que debía ser una mujer modernamente elegante. Así, *Ecran* presentó y difundió el estilo glamoroso como una alternativa de encanto y sofisticación entre las mujeres chilenas de clase alta y media” (Robles 2016: 211).

En sus páginas y fotografías, irrumpe una feminidad glamorosa encarnada en las actrices de Hollywood, mujeres atrevidas, de personalidad auténtica y seductora, delgadas y osadamente vestidas. Así, en las jóvenes de clase alta se cautivan e inclinan sus preferencias en el denominado “American way of life”, brillo y desenvolvimiento de una feminidad diferente circulando no sólo en nuevos espacios públicos, sino también circulando en nuevos mercados de relaciones sociales (Robles 2016: 204), glamorosas ellas, ataviadas a la moda, perfumes y accesorios, medias elegantes y sencillos trajes en donde rieló la luz sobre pequeños trozos de pieles de animales salvajes. El influjo de Hollywood y sus mujeres “glamour”, las mujeres de la clase alta de Chile, dejan atrás los gustos, formas y maneras

de la “*Belle Époque*” europea. Acerca de ese cambio en los gustos y preferencias, en el número especial con motivo de los 50 años de revista *Zig Zag*, 1955, Cecilia Cohen señala lo siguiente: “Desde hace 25 años el cetro de la moda para los elegantes de Chile ha oscilado entre París y los Estados Unidos: este último se ha introducido a través de la influencia del cine” (Cohen 1955: 135).

CHICAS GLAMOROSAS EN EL RENDEZ-VOUS DEL CRILLÓN

En las ediciones de la década de los 30 aparecen diversas secciones relacionadas con las actrices, sus prendas y su vestuario. Así, “Modas de Hollywood” conjuga fotografías de actrices o “estrellas”, entregados a los medios por los distintos estudios (Paramount, Fox, entre otros). Allí, prevalecen las pieles y se puede observar una profusión de prendas confeccionadas en distintas pieles. En la edición del 11 de julio de 1933, aparece además una sección denominada “*La Piel en los Abrigos*” en donde se muestran figurines femeninos con su correspondiente descriptor. Destaca la presencia del castor, la nutria negra, la nutria, el astracán, el zorro y la marta¹⁰⁶.

Una correspondencia y derivación de esa imagería es la aparición, en distintas épocas de la revista, de sesiones de corte “vida social” y/o “gran mundo”, en donde se muestran fotografías de mujeres chilenas concurriendo a eventos sociales —principalmente estrenos de películas en algún cine de la capital o reuniones de camaradería en algún local del centro—, elegantes y glamorosamente vestidas, destacando el profuso uso de prendas confeccionadas en pieles. En el segundo número de la revista (1930) aparece la sección “Comentario Social”. Allí, destaca una fotografía en formato retrato de Rebeca Toro Bascuñán luciendo un abrigo de tela con cuello de piel y señalando su frecuente asistencia al “rendez-vous” del Hotel Crillón junto a otras “conocidas niñas”¹⁰⁷.

¹⁰⁶ *Ecran*, 11 de julio de 1933, p. 42.

¹⁰⁷ *Ecran*, 22 de abril de 1930, p. 3.

En 1936, Internacional Loew Inc. había inaugurado en Santiago —con la asistencia del actor Clark Gable— un Teatro de la MGM en Chile, el Cine Metro. En la revista *Ecran*, en su edición N° 452 del 19 de septiembre de 1939 —en la sección “CINE”, un espacio editorial de “crónica social”, en donde la asistencia a una función de cine en las tardes se ha transformado en un evento social, un espacio en donde las muchachas de la burguesía y la aristocracia local pueden lucir sus atavíos de pieles—, se comenta:

Joan Crawford, la gran artista norteamericana e ídolo de nuestro público, ha vuelto a aparecer en la pantalla, pletórica de belleza y con su habitual elegancia. No es de extrañar entonces el éxito que en el mundo santiaguino tuviera la semana pasada la función de estreno en el Teatro Metro, una de las más modernas salas de espectáculos de la capital, y en la cual [ellas, las mujeres de la clase alta de la ciudad] se nos mostraron elegantemente ataviadas a nuestra curiosidad proverbial de cronista social¹⁰⁸.

En este apartado, el responsable de la escritura de la crónica establece la presencia de dos cualidades principales en la “estrella cinematográfica”, las cuales son complementarias y solidarias. En primer lugar, su belleza es inmanente y abundante y, en segundo lugar, la elegancia [lo culturalmente otorgado] en el vestir es un hábito producido, provocado y reiterado, no sólo en la vida profesional de la actriz, sino también en su vida personal y social. Así, el cronista, a pesar de ignorar la cualidad de belleza de las mujeres asistentes a la función cinematográfica, las refiere como “elegantemente ataviadas”. Es la contemplación del gesto mimético y la traza representacional de un Otro en los cuerpos ajenos y lejanos de las mujeres de Santiago. En muchas de ellas, las luces resplandecen haciendo brillar la superficie de sus trajes confeccionados en pieles. Son las siluetas de Carmen Saldías de Yoacham, “quien realzaba su toilette negra con bonita capa de zorros plateados” o también nombrados como “zorros argenté”, de Elena Matte de

¹⁰⁸ *Ecran*, 19 de septiembre de 1939, p. 14.

Aldunate “en elegante abrigo de piel café y sombrero con adornos en esta misma piel”, de Luisa Ward de Green “en vestido negro y pareja de zorros plateados colocados en forma de capa”, de Rosa Claro Velasco “con abrigo negro con adornos de piel en este mismo color”, de Luz Herquiñigo, quien “completaba su toilette azulina con un abrigo de piel”, y también —como puede leerse en un pie de foto de una de las imágenes de acompañamiento a la crónica— de Berta Guzmán de la Fuente “elegantemente ataviada en espléndida capa de zorros argenté”¹⁰⁹.

En otra oportunidad, a la salida de la Sala del Teatro Central, en el día de estreno de la película francesa *Adriana Lecouvreur*, el comentarista deja registro de la presencia “de lo más selecto del mundo santiaguino”.

Divisamos un instante la elegante silueta de Marta Edwards de Vial, quien viste muy chic un abrigo de paño negro y cuello de zorros azules, un sombrero negro con velo de color solferino da a sus facciones un gran atractivo; a pocos pasos, Rosa Errázuriz de Morandé, con un abrigo de piel de armiño, teñido color café; Olga Chaigaeaux de Valdés se deja ver en bonito paletó de piel de Agneau Racé, negro; Rosa Claro Velasco, con un abrigo de paño negro con bonito cuello de piel de breitschwanz; Gloria Plummer Ross, en paletó de paño celeste y sombrero color burdeos; Olga Sáenz Terpelle, en elegante tenida, también calor burdeos; Lya Mujica Moreno, muy mona con un abrigo color ladrillo, adornado con piel de leopardo, y así, como ella, innumerables otras figuras de nuestro gran mundo, las que con su elegancia y chic contribuyeron al éxito de esta representación¹¹⁰.

Las secciones y apartados en donde se refiere a la elegancia y distinción de las mujeres nacionales se mantienen durante buena parte de la existencia de la revista. No obstante, en oportunidades el descriptor se acota y

¹⁰⁹ *Ecran*, 19 de septiembre de 1939, p. 14.

¹¹⁰ *Ecran*, 1 de agosto de 1939, p. 17.

únicamente se mencionan los nombres de las muchachas y se refiere a su elegancia en términos genéricos. Al final de 1943, la sección casi ha desaparecido de la revista.

Según revista *Ecran*, la “estrella” se define en virtud de determinados parámetros y considera no solamente su belleza, sino también el vestir. No se trata de un mero vestir, sino uno “*esplendoroso*” en donde las prendas confeccionadas en pieles, son “fabulosas” y contribuyen a definirle como tal. Ese es el caso de Joan Crawford, a quien “le gustan los zapatos exóticos y puede usar cualquier tipo de vestido o traje sastrero, dado lo fino de su silueta. Tiene pieles y joyas fabulosas. Vive a conciencia, como considera que corresponde a una estrella: le atrae seguir respondiendo brillantemente a la vieja tradición de que la gran actriz debe vestir y vivir esplendorosamente”¹¹¹. Entonces, una mujer bella al ataviarse de pieles, podrá transformarse —o al menos parecer o aparentar ser una “estrella esplendorosa”— porque sus pieles, no importando cuán modestas pudieren ser, resplandecen, brillan y, de esa manera, evocan nobleza, lustre y gloria, glamour.

El brillo es bien importante en la piel. Sí, sobre todo en los visones. Por ejemplo, mientras más oscuro el visón, más brillo tiene. Y mientras más clarito, queda como más opaquito [...] les llaman de primera, segunda y tercera. Las de primera eran los negros, que eran brillantes, de un color negro azabache [...] entre más oscuro, más brillo tenían... iba en el color. Porque los más claritos no tenían mucho brillo. No se alcanzaba a percibir el brillo. Uno los tocaba, estaban suavitos, pero los colores más claros nunca tuvieron un brillo como el negro [MF, 2020].

Los imaginarios de los y las espectadoras han logrado fijar no sólo una nueva definición de lo femenino, sino también una definición de un tipo particular y especial de lo femenino, la mujer glamorosa, una mujer total y absoluta, imagen de la perfección. El público, “quiere ver a las estrellas

¹¹¹ *Ecran*, 6 de julio de 1954, p. 2.

de cine envueltas en pieles y rutilantes de joyas, danzando en los “night clubs” y haciendo románticas escapadas matrimoniales. Mucha gente cree que ese el glamour de Hollywood y es por eso que adoran a Lana Turner. Pues bien, lo mismo sucede con Marlene [Dietrich]: es una reina del cine hasta la punta de los dedos”¹¹².

MUJERES DE COLORES: LA REVISTA *ELITE*

En agosto de 1936, la misma editorial Zig Zag había colocado en circulación una revista de modas dirigida al público femenino de la clase alta [crónicas visuales de vestimentas, álbum de modas] de tiraje mensual, a la cual llamó *Elite* y con una clara orientación norteamericana. La dirección estuvo a cargo de Valentina Ruiz. Según el portal *Memoria Chilena*, ella “viajaba a Estados Unidos a observar las últimas tendencias de moda para a su llegada, ofrecérselas a sus lectoras”¹¹³.

En el N° 9 de mayo de 1937, en una edición en donde destaca en la portada una imagen femenina ataviada de chaqueta de piel y sombrero —apoyada en un balcón y contemplando desde la altura—, en la sección “Lo que vemos este invierno/novedades de última hora”, respecto de la utilización de pieles en la confección de vestimenta femenina, la revista señala:

Las pieles se emplean mucho en los adornos, especialmente el potro: demos también muchos detalles, chalecos y chaquetitas de ternero blanco. El “agneau des indes” y el “breitschwanz des indes” son unas pieles de tono azulado con manchas negras. Con ellas se confeccionan gorros, chaquetas cortas, boleros, chalecos y adornos. El zorro plateado es complemento del terciopelo chillón. Para los abrigos se emplea con preferencia la nutria negra, la nutria dorada, la foca gris, “agneau rasé” y el astracán. Los cuellos de piel de quita y pon son sumamente

¹¹² *Ecran*, 22 de febrero de 1949, p. 7.

¹¹³ Ver <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-97166.html>, consultado el 30 de noviembre de 2020.

prácticos por poderse aplicar a diferentes prendas. Para su confección aconsejamos el pelit gris oxigenado, el “rogodin” [especie de castor] y el visón brillante. Como detalle de actualidad, vimos un conjunto muy sentador y coqueto: falda de terciopelo negro y chaqueta corta con gorrito de piel¹¹⁴.

En la misma revista, en la sección “Deporte de invierno: el sky”, la publicación comenta: “Muchas deportistas prefieren las chaquetas o el tres cuartos de piel, que además de ser siempre una prenda sumamente confortable, puede lucirse con diferentes tenidas. La piel de pantera fué hasta ahora la preferida, pero como está muy de moda el estilo montañés se han lanzado preciosas chaquetas de piel de cordero blanco, que han tenido una entusiasta acogida”¹¹⁵.

En otra sección de la misma edición, llamada “Abrigos de piel”, se muestran hermosas imágenes de varios y diversos ejemplares de la prenda, confeccionados enteramente en piel y sus descriptores señalan la actividad y el momento adecuado en el cual las mujeres pueden utilizarles. Así, “1] Apropiado para la tarde, este abrigo de patas de astracán entallado, de mangas armadas, esta bordeado en la parte inferior por una banda de “renard argenté” [zorro plateado]. 2] De estilo deportivo, este abrigo de nutria dorada, es un hallazgo para los fríos del invierno. 3] De corte acampanado este abrigo de piel rasé [rapada], es adecuado para la hora de la oficina”¹¹⁶.

En el transcurso de sus años en circulación [1937-1944], en muchos ejemplares de la revista se muestran las imágenes de mujeres ataviadas con bellas prendas enteras confeccionadas en piel y otras mostrando aplicaciones diversas, sean un ensamble tres-cuartos de lana de fantasía negra, con adorno de cortes y piel de nutria negra y cinturón en gamuza; abrigo clásico en terciopelo de lana con cortes y adornos de zorro o castor y también de nutria o simplemente un abrigo de lana con cuellecito de nutria, como un destello pequeño, intenso y suave. Incluso, algo más sofisticado como un

¹¹⁴ *Elite*, 9 de mayo de 1937, p. 7.

¹¹⁵ *Elite*, 9 de mayo de 1937, p. 21.

¹¹⁶ *Elite*, 9 de mayo de 1937, p. 27.

abrigo “espina de pescado” [tweed en acabado Harris] con grandes bolsillos y plastrón [corbatón] de nutria. Algunas prendas sencillas, pero elegantes, un jersey de poulain [potrillo]; abrigo de tarde en paño adornado de astracán, o un “sastre” en lana de fantasía adornado de marta.

En todos estos años existe una fuerte demanda de la piel de nutria y sus diversos tipos y calidades. No solamente en prendas completas, sino también como trozos para el adorno de abrigos y chaquetas de paño. Se trataba de una piel —como la del coipo también— apetecida, dadas sus distintas cualidades y, principalmente, por su brillo:

La nutria es como clarita, como café con leche. El coipo es oscurito. Pero la nutria queda con un color como café con leche, porque cuando se depila, se le sacan las cerdas oscuras que vienen arriba. No sé si usted ha visto un cuero de coipo [nutria]... usted lo empieza a abrir, abajo hay como una capita como de lanita, y para arriba vienen las cerdas que son más duras. Entonces todo eso, cuando los rasuran, sacan todo ese pelo largo y queda la nutria parejita, queda planito el pelo, chiquitito, cortito. Ahí sí, brilla más la nutria... Pero el coipo también, el coipo es café oscuro, es brillante. Es de pelo largo, es brillante, es bonito (MF, 2020).

Sin abandonar su línea editorial de décadas, algunos pocos meses antes de finalizar su circulación [1969], *Ecran* todavía entregaba notas relacionadas con el uso de pieles asociado a la distinción, la elegancia y el glamour. En el n° 1963 del 8 de octubre de 1968, en una sección de tres páginas denominada “Moda cinematográfica en pieles y anteojos” aparece una fotografía con una modelo luciendo un abrigo de visón de color blanco, el cual “no pasa de moda”. La creación ha sido llamada “Visión Año 2000” y le describe diciendo: “La nota de avanzada la pone el corte mucho más sesgado en la parte delantera que permite ver la falda del vestido. Con esto se trata de dar la impresión que la modelo está por alzarse de la tierra”¹¹⁷.

¹¹⁷ *Ecran*, 8 de octubre de 1968, p. 27.

A continuación, refiriendo a dos figuras cinematográficas mostrando la tendencia de la moda actual, aparece la princesa [Virginia] Ira von Furstenberg, [Roma, 1940], actriz italiana y diseñadora de joyas:

Modestamente, no espera ella ser una gran actriz, pero piensa que podría convertirse en una estrella aceptable en las manos de un buen director. Y como la elegancia es tan necesaria para una estrella como para una princesa, Ira acaba de comprarse tres pieles para este invierno. La compra, que podría parecer menguada por la cantidad, no lo es en absoluto por su valor: se necesitó la custodia de dos detectives para resguardar las tres pieles por un valor de 200 millones de liras¹¹⁸.

TODAS ÍBAMOS A SER REINAS

Así, durante años la revista *Ecran* y, de manera indirecta, la revista *Elite* se encargaron de internalizar en el imaginario de sus lectores y lectoras una imagen poderosa y permanente del glamour, sus formas y maneras de cristalización. Entonces, nuevos valores y consideraciones culturales orientaron, en alguna medida, los hábitos de consumo de nuestra sociedad. En el caso de las pieles—el epítome del glamour—, sin duda fueron durante décadas un gran objeto de deseo y anhelo:

Al consumir el cine de los Estados Unidos y todo lo que había detrás de esta mercancía irresistible [estilos de vida, peinados, actitudes, formas de sociabilidad, música y otros objetos de consumo], la sociedad chilena y especialmente quienes vivían en centros urbanos se sintieron más cerca de un ideal de modernidad, que se consideraba alcanzable a través de ese mismo consumo y de la imitación [Purcell, 2009: 67].

El vestuario femenino, confeccionado en pieles, son objetos esplendurosos. Al ataviarse con ellos, las mujeres parecieran alcanzar la perfección

¹¹⁸ *Ecran*, 8 de octubre de 1968, p. 29.

y el mundo se transforma hasta convertirse en un lugar originario. En las celebraciones de la industria cinematográfica de Hollywood, como es el caso de la entrega de los premios Oscar, “la belleza, el genio, la tensión, el brillo de los diamantes y el esplendor de las pieles y sonrisas se mezclaban en una armonía perfecta”¹¹⁹. Era el paraíso.

¹¹⁹ *Ecran*, 20 de abril de 1965, p. 22.



Figura 5: Huillín en río Chepu, Chiloé. Fotografía: Guillermo Feuerhake.

FINAL

Denn es war ein verwöhntes Tier, das hier behaust war und dem die leere, feuchte Grotte mehr als Tempel denn als Zufluchtsstätte diente. Es war das heilige Tier des Regenwassers. Ob es aber in diesen Abwässern und Wässern sich gebildet habe oder von seinem Strömen und von seinem Rinnsale nur sich speise, hätte ich nicht entscheiden können. Immer war es aufs äußerste beschäftigt, so als wenn es in seiner Tiefe unentbehrlich sei. Aber ich hätte liebe, lange Tage die Stirne an sein Gatter legen können, ohne mich an ihm sattzusehen. Und auch darin bewies es seine heimliche Verwandtschaft mit dem Regen [...]. Wie gut begriff ich, daß man in ihm wächst. In solchen Stunden hinterm trüben Fenster war ich bei dem Fischotter zu Hause. Doch eigentlich merkte ich das immer erst, wenn ich das nächstemal vorm Zwinger stand.

Era un animal delicado el que tenía aquí su morada y la gruta vacía y húmeda le servía más de templo que de refugio. Era el animal sagrado de las aguas de la lluvia. Sin embargo, no hubiera podido decir si se había formado de las aguas o si sus ríos y corrientes únicamente le alimentaban. Siempre estaba ocupadísimo, como si fuera indispensable en las profundidades del estanque. No obstante, hubiera podido apoyar durante días y días la frente contra la reja sin cansarme de mirarlo. También en eso se manifestaba su íntima afinidad con la lluvia [...]. Comprendí perfectamente que se crece con la lluvia. En tales momentos, tras la ventana empañada, me sentí como en casa de la nutria, aunque no reparé en ello hasta que no estuve otra vez ante su recinto cercado.

WALTER BENJAMIN (1971 [1938]): 257.

EL RESPLANDOR DE LA MUERTE

EL MUNDO SALVAJE

El mundo en donde habitan las nutrias o los “gatos” de Patagonia Occidental Insular, huillines y chungungos, es un mundo salvaje, todavía casi entero invisible y oculto. Es una inmensidad de alteridad y diferencia repleta de penumbras y oscuridades. A pesar de nuestras cartografías y las aplicaciones digitales del presente, su austral geografía nos resulta desconocida casi por completo. Lo mismo con su historia cultural y sus itinerarios, los protagonistas y sus visiones de mundo, sus experiencias, sus sueños y deseos, sus ocasos y desenlaces. En nuestros imaginarios, es un mundo ajeno. Patagonia Occidental Insular sólo son fragmentos y retazos, imágenes trizas, neblinas y espejismos, es como un antiguo barco a vapor emergiendo lentamente de una neblina pesada.

Es una inmensidad, extensión de litorales interiores —insularidad archipiélagica—, y también las costas del Gran Océano. Es lejanía y es “afuera”, un espacio Otro en donde los seres humanos pueden habitar de una manera distinta, algo ajenos y distantes a las maneras modernas, propias de los estilos de vida y ámbitos urbanos y modernos de nuestra sociedad y pareciera ser, según los imaginarios de los cazadores, una dimensión de libertad. Aquí, los hombres y las mujeres están inmersos en una esfera de múltiples fuerzas naturales, las cuales se desempeñan a su amaño y antojo según irremediables ciclos, todos estructurados en el abismo del tiempo cósmico. Así, hombres y mujeres tejieron durante décadas una cercanía inquietante con los ciclos de la naturaleza y sus fuerzas. Ellas, imposibles de controlar, únicamente se les puede evitar o eludir con habilidad y astucia, sorteando así las dificultades y contrariedades que siempre provocan al desempeño de los cazadores, sus travesías y sus trabajos.

El mundo de los cazadores de nutrias de Patagonia Occidental Insular es un mundo salvaje y los asuntos de la vida y la muerte se definen según reglas propias y particulares de allí. La visión de mundo del cazador y su ética se nos presenta como un dispositivo de alteridad radical, los cazadores

son nuestras antípodas. Matar y despellejar animales para comercializar su piel sólo es un trabajo. No obstante, cuando en las pieles se esconde el brillo de muchas estrellas, ese trabajo se transforma en el primer gesto de un sortilegio poderoso y mágico. No están conscientes los cazadores de la fuerza de esta trama oculta en donde acontecen sus vidas. El “trabajo de las pieles”, como nombran a sus faenas, es sólo el violento inicio de la transformación de la naturaleza en una preciada mercancía metropolitana y burguesa, el brillo. Una transformación de carácter capitalista y, pese a que su comprensión escapa a las preocupaciones de los cazadores, sin duda —como un poderoso dispositivo— configura su modo de vida.

LOS CAZADORES DE ESTRELLAS

En Hollywood, las estrellas de cine fueron una de las mercancías esenciales de la industria cinematográfica. En el caso de las actrices, ellas eran mujeres con glamour, esencialmente seductoras, sexualmente sofisticadas e imbuidas de misterio, situadas en el umbral del mito. Uno de los materiales de uso privilegiado en la transformación de las actrices en “estrellas” fueron las pieles. En principio, aparecen como responsables inmediatos los diseñadores, sastres y modistas y también, los fotógrafos y directores de fotografía. Mediante la manipulación de las sombras, los contrastes, la calidad e intensidad de la luz, fijaron en los fotogramas de las películas fotográficas y de las tiras de celuloide del cinematógrafo los destellos de las luces en las superficies de las prendas y atavíos femeninos, el brillo.

En las factorías de Hollywood, en distintos momentos del proceso industrial conducente a la fabricación de estrellas, muchos de sus protagonistas permanecieron ocultos entre las penumbras y sombras de los establecimientos fabriles, y otros permanecerán siempre ajenos y lejanos, ausentes e invisibles. A nuestros ojos y comprensión, en el caso de la industria peletera —no solamente relacionada a los estudios filmicos, sino también al comercio en general—, sólo algunos hechos, actividades y protagonistas tendrán clara y definida presencia. Así, proveedores y responsables de surtir de materia prima a sus talleres, sean los comerciantes de pieles o los cazadores, estarán siempre ocultos.

Durante el transcurso del siglo xx, e incluso antes, un segmento importante de la industria peletera ocurre en un ambiente difuso y repleto de sombras, y muchas veces, oscuro y oculto, furtivo. El resplandor del brillo que se puede percibir al contemplar una mujer ataviada de pieles sólo es la transparencia final de este proceso de penumbras en donde los cazadores se nos presentan como sujetos de la oscuridad y el mundo salvaje, distantes, ajenos y radicales. Entre ellos y nosotros pareciera haber un abismo infranqueable. Refrendando la idea de sombras, penumbras y oscuridades, la transparencia final y el resplandor del brillo, algunos pocos abrigos de piel magníficos y paradigmáticos recibirán la denominación de “Neblina Negra” —uno de ellos, regalo de Joe Di Maggio a su amada Marilyn Monroe—, enunciando en ello el poderoso pulso del brillo oculto en su constitución y la oscuridad desde donde sus materiales fueron arrancados. En el mundo de la industria peletera, la oscuridad absoluta —que proporciona un brillo también absoluto— es la oscuridad de la “Neblina Negra”, intensidad de la intensidad.

LA TAXONOMÍA OSCURA

En el ámbito del conocimiento de la naturaleza, la traza oscura no fue distinta. Durante siglos enteros las nutrias permanecieron en las sombras, ocultas y confusas, imaginadas. En el pensamiento de los naturalistas jesuitas del siglo xviii las nutrias chilenas se constituyen en un verdadero enigma. El caso del huillín es paradigmático. El abate Molina originalmente lo identifica como *Castor huidobrius* (Molina 1782: 285), es decir, lo considera pariente del castor, ese roedor del hemisferio norte conocido por su capacidad para construir diques en cursos de agua. En su descripción del huillín mezcla atributos de distintos animales (tanto reales como imaginarios), lo que la hace insostenible para la nascente comunidad científica de la época. En una edición posterior de su trabajo, se retracta de haberlo “agregado al castor por la conformidad de su dentadura” (que en nada se parece) y es Claudio Gay, a mediados del siglo xix, quien finalmente afirma que es un tipo de nutria y lo llama *Lutra Huidobria*, pero señala que “jamás pudimos pillarlo, y precisamos referirnos a lo que Molina dice de él”, con el objeto de “llamar la atención de los viajeros o de los naturalistas chilenos” para que logren describirlo adecuadamente, “como para

hacerlo conocer completamente, pues sus caracteres son tan vagos e incompletos que nos sería difícil clasificarlo en cualquiera de los géneros conocidos” (Gay 2010: 74). Hubo que esperar hasta inicios del siglo xx (Thomas 1908) para que fuera adecuadamente descrita y aceptada su adscripción taxonómica moderna.

Después de un largo viaje, ahora transparentadas, las nutrias pueblan nuestros imaginarios según clara y contundente taxonomía. Huillines y chinchimenes, en la actualidad, pertenecen al género *Lontra*; uno *provocax*, el otro, *felina*.

En este trabajo consideramos en nuestras preocupaciones no sólo a las nutrias “verdaderas”, pertenecientes al grupo de los mustélidos, sino también a las “falsas”, como el coipo, pues todas ellas constituyen, para los cazadores y los comerciantes de la Patagonia Occidental Insular, un grupo singular: los animales acuáticos peleteros, los “gatos” y los “coipitos”.

No hablamos en el texto de otras clasificaciones ni tampoco cuestionamos demasiado las etnotaxonomías (si podemos usar esta palabra) kaweskar y yagán; si estos pueblos distinguen las variedades de nutrias con un nombre particular o si separan las nutrias verdaderas de las nutrias falsas. Solamente queremos subrayar lo que nos recuerda Gilberto Sánchez (2010): los nombres comunes de estos tres animales peleteros, chinchimén, huillín y coipo, vienen del mapudungun. Todos estos nombres han sido reconocidos en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: chinchimén, “especie de nutria de mar, de unos 30 cm de longitud sin la cola” (DRAE: 359); huillín, “especie de nutria de Chile” (DRAE: 838); y coipo, “roedor de hábitos acuáticos, cuyo pelaje, entre bayo ocráceo y castaño, es valorado comercialmente; tiene las orejas redondas, el hocico largo y cubierto de barbas, las patas cortas y la cola larga desprovista de pelos” (DRAE: 394). Sin embargo, el otro nombre del chinchimén, mucho más conocido en la Patagonia Insular Occidental, chun-gungo, que viene al parecer del quechua, no aparece en el diccionario.

TIEMPO MÍTICO EN LA CAZA DE NUTRIAS EN PATAGONIA OCCIDENTAL INSULAR

En relación con su presencia o ausencia en su hábitat, todavía las nutrias habitan sombras y oscuridades. En efecto, según la Comisión Nacional del Medio Ambiente, en el Reglamento de Clasificación para la Especies Silvestres,

“*Lontra felina* fue clasificada como Insuficientemente Conocida, ya que a pesar de que existen sospechas importantes para considerarla como amenazada, no existe la información suficiente para discernir si está En Peligro o es Vulnerable”. En definitiva, “no existe una estimación de la magnitud del descenso de sus poblaciones” (Tala *et al.* 2009: 53). En el caso de *Lontra Provocax* para la región de Los Lagos, la especie fue clasificada en categoría En Peligro debido a la disminución de sus poblaciones a causa de destrucción de su habitat, perturbación y explotación. En cambio, para Aysén y Magallanes, “fue categorizada como Insuficientemente Conocida, ya que a pesar de que existen sospechas importantes para considerarla como amenazada”, no existe “la información suficiente para discernir si está En Peligro o es Vulnerable” (Tala *et al.* 2009: 55). En opinión de los antiguos cazadores, los cuales todavía navegan fiordos, canales e islas, los “gatos” son abundantes.

No sólo las nutrias, sino también la actividad cinegética desarrollada sobre ellas en distintos períodos de la historia cultural de Patagonia Occidental Insular, se manifiesta casi desconocida y oculta. Existe un cúmulo mayor de información de la relación de los pueblos originarios con las nutrias. Sin embargo, respecto de la caza contemporánea de nutrias, la magnitud de nuestro conocimiento es mucho menor, además de fragmentario y descontextualizado. En la dimensión de lo etnográfico, la situación es aún más precaria.

En los villorrios y caseríos costeros de Patagonia Occidental Insular, Cucao, Melinka, Repollal, Puerto Aguirre, estero Copa, caleta Andrade y otros lugares, los pobladores guardan casi en secreto la memoria de una época en la que muchos de ellos, o sus ascendientes, se dedicaron a la caza de la nutria y “coipitos”. En estos lugares, gran parte de los cazadores sobrevivientes se reconocen como indígenas y casi todos nacieron en las localidades archipelágicas en donde aún viven. Otros, los menos y más ancianos, provienen de Chiloé, de las áreas aledañas a la localidad neófita de Cailín.

Cuando el secreto es develado al ajeno [el etnógrafo], en susurros la narrativa se inscribe en un ámbito casi mítico, carece de almanaque y calendario, cronologías difusas. El relato es enunciado de manera lenta y cauta, trozos y fragmentos, narraciones archipelágicas. Sólo al relacionar la edad del viaje iniciático de los jóvenes cazadores y su edad actual, junto a la referencia de algunos hechos históricos relevantes [como el golpe de Estado

de 1973], se puede ir fijando la historicidad de la actividad, arrancarle del abismo opaco de ese océano de tiempo cósmico. Al parecer, estos últimos cazadores desean permanecer invisibles, ocultos y furtivos. Más allá de toda sospecha, no existe otra razón para ello que no sean las propias, esenciales y necesarias cualidades del cazador, el sigilo y la invisibilidad, una “neblina negra” en la oscuridad de la noche. Asunto importante en el logro del éxito en la actividad cinegética. A pesar de años de inactividad, ellos no dejaron de ser aquello: cazadores.

EL ATAREO DE LAS RADIANTES PIELES

La piel de la nutria, transformada en “tela”, requiere de una artesanía, que implica vidas enteras forjadas en el trabajo de sus pelos y sus texturas, vidas enteras forjadas también con su caza, vidas enteras con la idea de que esas pieles son signo de distinción. El mundo de aquellos peleteros va más allá del artesanado, el del corte y la confección de las pieles; este implica también el de su comercio, con sus altos y bajos, sus sueños y deudas, sus personajes. Algunos de ellos y ellas vivirán su propia noche, vendrán del fondo nocturno de la historia. Algunos viajarán por el mundo, migrando, escapando de persecuciones, de miserias, de exclusión. Y con ello, con sus pieles, forjarán en otros lugares sus afectos, sus prácticas y sus valores y, después de décadas, sus descendientes acabarán olvidando el oficio y quehacer de sus ancestros. Aquello significará un nuevo giro de ocultamiento.

Se instalan tiendas-talleres, pero también peleterías que importan vestimentas de piel, ofertando su brillo a la sociedad. No todos son judíos, vendrán también progresivamente de otros lares, pero en todos parece replicarse las prácticas vinculadas al oficio y al comercio. En los talleres, las actividades comerciales con vendedores de cuero, se mezclaban con el artesanado de las pieles y su manejo. En otro rincón, en otros salones o pisos, se efectúa el contacto con la clientela, lugar de probadores y aproximaciones a la prenda de vestir y sus efectos.

En filigrana, surgen los comentaristas y promotores de moda en los medios especializados, los modos de existencia de la publicidad de estas pieles y de los peleteros, los testimonios y los imaginarios, las prácticas. Los

nombres de las peleterías reenvían a otros lugares, a otros viajes. Las imágenes, primero incipientes, luego dominando la escena, van conformando su valoración, su dinámica.

En esos mismos medios, se ofrece una mercadería exótica, a la moda y de calidad, proveniente de Europa; una diversidad de posibilidades para el adorno, mediante la oferta de recortes; talleres para composturas, hechuras y transformaciones de pieles; y, en muchas ocasiones, la presencia de especialistas calificados y originarios de Europa, maestros cortadores, encargados de “despostar” la pieza a utilizar y diseñar la hechura o definir la transformación. Todo ello se vincula con una cierta idea de la peletería, que va surgiendo en los años posteriores: “La cima de la profesión está representada por la alta peletería, paralela a la alta costura (*la haute couture*), en cuanto a la búsqueda de modelos y la perfección del resultado” (Revillon 1953: 153). Un abrigo de piel es el resultado de una larga cadena de gestos expertos asociados, pero también es la excelencia de las estrellas, del brillo costureado a la superficie de estas vestimentas.

Resulta interesante, sin embargo, voltear el tinglado y observar su anverso. Junto a las consideraciones anteriores, a ratos, se describe otra mirada. Una que examina desde la otra vereda los mismos fenómenos, instalando la sospecha frente a la mercantilización de estas relucientes pieles y sus invisibles efectos. En la revista *Ecran* de marzo de 1936 aparece un artículo cuyo título parece sintetizar esa mirada: “Delirio de las pieles”¹²⁰. En él se vincula a las pieles con uno de los sufrimientos nuevos del amor: “En el fondo de la mayor resignación de mujer hay una ambición de pieles,” escribe su autor/autora. “Se intenta pasar de prisa por los escaparates en que se exhiben las pieles; pero hay un tirón fatal que obliga a verlas en toda su contumacia, señalando ideales inasequibles, pero precisos, con nombres indudables, con detalles de legitimidad sin imitación”.

Se describen procesos químicos para proveer de nuevas pieles, que resultan un engaño a la supuesta pureza que debiesen portar. Se celebra esa incorruptibilidad de las mujeres que no ceden a los engaños de la vista. Se hace alusión a unos hombres raros, en el mundo entero, “versados en los secretos de las grandes especies peludas, que mantienen el patrón oro de

¹²⁰ *Ecran*, 24 de marzo de 1936, pp. 28-29.

las pieles buenas y que, con algo de fieros domadores de animales muertos, no consienten que baje su valor”. Son los peleteros, su lado oscuro de mercaderes del brillo, celebrando misteriosas reuniones en Varsovia, en las que se juramentan para que se mantenga en alto el valor de sus trofeos, “como si fuesen gonfalones imperiales”. Los mismos, deciden cambiar la hechura de las pieles para que no sirvan los gabanes anticuados, imponiendo la moda de las capas. “A veces, como no existen pieles nuevas, se acuerda en esa supuesta reunión de Varsovia un cambio de los nombres de algunas o que las coloreen con tintes originales, dejando asombrados a los naturalistas la aparición de zorros malva, potrillos verdes, astracanes azules, “brecholds” dorados”.

De a poco, se va delineando todo un mundo cruel, invisible, que trastoca la sofisticada pureza de las cosas de la alta peletería. El mundo aparece, en filigrana, dominado por otras fuerzas. Y como en eco a lo recogido de los testimonios de los cazadores de la noche de Patagonia Occidental insular, se describe: “En regiones remotas, que sólo se encuentran buscando mucho en todos los mapas, cazan, con ingeniosos procedimientos para no herir los cueros, el visón, la foca, la marta cibelina, el topo, el zorro blanco, el armiño, y algunos de esos cazadores son cazados, a su vez, por otros cazadores”. Aparece la crudeza del mundo, sus fuerzas y sus cálculos. “Los cazadores reciben telegramas de los peleteros suspendiendo sus cacerías para evitar el abaratamiento como sucedió con la nutria durante algún tiempo”. Aparece lo que se denomina “la política de las pieles”, con sus tramas de engaños, fraudes, ilusionismo. Y, sin embargo, todo parece recaer en ese “misterioso complejo entre la mujer y las pieles”, “como si la mujer echase de menos algo que la cubrió contra el crimen del frío en la edad sin traje”. El delirio se vincula al consumo. Un consumo que se exagera en la capital de la moda de entonces, París, en cuyos almacenes, se dice, se conoce un tipo de mujer “insaciable” que se pasa la tarde probándose los abrigos de piel sin comprar ninguno.

PIELES DE MÚLTIPLES DESEOS

Las cualidades de las pieles de nutria, designadas primero por naturalistas y cronistas, luego por cortadores o artesanos peleteros, cronistas y comentaristas de moda, entre otros, permiten designar ciertos valores que, naturalmente,

decantan en sus posibilidades de comercio, pero también en el imaginario que recubre estas diversas prácticas.

Mientras, en Patagonia Occidental Insular, los cazadores de los abismos indagan y navegan —escudriñando las rocosas costas golpeadas por el torrente de las aguas— en busca de cueros, pieles nocturnas, refulgiendo también allí el valor de las pieles permea la vida amplia. Es necesario cuidar el valor de esas futuras pieles, de ese brillo por venir.

La palabra valor remite a sus varias acepciones sociológicas, económicas, lingüísticas. El valor de estas pieles —en términos de lo preferible, lo más deseable, lo más valioso—, la manera de describir y exponer aquello, no refiere únicamente a una forma de contemplación pasiva (y de consumo), sino también a una activa participación del mundo. El valor de las pieles, pero también su vinculación con lo crudo, lo oscuro, su anverso, refiere también a la importancia que las personas involucradas le dan a su trato con ella, lo que se refleja en esas diversas acciones y prácticas. La piel animal, la piel cuereada, la piel tratada, cortada, costureada, forrada, la piel abrigo, la piel exhibida, la piel vendida, la piel portada o llevada, la que sofisticada o devela, la piel recordada, de manera táctil, la que refulge y se debe guardar en lo oscuro y el frío, la piel rehecha una infinidad de veces, la que se hereda y se rehace, la piel guardada en los armarios de la memoria, todo ello va conformando una entrada a su brillo percedero. El mundo es finito como un abrigo de piel, brilla con una mirada.

El valor de estas pieles, lo que se evalúa, promueve o acusa de ellas, no es tan solo su cualidad en tanto que cosa, sino también las acciones que ella abarca, que ella recubre. Estas pieles, en su viaje desde el abismo al brillo, con sus diversos modos de existencia, implican una serie de formas de vida, muchas veces también viajeras del abismo. Acaso objeto de múltiples deseos (y ataques), las pieles de nutria aparecen, en su brillar, espejos que reflejan un número de acciones y representaciones que se implican unas a otras, sin cesar, en una infinidad variedad de conversiones y transformaciones. “La piel de animal es también una forma, una prenda que en un principio convierte una substancia interior humana en una forma animal. En los mitos, los animales fácilmente entran y salen de sus pieles para convertirse momentáneamente en no-animales [...]. Desde la perspectiva mítica, la piel es el atributo

esencial del animal de la que, sin embargo, es posible separarse, en la manera en que el alma se separa del cuerpo” (Goldman 1975: 125, cit. en Graeber 2001: 204).

Al efectuar aquel movimiento, las pieles se generalizan y devienen anónimamente genéricas. De esta manera, las pieles de animales circulan sin cesar. Ahora bien, las pieles, sin historia, desde la oscura noche que no amilana, podrían representar un tipo de vitalidad no diferenciada. Pura piel separada de su origen y su uso. Pero vemos que incluso las pieles, una vez que seguimos su trasiego, su rastro, no son realmente un medio uniforme de intercambio: son de diferente tipo, tamaño y calidad, su brillo es variado, su textura es singular, su potencial es vislumbrado en el tacto de su futura aura.

La antropología temprana definía la diferencia entre magia y religión de una manera que se vinculaba a su focalización en culturas precapitalistas. Tylor definía la religión como un asunto de creencia (“la creencia en seres sobrenaturales”), pero la magia como un conjunto de técnicas. Se trataba de hacer algo destinado a tener efectos directos sobre el mundo, lo que no necesariamente involucraría llamados a un poder intermediario o intercesor. En otras palabras, la magia no implicaba necesariamente, ni en absoluto, proyecciones fetichizadas.

Sin embargo, en nuestra pesquisa, vemos cómo aflora (o hacemos aflorar) y pervade el valor y el aura, el brillo, el poder de la piel, en el seno de un sistema de coordinación de la actividad humana. Las pieles parecieran, en un cierto sentido, realmente traer a la existencia lo que representan, el brillo desde el fondo del fondo. Y se transforman, por decirlo de alguna manera, en puentes entre la imaginación y la realidad. De un cierto modo, se va delineando la biografía cultural (Kopytoff 1991) de ese objeto-mercancía que es la piel de nutria, el abrigo de piel. Es decir, el viaje de la piel hasta hacerse mercancía, abrigo; pero además, el viaje en el que se le va adosando un valor que va más allá de su valor de uso o de cambio: su valor adscrito al brillo. Y ello, no sólo en la esfera simbólica, sino también en la esfera de las prácticas y de las formas de vida implícitas en su trasiego. Ello nos parece consecuente con lo observado por Kopytoff, en el que surge un sistema de valoración bipolar: “Por una parte, se halla el área homogénea de las mercancías y, por la otra, el área extremadamente abigarrada de la valuación privada” (1991: 117).

Lo interesante, aquí, es que esa valoración, ese valor, ese brillo se empieza a construir desde la caza misma (si nos atenemos a las etnografías cinegéticas que encontramos), la manera y el cuidado de la muerte del animal, el cuereo, las pieles que el peletero acepta o no, según sus criterios adquiridos con el trato táctil de las pieles, el tratamiento que se le da, la costura cuidada y la técnica para hacerla brillar con papel de diario, el frío y la oscuridad en la que se le guarda. El valor del brillo se construye y se cuida: no se debe obstruir la cadena de su trasiego, que no se pudra, que no se la roben, que llegue a buen puerto y a las buenas manos, que mantenga su nexo de estrella. El brillo de la piel de nutria es hechizo que lleva a los seres humanos, que entran en contacto con ella, a actuar. Lo que antes sólo era considerado algo propio de las culturas precapitalistas, ahora lo vemos moverse en el seno del capital: magia, creencia, brillo. Ello devela algo: “Las creencias mágicas son reveladoras y fascinantes, no porque sean instrumentos de utilidad mal concebidos, sino porque son ecos poéticos de la cadencia que guía el curso recóndito del mundo. La magia lleva el idioma, los símbolos y la intangibilidad hasta sus límites externos, para explorar la vida y luego cambiar sus destinos” (Taussig 1993: 32).

Aún más, si recordamos que la palabra *fetich* viene del término portugués “*feitiço*”, que significa “hechizo”, podemos seguir por ese rumbo. El término fue dado a conocer en Europa por el francés Charles de Brosses en 1757, pero el llamado fetichismo de la mercancía es un concepto creado por Karl Marx en su obra *El capital* que lo denomina como algo mental donde, en una sociedad productora de mercancías, éstas aparentan tener una voluntad independiente de quienes la produjeron, es decir, fantasmagórica. El brillo es fantasma; el capitalismo, hechizo: la caza de pieles se efectúa por la mañana o por la tarde, cuando aparecen o quedan algunas estrellas, las pieles captan ese refulgir de las estrellas y se las esconde, para mantener intacto su brillo, su hechizo.

Advertimos que aquí lo que se pone en juego es el valor, el brillo, el poder del fetiche moderno capitalista. Más aún, la posibilidad de utilizar la metáfora del fetiche no sólo como una herramienta teórica para el análisis del capitalismo, sino como método de seguimiento, cinegético, para acercarnos a aspectos particulares de la vida social y cultural. Comprender el objeto de fetiche, con todos sus poderes mágicos y sobrenaturales, requiere que

nos movamos en su misma dirección, río abajo. El fetiche, así, emana como un aura, un atractivo, (sólo) perceptible para los interesados. No se explica aquello de manera cabal, y sin embargo, aparece e insiste. Luego, río arriba, va develando su hacerse mercancía y brillo, valor que ilumina los cuerpos y la sociedad capitalista moderna en toda su peculiaridad.

EL OCÉANO ES UNA CÚPULA CELESTIAL

Las nutrias mueren cerca de las estrellas. A las estrellas de la mañana, las recién desaparecidas y también a las del crepúsculo, las recién aparecidas. En las mañanas, al momento de morir los animales parecieran todavía guardar en su pelaje la imagen de las últimas estrellas de la noche celestial y más tarde, al final del día, nuevamente espejean tenues en sus lomos mojados las primeras estrellas de otra noche, la última. Al amanecer o al atardecer, sigilosos, los cazadores las rastrean y esperan entre las mareas o entre los roqueríos de las costas. Al final de la emboscada y la persecución, las nutrias morirán repletas de estrellas.

Si la muerte del animal lo arranca de manera violenta de la naturaleza y lo instala en el umbral de la cultura, su despellejado pareciera ser otra de las estaciones en el largo y misterioso viaje de las nutrias en su proceso de transformarse en resplandecientes prendas de vestir femenino, el trasiego de estrellas. En un rincón de algún varadero de “adentro” o de “afuera” de Patagonia Occidental Insular, el animal será despojado de su pelaje y desaparecerá como tal, transformándose en “cuero” [sólo ocasionalmente los cazadores se referirán a “piel”]. Entonces, en un periodo inmediato a su muerte, el animal pierde su condición de bestia muerta y muta a “cuero”. Los cazadores son los amos de esa alquimia y, diligentes, procederán al “cuerreo” o “cueriao” de la piel. Lo instalarán en un bastidor de madera según sus maneras tradicionales. Luego, según las condiciones del clima, sumergirán los cueros en la neblina caliente y espesa de las fogatas, el ahumado o los pondrán bajo el sol, oreo. Así, el calor será el responsable de detener el proceso de putrefacción, cuero seco. Así, la impronta invisible de las estrellas habrá quedado grabada en la piel. Una vez efectuada esta operación, enrollado con el pelaje hacia adentro, ocultándose en su propia oscuridad, el cuero

será depositado en el fondo de las embarcaciones y será trasladado hacia el lugar de entrega, allí donde esperan quienes han encargado la mercancía, los habilitadores y financistas de la expedición de caza u otros intermediarios. En el transcurso de su trasiego, ninguna luminosidad romperá la quieta oscuridad de su recorrido. A los derroteros de las pieles, los caminos de la noche serán los cauces preferidos.

En estos lugares y centros de intercambio, los cueros, al efectuarse la transacción entre el cazador y el intermediario, pierden definitivamente aquella condición y se convierten en pieles, una mercancía genérica y preciosa, pequeñas constelaciones en donde amenazan titilar estrellas. Entonces, desaparecen los cueros y también desaparecen los cazadores, todo se vuelve invisible, secreta la mercancía y secretos los protagonistas. Incluso, en épocas de caza furtiva o de evasión arancelaria, los habilitadores efectuaban los embarques en la oscuridad de la madrugada, en sitios alejados de los centros poblados, todos sigilosos en la inmensidad del océano. Un trasiego en donde todos los participantes se desempeñan al filo o al margen de la ley, eludiendo prohibiciones, burocracia e impuestos. Semanas o meses más tarde, volverán a aparecer en el mesón de algún maestro cortador de alguna peletería metropolitana, en sus escaparates transformadas en prendas o en los depósitos de algún mercado europeo de compraventa de pieles. El lugar de procedencia será indicado de manera genérica y ambigua, y los nombres de todos quienes participaron en las distintas transacciones será apenas recordado. No habrá memoria ni registro, únicamente silencio y olvido.

LA METÁFORA DE LAS ESTRELLAS Y LA DESGRACIA DE LOS GATOS

Si en el pelaje de algunos animales salvajes de alejados lugares se almacenan estrellas, serán los cazadores los responsables de arrancar aquellos pellejos y disponerlos para su trasiego. Al final de este recorrido y su alquimia, serán los peleteros los responsables de hacer florecer las estrellas escondidas en aquellas pieles. En el influjo de sus saberes y habilidades, los animales vuelven a vivir, esta vez de una manera distinta, resucitan transformados en un firmamento de estrellas. Al final de su recorrido, el peletero es el único capaz de “arrancarle” estrellas a la oscuridad de las pieles. Sin embargo, no será posible si la piel

queda expuesta a la luz antes de llegar a sus manos y conjuros. De esta manera, cuando sobre las mujeres ataviadas de prendas confeccionadas en pieles se derrame la luz de exquisitos lugares y recintos, resplandecerá titilando el brillo de la eternidad de la cúpula celestial.

Sin embargo, el brillo puede “morir”. Estrellas ciegas, espectros. Así, las clientas no deben nunca olvidar la recomendación de su peletero: “Mire, la piel siempre se tiene que guardar en una bolsa de género azul, porque el azul es el único que elimina la luz; porque las pieles, cuando se exponen a mucha luz, se empiezan a decolorar; por eso se tenían que mantener en bolsas de género azul y de preferencia, en lugares fríos” (MF, 2020). No importa si la lluvia cae sobre una prenda de piel, ella podrá secarse a temperatura ambiente. En cambio, el calor endurece y reseca las pieles. Ellas pierden flexibilidad y pueden ser invadidas de plagas, se deteriora el pelaje, pierde la capacidad de “brillar”. Entonces, ideal para la conservación de prendas confeccionadas en piel, es mantenerlas almacenadas a una temperatura de 3° a 5° C. Ajenas al sol y cubiertas por el oscuro manto de la noche cósmica, las estrellas serán eternas. Siempre podrán brillar en los firmamentos del cielo.

Entonces, no podría ser de otra manera. Al parecer, la impronta de las estrellas en las pieles de huillines, chungungos y coipos es una sustancia frágil, y la inmanencia de ellas dependería del gesto sabio del peletero. Antes de caer en sus manos, cualquier rastro de luz rielando sobre el pelaje bien podría disolver aquella presencia cósmica y volverla perpetuamente invisible, sólo pieles estropeadas, fragmentos y pedazos ciegos de la cúpula celestial.

Las estrellas son hijas de la oscuridad. Así, necesariamente todo el dispositivo de la actividad cinegética de Patagonia Occidental Insular, y también de su trasiego, ocurre en un ambiente de tinieblas, penumbras y sombras. Sólo de esta manera se puede preservar la mercancía, el brillo, el destello. Entonces, porque las aguas estaban repletas de huillines, chungungos y coipos, los cazadores fueron astronautas en este universo oceánico. Brillo y destello como mercancía no sólo enuncian la sofisticación del dispositivo capitalista, sino también la desgracia de los “gatos marinos”, los coipos y los cazadores.

AGRADECIMIENTOS

Nadie escribe solo. Este libro no hubiese podido llegar a buen puerto y hubiese obviado numerosas observaciones, inflexiones y rumbos de no haber contado con el apoyo y la comparecencia de una comunidad de dialogantes. A ellos van dirigidos nuestros genuinos agradecimientos: Nelson Millatureo Raín, Rosa Millatureo Raín, Sofía Cabero Risco, Loreto Barría Castillo, Felipe Rodríguez Cerda, Sebastián Buzzoni Garnham, Hans Richter Becerra, Emil Osorio Schmied, Mario Matus González, Demetrio Cárdenas Ojeda, María Vicencia Raín Nitor [QEPD], Claudio Muñoz Pereira, María Rebeca Fuenzalida Farías.

Nuestro reconocimiento a Guillermo Feuerhake Agüero, Camila Mancilla Vera y Felipe Rodríguez Cerda, por proporcionarnos desinteresadamente algunas de las imágenes que ilustran este libro.

Agradecemos también a Pedro Mege Rosso, antropólogo, a Mauricio Osorio Péfaur, antropólogo, y a Francisco Gallardo Ibáñez, arqueólogo, por su lectura interesada y sus esclarecedoras observaciones y atinados comentarios.

El Proyecto Fondecyt Regular n° 1170318, “Narrativas etnográficas y operaciones balleneras en las costas sudamericanas entre los siglos XVII/XX: patrones, transformaciones y continuidades”, bajo cuyo paraguas se realizó el trabajo de campo, permitió reunir la mayor parte de la información utilizada en este libro. La Vicerrectoría de Investigación, Desarrollo y Creación Artística (VIDCA) y el Instituto de Arquitectura y Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Artes, reparticiones de la Universidad Austral de Chile, y la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, entregaron el apoyo institucional necesario durante estos últimos seis meses para poder escribir nuestro libro.

Finalmente, y antes que todo, agradecemos de manera profunda y sentida a los cazadores de la noche de la Patagonia Occidental

Insular: José Millatureo Raín, Guillermo Piucol Llana, Pedro Vargas Ñancupel, Emilio Paillamán Yaipén, Segundo Ramón Saldivia Quediman [QEPD], Hugo Formantel Cárdenas, Humberto Cabero Cabero y Oscar Raín Llancalahuén.

A los sagrados animales de la lluvia y las estrellas, nuestra infinita deuda.



Figura 6: Melinka, archipiélago de las Guaitecas. Fotografía: Felipe Rodríguez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agosín, M. (1994). *Sagrada memoria: reminiscencias de una niña judía en Chile*. Santiago: Cuarto Propio.
- Aguilera, O. (1978). Léxico Kawésqar-Español, Español-Kawésqar (Alacalufe septentrional). *Boletín de Filología*, XXIX: 7-149.
- (2011). Los relatos de viaje Kawésqar, su estructura y referencia de personas. *Magallania*, 39 (1): 119-145.
- Aguirre, L. (1944). *Álbum Gráfico y Biográfico de los Israelitas en Chile*. Valparaíso: Imprenta Londres.
- Aguirre Cerda, P. (1933). *El Problema industrial*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- Albert, F. (1901). Los pinípedos de Chile. *Anales de la Universidad de Chile*, 59 (108-109): 879-903, 1007-1039.
- Allen, J.A. (1905). Mammalia of Southern Patagonia. En W. B. Scott (editor) *Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia, 1896-1899, J.B. Hatcher in charge. Volumen III, Zoology*, pp. 1-210. Princeton: Princeton University Press/Stuttgart: Schweizerbart'sche Verlagshandlung.
- Alvarez, R. y M. Navarro (2010). Las comunidades locales. En R. Huckle-Gaete, P. Lo Moro y J. Ruiz (editores) *Conservando el mar de Chiloé, Palena y Guaitecas*, pp. 65-123. Valdivia: América.
- Alvarez, R. y G. Medina-Vogel (2008). *Lontra felina*. En IUCN 2011. IUCN Red list of threatened species. Version 2010.4 (online). www.iucnredline.org
- Anónimo (1776). *Compendio della storia geografica, naturale e civile del Regno del Chile*. Bolonia: S. Tomasso D'Aquino.
- Anónimo (1928). El autor de Alhué. *El Diario Ilustrado*. Santiago: 19 de diciembre de 1928.
- Armstrong, Ch., A.C. Shoemaker, I. Mckechnie, A. Ekblom, P. Szabó, P.J. Lane, A.C. Mcalvay, O.J. Boles, S. Walshaw, N. Petek, K.S. Gibbons, E. Quintana Morales, E.N. Anderson, A. Ibragimow, G. Podruczny, J.C. Vamosi, T. Marks-Block, J.K. Lecompte, S. Awâsis, C. Nabess, P. Sinclair Y C.L. Crumley (2017). Anthropological contributions to historical ecology: 50 questions, infinite prospects. *PLoS ONE*, 12(2): 1-26.

- Balée, W. (1998). Historical ecology: premises and postulates. En William Balée (editor) *Advances in Historical Ecology*, (pp. 13-29). New York: Columbia University Press.
- (2006). The research program of Historical Ecology. *Annual Review of Anthropology*, (35): 75-98.
- Ballester, B. (2017). La pesca y la caza marina en el desierto de Atacama: Luces conceptuales desde los documentos escritos (siglos XVI-XIX). *CUHSO*, 27(2): 89-120.
- Ballester, B. y F. Gallardo (2017). La versatilidad del parentesco en la reproducción social: El caso de los cazadores-pescadores marinos del desierto de Atacama (siglos XVI-XIX, norte de Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 47: 1-22.
- Basberg, B. y R. Headland (2008). *The 19th-century Antarctic sealing industry. Sources, data and economic significance*. Bergen: Norwegian School of Economics and Business Administration.
- Beauchene, G. (1959). José Emperaire, 1912-1958. *Journal de la Société de Americanistes*, 48: 245-248.
- Benjamin, W. (1971 [1938]). Die Fischotter [Berliner Kindheit um Neunzehnhundert]. En R. Tiedemann & H. Schweppenhäuser (editores), *Walter Benjamin Gesammelte Schriften*, IV (1), Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag, p. 255-257.
- Bennett, E.T. (1832). Characters of a New Species of Otter (*Lutra*, ErxL), and of a New Species of Mouse (*Mus*, L.), collected in Chili by Mr. Cuming. *Proceedings of the Committee of Science and Correspondence of the Zoological Society of London*, pp. 1-2. Londres: Richard Taylor.
- Berg, M. (2019). Sea Otters and Iron: A Global Microhistory of Value and Exchange at Nootka Sound, 1774–1792. *Past y Present*, 242 (14): 50-82.
- Berguño, J. (1993). Las Shetland del Sur: El ciclo lobero. *Boletín Antártico Chileno*, 12(1):5 -13; 12(2):2-9.
- Bezerra, A.S. (2015). Arquivo e memória oral na produção de uma ‘etnografia retrospectiva’. *ANTROPOLógicas*, 13: 67-78.
- Bockstoce, J.R. (2005). *The Opening of the Maritime Fur Trade at Bering Strait: Americans and Russians meet the Kanigmiut in Kotzebue Sound*. Philadelphia: American Philosophical Society.

- (2009). *Furs and frontiers on the far north: The contest among native and foreing nations for the Bering Strait fur trade*. New Haven: Yale University Press.
- Boelhower, W. (2008). The rise of the New Atlantic Matrix. *American Literary History*, 20(1-2): 83-101.
- Bonacić, L. (1941). *Historia de los Yugoeslavos en Magallanes*. Punta Arenas: Imprenta Yugoslava.
- Bordwell, D. y K. Thompson (1995). *El arte cinematográfico: una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Boyd, I.L., C. Lockyer y H.C. Marsh (1999). Reproduction in marine mammals. En J.E. Reynolds III y S.A. Rommel (editores) *Biology of marine mammals*, pp. 218-286. Washington: Smithsonian Institution Press.
- Bremer, G. (2011). *Abenteuer und Begegnungen. Meyne stories*. Nordestedt: Herstellung und Verlag.
- Brownell Jr, R.L. (1978). Ecology and conservation of the marine otter *L. felina*. En N. Duplaix (editor), *Otters: Proceedings of the first working meeting of the otter specialist group*, pp. 104-106. Morges: International Union for Conservation of Nature and Natural Resources.
- Busch, B. (1985). *The war against The Seals: A history of The North American Seal Fishery*. Quebec: McGill-Queen's University Press.
- Cabello, C. (1978). La nutria de mar (*Lutra felina*) en la isla de Chiloé, Chile. En N. Duplaix (editor) *Otters: Proceedings of first working meeting of the Otter Specialist Group*. pp. 108-118. Morges: International Union for Conservation of Nature and Natural Resources.
- Cardenas Tabies, A. (1982). *Legendarios de Chiloé*. Santiago: Nascimento.
- Castilla, J.C. y I. Bahamondez (1979). Observaciones conductuales y ecológicas sobre *Lutra felina* (Molina, 1782) (Carnivora, Mustelidae) en la zona central y centro-norte de Chile. *Archivos de Biología y Medicina Experimentales*, 12: 119-132.
- Castillo, L. (1913). Los permisos de caza de lobos. *Boletín de bosques, pesca i caza*, II (3): 156-160.
- Caviglia, C. (2002). El arte de las mujeres Aónik'enk y Gununa Kuna – Ka y Guaj'enk o kay Gutrruj [las capas pintadas]. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXVII: 41-70.
- Chapman, A. (2012). *Yaganes del Cabo de Hornos. Encuentros con los europeos antes y después de Darwin*. Santiago: Pehuen.

- Clark, A. H. (1887). The Whale Fishery. En G.B. Goode (editor), *The Fisheries and Fishery Industries of the United States*, pp. 3-218.. Washington DC: Government Printing Office.
- Cohen, C. (1955). Del tallo de avispa al tallo de avispa en 50 años. En *Medio siglo de Zig Zag, 1905-1955*, p. 134-142. Santiago: Zig Zag.
- Cojano, B. (1920). Centro Israelita de Santiago de Chile. 1911-1920. *La Patria Israelita*, 15 de junio de 1920, p. 15.
- Conejeros, M. y J. Ancan (2005) *La Otra Historia: el aporte mapuche williche a la identidad local de Cochrane y Tortel*. Coyhaique: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Conrad, J. (1990 (1899)). *Heart of Darkness* [El corazón de las tinieblas]. Nueva York, Dover.
- Coppinger, R. W. (1884a). *The cruise of the Alert. Four years in Patagonian, Polynesian and Mascarene waters (1878-1882)*. Londres: W. Swan Sonnenschein and Co.
- (1884b) Summary of the voyage. *Report of the zoological collection made in the Indo-Pacific Ocean during the voyage of H.M.S. ALERT 1881-1882*, pp. 1-4. Londres: The Trustees.
- Crumley, C. (1994). Historical Ecology: A multidimensional ecological orientation. En *Historical Ecology. Cultural Knowledge and Changing Landscapes*, pp. 1-16. Santa Fe: School of American Research Press.
- Cunill, P. (1970). Factores en la destrucción del paisaje chileno: recolección, caza y tala coloniales. *Informaciones Geográficas*, 20: 235-264.
- Cunningham, R.O. (1871). *Notes on the Natural History of the Strait of Magellan and West Coast of Patagonia: Made During the Voyage of HMS NASSAU in the Years 1866, 67, 68, and 69*. Edimburgo: Edmonston y Douglas.
- Darwin, Ch. (1839). *Narratives of the surveying voyages of his Majesty's ships ADVENTURE and BEAGLE between the years 1826 y 1836, Tomo III*. Londres: Henry Colburn.
- De Certeau, M. (1986). *Heterologies: discourse on the other*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- . (1988). *The writing of history*. Nueva York: Columbia University Press.
- De La Fuente, P., I. Figueroa, A. Ponce y P. Zapata (2010). Velas del Corcovado. Etnografía de las rutas de los guaitequeros durante el siglo xx. *Actas del VII Congreso Chileno de Antropología*, pp. 566-578. San Pedro de Atacama: Colegio de Antropólogos de Chile A. G.

- De Ramón, A. (2000). *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Sudamericana.
- Del Pino, F. (2016). La tradición naturalista de algunos jesuitas en los Andes. *Nuevas de Indias*, 1: 34-60.
- Delgado, C., R. Álvarez y A. M. Pfeifer (2005). Population Density and Habitat Characteristics of the Marine Otter (*Lontra felina*) in the Central-South of Chile. Preliminary Results. *The River Otter Journal*, XIV (II): 7-12.
- Descola, P. (2005). *Par-delà nature et culture*. Paris: Gallimard.
- Descola, P. y G. Palsson (1996). Introduction. En P. Descola y G. Palsson (editores) *Nature y Society. Anthropological perspectives*, pp. 1-21. Londres: Routledge.
- Driessen, H.G.G.M. (2013). Suspense in retrospective ethnography. In: M.E. Pelkmans (editor) *Ethnographies of doubt: Faith and uncertainty in contemporary society*, pp. 149-164. Londres: I.B. Tauris.
- Dussaillant, J. (1993). *Breve historia de los avisos publicitarios en los principales periódicos chilenos, 1850- 1920*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Dyhouse, C., (2010). *Glamour / Women, History, Feminism*. Londres/Nueva York: Zed Books.
- Emperaire, J. (2002). *Los nómades del Mar*. Santiago: Lom.
- Erlj, E. (2009). *Aves errantes: integración y adaptación de los inmigrantes judíos del Imperio ruso en Chile a comienzos del siglo XX*. Memoria para optar al título de periodista. Instituto de la Comunicación e Imagen, Universidad de Chile.
- Epstein, Ch. (2008). *The Power of Words in International Relations*. Cambridge: MIT Press.
- Escosteguy, P. y V. Salerno (2009) La caza del coipo. Su importancia económica y social desde momentos prehispánicos hasta la actualidad. *Anales de Arqueología y Etnología*, 63-64: 277-303.
- Espinoza, E. (1982). *José Santos González Vera. Clásico del humor*. Santiago: Andrés Bello.
- Estrada, B. (2020). Mecanismos de defensa de la identidad étnica: la “Sociedad Unión Israelita de Valparaíso” (Chile) a través de la revista “Nosotros” (1926-1930), *Historia* 396, 10 (1): 149-188.
- FAO. (2004). Pacific Southeast (Major Fishing Area 87). En *FAO Fisheries and Aquaculture Department* [online]. Roma: <http://www.fao.org/fishery/area/Area87/en>

- Faure, V. y K. Speer (2012). Deep Circulation in the Eastern South Pacific Ocean. *Journal of Marine Research*, 70: 748-778.
- Figueroa, M. (2017). *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile (1782)* del jesuita expulso Felipe Gómez de Vidaurre: una obra injustamente desvalorizada por la historiografía chilena. *Anuario de Estudios Americanos*, 74 (1): 155-183.
- Fitzroy, R. (1839). *Narratives of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826 y 1836, Tomo II*. Londres: Henry Colburn.
- Furlong, Ch. W. (1917a). Some effects of the environment on the fuegian tribes. *The Geographical Review*, III (3): 1-15.
- (1917b). Tribal distribution and settlements of the fuegians, comprising nomenclature, etymology, philology and populations. *The Geographical Review*, III (3): 169-187.
- (1917c). The alaculoofs and yaghans, the world's southernmost inhabitants. F. W. Hodges (editor) *Proceedings of the Nineteenth International Congress of Americanists*, pp. 420-431. Washington: Sociedad de Americanistas
- Gabler, N. (1989). *An Empire of Their Own: How the Jews Invented Hollywood*. Nueva York: Anchor Books.
- Gay, C. (2010 [1848]). *Historia Física y Política de Chile. Zoología I*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Cámara Chilena de la Construcción.
- Geoffroy Saint-Hilaire, E. (1805). Mémoire sur un nouveau genre de mammifères nommé Hydromys. *Annales du Muséum d'Histoire Naturelle*, 6:81-90.
- Gibson, J.R. (1992). *Otter Skins, Boston ships and China goods. The maritime fur trade of the northwest coast 1785-1841*. Montreal/Kingston: McGill-Queens University Press.
- Gómez, J. (1996/1997) Rescate y reinserción de los mantos de pieles [quillangos] indígenas de Patagonia en la provincia del Chubut [Argentina]. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 17: 69-87.
- Gómez de Vidaurre, F. (1889). *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*. Santiago: Imprenta Ercilla.
- Gonçalves, R. de Sá (2007). *Os ranchos pedem passagem. O carnaval no Rio de Janeiro no começo do século XX*. Rio de Janeiro: Coordenadoria de Documentação e Informação Cultural.
- (2008). *A dança sobre no espetáculo popular. A tradição como aprendizado e experiencia*. Tesis para obtener el título de Doctor en Ciencias Humanas (Antropología Cultural). Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.

- (2009). Sociabilidades Urbanas: cronistas e ranchos carnavalescos no Rio de Janeiro. En J.R.S. Gonçalves y M.L.V. de C. Cavalcanti (editores), *As festas e os dias: ritos e sociabilidades festivas*, pp. 77-93. Rio de Janeiro: Contracapa.
- González, P. L. (1920). *Chile. Breves noticias de sus industrias*. Santiago: Sociedad de Fomento Fabril/Sociedad Imprenta i Litografía Universo.
- González de Agüeros, P. (1791). *Historia de Chiloé*. Madrid: Imprenta de Don Benito Cano.
- González, G. (2016). *Mario Planet, Periodista y Maestro. Artículos — Columnas — Testimonios*. Santiago: Universitaria.
- González Kappes, M. (2002). *Allá en mi tierra, en Patagonia*. Santiago: Orígenes.
- González Vera, J. S. (1951). *Cuando era muchacho*. Santiago: Nascimento.
- (1961). ¿Far vos, señor Crénovich? En *La copia y otros originales*, pp. 136-145. Santiago: Nascimento.
- Graeber, D. (2001). *Toward an anthropological theory of value*. Nueva York: Palgrave.
- Grez, S. (2013). González Vera: de muchacho anarquista a hombre de izquierda. *Anales de Literatura Chilena* 14 (19): 183-210.
- Gunther, A. (1881). Account of the zoological collection made during the survey of H.M.S. ALERT in the straits of Magellan and the Coast of Patagonia. En *Proceeding of the Scientific Meetings of the Zoological Society of London*, pp. 2-141. London: Longmans, Green, Reader y Dyer.
- Gusinde, M. (1991). *Los indios de Tierra del Fuego. Tomo I: Los Sek'nam* [Vols. I y II]. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires.
- (1986). *Los indios de Tierra del Fuego. Los Yamana*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- (1991). *Los indios de Tierra del Fuego. Los Halakwulup*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- Hanisch, W. (1982). *La isla de Chiloé, capitania de rutas australes*. Santiago: Academia Superior de Ciencias Pedagógicas.
- Hardesty, D.L. (1977). *Ecological Anthropology*. New York: Wiley and Sons.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- Hemingway, E. (1954 [1926]). *The torrents of spring [Aguas primaverales]*. Nueva York: Scribner.
- Housse, P.R. (1953). *Animales salvajes de Chile en su clasificacion moderna: su vida y costumbres*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Housse, R. (1953). *Animales salvajes de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

- Hucke-Gaete R, L. Osman, C. Moreno y D. Torres (2004). Examining natural population growth from near extinction: the case of the Antarctic fur seal at the South Shetlands, Antarctica. *Polar Biology*, 27: 304–311.
- Hyades, P. y J. Denniker (1891). *Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883). Tome VII: Anthropologie, Ethnographie*. Paris: Gauthier-Villars et Fils.
- Igler, D. (2013). *The Great Ocean. Pacific Worlds from Captain Cook to The Gold Rush*. Nueva York: Oxford University Press.
- Imamoto, B. (2010). *Puttin' on the Glitz, Hollywood's Influence on Fashion*. Irvine, The UC Irvine Libraries.
- Ingold, T. (1987). *The appropriation of nature. Essays on human ecology and social relations*. Iowa City: University of Iowa Press.
- Iriarte, J.A. (1999). Marco legal relativo a la conservación y uso sustentable de aves, mamíferos y reptiles marinos en Chile. *Estudios Oceanológicos*, 18: 5-12.
- 2008. *Mamíferos de Chile*. Barcelona: Lynx Edicions.
- Iriarte J.A., P. Feinsinger y F. Jaksic (1997). Trends in wildlife use and trade in Chile. *Biological Conservation*, 81 (1-2): 9-20.
- Iriarte, J.A. y F. Jaksic (1986). The fur trade in Chile: an overview of seventy-five years of export data (1910-1984). *Biological Conservation*, 38 (3): 243-253.
- Kent, R. (1999 [1924]). *Voyaging southward from the strait of Magellan*. Middletown: Wesleyan University Press.
- Kerr, R. (1792). *The animal kingdom, or zoological system of the celebrated Sir Charles Linnaeus; Class I. Mammalia*. Londres: J. Murray y R. Faulder.
- King, P. P. (1839). *Narratives of the surveying voyages of his Majesty's ships ADVENTURE and BEAGLE between the years 1826 y 1836, Tomo I*. Londres: Henry Colburn.
- Krebs, A. (1976) Adolph Zukor Is Dead at 103: Built Paramount Movie Empire. Obituary. *New York Times*, 11 de junio de 1976.
- Kreiswirth, M. (2000). Merely telling stories? Narrative and knowledge in the human sciences. *Poetics Today*, 21(2), 293–318.
- Künckel d'Herculais, J. (1884) Les chiens des Fuégiens. *Science et Nature*, 9: 127-140.
- Lamy, J. y R. Roy (2019). *Pour une anthropologie historique de la nature*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Lariviere, S. (1998). Lontra felina. *Mammalian Species*, 575: 1-5.
- (1999). Lontra provocax. *Mammalian Species*, 610: 1-4.

- Latour, B. (1991). *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Paris: Editions La Découverte.
- Lennartsson, R. (2011). Notes on “not being there”. Ethnographic excursions in eighteenth-century Stockholm. *Ethnologia Europaea*, 41(1): 105-116.
- Legoupil, D. (2000). El sistema socioeconómico de los nómades del mar de Skyring (archipiélago de Patagonia). *Anales del Instituto de la Patagonia*, 28: 81-119.
- Letelier, J. y Castro, V. (2017). Changos en el Puerto de Cobija. Transformaciones sociales durante el siglo XIX. *Revista Española de Antropología Americana*, 47: 127-142.
- Lindquist, O. (1994). *Whales, Dolphins and Porpoises in the Economy and Culture of Peasant Fishermen in Norway, Orkney, Shetland, Faroe Islands and Iceland, ca. 900-1900 A.D., and Norse Greenland, ca. 1000-1500 A.D.*, Tesis para optar al Grado de Doctor en Filosofía, University of St. Andrews.
- Loebell, R. (2017). “Augusto d'Halmar: una snobografía”, *Cuadernos LIRICO* [En línea], 16, <http://journals.openedition.org/lirico/3597>
- London, J. (1914 [1905].) *White Fang [Colmillo Blanco]*. Nueva York: McMillan Co.
- Looser, G. (1928). Los judíos en Chile. *Journal de la Société des Américanistes*, 20: 430-431.
- Lothrop, S.K. (1928). *The Indians of Tierra del Fuego*. Nueva York: Museum of the American Indian, Heye Foundation.
- Mackie, R. (1997). *Trading Beyond the Mountains: The British Fur Trade on the Pacific 1793–1843*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Malloy, M. (1998). *Boston Men on the Northwest Coast: The American Maritime Fur Trade 1788-1844*. Kingston: The Limestone Press.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Martial, L. F. (1888) *Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883). Tome I: Histoire du Voyage*. Paris: Gauthier-Villars et Fils.
- Marticorena, F. (2009). *A pura memoria: conocimientos y significados de la naturaleza en las localidades de Melinka y Repollal, litoral norte de la región de Aysén*. Tesis para optar al título de Antropólogo (a) y grado académico de licenciado (a) en Antropología, Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Martinić, M. (1973). Actividad lobera y ballenera en litorales y aguas de Magallanes y Antártica, 1868-1916. *Revista de Estudios del Pacífico*, 7: 7-26.

- . (1989). Los canoeros de la Patagonia Meridional. Población histórica y distribución geográfica (siglos XIX y XX). El fin de una etnia. *Journal de la Société des Américanistes*, 75: 35-61.
- Matus, M. (2018). Emprendimientos tempranos de inmigrantes judíos en Valparaíso y Viña del Mar, 1920-1944. *Historia* (Santiago), 51(1), 113-139.
- Mayorga, M. (2018). Loberos yankees: encuentros/desencuentros en torno a la Tierra del Fuego y Patagonia. *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* 9(4), 28-44.
- Medina-Vogel, G., C. Delgado Rodríguez, R. E. Álvarez y J.L. Bartheld (2004). Feeding ecology of the marine otter (*Lutra felina*) in a rocky seashore of the south of Chile. *Marine Mammal Science*, 20:134-144.
- Milne-Edwards, A. (1891). *Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883). Tome VI: Zoologie, Première Partie, Mammifères*. Paris: Gauthier-Villars et Fils.
- Molina, J.I. (1782). *Saggio sulla storia naturale del Chili*. Bolonia: S. Tomasso D'Aquino.
- (1810). *Saggio sulla storia naturale del Chile. Seconda Edizione*. Bologna: Fratelli Mase e Comp.
- Montiel, F. (2010). *Chiloé: historias de viajeros*. Castro: Masterprint.
- Mouesca, J. (1997). *El cine en Chile. Crónica en tres tiempos*. Santiago: UNAB.
- Ogden, A. (1975). *The California Sea Otter Trade, 1784-1848*. California: University of California Press.
- Olivares, M. (1864). *Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Orchard, T.J. (2007). *Otters and Urchins: Continuity and Change in Haida Economy during the Late Holocene and Maritime Fur Trade Periods*. Disertación para obtener el Grado de Doctor en Filosofía, University of Toronto.
- Orlove, B. (1980). Ecological Anthropology. *Annual Review of Anthropology*, 9: 235-273.
- Osgood, W. (1943). *The mammals of Chile*. Chicago: Field Museum of Natural History Publications.
- (1983). The Journal of Wilfred Osgood. The Marshall Field Chilean Expedition of 1922-23. *Field Museum of Natural History Bulletin*, 54(2): 8-11, 28-33.
- Ovalle, A. (1646). *Histórica Relación del Reyno de Chile*. Roma: Francisco Caballo.
- Padilla, G., (2008). Un ejemplo de corporativismo estadounidense: la creación de Hollywood. *Vivat Academia*, 101, 24-57. <https://www.redalyc.org/pdf/5257/525753061002.pdf>

- Patterson, B.D. y Feigl, C.E. (1975). Faunal representation in Museum Collection of Mammals: Osgood's Mammals of Chile. *Fieldiana (Zoology)*, 39: 485-496.
- Pérez Rosales, V. (2010). *Ensayo sobre Chile*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción/ Pontificia Universidad Católica de Chile/ Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Philippi, R. A. (1867). Zoolojía. Comentario crítico sobre los animales descritos por Molina. *Anales de la Universidad de Chile*, 29: 775-802.
- Pina Cabral, J. (2003). Semelhança e verossimilhança: Horizontes da narrativa etnográfica. *Mana*, 9(1): 109-122.
- Ponce, V., Pastríán, I. y Berrios, G. (2009). *Guaiteca, Paso al Sur*. Rancagua: Taller Dos Galerías.
- Powdermaker, H. (1951). *Hollywood: The Dream Factory: An Anthropologist Looks at the Movie Makers*. Londres: Secker y Warburg.
- Purcell, F. (2009). Una mercancía irresistible: El cine norteamericano y su impacto en Chile, 1910-1930. *Historia Crítica*, 38: 47-69.
- Quiroz, D. (1989). Reconocimiento antropológico de la Isla Mocha. *Boletín Museo Mapuche de Cañete*, 5: 23-30.
- (1991). Investigaciones antropológicas en Isla Mocha. *Museos*, 9: 5-7.
- (1995). Fragmentos para una historia “de y desde” Isla Mocha. *Museos*, 20: 32-35.
- (2001). Especulaciones [a falta de evidencias] en torno al poblamiento de Isla Mocha. *Museos*, 25: 19-20.
- (2003). Ocupaciones El Vergel en las costas de la Araucanía. *Actas del 4º Congreso Chileno de Antropología*, pp. 1456-1465. Santiago: Colegio de Antropólogos de Chile.
- (2007). La caza de lobos marinos en Isla Mocha: ¡sólo para valientes! (esto no lo dijo un lobo). En D. Quiroz (editor). *Etnografías Mínimas*, pp. 39-45. Santiago: Andros.
- (2014). Las tradiciones balleneras en el Chile del siglo xx: influencias norteamericana, noruega y japonesa. En D. Quiroz y P. Toledo (editores). *Balleneros del Sur. Antropología e Historia de la caza de ballenas en las costas sudamericanas*, pp. 181-204. Santiago: Andros.
- (2015). Balleneros en la niebla: una mirada para-etnográfica de la caza de ballenas en Chile. *Chungará*, 47 (2): 319-330.

- (2016). Excursiones etnográficas entre los pescadores de ballenas de Tumbes y la isla Santa María, Chile, a comienzos del siglo xx. *Antropologías del Sur*, 5: 103-123.
- (2018). Una máquina maravillosa. Capitalismo, materialidades y la caza de ballenas en el extremo sur de Chile. *Revista Chilena de Antropología*, 37: 143-163.
- (2020a). *Soplan las ballenas. Historias de la caza de cetáceos en Chile*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- (2020b). Sobre Monstruos y Mercancías: El “Espectáculo” de las Ballenas en la Segunda Mitad del Siglo xix en el Sur de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 52(1): 113-131.
- Quiroz, D. y G. Carreño (2017). Narrativas etnográficas sobre ballenas y balleneros en las costas de Chile. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 28: 35-55.
- (2019). *Itinerarios Balleneros. De la caza tradicional a la caza moderna (... o de la isla Santa María a caleta Chome, Chile)*. Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del SNPC.
- Quiroz, D. y J.C. Olivares (1987). Amuatan Pucatra Agüelito Huentiao, Amuatan Pucatra. Permanencia de una pauta adaptativa en San Juan de la Costa. *Boletín del Museo Mapuche de Cañete*, 3: 13-26.
- Quiroz, D. y M. Sánchez (1997). *La Isla de las Palabras Rotas*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- (2000). Le-4: pescadores en las costas de la Araucanía hace 2000 años. *Museos*, 24: 33-37.
- (2005). La secuencia Pitren-El Vergel en Isla Mocha: soluciones de continuidad y distinciones culturales. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp.369-378. Concepción: Escaparate.
- Ramírez Morales, F. (1991). Apuntes para una historia ecológica de Chile. *Cuadernos de Historia*, 11: 149-196.
- Ravalli, R. (2018). *Sea Otters: A History*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Reaves, L.D. (2013). *Promotion of classic Hollywood film costume in 1930s american fashion magazines*. Tesis para optar al grado de Maestro en Ciencias, The University of Alabama.
- Redford K. y J. Einsenberg (1992). *Mammals of the Neotropics, Vol. 2. The Southern Cone*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Reeves, R.R. y T.D. Smith (2006). A taxonomy of world whaling: operations, eras, and data sources. En J.A. Estes, D.P. DeMaster, D.F. Doak, T.M. Williams y R.L. Brownell, Jr. (editores). *Whales, whaling and ecosystems*, pp. 82-101. Berkeley: University of California Press.
- Rick, T.C., T.J. Braje y R.I. DeLong (2011). People, pinnipeds and sea otters of the Northeast Pacific. En T. J. Braje y T. C. Rick (editores) *Human Impacts on Seals, Sea Lions, and Sea Otters: Integrating Archaeology and Ecology of the Northeast Pacific*, pp. 1-17. Berkeley: The University of California Press.
- Robles, A. (2016). Encanto desde Hollywood: glamour y feminidad en la revista Ecran [Chile 1930-1931]. *Aisthesis*, 60: 191-215.
- Rosales, D. (1877). *Historia General de el Reyno de Chile. Flandes Indiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- Rösner, B. (2016). *Ocho años como colono en isla Magdalena, Patagonia Occidental*. Coyhaique: Ediciones Ñire Negro.
- Rudrum, D. (2005). From narrative representation to narrative use: Towards the limits of definition. *Narrative*, 13(2): 195–204.
- San Román, M. (2007). La explotación de mamíferos en el sitio de Bahía Buena: economía de canoeros tempranos de Patagonia (estrecho de Magallanes, Chile). En F. Morello, A. Prieto, M. Martinic y G. Bahamonde (editores), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos...*, pp. 295-310. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- Sánchez, G. (2010). Los mapuchismos en el DRAE. *Boletín de Filología*, XLV (2): 149 – 256.
- Sanjek, R. (1991). The Ethnographic Present. *Man*, 26 (4): 609-628.
- Santibáñez, P. (2015). *Imaginando la mar: estudio interpretativo de las significaciones del espacio marino costero según los habitantes de la bahía de Cucao en la isla grande de Chiloé*. Tesis para optar al título de Antropólogo (a) y al grado académico de Licenciado (a) en Antropología. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Schiavini, A.M.C. (1993). Los pinnípedos como recurso para cazadores recolectores marinos: el caso de Tierra del Fuego. *Latin American Antiquity*, 4 (4): 346-366.
- Schmitt, J. C. (2010). La anthropologie historique de l'Occidente médiéval: un parcours. *L'Atelier du Centre de recherches historiques* [online] <https://doi.org/10.4000/acrh.1926>

- (2019). Preface. En J. Lamy y R. Roy (editores) *Pour une anthropologie historique de la nature*, pp. 9-12. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Seed, J. (2015). George Hurrell, the Invention of Modern Glamour. *Catamaran Literary Reader*, 3 (1). 70-75.
- Sellheim, N. (2018). *The seal hunt: Cultures, economies and legal regimes*. Leiden: Nijhoff.
- Shaw, G. (1800). *General zoology or systematic natural history. Mammalia. Vol. I. Part 2*. Londres: Thomas Davison.
- Shoemaker, N. (2019). Oil, Spermaceti, Ambergris, and Teeth: Products of the Nineteenth-Century Pacific Sperm-Whaling Industry. En R. T. Jones y A. Wanhalla (editores) *New Histories of Pacific Whaling*, pp. 17– 21. Munich: Rachel Carson Center for Environment and Society.
- Sielfeld, W. (1983). *Mamíferos Marinos de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- (1999). Estado del conocimiento sobre conservación y preservación de *Otaria flavescens* (Shaw 1800) y *Arctocephalus australis* (Zimmermann 1783) en las costas de Chile. *Estudios Oceanológicos*, 18: 81-96.
- Sielfeld, W. y J. C. Castilla (1999). Estado de conservación y conocimiento de las nutrias en Chile. *Estudios Oceanológicos*, 18:69-79.
- Sielfeld, W., C. Venegas y A. Atalah (1977). Consideraciones acerca del estado de los mamíferos marinos en Chile. *Anales del Instituto de la Patagonia*, 8: 297-305.
- Skottsberg, C. (1911). *The wilds of Patagonia; a narrative of the Swedish expedition to Patagonia, Tierra del Fuego and the Falkland Islands in 1907-1909*. Nueva York: MacMillan.
- Spencer, B. (1931). Journal to the expedition to Tierra del Fuego. En R.R. Marett y T.K. Penniman (editores) *Spencer's last Journal*. pp. 47- 122. Oxford: Clarendon Press.
- Springer, M.A, J. A. Estes, G. B. Van Vliet, T. M. Williams, D. F. Doak, E. M. Danner, K. A. Forney y B. Pfister (2003). Sequential megafaunal collapse in the North Pacific Ocean: An ongoing legacy of industrial whaling? *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 100 (21):12223-12228.
- Stackpole, E. (1972). *Whales and Destiny. The rivalry between America, France, and Britain for control to the Southern Whale Fishery, 1785-1825*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Steward, J. (1955). *Theory of culture change*. Urbana: University of Illinois Press.

- Stuardo, J.L. (2007). Trascendencia del primer Saggio sulla storia naturale del Chili de J.I. Molina, su traducción, el compendio anónimo y el bicentenario. *Atenea*, 495: 83-107.
- Szpak, P., T. J. Orchard, A. K. Salomon y D. R. Gröcke (2013). Regional ecological variability and impact of the maritime fur trade on nearshore ecosystems in southern Haida Gwaii (British Columbia, Canada): evidence from stable isotope analysis of rockfish (*Sebastes spp.*) bone collagen. *Archaeological and Anthropological Science*, 5: 59–182.
- Tala, Ch., S. Guerrero, R. Avilés y M. Stutzin (2009). *Especies Amenazadas de Chile. Protejámoslas y evitemos su extinción*. Santiago: CONAMA.
- Taussig, M. (1993). *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. México: Nueva Imagen.
- (2013) *Mi museo de la cocaína*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- The Estate of George Hurrell (2020). *George Hurrell, Master of Hollywood glamour photography*. En: <http://georgehurrell.com/george-hurrell/>
- Thomas, K. (2009). *The ends of life: roads to fulfillment in early modern England*. Oxford: Oxford University Press.
- Thomas, O. (1908). On certain African and South American otters. *Annals and Magazine of Natural History*, 8: 387-395.
- Thorpe, V. (2017) Still modern after all these years... Marlene Dietrich's ageless charisma. *The Guardian*, Londres, 26 de noviembre de 2017.
- Tonko, J. (2008). Relatos de viaje kawésqar. *Onomazein*, 18 (2): 11-47.
- Torres, D., A. Aguayo-Lobo y J. Acevedo (2000). Mamíferos marinos de Chile. II Carnívora. *Serie Científica INACH*, 50: 25-103.
- Torres, D., J. Yáñez y P. Cattán (1979). Mamíferos marinos de Chile: antecedentes y situación actual. *Biología Pesquera*, 11: 49-81.
- Torres Cautivo, X. (2019). Ximena Hinzpeter, periodista y fotógrafa: tengo vocación de marginal (Entrevista). *Hogar de Cristo* [online]. En <https://www.hogardecristo.cl/noticias/ximena-hinzpeter-periodista-y-fotografa-tengo-vocacion-de-marginal/>
- Urbina, X. (2014). *Fuentes para la historia de la Patagonia Occidental en el período colonial. Primera parte: siglos XVI y XVII*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- (2018). *Fuentes para la historia de la Patagonia Occidental en el período colonial. Segunda parte: siglo XVIII*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.

- Van Ginkel, R. (2007). *Coastal Cultures: An Anthropology of Fishing and Whaling Traditions*. Apeldoorn: Het Spinhuis.
- Vásquez, J. (2011). El chalupón de las guaitecas, 2a parte. En *Modelismo naval desde los archipiélagos patagónicos australes*, <https://losbarcosdejuanvasquez.wordpress.com/2011/08/11/556/>
- Vásquez-Bronfman, A. (2002). *Las jaulas invisibles*. Santiago: LOM.
- Vattier, C. (2012 [1890]). *La industria del hierro en Chile*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Cámara Chilena de la Construcción.
- (1940). *Noche de los judíos*. Santiago: Ediciones Ercilla.
- Vayda, A.P. y McCay, B. J. (1975). New directions in ecology and ecological anthropology. *Annual Review of Anthropology*, 4: 293-306.
- Vera, R. (1897). *Magallanes i Tierra del Fuego, 1843 a 1897*. Santiago: Imprenta de la Gaceta.
- Waterhouse, G. (1839). *The zoology of the voyage of H.M.S. BEAGLE, under the command of Captain Fitzroy, during the years 1832 to 1836. Part II. Mammalia*. Londres: Smith, Elder y Co.
- Weber, H. (1929). *Als Pelzjäger im Feuerland*. Berlin: August Scherl.
- Weisner, L. (2003). *Cucao. Tierra de Soledades*. Santiago: RIL editores.
- Wheeler-Voegelin, E. (1954). An ethnohistorian's viewpoint. *Ethnohistory*, 1(2): 166-171.
- Willis-Tropea, L. (2008). *Hollywood glamour: sex, power, and photography, 1925-1939*. Disertación presentada para obtener el grado de Doctor en Filosofía, Los Angeles, University of Southern California.
- Wike, J. (1958). Problems in Fur Trade Analysis: The Northwest Coast. *American Anthropologist*, 60 (6): 1086-1101.
- Wolffsohn, J.A. (1909). Sobre la Lutra huidobria. *Revista Chilena de Historia Natural*, 13 (1): 101-103.
- Zamora, R. (2009). La odisea de los Smirnoff, *El Mercurio* de Valparaíso, 8 de marzo de 2009, p. 4.
- Zorrilla, M. (1925). *Magallanes en 1925: Obra histórica, geográfica, estadística comercial e industrial, desde el descubrimiento del estrecho hasta nuestros días*. Punta Arenas: El Magallanes.

Magazines y periódicos

- Ecran* (Santiago de Chile), 1930-1968.
Elite (Santiago de Chile), 1937.
Familia (Santiago de Chile), 1910-1925.
Juventud (Santiago de Chile), 1922.
Nación, La (Santiago de Chile), 1917-1940.
Septenario, El (Santiago de Chile), 1932.
Sucesos (Santiago de Chile), 1911-1917.
Vida Nuestra (Santiago de Chile), 1931.

Entrevistas

- Emilio Paillamán Llaypén, caleta Andrade, isla Huichas, 2018.
Guillermo Piucol Llana, Puerto Aguirre, isla Huichas, 2019.
Segundo Ramón Saldivia Quediman [QEPD], caleta Andrade, isla Huichas, 2019, 2020.
Pedro Vargas Ñancupel, caleta Andrade, isla Huichas, 2019.
José Millatureo Raín, Puerto Aguirre, isla Huichas, 2018.
Hugo Formantel Cárdenas, Puerto Aguirre, isla Huichas, 2020.
Humberto Cabero Cabero, isla Luchín, canal Ferronave, 2019.
Oscar Raín Llancalahuén, estero Copa, isla Huichas, 2019.
María Vicencia Raín Nitor [QEPD], Puerto Aguirre, isla Huichas, 2018.

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de trescientos ejemplares, en el mes de marzo de 2021
en Andros Impresores.
Santiago de Chile.

